



EL LIBRO EN EL QUE SE BASA LA PELÍCULA

EL IRLANDÉS

NETFLIX

UNA PELÍCULA
DE NETFLIX

**JIMMY HOFFA.
CASO CERRADO**

Charles Brandt

CRÍTICA

D.J.57

La desaparición en 1975 de Jimmy Hoffa, el poderoso jefe del sindicato de camioneros, que usaba su millonario fondo de pensiones para hacer negocios con la Mafia, sigue siendo un misterio que el FBI no ha logrado resolver hasta hoy. Charles Brandt dedicó cinco años al seguimiento de Frank Sheeran, “el irlandés”, un asesino a sueldo a quien se atribuía la ejecución de Hoffa. De los cientos de horas de grabaciones de sus conversaciones con Sheeran ha surgido este libro fascinante en que los acontecimientos se narran en las propias palabras de este asesino a sueldo. Unas confesiones que nos ofrecen una insólita visión por dentro del mundo del crimen organizado y, lo que no es menos importante, de sus conexiones con el de la política, en especial con el entorno de la familia Kennedy. De hecho Sheeran sugiere que el motivo principal para la ejecución de Hoffa fue la amenaza que éste había hecho de contar lo que sabía acerca de la participación de la Mafia en el asesinato de J. F. Kennedy en Dallas.



Charles Brandt

Jimmy Hoffa. Caso cerrado

ePub r1.0

Titivillus 13.12.2019

Título original: *I heard you paint houses*

Charles Brandt, 2004

Traducción: Pedro Donoso

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



A mi esposa,
Nancy Poole Brandt,
a mi madre,
Carolina Dimarco Brandt,
y a la memoria de mi padre

Agradecimientos

Debo toda mi gratitud a mi maravillosa mujer, Nancy, talentosa y de una belleza arrebatadora, que dedicó un intenso trabajo de edición lleno de honestidad y juicio a cada capítulo y a cada corrección, antes de ser enviados al editor. Mientras yo estaba en Nueva York y Filadelfia para trabajar en el libro, Nancy se hizo cargo de todo el resto y me brindó la inspiración diaria, su ánimo y su apoyo. En las ocasiones en que ella me acompañó a visitar a Frank Sheeran, el hombre parecía recuperar el brío de la juventud. También debo un profundo agradecimiento al apoyo prestado por nuestros hijos, Tripp Wier, Mimi Weir y Jenny Rose.

Igualmente debo dar las gracias a mi extraordinaria madre que, a los ochenta y nueve años de edad, se preocupó de prepararme platos italianos, aguantarme y darme aliento durante las prolongadas semanas que pasé en su casa en Manhattan, sentado frente a mi ordenador portátil.

Gracias a mi querido amigo William G. Thompson, toda una leyenda de la edición (fue el primero en publicar a Stephen King y a John Grisham), quien me ofreció generosamente su experiencia como asesor de editorial durante el desarrollo y la ejecución de mi proyecto.

Fue un auténtico golpe de suerte que Frank Weimann, de la agencia Literary Group, aceptara ser mi agente. Frank se tomó muy en serio la labor de proteger el proyecto como un fragmento de historia que, de otro modo, se habría perdido. Fue él quien le dio título al libro y puso a Frank Sheeran en la dirección adecuada en la última entrevista grabada.

Gracias especiales a la talentosa editora de Steerforth, Kristin Sperber, quien, entre otras cosas, me hizo ver que a veces estaba escribiendo como un abogado.

Cuando Neil Reshen sugirió que mi agente se pusiese en contacto con Steerforth Press, mi libro no tardó en ser aceptado por una editorial que siempre se preocupa de pensar. Gracias, Neil, por guiarnos hacia Chip Fleischer y su asistente, Helga Schmidt.

Mis agradecimientos a escritores como Dan Moldea, Steven Brill, Victor Riesel y Jonathan Kwitny, cuyas habilidades como reporteros de investigación, poniendo en riesgo su propia integridad física, sirvieron para descubrir y conservar gran parte de la historia de Jimmy Hoffa, de su época y de las circunstancias de su desaparición.

Gracias a todos aquellos agentes de la ley, investigadores y fiscales y al personal que trabajó con ellos, por su gran esfuerzo, que sirvió para llevar a los titulares y a las noticias muchas de las crónicas que he tenido que consultar.

Gracias a Carmine Zozzora, mi creativo primo, por su aliento diario, que sirvió para no tirar la toalla durante los días más duros, y por sus sabios consejos a cada paso del camino, sobre todo cuando me sentía atezado y él me repetía: «Tú solo escribe tu libro, todo lo demás ya se andará».

Muchísimas gracias a mis magníficos amigos y familia, que me dieron ánimos para sacar adelante este libro, así como a aquellos colegas a los que me acerqué en repetidas ocasiones en busca de consejo y apoyo, especialmente en los casos de Marty Shafran, Peter Bosch, Steve Simmons, Leo Murray, Gary Goldsmith, Barbara Penna, Rosemary Kowalski, Jeff Weiner, Tracy Bay, Chris DeCarufel, Jan Miller, Theo Gund y Molly y Mike Ward. Tengo una gran deuda en muchos aspectos con Rob Sutcliffe.

Gracias, Lynn Shafran, por todas tus recomendaciones, especialmente por ponernos en contacto a Nancy y a mí con el último Ted Feury. Gracias, Ted, muchas gracias.

Gracias a mi amigo Uri Shulevitz, premiado ilustrador, escritor y artista, quien hace más de veinte años me alentó a escribir de forma

profesional.

Un agradecimiento tardío al estimulante profesor de inglés que tuve en secundaria en Stuyvesant High School en 1957, Edwin Herbst.

Prólogo

«Russ y Frank»

En una casa de verano junto a un lago, dentro de una habitación llena de dolientes y compungidos miembros de la familia de Jimmy Hoffa, el FBI halló un pequeño taco de notas amarillo. Hoffa guardaba aquel taco junto al teléfono. Sobre él estaba escrito con lápiz: «Russ y Frank».

«Russ y Frank» era amigos íntimos y férreos aliados de Jimmy Hoffa. Frank, el gigante de músculos de acero, se había mostrado tan cercano y fiel a Jimmy durante todos los problemas que tuvo con la ley y con Bobby Kennedy que era considerado como un miembro más de la familia.

Pero aquel día, en la casa junto al lago, la familia albergaba ya el temor en el fondo de su alma de que solo un amigo muy cercano, alguien de confianza, habría sido capaz de aproximarse lo suficiente como para causarle daño a un Jimmy Hoffa siempre cauteloso y vigilante, un hombre totalmente consciente de sus enemigos mortales. Aquel día, «Russ y Frank» —el matón Frank Sheeran, «el Irlandés», y su padrino, Russell Bufalino, «McGee»— se convirtieron en los principales sospechosos de la desaparición más famosa en la historia de Norteamérica.

Todos los libros y estudios serios sobre la desaparición de Hoffa sostienen que Frank Sheeran, «el Irlandés», un hombre que le prestaba un sólido apoyo dentro del sindicato de Camioneros,^[1] había dado la espalda a su amigo y mentor. Dichos análisis señalan que Sheeran actuó como conspirador y autor material y estuvo presente en el momento en que

Hoffa fue asesinado, tal como lo había planeado y decretado Russell Bufalino, «McGee». Algunos de estos estudios revelan un meticuloso trabajo de investigación, como en los casos de *The Hoffa Wars*, escrito por el periodista de investigación Dan Moldea, de *The Teamsters* (Los Camioneros), de Steven Brill, fundador de Court TV, un canal de televisión sobre casos criminales, y de *Hoffa*, obra del catedrático Arthur Sloane.

El 7 de septiembre de 2001, más de veintiséis años después de que se iniciase el misterioso caso, un miembro de la familia que aquel día estaba presente en la casa junto al lago, compartiendo ese atroz momento junto a su madre y a su hermana, ofreció una rueda de prensa. James P. Hoffa, hijo de Hoffa y presidente del sindicato de Camioneros, sintió renacer sus esperanzas cuando la desaparición de su padre tomó un nuevo rumbo. El FBI sacó a la luz las pruebas de ADN realizadas a un cabello que revelaban que Jimmy Hoffa había permanecido dentro de un automóvil que, desde hacía tiempo, se sospechaba que había sido empleado en el crimen. El corresponsal principal de la cadena Fox News, Eric Shawn, preguntó a James si su padre podría haber sido atraído con engaños al interior del coche por otros sospechosos ampliamente conocidos. James sacudió la cabeza de lado a lado como respuesta al oír el nombre de cada uno de los que figuraban en la lista. Al llegar al final, aclaró:

—No, mi padre no conocía a esa gente.

Pero, cuando Shawn le preguntó si Frank Sheeran podría haber atraído a su padre al coche, James asintió con un gesto y agregó:

—Sí, mi padre sí que habría entrado en el coche con él.

Al concluir la rueda de prensa, James manifestó ante los medios su deseo de que el caso quedara resuelto mediante una «confesión en el lecho de muerte». En el momento de hacer estas declaraciones, Frank Sheeran era el único de los sospechosos originales que continuaba con vida y tenía ya una edad suficiente como para realizar una «confesión en el lecho de muerte». Esta rueda de prensa tuvo lugar cuatro días antes de los trágicos sucesos del 11 de septiembre de 2001 y la aparición de James en el programa de *Larry King Live*, programada para la semana siguiente, hubo de ser cancelada.

Un mes más tarde, cuando la historia de Hoffa había sido relegada de las portadas, la única hija de Jimmy, la juez Barbara Crancer, llamó por teléfono a Frank desde su oficina de St. Louis. La juez Crancer, al igual que su legendario padre, no tardó en ir al grano e hizo una solicitud a título personal a Sheeran para que proporcionase a su familia la oportunidad de cerrar el asunto mediante una aclaración de lo que sabía respecto a la desaparición de su padre. «Haga lo correcto», le rogó. Siguiendo el consejo de su abogado, Sheeran no reveló nada y pidió respetuosamente a Barbara que se dirigiese a su representante.

No era la primera vez que la jueza Barbara Crancer escribía o telefoneaba a el Irlandés con el fin de sacar a la luz los secretos encerrados en su alma. El día 5 de marzo de 1995, Barbara había escrito a Frank: «Personalmente, creo que hay muchos que se llaman a sí mismos amigo fiel y que saben qué le ocurrió a James R. Hoffa, quién lo hizo y por qué. El hecho de que ninguno de ellos se lo haya contado a su familia, ni siquiera bajo voto de silencio, me resulta muy doloroso. Creo que tú eres uno de ellos».

El 25 de octubre de 2001, una semana después de la llamada telefónica de Barbara, Frank Sheeran, «el Irlandés», con más de ochenta años y necesitado de un andador para caminar, oyó que alguien golpeaba a la puerta del patio en su apartamento de la planta baja. Eran dos jóvenes agentes del FBI. Se mostraron amigables, relajados y muy respetuosos ante ese hombre que ya se acercaba al final de su vida. Los federales esperaban que el hombre se hubiese ablandado con los años, incluso que se hubiese arrepentido. Lo que buscaban era esa «confesión en el lecho de muerte». Le contaron que eran muy jóvenes como para recordar el caso, pero habían leído miles de páginas del sumario. Fueron directos a la llamada hecha por Barbara y de inmediato le dijeron que habían discutido el asunto con ella. Tal como había hecho en repetidas ocasiones desde el 30 de julio de 1975, el día en que Jimmy desapareció, Sheeran les pidió con pesadumbre a los agentes que se dirigiesen a su abogado, el antiguo fiscal del distrito de Filadelfia F. Emmett Fitzpatrick.

Al no convencer a Sheeran para que prestase su colaboración y ofreciera una «confesión en el lecho de muerte», el 2 de abril de 2002 el

FBI anunció que había resuelto entregar el resumen completo del caso, con sus dieciséis mil páginas, al fiscal del distrito de Michigan y que ponía a disposición de los medios y de los dos hijos de Jimmy Hoffa mil trescientas treinta páginas de dicho documento. No habría, por lo tanto, cargos federales. Finalmente, después de casi veintisiete años, el FBI se daba por vencido.

El 3 de septiembre de 2002, casi un año después de la rueda de prensa convocada por James P. Hoffa, el estado de Michigan también renunció al caso y dio por cerrado el resumen, expresando sus «sostenidas condolencias» a los hijos de Hoffa.

Al anunciar su decisión en una rueda de prensa, se oyó declarar lo siguiente al fiscal del distrito de Michigan, David Gorcyca:

—Por desgracia, este caso tiene todas las características de una novela de intriga a la que le falta el capítulo final.

«Me han dicho que pintas casas» es un libro de intriga, aunque no es una novela. Es una historia basada en las entrevistas personales realizadas a Frank Sheeran, la mayoría de las cuales quedaron registradas en cintas. Llevé a cabo la primera de ellas en 1991, en casa de Sheeran, al poco de que mi compañera y yo lográsemos la liberación anticipada de Sheeran por causas médicas. Inmediatamente después de ese encuentro de 1991, a Sheeran le empezaron a entrar dudas sobre la naturaleza del interrogatorio desarrollado durante la entrevista y decidió cancelar cualquier otra. Había admitido muchas más cosas de las que hubiese querido. Le pedí que volviese a ponerse en contacto conmigo si cambiaba de parecer y se mostraba dispuesto a responder a mis preguntas.

En 1999 las hijas de Sheeran concertaron un encuentro privado entre su anciano y decrepito padre y monseñor Heldufor, de la parroquia de St. Dorothy, en Filadelfia. Sheeran se reunió con monseñor, quien le concedió la absolución por sus pecados, de manera que pudiera ser enterrado en un cementerio católico. Frank Sheeran luego me diría:

—Creo que existe algo después de la muerte y, si tengo la oportunidad, no quiero dejarla pasar. Prefiero no cerrar esa puerta.

Tras su audiencia con monseñor, Sheeran se puso en contacto conmigo y, a petición suya, sostuvimos un encuentro en la oficina de su abogado. Durante este encuentro, Sheeran aceptó responder a mis preguntas y las entrevistas volvieron a comenzar, manteniéndose a lo largo de cuatro años. Durante este proceso puse en práctica mi experiencia como antiguo investigador de homicidios y abogado en casos de pena capital, como profesor de técnicas de interrogatorio, como estudiante de métodos de interpelación y como autor de varios artículos sobre la regla de exclusión de la Corte Suprema de Estados Unidos en relación a las confesiones. «Eres peor que cualquier poli que haya conocido», me dijo Sheeran en una ocasión.

Fueron incontables las horas que pasé con el Irlandés merodeando sin mayor objetivo, reuniéndonos con supuestas figuras de la mafia, conduciendo a Detroit para localizar el escenario de la desaparición de Hoffa y a Baltimore para dar con el lugar donde ocurrieron dos entregas secretas realizadas por Sheeran, reuniéndonos con el abogado de Sheeran, visitando a su familia y a sus amigos, conociendo íntimamente al hombre que estaba detrás de toda esta historia. Pasé largas horas con él al teléfono y en persona, escarbando y extrayendo material del almacén que constituye la base de este libro.

Con mayor frecuencia de lo que se cree, la primera regla para que un interrogatorio resulte exitoso consiste en tener fe en que el sujeto realmente desea confesar, incluso aunque se dedique a negarlo y a mentir. Este era el caso de Frank Sheeran. La segunda regla es que hay que mantener al sujeto hablando continuamente, lo que nunca fue un problema con el Irlandés. Dejemos que las palabras fluyan y la verdad ya encontrará su forma de salir a flote.

Una parte de Sheeran esperaba sacarse de encima la historia que llevaba encerrada en su pecho largo tiempo. En 1978 se había producido una polémica sobre si Sheeran, tal vez bajo los efectos del alcohol, había llegado a confesar su culpabilidad por teléfono a Steven Brill, autor del libro *The Teamsters*. El FBI creía que sí lo había hecho y comenzó a presionar a Brill para que les entregase la cinta. Dan Moldea, autor de *The Hoffa Wars*, escribió en un artículo que, mientras desayunaban en un hotel,

Brill le había contado que poseía una confesión grabada de Sheeran. Brill, sin embargo, actuando quizás con prudencia para evitar convertirse en testigo bajo protección, lo negó públicamente en el *New York Times*.

De igual modo, a lo largo de todo el arduo proceso de las entrevistas, se realizó un esfuerzo especial para proteger y garantizar los derechos de Sheeran, de manera que sus palabras no pudiesen constituir una confesión legalmente admisible en un caso judicial.

A medida que se fue escribiendo el libro, el propio Frank Sheeran leyó y dio su aprobación a cada capítulo. Finalmente, releyó y aprobó todo el manuscrito.

El 14 de diciembre de 2003 Frank Sheeran murió. Seis semanas antes, estando ya gravemente enfermo, me concedió una última entrevista desde la cama del hospital. Me contó que se había confesado y había recibido la comunión con un sacerdote que había acudido a visitarlo. Evitando deliberadamente el uso de cualquier lenguaje legal encubierto que sirviese para protegerlo, Frank Sheeran se enfrentó a una cámara de vídeo en su «momento de la verdad». Sosteniendo un ejemplar de «*Me han dicho que pintas casas*», manifestó su adhesión a todo el material contenido en el libro que ahora está usted a punto de leer, incluyendo el papel que le correspondió en lo sucedido a Jimmy Hoffa el día 30 de julio de 1975.

Al día siguiente, alrededor de una semana antes de perder por completo las fuerzas y la resistencia, Frank Sheeran me pidió que rezase con él, que entonásemos el Padrenuestro y el Avemaría, cosa que hicimos juntos.

Finalmente, las palabras de Frank Sheeran pueden ser juzgadas por la opinión pública, de la misma forma que usted, como lector, puede juzgarlas, sabiendo que son parte de la historia del siglo pasado.

El hilo conductor del relato es la irrepetible y fascinante vida de Frank Sheeran. El ingenioso Irlandés fue criado como un católico devoto y creció curtido por la Gran Depresión. Fue también un héroe endurecido en combate durante la segunda guerra mundial, un oficial de alta graduación en la Fraternidad Internacional de Camioneros, un hombre al que Rudy Giuliani acusó, durante una causa de la ley federal contra la corrupción y el crimen organizado, de «actuar compenetrado» con el comité directivo

de La Cosa Nostra —fue uno de los únicos dos no italianos que constaban entre las veintiséis figuras principales de la mafia en la lista de Giuliani, en la que estaban incluidos los grandes jefes de familias como los Bonnano, los Genovese, los Colombo, los Luchese, el grupo de Chicago y los de Milwaukee, junto con unos cuantos *sottocapi* o vicejefes—; un criminal condenado, un matón de la mafia y un compañero leal, aparte de padre de cuatro hijas y adorado abuelo.

Debido a todo lo que hay de positivo en la compleja vida de Frank Sheeran, incluidos el servicio militar y el amor por sus hijas y nietos, ayudé como portador a transportar el ataúd verde, envuelto con la bandera norteamericana, de camino a su última morada.

Este es el capítulo final de la tragedia de Hoffa, un crimen que ha dolido y perseguido a todos los que tuvieron alguna conexión con él, incluyendo a quienes lo perpetraron, pero sobre todo un crimen que ha golpeado y perseguido a la familia de Jimmy Hoffa en su esfuerzo por aclarar el destino de su padre.

Nota del autor: Los pasajes de este libro en los que aparece la voz de Frank Sheeran, a partir de la transcripción de cientos de horas de entrevistas, están indicados con comillas. Algunas secciones y capítulos escritos por mí añaden varios detalles claves e información aclaratoria.

I

«No se atreverán»

«Le pedí a mi jefe, Russell Bufalino, “McGee”, que me permitiese llamar a Jimmy a su casa de verano en el lago. Era en misión de paz. Todo lo que intentaba en aquel momento era evitar que a Jimmy le sucediese lo que finalmente le ocurrió.

Conseguí reunirme con Jimmy la tarde del domingo 27 de julio de 1975. El miércoles día 30 desapareció. Se fue a “Australia”, como se suele decir, pasó al otro lado, la palmó. Echaré de menos a mi amigo hasta el día en que volvamos a reunirnos.

Yo estaba en mi apartamento en Filadelfia y la llamada a larga distancia para comunicarme con Jimmy en su casa de verano junto al lago Orion, cerca de Detroit, la hice desde mi propio teléfono. Si yo hubiese estado metido en lo que sucedió aquel domingo, no hubiese utilizado mi propio teléfono, sino que habría usado uno de pago. No se llega a sobrevivir tanto como yo si vas por ahí haciendo llamadas sobre asuntos importantes desde tu propio teléfono. Yo no vine a este mundo gracias a un dedo: mi padre preñó a mi madre como se debe hacer.

Cuando estaba en la cocina, de pie, junto al aparato fijado a la pared, listo para marcar el número que me sabía de memoria, reflexioné un momento sobre la manera de abordar el asunto con Jimmy. Durante mis años como negociador en el sindicato aprendí que siempre es mejor hacer

un repaso mental antes de abrir la boca. Además, no iba a ser una llamada sencilla.

Desde que salió de la prisión gracias al indulto presidencial de Nixon en 1971 y comenzó a luchar para recuperar la presidencia del sindicato de Camioneros, Jimmy se había convertido en alguien con quien costaba mucho hablar. A veces es lo que pasa con los que han salido de la trena por primera vez. Jimmy comenzó a irse de la lengua: en la radio, en los periódicos, en la televisión. Cada vez que abría la boca, soltaba algo sobre cómo se iba a encargar de poner en evidencia a la mafia y cómo la iba a expulsar del sindicato. Incluso llegó a decir que prohibiría que la mafia utilizase el fondo de pensiones. Me cuesta creer que ciertas personas se sintieran a gusto al oír que la gallina de los huevos de oro acabaría muerta si Jimmy volvía a recuperar su sitio. Que fuese él quien lanzaba todas estas amenazas resultaba una hipocresía, por no decir otra cosa, si se tiene en cuenta que fue el propio Jimmy quien se encargó de meter a la llamada mafia en el sindicato y en el fondo de pensiones. Él fue quien me introdujo en el sindicato a través de Russell. Así que tenía buenas razones para estar más que ligeramente preocupado por mi amigo.

En realidad, había comenzado a preocuparme nueve meses antes de la llamada que Russell me había permitido hacer. Jimmy había cogido un vuelo para ir hasta Filadelfia a pronunciar el discurso principal en la velada en honor a Frank Sheeran, en el Latin Casino. Allí estaba mi familia junto a tres mil de mis mejores amigos, incluidos el alcalde, el fiscal del distrito, colegas míos que conocí luchando en la guerra, el cantante Jerry Vale y las bailarinas Golddigger con sus piernas interminables, además de otros invitados que el FBI llamaba La Cosa Nostra. Jimmy me regaló un reloj de oro con la esfera de diamantes. Luego miró a los invitados que estaban en la tarima y dijo:

—Hasta ahora nunca me había dado cuenta de lo fuerte que eres.

Ese sí que fue un comentario especial, porque Jimmy Hoffa era uno de los dos hombres más grandes que he conocido en toda mi vida.

Antes de que sirvieran la cena, a base de chuletón, y cuando nos estábamos haciendo las fotos, un pequeño pringado que Jimmy había conocido estando en la cárcel le pidió que le dejase diez de los grandes

para montar un negocio. Jimmy se metió la mano en el bolsillo y le pasó dos mil quinientos dólares. Así era Jimmy: un tipo desprendido.

Naturalmente, Russell Bufalino estaba allí también. Él es el otro de los dos grandes que he conocido en mi vida. Jerry Vale le cantó a Russ su canción favorita, “Spanish Eyes”. Russell era el jefe de la familia Bufalino, asentada al norte de Pensilvania y en buena parte de Nueva York, Nueva Jersey y Florida. Al tener su sede central a las afueras de Nueva York, Russell no pertenecía al círculo interno de las cinco familias de la ciudad; sin embargo, todas se acercaban a él para pedirle consejo en cualquier asunto. Si había alguna cosa importante de la que hacerse cargo, le encomendaban el trabajo a Russell. Era respetado en todo el país. Después de que Albert Anastasia recibiera un disparo mientras estaba sentado en el sillón del barbero en Nueva York, le confiaron a Russell la dirección de esa familia hasta que las cosas volvieran a estar en orden. No se puede obtener más respeto que el conseguido por Russell. Era alguien muy fuerte. El público jamás oía hablar de él, pero las familias y los agentes federales sabían bien lo fuerte que era.

Russell me regaló un anillo de oro que había mandado hacer especialmente para tres personas: para mí, para su vicejefe y para sí mismo. Llevaba una gran moneda de tres dólares engastada con diamantes. Russ se contaba entre los grandes en el mundo del robo y tráfico de joyas y en el hurto de guante blanco, y era el discreto socio de toda una serie de joyerías en la zona de Jeweler’s Row, en Nueva York.

El reloj de oro que me regaló Jimmy aún lo llevo en la muñeca y el anillo que me dio Russell continúa en mi dedo aquí, en la residencia. En la otra mano llevo un anillo con las piedras preciosas correspondientes al mes de nacimiento de cada una de mis hijas.

Jimmy y Russell se parecían mucho. Estaban hechos de músculo recio de la cabeza a los pies. Los dos eran bajos, incluso en aquellos tiempos. Russ debía rondar el metro setenta y cinco; Jimmy no llegaba al metro setenta. En aquel entonces yo medía un metro noventa y cinco y tenía que agacharme para hablar con ellos al oído. Eran listísimos, hasta el último pelo. Tenían solidez mental y física. Pero había algo importante que los diferenciaba. Russ era muy discreto y silencioso; siempre hablaba bajo,

incluso cuando se ponía furioso. Jimmy, en cambio, explotaba todos los días solo para mantener en forma su carácter. Además, le encantaba la publicidad.

La noche anterior a la velada en mi honor, Russ y yo nos reunimos con Jimmy. Nos sentamos en una mesa en el Broadway Eddie's y Russell Bufalino le dijo a Jimmy Hoffa de forma rotunda que debía abandonar la carrera para presidir el sindicato. Le explicó que varias personas estaban muy contentas con Frank Fitzsimmons, que había reemplazado a Jimmy cuando fue a parar a la cárcel. Aunque nadie en la mesa lo mencionó, todos sabíamos que esa gente estaba muy contenta con los grandes préstamos que podían conseguir fácilmente del fondo de pensiones de los Camioneros bajo el débil mandato de Fitz. Antes, cuando Jimmy estaba al mando, también se conseguían préstamos y Jimmy, a su vez, conseguía favores en negro, aunque los préstamos siempre se ajustaban a los términos establecidos por él. En cambio, Fitz se limitaba a agachar la cabeza ante esas personas: lo único que le importaba era beber y jugar al golf. No creo que sea necesario explicar el jugo que se le puede sacar a un fondo de pensiones de mil millones de dólares.

Russell le preguntó:

—¿Para que te presentas al puesto? A ti no te hace falta el dinero.

Jimmy contestó:

—No se trata del dinero. No voy a permitir que Fitz se haga con el sindicato.

Después de esa reunión, cuando estaba listo para llevar a Jimmy de regreso al hotel Warwick, Russ aprovechó para acercarse a mí un momento y me pidió:

—Habla con tu amigo. Explícale cómo son las cosas.

En nuestra forma de hablar, aunque no lo parezca, eso equivale a una amenaza de muerte.

Cuando llegamos al hotel Warwick advertí a Jimmy que, si no cambiaba de parecer sobre su intención de recuperar el sindicato, era mejor que se consiguiese a unos cuantos muchachos que le protegieran.

—No voy a entrar en ese juego, acabarían metiéndose con mi familia.

—Como quieras, pero no te conviene ir por la calle solo.

—Hoffa no le tiene miedo a nadie. Voy a por Fitz y voy a ganar esas elecciones.

—Pero ya sabes lo que eso significa —le recordé yo—. El propio Russ me pidió que te lo dijese.

—No se atreverán —gruñó Jimmy Hoffa clavándome la mirada.

Durante el resto de aquella noche y al día siguiente por la mañana, lo único que hizo Jimmy fue hablar de forma inconexa. Ahora que lo pienso, puede que fuese por los nervios, aunque jamás vi a Jimmy mostrarse asustado. El más valiente de los hombres se habría atemorizado con oír una sola de las muchas cosas que Russell le mencionó a Jimmy en la mesa del Broadway Eddie's esa noche antes de la velada en mi honor.

Ahora, nueve meses después de la velada en honor a Frank Sheeran, me encontraba en la cocina de mi casa en Filadelfia con el teléfono en la mano y Jimmy al otro lado de la línea, en su casa de verano junto al lago Orion, con la esperanza de que finalmente reconsiderase la posibilidad de retirarse del sindicato mientras aún estaba a tiempo.

—Mi amigo y yo vamos a conducir hasta la boda —le dije.

—Pensé que tu amigo y tú ibais a participar como invitados en la boda —contestó él.

Jimmy sabía que “mi amigo” era Russell, aunque no se podía usar su nombre por teléfono. La boda era la boda de la hija de Bill Bufalino, en Detroit. Aunque no estaban emparentados, Russell le había dado permiso a Bill para decir que eran primos: suponía una ayuda en su carrera. Bill era el abogado de los Camioneros en Detroit. Tenía una mansión en Grosse Pointe con una cascada de agua en el sótano. Había un pequeño puente para cruzar de un lado al otro: los hombres tenían su propia orilla para así poder hablar; las mujeres se quedaban al otro lado de la cascada. Está claro que aquellas mujeres no eran de las que prestaban mucha atención a las letras de la canción de moda que cantaba en aquel entonces Helen Reddy, “I Am Woman, Hear Me Roar” (Soy mujer, oídme rugir).

—Supongo que no vas a venir a la boda —le pregunté.

—Jo no quiere que la gente la mire —me respondió.

No hacía falta que Jimmy me lo explicara. Se hablaba de una escucha telefónica que el FBI estaba a punto de hacer pública. En ella se oía a

ciertas personas comentando las relaciones extramaritales que Josephine, su esposa, supuestamente habría tenido hacía años con Tony Cimini, un soldado^[2] del clan de Detroit.

—Ah, nadie se traga esa basura, Jimmy. Me había imaginado que no asistirías por el otro asunto.

—Que les den por culo si se creen que pueden a asustar a Hoffa.

—Pues cada vez están más preocupados de que la situación se esté convirtiendo en algo muy difícil de controlar.

—Yo tengo mis maneras de protegerme. He puesto a resguardo unas grabaciones.

—Por favor, Jimmy, hasta mi amigo está preocupado por ti.

—¿Y cómo le van las cosas a tu amigo? —preguntó Jimmy entre carcajadas—. Me alegra que lograra controlar aquel problema la semana pasada.

Jimmy se refería a un juicio por extorsión que Russ acababa de dejar atrás en Buffalo.

—Pues a nuestro amigo le está yendo realmente bien —le anuncié—. Fue él quien me dio la aprobación para que te llamase por teléfono.

Estos dos hombres respetados eran mis amigos, y también eran buenos amigos entre sí. Fue Russell quien me presentó a Jimmy por primera vez en los años cincuenta. En aquel entonces yo tenía tres hijas de las que cuidar.

Había perdido mi trabajo como conductor de un camión de carnicería para la cadena Food Fair, al sorprenderme intentando convertirme en su socio en el negocio. Había estado escamoteando carne y pollo que vendía directamente a los restaurantes. Así que comencé a aceptar encargos por día en la sede del sindicato de Camioneros: conducía camiones para distintas compañías cuando sus chóferes habituales se ponían enfermos o les pasaba algo. También daba clases de bailes de salón y los viernes y sábados por la noche trabajaba como portero en el Nixon Ballroom, una sala de fiesta de negros.

Aparte de eso, me encargaba de llevar algunos asuntos para Russ, aunque nunca por dinero, sino por respeto. Yo no era un matón a sueldo, un “vaquero”. Te encargabas de un recadillo, hacías un favor y luego conseguías un favor de vuelta cuando lo necesitabas.

Yo había visto en el cine la película *On the Waterfront*³¹ y creía que, al menos, era tan malo como el propio Marlon Brando. Le dije entonces a Russ que quería ser parte del sindicato. Estábamos en un bar en la parte sur de Filadelfia. Él había concertado una llamada con Jimmy Hoffa en Detroit y me lo puso al teléfono. Las primeras palabras que me dijo Jimmy al dirigirse a mí fueron: “Me han dicho que pintas casas”. La pintura es la sangre que supuestamente salpica sobre las paredes y el suelo cuando le disparas a alguien. Yo le respondí: “Y también hago trabajos de carpintería”. Eso se refiere a construir ataúdes, lo que viene a decir que uno también se deshace de los cuerpos.

Tras esa primera conversación, Jimmy me encontró trabajo en la Fraternidad Internacional, donde ganaba más dinero que en todos los restantes trabajos juntos, incluido el robo de carne; además, recibía dinero extra para gastos. Me encargaba de manejar algunos asuntos para Jimmy, tal como lo hacía para Russell.

—Así que te dio la aprobación para que llamas por teléfono. Deberías llamar más a menudo —Jimmy trataba de aparentar desidia al respecto. Me iba a obligar a contarle la razón por la cual Russell me había dado su aprobación para llamarlo—. Antes solías llamar todo el tiempo.

—Es justo lo que intento decirte. Si te llamo, ¿qué se supone que tengo que hacer luego? ¿Qué le puedo contar al viejo? ¿Que sigues sin prestar atención a lo que él te dice? No está acostumbrado a que la gente no le preste atención.

—El viejo vivirá muchos años.

—Sin duda, acabará bailando sobre nuestras tumbas —le respondí—. El viejo es muy cuidadoso con lo que come. Él mismo se cocina. Ni siquiera me deja que le fría yo los huevos y las salchichas porque una vez lo intenté y en lugar de aceite de oliva utilicé mantequilla.

—¿Mantequilla? Yo tampoco dejaría que me preparases los huevos y las salchichas.

—Y ¿sabes otra cosa, Jimmy? El viejo es muy cuidadoso con las cantidades que come. Él siempre dice que hay que compartir el pastel. Si te comes todo el pastel, acabas con dolor de tripa.

—Yo le tengo un enorme respeto a tu amigo —contestó Jimmy—. Nunca intentaría hacerle daño. Aunque hay ciertos elementos que podrían emplear contra Hoffa para echarlo cagando leches del sindicato, Hoffa nunca intentaría hacerle daño a tu amigo.

—Lo sé, Jimmy. Y él a ti te respeta. Por haber salido adelante de la nada, tal como te ocurrió a ti, y por todo lo bueno que has realizado por toda clase de personas. Él también es de los que apoya a los desfavorecidos. Eso ya lo sabes.

—Quiero que le digas algo de mi parte. Quiero asegurarme de que nunca se olvide. Mi respeto por McGee está por encima de todo. —Solo un puñado de gente se refería a Russell por el nombre de McGee. Su verdadero nombre era Rosario, aunque todo el mundo lo llamaba Russell. Aquellos que lo conocían un poco más lo llamaban Russ. Y los que mejor lo conocían podían llamarlo McGee.

—No hace falta que insista, Jimmy: el respeto es mutuo.

—Bueno, hay que pensar que va a ser una gran boda —añadió Jimmy—. Hay italianos que vienen de todos los rincones del país.

—Ya lo creo. Eso es bueno para nosotros. Jimmy, estuve hablando con nuestro amigo sobre la forma de arreglar todo esto. Es el momento adecuado. Todo el mundo estará allí para la boda. Y él se mostró entusiasmado con la idea.

—¿De quién fue la idea de arreglar todo esto? ¿Del viejo o tuya? —me preguntó Jimmy de inmediato.

—Yo fui el que sacó el asunto a colación, pero nuestro amigo se mostró muy receptivo.

—¿Y qué dijo?

—Bueno, se mostró muy receptivo y dijo: “Vamos a sentarnos con Jimmy junto al lago después de la boda. Encárgate de arreglarlo”.

—Es buena gente. Sí, McGee es buena gente. Venir hasta el lago, ¿eh? —la voz de Jimmy sonaba como si estuviese a punto de sacar fuera su famoso carácter, aunque tal vez de buena forma—. Hoffa siempre quiso

solucionar este puto asunto, desde el primer día. —En aquella época, cada vez era más frecuente que Jimmy se refiriese a sí mismo como Hoffa.

—Es el momento perfecto para solucionarlo, teniendo a todas las partes involucradas en la ciudad para asistir a la boda —le comenté—. Para poner las cosas en su lugar.

—¡Desde el primer día, Hoffa ha querido solucionar este puto enredo! —bramó Jimmy, por si alguien en la región del lago Orion no se había enterado cuando lo gritó por primera vez.

—Jimmy, sé que estás al tanto de que este asunto se tiene que solucionar —dije yo—. Las cosas no pueden continuar así. Sé que has hecho mucho ruido sobre si vas a revelar esto o lo otro. Sé que no lo dices en serio. Jimmy Hoffa no es un chivato y nunca lo será, pero no deja de causar preocupación. La gente no sabe a qué viene tanto ruido por tu parte.

—Ya veremos si Hoffa habla en serio, joder. Espera a que Hoffa regrese y eche mano a sus registros del sindicato y veremos si es solo ruido.

Al haber crecido junto al viejo y después de haber trabajado en el sindicato, creo que sé cómo interpretar el tono de voz de la gente, y Jimmy sonaba como si de nuevo estuviese a punto de sacar fuera su famoso carácter. Parecía que lo estaba alejando al mencionar lo del ruido. Jimmy era un negociador sindical nato y estaba haciendo una demostración de fuerza al volver a hablar de revelar los registros.

—Mira lo que ocurrió el mes pasado, Jimmy. Aquel señor, en Chicago. Estoy bastante seguro de que todo el mundo creía que era alguien intocable, empezando por él mismo. Su problema fue que comenzó a hablar de forma irresponsable y podría haber hecho daño a varios importantes amigos nuestros.

Jimmy sabía que el “señor” del que le estaba hablando era su buen amigo Sam Giancana, “Momo”, el jefe de Chicago que acababa de ser asesinado. Muchas veces yo había llevado “notas” —mensajes verbales, nunca nada por escrito— entre Momo y Jimmy.

Antes de que lo pusieran en su sitio, Giancana había sido alguien muy destacado en ciertos círculos y en los medios. Momo se había expandido desde Chicago para trasladarse a Dallas. Jack Ruby formaba parte de su

equipo. Momo tenía casinos en La Habana, y también había abierto otro en Lake Tahoe con Frank Sinatra. Había estado saliendo con una de las cantantes de las Hermanas McGuire, las mismas que cantaron en lo de Arthur Godfrey. Compartió con John F. Kennedy una amante, Judith Campbell, cuando JFK era presidente y él y su hermano Bobby usaban la Casa Blanca como si fuese su propio motel. Momo había ayudado a JFK a salir elegido; solo entonces Kennedy apuñaló a Momo por la espalda. La forma de pagarle fue permitir que su hermano Bobby persiguiese a quien quisiera.

Lo que pasó con Giancana es que la semana antes de que se lo cargasen, la revista *Time* hizo público que Russell Bufalino y Sam Giancana, “Momo”, habían trabajado para la CIA en 1961 en la invasión de la Bahía de Cochinos, en Cuba, y que, en 1962, habían estado envueltos en una trama para matar a Castro. Si había algo que sacaba de sus casillas a Russell Bufalino era ver su nombre en letras de molde.

El Senado de Estados Unidos había citado a Giancana para testificar sobre los servicios prestados por la mafia a la CIA para asesinar a Castro. Cuatro días antes de comparecer Giancana, alguien se encargó de él en la cocina de su casa. Un tiro en la nuca y otros seis al mentón, al estilo siciliano: eso quería decir que no se había preocupado de mantener la boca cerrada. Daba la impresión de que lo hubiera hecho un viejo amigo, lo suficientemente cercano a él como para que Momo le estuviese friendo unas salchichas en aceite de oliva. Russell solía decirme: “Si te entran las dudas, no lo dudes”.

—¡Nuestro amigo de Chicago podría haberle hecho daño a mucha gente, incluso a ti y a mí! —gritó Jimmy. Me alejé el auricular del oído, pero aún podía oírlo vociferar—. Debería haber dejado registros: Castro, Dallas... Pero el señor de Chicago jamás dejó nada escrito. En cambio, saben que Hoffa sí que tiene registros escritos. Cualquier cosa rara que me pueda pasar y los registros saldrán a la luz.

—No soy de los que baja la cabeza en sumisión, Jimmy, así que, por favor, no me digas: “Seguro que no se atreverán”. Después de lo que le sucedió a nuestro amigo de Chicago, ya te habrás enterado de lo que puede ocurrir.

—Mejor preocúpate de ti mismo, amigo Irlandés. A los ojos de mucha gente, estás demasiado cerca de mí. Y recuerda lo que te he dicho: vigila tu propio culo. Consigue a alguien que te acompañe.

—Jimmy, tú sabes que ha llegado el momento de sentarse a negociar. El viejo te ha hecho la oferta para ayudarte.

—Hasta ahí estamos de acuerdo —en ese momento Jimmy se comportaba como el negociador sindical que era, haciendo alguna concesión.

—Bien —decidí dar un paso adelante—, iremos de visita al lago el sábado, alrededor de las 12.30. Dile a Jo que no la lée: las mujeres comerán aparte.

—A las 12.30 estaré esperando —respondió Jimmy.

Yo sabía que estaría preparado a la hora convenida. Russ y Jimmy siempre eran puntuales. Si no te presentabas a tiempo, era señal de que no les tenías respeto. Jimmy te daba hasta quince minutos. Una vez transcurridos, la cita quedaba cancelada. Daba igual lo importante que pudieras ser.

—Te tendré un banquete irlandés: una botella de Guinness y un bocadillo de mortadela. Una última cosa —añadió Jimmy—: solo vosotros dos.

Jimmy no estaba haciendo una petición; era una orden: “No vengáis con el pequeñajo”.

—Yo me encargo de esa parte —le aseguré—. Dejaré claro que no quieres que nos acompañe el pequeñajo.

¿El pequeñajo? Por lo que yo sabía, Jimmy quería verlo muerto. El pequeñajo era Tony Provenzano, “Pro”, un miembro de la mafia que era *caporegime* o capitán de la familia Genovese, en Brooklyn. Pro había sido uno de los hombres de Hoffa, pero luego se convirtió en el líder de una facción de los Camioneros que se oponía al regreso de Jimmy al sindicato.

La mala leche entre Pro y Jimmy venía de una bronca que tuvieron cuando estaban en prisión, en la que casi acabaron a hostias en el comedor. Jimmy se negó a ayudar a Pro a evadir la ley federal para que consiguiera su pensión de un millón doscientos mil dólares, mientras que él sí que obtuvo la suya, de un millón setecientos mil dólares, pese a ir a la cárcel.

Un par de años después, los dos quedaron en libertad y se sentaron a negociar en una convención del sindicato de Camioneros en Miami para tratar de arreglar el marrón. El problema fue que Tony Pro amenazó a Jimmy con arrancarle las entrañas con sus propias manos para, a continuación, matar a sus nietos. En aquel entonces Jimmy me hizo saber que quería pedirle permiso a Russell para que yo me hiciera cargo del pequeñajo, pero nunca más volví a oír ni un suspiro, de modo que pensé que solo se trataba de una idea pasajera surgida durante alguno de los ataques de furia que le daban a Jimmy. Si hubiese sido algo serio, me habría enterado el mismo día en que debía llevar a cabo el encargo. Se hace de ese modo: cuando quieren que te hagas cargo de un asunto así, te avisan un día antes.

Tony Pro llevaba una agrupación local del sindicato de Camioneros al norte de Nueva Jersey, donde ahora se ambienta *Los Soprano* en la televisión. Sus hermanos me caían bien. Nunz y Sammy eran buena gente. En cuanto a Pro, nunca me despertó mucha simpatía. Era capaz de matarte por nada. Una vez le dio el beso de la muerte a uno porque había sacado más votos que él, aunque estaban en la misma lista. Pro la encabezaba y se presentaba para presidente de su agrupación local, mientras que aquel pobre estaba por debajo y aspiraba a un puesto inferior, no me acuerdo bien de qué. Pues cuando Tony Pro vio lo popular que era aquel tío en comparación con él, envió a Sally Bugs y a un antiguo boxeador que trabajaba para la mafia judía, K.O. Konigsberg, para que lo estrangulasen con una cuerda de nailon. Fue un mal golpe. Mientras hacían todo tipo de pactos con el diablo para intentar echarnos la mano encima a nosotros, los sospechosos de lo ocurrido a Hoffa, bajo cualquier acusación que se les ocurriera, se consiguieron un chivato que testificó contra Pro. Luego todo se fue complicando hasta que Pro acabó condenado a perpetua por aquel mal golpe. Pro murió en la cárcel.

—No quiero ver al pequeñajo —insistió Jimmy—. ¡Que le den por culo!

—Me lo estás poniendo difícil, Jimmy. Y la verdad, no tengo ninguna intención de presentarme al premio Nobel de la Paz.

—Ayuda a Hoffa a arreglar todo este entuerto y te daré un premio de la paz. Pero recuerda: solo nosotros tres. Ve con cuidado.

Debía contentarme porque, al menos, los tres nos íbamos a reunir el sábado junto al lago. Jimmy reunido con “Russ y Frank”, nuestros nombres escritos en aquel taco de papel amarillo que tenía junto al teléfono para que cualquiera lo pudiese ver.

El día siguiente era lunes 28. Mi segunda esposa, Irene, la madre de la menor de mis cuatro hijas, Connie, estaba hablando por su propia línea, discutiendo con una amiga lo que debía llevar en la boda, cuando sonó mi línea.

—Es Jimmy —me dijo Irene.

El FBI guarda un registro de todas estas llamadas de larga distancia, aunque no creo que Jimmy lo tuviese en mente cuando hacía sus amenazas sobre sacar a la luz esto y lo otro. La gente no podía seguir aguantando ese tipo de chantaje por mucho tiempo. Puede que no tengas intenciones de hacerlo de verdad, pero de cualquier forma estás mandando la señal equivocada a la gente que está en la parte de abajo en la cadena de mando. ¿Qué fortaleza tienen los jefes si permiten que haya personas amenazando con chivarse?

—¿Cuándo vais a venir tú y tu amigo? —me preguntó Jimmy.

—El martes.

—Eso es mañana.

—Así es, mañana por la noche, cerca de la hora de cenar.

—Muy bien. Llamadme cuando lleguéis.

—¿Cómo no iba a hacerlo? —Cada vez que iba a Detroit lo llamaba, en señal de respeto.

—Tengo una reunión programada para la tarde del miércoles —dijo Jimmy. Luego hizo una pausa—. Con el pequeñajo.

—¿Qué pequeñajo?

—El mismo pequeñajo.

—¿Te importa si te pregunto qué te ha hecho cambiar de opinión sobre encontrarte con ese sujeto? —la cabeza me daba vueltas.

—¿Qué puedo perder? —contestó Jimmy—. McGee esperaría que Hoffa tratase primero de resolver sus propios marrones. No me importa hacer un último intento antes de que vosotros vengáis a verme al lago el sábado.

—Tengo que advertirte de que vayas acompañado de tu hermanito. — El sabía a lo que me estaba refiriendo: a un arma, un revólver, algo para calmar la situación, no para revolverla más—. Por precaución.

—No te preocupes por Hoffa. Hoffa no necesita un hermanito. Tony Jack fue el que arregló la reunión. Nos encontraremos en un restaurante, en un lugar público. El Red Fox en la calle Telegraph, tú lo conoces. Cuídate.

Anthony Giacalone, “Tony Jack”, era parte del clan de Detroit. Tony Jack era muy cercano a Jimmy, a su esposa y a sus niños. Sin embargo, en esta situación, Jimmy no era el único cercano a Tony Jack. La esposa de Tony Jack era prima hermana del pequeño, Tony Pro, y eso, entre italianos, es algo serio.

No me resulta difícil entender por qué Jimmy podía confiar en Tony Jack. Era un buen tipo. Murió en la cárcel en febrero de 2001. Los titulares decían: “Célebre mafioso americano se lleva el secreto de Hoffa a la tumba”. Seguro que podía haber contado algo.

Hacía tiempo que se rumoreaba que Tony Jack había tratado de concertar otra reunión entre Jimmy y Tony Pro después del fiasco ocurrido en Miami, pero Jimmy la había rechazado con un gesto del pulgar hacia abajo, como los críticos de cine Siskel y Ebert. Y ahora, de pronto, Jimmy se mostraba de acuerdo para encontrarse con Pro, el mismo que lo había amenazado con arrancarle las entrañas con sus propias manos.

Al mirar ahora en retrospectiva, tal vez era Jimmy el que estaba tratando de tenderle una trampa a Pro para mandarlo a “Australia”. Quizás Jimmy contaba con que Pro actuase como solía. Tony Jack estaría allí sentado en el restaurante, observando cómo Jimmy se comportaba de forma razonable, mientras Pro hacía el gilipollas. O quién sabe si Jimmy quería que Russell se enterase el sábado, cuando acudiera al lago, de que él había hecho todo lo humanamente posible para arreglar las cosas con Pro, pero que ahora lo que correspondía era cargárselo.

—A plena vista, en un lugar público: eso está bien. Tal vez esta boda de verdad está consiguiendo juntar a todo el mundo —bromeé—. Fumar la pipa de la paz y enterrar las hachas de guerra. Lo único es que yo estaría más tranquilo si pudiese acompañarte para apoyarte.

—Muy bien, Irlandés —contestó, como si intentase hacerme sentir mejor, aunque había sido él quien había comenzado por preguntarme que cuándo llegaba a Detroit. Tan pronto como hizo la consulta sobre mi llegada, yo ya sabía lo que quería—. Entonces, ¿qué tal si te das un paseo y nos encontramos allí el miércoles a las 14.00? Ellos tendrían que llegar a las 14.30.

—Por precaución. Sin embargo, puedes estar tranquilo, que yo llevaré a mi hermanito. Es muy buen negociador.

Enseguida llamé a Russell y le comuniqué las alentadoras novedades sobre el encuentro de Jimmy con Jack y Pro, y le dije que yo le acompañaría para apoyarle.

Desde entonces he vuelto a pensar mucho en esa llamada, pero no recuerdo que Russell me dijera nada.»

II

Así está el tema

«Cuando mi esposa Irene y yo llegamos la noche del lunes a Kingston, en la parte norte de Pensilvania, cerca de Wilkes-Barre, nuestro plan era cenar con Russ y su mujer, Carrie, y con la hermana mayor de esta, Mary, que era viuda. Irene y yo íbamos a pasar la noche en el Howard Johnson, del que Russ poseía una parte, y a continuación, el martes, temprano por la mañana, los cinco nos pondríamos en camino hacia Detroit en mi nuevo Lincoln Continental negro. (Luego dijeron que el coche lo había conseguido bajo cuerda. Cuando trataron de involucrarnos a los ocho sospechosos de lo ocurrido a Hoffa, afirmaron todo tipo de cosas, y acabaron usando el coche para enviarme a la cárcel en 1981, acusado de fraude laboral.)

El viaje en coche nos iba a llevar doce horas porque Russell no permitía que fumáramos dentro. Russ había dejado de fumar después de hacer una apuesta con Jimmy Ojos Azules, de los de Meyer Lansky, en un barco que cogieron en Cuba en 1960, cuando Castro los sacó a todos a patadas y les quitó los casinos. Perdieron un millón de dólares diario gracias a Castro. Todos estaban furiosos con él, sobre todo Russell y sus amigos íntimos Carlos Marcello, el jefe de Nueva Orleans, y Santo Trafficante, el jefe de Florida. Castro llegó a tener el valor de meter a Trafficante entre rejas. Me contaron que Sam Giancana, “Momo”, tuvo

que enviar a Jack Ruby a repartir unos cuantos fajos para sacar a Trafficante de la cárcel y de Cuba.

Como Russell hervía de rabia en el barco, comenzó a fumar un cigarrillo tras otro mientras insultaba en voz baja a Castro, así que Jimmy Ojos Azules vio la oportunidad de apostarle a Russ veinticinco de los grandes a que no era capaz de pasar un año entero sin fumar. Russ arrojó el cigarrillo por la borda y nunca volvió a coger otro, pese a que acabó el año de la apuesta y Jimmy Ojos Azules ya le había pagado.

Pero las mujeres que nos acompañaban no habían hecho ninguna apuesta de ese tipo, de modo que tendríamos que parar por el camino para sus pausas para fumar, lo cual nos iba a retrasar. (Fumar es uno de esos vicios que, de niño, nunca tuve que confesarle al cura. Nunca probé el tabaco, ni siquiera durante la guerra, ni siquiera estando encerrado en Anzio con nada más que hacer que no fuera jugar a las cartas, rezar a Dios y fumar. Hay que mantener el aliento en esta vida.)

Otra de las razones por las que tardaríamos tanto fue que Russell siempre tenía que hacer paradas de negocios a lo largo del camino, donde quiera que fuésemos juntos: instrucciones que dar sobre ciertos asuntos, dinero que pasar a recoger, ese tipo de cosas.

La noche del lunes Irene y yo cenamos con Russell, Carrie y su hermana en el Brutico's, en Old Forge, Pensilvania. Russ acudía a restaurantes especiales que estuvieran a la altura de sus exigencias; de otro modo, si no era algo que él mismo se cocinaba, era raro que comiese.

De no ser por el pelo canoso de Russ, nadie hubiera podido decir que ya pasaba de los setenta años. Era muy enérgico. Había nacido en Sicilia, pero hablaba un inglés perfecto. Él y Carrie nunca tuvieron hijos. En ocasiones se me acercaba para pellizcarme la mejilla y me decía: "Tú deberías haber sido italiano". Fue él quien me puso "el Irlandés". Antes de eso me llamaban "Chich", que es la abreviación de Frank en italiano: Francesco.

Después de la comida, que, según recuerdo, fue algo así como ternera y pimientos con espaguetis a la marinara, acompañado de brócoli y una rica ensalada aderezada con un aliño que Russell preparó en la cocina, nos

sentamos y disfrutamos de un momento de descanso con nuestro café adornado con Sambuca.

Luego apareció el dueño y le susurró algo a Russ. Por entonces no había teléfonos móviles y Russ tuvo que levantarse para ir a atender la llamada. Cuando regresó, tenía el aire de haber cerrado un trato. En su cara redonda y curtida lucía una sonrisa como la que se forma cuando nos ciega la luz del sol. Sufría de un deterioro de los músculos de la cara que le provocaban un ojo caído. Cualquiera que no lo supiese pensaría que parpadeaba o que había estado bebiendo. Con el ojo bueno me miró a través del cristal de sus gafas, directo a mis ojos azules.

Al principio no dijo nada, como si estuviera intentando pensar cómo iba a explicarme el asunto, estudiando al mismo tiempo mi mirada. Russell tenía una voz que carraspeaba como un sonajero, pero cuanto más furioso se ponía, más bajo hablaba. Aquella noche antes de la cena testimonial con ocasión de la velada en mi honor, habló muy bajo para advertirle a Jimmy que no intentase hacerse con el sindicato nuevamente. Pues en la mesa del Brutico's, Russell se puso a hablar tan bajo que me obligó a agacharme para acercar mi cabezota a una mínima distancia. Con un murmullo rasposo, me dijo:

—Ha habido un pequeño cambio de planes. No saldremos mañana: nos quedamos aquí hasta el miércoles por la mañana.

La noticia me cayó como una bomba de mortero. No querían que yo estuviera en ese restaurante de Detroit la tarde del miércoles. Querían a Jimmy solo.

Me quedé agachado cerca de Russell. Tal vez me diría algo más. Uno simplemente escucha: nada de preguntas. Parece que le costó un buen rato antes de volver a hablar, o tal vez solo fue una impresión mía.

—Tu amigo llega demasiado tarde. Ya no será necesario que nos encontremos tú y yo con él este sábado junto al lago.

El ojo bueno de Russell Bufalino permanecía clavado en mí. Yo me reincorporé en mi asiento. No podía dejar ver nada en mi cara. No podía decir una palabra. Las cosas no funcionan así. Una mirada equivocada y podía acabar con mi casa pintada.

Cuando traté de explicarle la situación a Jimmy en octubre, en el hotel Warwick de Filadelfia, me había advertido de que tuviese cuidado. Me había dicho:

—... vigila tu culo... podrías terminar siendo un blanco perfecto.

Y justo el día anterior me había vuelto a advertir al teléfono de que me hallaba muy cerca de él “a los ojos de mucha gente”. Me acerqué el café con Sambuca a la nariz. El licor no olía mucho en contraste con el aroma del café, así que le añadí un poco más de Sambuca.

Cuando volvimos al motel Howard Johnson con Irene, no fue necesario que me dijese que ni se me ocurriera llamar a Jimmy. A partir de ese momento, fuese o no verdad, tendría que asumir que ahora me vigilaban. Russell era dueño de una parte del Howard Johnson. Si usaba el teléfono aquella noche, era muy probable que Irene y yo nunca pudiésemos subirnos al coche al día siguiente. Habría sido merecedor de lo que alguna gente ya veía como inevitable y la pobre Irene habría acabado en el lugar equivocado, en el momento equivocado y con el irlandés equivocado.

Y no había forma de que Jimmy pudiese llamarme. Por si los agentes federales estaban a la escucha, uno nunca decía por teléfono dónde se iba a quedar al llegar al sitio adonde iba. En aquel entonces no había teléfonos móviles. Jimmy se quedaría sin mi llamada el martes por la noche en Detroit y no había que darle más vueltas. Él nunca sabría el porqué. Acudiría solo a su reunión el miércoles; mi hermanito y yo no estaríamos allí para apoyarlo.

Permanecí ahí sentado mientras las mujeres hablaban de sus cosas entre ellas. Podrían haber estado perfectamente al otro lado del puente sobre la cascada en el sótano de Bill Bufalino.

Comencé a repasar la situación con rapidez. Justo después de llamar a Russell para contarle que Jimmy me había llamado, Russell debió de telefonar a alguna gente importante. Debió de avisarles de que yo iría con Jimmy al restaurante en compañía de mi hermanito. Fuese o no cierto, lo más lógico que se me ocurrió pensar es que aquella gente había llamado a Russell para decirle que querían que nos quedásemos donde estábamos un día más para poder estar con Jimmy a solas.

Esa misma gente debió de estar evaluando todo el asunto hasta justo antes de llamar a Russell. Gente de Nueva York, Chicago y Detroit se debió de tirar todo el día decidiendo si me dejaban acompañar o no a Jimmy el miércoles. De esa forma, uno de los apoyos más cercanos de Hoffa se iría también con él a “Australia”. Todos los secretos que Jimmy hubiera podido contarme después de la reunión en el Broadway Eddie’s aquella noche en la que lo acompañé al hotel Warwick, además de los que hubiese podido acumular a lo largo de los años, se irían a la tumba conmigo. Al final decidieron perdonarme por respeto a Russell. No iba a ser la primera vez que Russell me salvase de algo serio.

Da igual lo duro que seas o lo duro que creas ser: si van a por ti, estás en sus manos. Por lo general, es tu mejor amigo el que se te acerca para conversar de alguna apuesta de fútbol y hasta nunca. Como Giancana, que la palmó friendo huevos en aceite de oliva con un amigo en el que confiaba.

En mi caso, era el peor momento para mostrarme preocupado por Jimmy, pero no pude evitarlo. Intentando parecer que no estaba intercediendo para salvar a Jimmy, me acerqué al oído de Russell.

—La radiación contaminante de los federales —dije intentando no tartamudear, aunque probablemente no conseguí evitarlo. En cualquier caso, él ya estaba acostumbrado; era mi forma de hablar desde niño. No me preocupaba que lo pudiese interpretar como que me estuviera costando trabajo afrontar esa situación porque yo era muy fiel a Jimmy, muy cercano a él y a su familia. Incliné mi cabeza y la sacudí a un lado y al otro—. La radiación contaminante va a saltar por todas partes. Ya sabes, Jimmy guarda sus registros escondidos en caso de que le suceda algo raro.

—Tu amigo ya ha hecho demasiadas amenazas en su vida —replicó Russell encogiéndose de hombros.

—Yo solo digo que la radiación contaminante va a saltar por todas partes cuando encuentren su cuerpo.

—Pues no habrá cuerpo.

Russell hizo sobre la mesa el gesto con el pulgar de su mano derecha hacia abajo. Russell había perdido el pulgar y el índice de su mano

izquierda cuando era joven. Con el pulgar apoyado sobre la mesa, hizo como si estuviera aplastando algo sobre el mantel blanco.

—Polvo al polvo —añadió.

Yo me incorporé en mi silla y le di un sorbo al café con Sambuca.

—Así está el tema —le confirmé y volví a sorber de la taza—. Bueno, entonces llegamos el miércoles por la noche.

El viejo se acercó y me pellizcó la mejilla, como si supiera lo que ocurría en mi corazón.

—Mi Irlandés, que sepas que hemos hecho todo lo posible por ese hombre. Nadie podía decirle cómo se lleva el asunto. Llegaremos a Detroit juntos el miércoles por la noche.

Volví a poner la taza de café sobre el platillo y Russell me echó la mano sobre la nuca. La dejó allí por un momento, mientras me susurraba:

—Iremos hasta allí y pararemos por el camino para que las mujeres hagan su pausa. Y una vez en la ciudad, arreglaremos algunos negocios.

Claro, pensé, y asentí con la cabeza. Russell tenía negocios en toda la ruta que va desde Kingston a Detroit. Dejaríamos a las mujeres en algún restaurante de carretera y, mientras ellas fumaban y tomaban café, nosotros nos encargaríamos de nuestros negocios.

Russell se inclinó hacia mí y yo me agaché hasta quedar a su lado. Me susurró al oído:

—Habrá un piloto esperándonos. Tú puedes hacer un breve vuelo por el lago e ir a Detroit a resolver algunos recados. Luego vuelas de regreso y ya después podremos relajarnos. El resto del viaje a Detroit será agradable y distendido, mirando el paisaje por el camino. No tenemos ninguna prisa. Así está el tema.»

III

Búscate otro saco de boxeo

«¿Qué clase de circunstancias me habían llevado hasta ese momento exacto, en un pequeño restaurante italiano situado en un pueblo de mineros del carbón en Pensilvania, donde debía escuchar con atención las órdenes que me susurraban al oído? Órdenes que tenía que acatar por la parte que me correspondía en la trama contra mi amigo Jimmy Hoffa.

Yo no nací siendo parte de esa forma de vida que llevaba la mafia, como los jóvenes italianos que venían de sitios como Brooklyn, Detroit y Chicago. Yo era un católico irlandés de Filadelfia y, antes de regresar a casa de la guerra, nunca había hecho nada malo, ni la más mínima conducta desordenada.

Nací en tiempos difíciles no solo para los irlandeses, sino para cualquiera. Dicen que la Gran Depresión comenzó cuando yo tenía nueve años, en 1929, pero hasta donde recuerdo, mi familia *jamás* tuvo dinero. Ni la familia de nadie que yo conociera.

Mi primera experiencia con fuego enemigo tuvo lugar con los granjeros en Nueva Jersey, cuando yo no era más que un chiquillo. Filadelfia está a orillas del ancho río Delaware, al otro lado de Camden, Nueva Jersey. Ambas ciudades comenzaron como puertos de salida al océano y están conectadas por el puente Walt Whitman. Hoy en día cuesta creer que, una vez que dejas atrás Camden en coche y ves que apenas queda el más mínimo terreno libre, ni como para sembrar una huerta con

dos tomates, en los locos años veinte, cuando yo era niño, estaba todo vacío: no había más que tierras de labranza cercadas. Nueva Jersey era un pueblucho comparado con Filadelfia, un lugar realmente tranquilo.

Mi padre, Tom Sheeran, se conseguía prestado un destartalado coche viejo con grandes escalones a ambos lados. Recuerdo que me llevaba a los campos que están a las afueras de Camden desde que yo era muy pequeño y me dejaba donde ahora está el aeropuerto para que ayudase en la cosecha.

Regresábamos al atardecer, cuando aún quedaba algo de luz como para ver pero ya había comenzado a oscurecer. Es la hora del día en que se supone que los granjeros se sientan a cenar en casa. Lo que hacía era encaramarme a la valla para lanzarle a mi padre algunas muestras de lo que había estado cosechando. Podían ser mazorcas de maíz, tomates o cualquier verdura de temporada. Era lo que había que hacer si uno quería tener algo de comida en la mesa.

Pero claro, a los granjeros no les ponía tan contentos nuestra idea de compartir los frutos de la naturaleza. Algunas tardes nos esperaban con sus escopetas. Más de uno salió a perseguirme y tuve que saltar por encima de la valla, con lo que me llenaban el culo de perdigones.

Entre los primeros recuerdos de mi infancia puedo ver a mi madre, Mary, sacándome los perdigones de las posaderas mientras le preguntaba a mi padre:

—Tom, ¿por qué siempre tengo que sacarle estas bolas de plomo del trasero a Francis?

Y mi padre, que siempre la llamó Mame, le contestaba:

—Porque el chaval aún no corre tan rápido como debiera, Mame.

Del lado sueco de mi madre he heredado la altura. Su padre era minero y trabajador ferroviario en Suecia. Su hermano era médico en Filadelfia, el doctor Hansen. Mi madre medía más de un metro ochenta y nunca estuvo por debajo de los noventa kilos. Se comía medio litro de helado todos los días. Yo solía ir a la heladería a buscarle su ración cada tarde. Uno llevaba su propio cuenco y te ponían la cantidad de helado que les pedías. A mí ya me conocían. A mi madre le encantaba cocinar y hacía el pan en casa. Todavía recuerdo el aroma de su estofado de cerdo, el chucrut y las patatas

hervidas en la cocina a carbón. Mi madre era una persona muy callada y creo que nos demostraba su amor a través de la comida que nos cocinaba.

Mis padres se casaron muy mayores para aquella época. Mi madre tenía cuarenta y dos años cuando me tuvo a mí, su primer hijo, y mi padre, cuarenta y tres. Se llevaban un año, sí. Mi hermano nació trece meses más tarde, y mi hermana, trece meses después de él. Éramos lo que en aquel entonces llamaban “mellizos irlandeses”, porque los católicos irlandeses tenían niños muy seguidos entre sí.

Pese a que mi madre era sueca, mi padre nos crio como irlandeses. Su familia provenía de las afueras de Dublín. Sin embargo, yo nunca conocí a mis abuelos por ninguna de las dos ramas. En aquel entonces la gente no daba tantas muestras de cariño como hoy. Yo estoy todo el día tratando de aprender a ser más cariñoso con mis nietos, pero no tengo memoria de que mi madre me haya dado un beso nunca, ni recuerdo haberla visto besar a mi hermano o a mi hermana, Margaret. No es que tuviesen favoritismos, pero Tom era el preferido de mi padre y Peggy, de mi madre. Supongo que yo era muy grande y, como era el mayor, esperaban que fuese más maduro que los dos más pequeños. Incluso me sucedió lo mismo en el colegio: los profesores me hablaban como si yo fuese un chico mayor y daban por hecho que debía enterarme de lo que me estaban hablando.

Mis padres lo hicieron lo mejor que pudieron contando con lo que tenían. Cada Semana Santa, Tom y Peggy recibían ropa nueva, pero el dinero nunca alcanzaba para comprarme algo a mí. Recibir ropa nueva por esas fechas era algo importante en los barrios de católicos irlandeses en los que crecí. Recuerdo que una Semana Santa me quejé a mi padre de que nunca me regalaban nada y él me dijo:

—Pues coge el sombrero nuevo de Tom, te lo pones en la cabeza y te paras junto a la ventana para que los vecinos vean que tú también tienes un sombrero nuevo.

No recuerdo que ninguno de nosotros tres jamás tuviese un juguete propio. Una Navidad nos regalaron unos patines para compartir. Eran de metal y se podía ajustar la talla. Nos acostumbramos a no necesitar juguetes. Y si alguno quería algo, tenía que arreglárselas por sí solo. Tuve mi primer trabajo con siete años, ayudando a un tío a limpiar las cenizas

de las carboneras. Si conseguía ganar algo de calderilla cortando el césped de algún vecino y mi padre se enteraba, se quedaba esperando a la vuelta de la esquina hasta que me pagasen y entonces aparecía para quedarse con las monedas grandes, y con suerte me dejaba las de diez centavos.

Vivimos en muchos barrios católicos distintos, pero casi siempre fuimos a la misma parroquia. Pasábamos unos cuantos meses en un sitio, hasta que mi padre comenzaba a atrasarse con el pago del alquiler y teníamos que escabullirnos a toda prisa para ir al siguiente apartamento. Luego volvíamos a hacer lo mismo cuando se acercaba la hora de ponerse al día con el alquiler. Cuando tenía empleo, mi padre trabajaba de obrero metalúrgico, colgado de lo alto de los edificios, caminando sobre vigas de metal como hacían los indios mohicanos. Era un ejercicio peligroso. Había mucha gente que se despeñaba y acababa muerta. Trabajó en la construcción del puente Ben Franklin, en Filadelfia, y en los escasos edificios de gran altura que se llegaron a construir durante la época de la Gran Depresión. Era unos cinco centímetros más bajo que mi madre, cerca del metro setenta y cinco, y pesaba unos sesenta y cinco kilos. Durante mucho tiempo el único empleo que consiguió fue el de sacristán y portero del colegio y la iglesia de Santa María Bendita, en Darby, Pensilvania.

La religión católica ocupaba una parte importante en nuestra vida. Era algo obligatorio. Si me preguntasen cuál era el hobby de mi madre, contestaría que era muy religiosa. Me pasé muchas horas dentro de las iglesias católicas. Mi padre llegó a estar cinco años estudiando en el seminario para ser cura, aunque luego lo dejó. Sus dos hermanas eran monjas. Yo aprendí todo lo relacionado con la confesión y la absolución de los pecados. Si uno se moría de camino al confesionario, pero sin alcanzar a contarle al cura todo lo que había hecho de malo, entonces acababa en las llamas del infierno por el resto de la eternidad. Si te morías de camino a casa, después de haber confesado tus pecados, te ibas derecho al cielo.

Fui monaguillo en la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores hasta que me echaron con viento fresco por darle un sorbo al vino sacramental. No culpo al otro monaguillo por haberse chivado. No es que fuera realmente un chivato. El padre O'Malley —aunque no lo creas, ese era su nombre, como el cura que siempre interpretaba Bing Crosby— vio que

faltaba vino y le dijo que quien lo hubiese sacado no iría al cielo. Supongo que el chaval debió de ver que tenía una oportunidad de poner un pie en el reino celestial y me delató. Y lo peor es que ni siquiera me gustó el vino de misa.

A mi padre sí que le gustaba la cerveza. El hombre solía apostar por mí en los bares clandestinos. Lo que hacíamos era ir a un sector nuevo de Filadelfia donde aún no fuésemos muy conocidos y entonces él se metía a un bar clandestino y le apostaba a alguno de los parroquianos que tenía un hijo de diez años capaz de darle una tunda a cualquier chaval de catorce o quince años. El otro padre le apostaba un cuarto de dólar para cerveza mientras nosotros, los chicos, teníamos que darnos de hostias frente a los adultos. Si yo ganaba, que solía ser el caso, él me tiraba una moneda de diez centavos, y si perdía, me atizaba una gran colleja en la nuca.

Durante un tiempo vivimos en un vecindario habitado mayormente por italianos y todos los días tenía que abrimme camino a golpes para volver a casa del colegio. Allí aprendí un montón de palabras italianas que luego me sirvieron en la guerra, durante las campañas en Sicilia y en Italia. Cuando estuve allí, aprendí a hablar italiano bastante bien. Mientras lo aprendía —con la intención de caer bien a las italianas— ni me imaginaba que, después de la guerra, empezaría a relacionarme con muchas personas que quedaron muy impresionadas por lo bien que hablaba yo el italiano. Lo interpretaron como una señal de respeto por mi parte, y eso ayudó mucho a que me creyesen, confiaran en mí y me respetasen.

Mi padre, Thomas Sheeran, era boxeador amateur del Club Católico de Shanahan. Era un peso wélter duro de batir. Muchos años más tarde, después de la guerra, pasé un tiempo jugando a fútbol con los de Shanahan. De niño, muchas de nuestras actividades estaban organizadas por la iglesia. En aquel entonces no había televisión y eran pocos los que tenían una radio. Ir al cine costaba una pasta, así que la gente asistía a mirar o a participar en los eventos de la iglesia. Mi padre competía a menudo en el cuadrilátero.

Sin embargo, también le gustaba competir en casa. Cada vez que creía que yo había hecho algo mal, me tiraba los guantes de boxeo. El problema es que yo no podía responder: mi padre era intocable. Me daba en la cara y

me soltaba ganchos y derechazos por encima de la cabeza. Como buen obrero metalúrgico, sabía atizar duro. Yo me revolvía y me arqueaba, intentando bloquear sus golpes con mis guantes, pero si cometía la estupidez de intentar devolverle algún golpe, entonces sí que me hacía papilla. Yo era el único en casa al que le tiraba los guantes. No importaba lo mal que Thomas Jr. (que había heredado su nombre) pudiera llegar a portarse; nunca recibió un coscorrón.

Claro que Tom no hacía ninguna travesura como las mías. No es que sea algo malo, pero yo siempre fui un rebelde. Recuerdo que una vez, en séptimo, cuando iba al colegio Virgen Bendita, cogí de casa el queso Limburger que estaba en la bandeja de la nevera para llevarlo al colegio. En la clase solía hacer bastante frío por las mañanas hasta que se acumulaba calor, por eso nos sentábamos todos con el jersey y la chaqueta puestos. La calefacción funcionaba con una caldera a vapor, y el calor emanaba a través de radiadores que había que esperar a que se calentasen. Yo puse el Limburger en un radiador. Entonces comenzó a calentarse y se fue poniendo cada vez más y más blando y el hedor empezó a llenar la sala. Llamaron a mi padre, que era el portero del colegio, y él rastreó el olor hasta que encontró el queso. Luego hubo un chico que se chivó de mí. Mi viejo dijo entonces que ya hablaríamos en casa.

Cuando llegué a casa y me puse a esperarlo, ya sabía que, tan pronto como regresase, iría a buscar los guantes de boxeo y me los tiraría. Por supuesto, nada más atravesar la puerta, se dirigió a mí con toda calma:

—¿Qué prefieres, comer antes o después de que te rompa la cara? — me preguntó.

—Prefiero comer antes.

Ya sabía que después se me iban a quitar las ganas de comer. Esa noche me dio una buena, pero al menos alcancé a comer algo.

Cuando era joven y estaba creciendo, solía tartamudear bastante; aún hoy, a mis ochenta y tres años, me sigue ocurriendo si hablo demasiado rápido. Tartamudear cuando eres un crío acarrea muchas peleas. Los chicos que no sabían lo bueno que era yo para pelear se metían conmigo, pero siempre terminaban pagándola, aunque también había veces que peleábamos por diversión. Todos los viernes por la noche teníamos peleas

de boxeo en una esquina. Nadie salía malherido. Lo hacíamos por deporte y era la mejor forma de aprender a luchar: que te partiesen la jeta de vez en cuando. Yo llegué a considerar hacerme boxeador, pero sabía que nunca sería tan bueno como Joe Louis y, si no llegabas a ser el campeón, el boxeo no era una gran forma de vida. Hoy los chicos juegan a fútbol y en las ligas menores de béisbol. Me encanta ir a ver los partidos de fútbol de mis nietos. Sin embargo, en aquel entonces también teníamos que divertirnos y el boxeo parecía ser lo único que teníamos a mano. Al mirar atrás, pienso que fue algo bueno para todos nosotros. Te obligaba a dar lo mejor de ti y aprendías mucho. Además, cuando tu país te necesitaba, ya estabas en buena forma: teníamos fortaleza mental.

Acabé octavo en el colegio Virgen Bendita, donde mi padre trabajaba y yo tenía que andarme con mucho cuidado. Al pasar a secundaria me cambiaron a un colegio público que tenía un ambiente mucho menos restrictivo. Me matricularon en el instituto de Darby, aunque no llegué muy lejos aquel primer año de secundaria. Una mañana de asamblea, el director estaba en el escenario, dirigiéndonos y cantando aquella vieja canción, “On the Road to Mandalay”. Al terminar cada verso de la canción guiñaba el ojo para enfatizar, como esos cantantes de vodevil. Como yo era tan alto, sobresalía por encima del resto y el director podía verme sin problemas. Así que, cada vez que él guiñaba el ojo, yo lo imitaba y le guiñaba el ojo de vuelta.

Cuando acabó la asamblea, me pidió que lo esperase en su oficina. Fui hasta allí y me senté a aguardarlo en la silla que había frente a su escritorio. Era un tipo bastante grande, de mi altura, pero más pesado que yo. Cuando entró en su oficina, se acercó a mí por detrás y me soltó una colleja en la nuca, como solía hacer mi padre cuando perdía alguna de las peleas en las que apostaba por cerveza.

—Capullo de mierda —le solté, mientras me abalanzaba sobre él y lo tumbaba. Le rompí la mandíbula. Fui expulsado de inmediato de forma permanente.

Como es natural, ya sabía lo que podía esperar de mi padre cuando él llegase a casa. Tenía bastante tiempo para pensar en algo, aunque lo único

que se me venía a la cabeza era que con un solo golpe acababa de partirle la mandíbula al director, un hombre ya adulto.

Mi padre entró por la puerta echando humo de rabia y me tiró los guantes con furia. Yo los agarré y se los lancé de vuelta.

—Mejor que te lo pienses —le advertí. En ese momento, yo tenía dieciséis años, casi diecisiete—. No te voy a pegar. Eres mi padre. Aunque más te valdría buscarte otro saco de boxeo.»

IV

Las enseñanzas de la pequeña Egipto

«Entonces me uní a la feria ambulante. En Filadelfia, el momento álgido de cada primavera era la llegada de la feria Regent. Normalmente colocaban sus carpas en la calle Setenta y dos, cerca de Island Avenue. Allí no había absolutamente nada, excepto extensos pastizales. Estaba tal como lo habían dejado los indios. Hoy, en cambio, está abarrotado de concesionarios de coches.

Como ciudad pequeña que era y estando tan cerca de Nueva York, Filadelfia tenía cierto aire de pueblo. La Comunidad de Pensilvania tenía leyes religiosas que establecían la prohibición de abrir los bares el domingo. Tampoco abrían las tiendas; era un día de culto. Incluso años después, cuando los partidos nocturnos de béisbol se hicieron populares, los Filadelfia Phillies y los Filadelfia Athletics solo podían jugar los domingos en Shibe Park mientras hubiera luz diurna. Tenían prohibido encender las luces del estadio los domingos, y muchos partidos dominicales tuvieron que ser suspendidos por la oscuridad. Si cogías un periódico, nunca encontrabas noticias sobre asesinatos del hampa por la ley seca, como ocurría en Nueva York, a solo un par de horas de distancia en el tren de Pensilvania, de modo que la llegada de la feria ambulante a Filadelfia significaba una gran diversión.

Después de mi expulsión del instituto de Darby, había estado trabajando en distintos trabajos de poca monta, embolsando verduras en

Penn Fruit y, según el tiempo que hiciera, de *caddy* en el campo de golf Paxon Hollow, adonde tenía que ir haciendo autostop. Seguía viviendo en casa de mis padres, lo que implicaba estar siempre de mudanzas para evitar el pago del alquiler. Tal vez todos esos traslados cada vez que aparecía el recibo del alquiler acabaron convirtiéndome en alguien marcado por la inquietud. Y fue esa inquietud la que estalló durante aquella primavera, como los brotes en un árbol, con la llegada de la feria ambulante.

Mi mejor amigo en aquel entonces era Francis Quinn, “Yank”. Era un año mayor que yo y había acabado la secundaria. Varios años después fue a la universidad y se unió al ejército como teniente segundo. Estuvo en combate en Europa muchas veces, aunque yo nunca me lo encontré por allí. Más tarde, cuando la guerra ya había acabado, jugamos a fútbol americano juntos en el Club Católico Shanahan’s. Yank jugaba de *quarterback*.

Una noche de mucho calor Yank y yo, que entre los dos teníamos un dólar para gastar pero ninguno disponía de un trabajo estable, fuimos a la feria ambulante a echar una mirada. Nada más llegar nos apuntamos como peones para poder viajar con el espectáculo en su gira por Nueva Inglaterra. Durante toda mi juventud había deseado salir de Filadelfia para ver mundo y ahora lo iba a hacer, y además me pagarían un dinero.

Me puse a trabajar para el peluquero en el número de las chicas. La feria Regent contaba con dos chicas que bailaban, algo similar a las antiguas gogós que aparecieron en los setenta. La diferencia era que las chicas de la feria llevaban más ropa: los clientes tenían que realizar un verdadero esfuerzo de imaginación. El número de las dos bailarinas lo formaban la pequeña Egipto, es decir, la morena vestida como si hubiese salido de la lámpara de Aladino, y Neptuna del Nilo, la rubia, que iba cubierta por una serie de velos azules, como si acabase de emerger del fondo marino. Actuaban una cada vez y realizaban sus danzas exóticas en un escenario dentro de su propia carpa. El pregonero se encargaba de anunciar el programa y yo tenía que cobrar los cincuenta centavos de entrada y dar el billete a los asistentes.

Los espectáculos de la feria Regent no eran más que números de variedades, como el viejo programa televisivo de Ed Sullivan. Había malabaristas, acróbatas, juegos en los que la gente podía ganar muñecas Kewpie, lanzadores de cuchillos, tragasables y una banda que tocaba canciones circenses. Nada de apuestas. El público escasamente tenía dinero para apostar. Era en la época más dura de la Gran Depresión. Digan lo que digan, la Depresión solo se acabó con la llegada de la guerra. Y nosotros, los peones, no teníamos ni un duro para apostar. La mayoría de los peones eran fugitivos y gente sin raíces. Eso sí, era toda gente decente, nada de folloneros.

Yank y yo ayudábamos a montar las carpas y las graderías para el público y luego lo desmontábamos todo antes de partir de viaje. Si había algún problema, alguna pelea entre el público, por ejemplo, la policía local nos obligaba a recoger y a irnos del pueblo. En cambio, si el negocio iba bien y los espectadores nos brindaban una buena recepción, nos quedábamos durante unos diez días. De otro modo, si no hacíamos suficiente pasta, volvíamos a desmontar y nos largábamos en busca de una mejor acogida. Mostramos nuestro número en muchos pueblos pequeños de sitios como Connecticut, Vermont, New Hampshire y a las afueras de Boston.

Viajábamos en viejos camiones y coches destartados, y dormíamos al raso con un par de mantas y las estrellas encima. No estamos hablando del famoso circo de los Ringling Brothers: esto no era más que una feria ambulante de pacotilla. Supongo que se podría decir que mi infancia, llena de traslados, como los nómadas en el desierto, me preparó para los sobresaltos de este tipo de vida.

No nos pagaban mucho, pero nos daban de comer y la comida era rica y sustanciosa. A menudo nos ponían una suculenta ración de estofado de ternera que olía de maravilla cuando la estaban cocinando. No llegaba a ser como lo que preparaba mi madre, pero, en realidad, no había muchas cosas que estuvieran a esa altura. Cuando llovía, dormíamos bajo los camiones. Allí probé el licor adulterado por primera vez, debajo de uno de los furgones, en medio de la lluvia. No me pareció gran cosa. La verdad, nunca desarrollé el hábito de la bebida hasta la guerra. Fue en Catania,

Sicilia, donde bebí de verdad por primera vez. Cuando probé el vino tinto, se convirtió en mi bebida favorita y así ha sido por el resto de mi vida.

Una mañana, durante una pausa en el camino a Brattleboro, Vermont, la lluvia comenzó a caer con fuerza y no paró en todo el día. El barro se metía por todas partes. Y por supuesto, nada de público, ni cincuenta centavos que cobrar, ni billetes que repartir. La pequeña Egipto me vio ahí parado, tratando de calentarme las manos con el vaho de mi aliento, y me apartó un momento para susurrarme algo al oído. Me preguntó si quería pasar la noche en su tienda junto a ella y a Neptuna. Yo sabía que les había caído bien y le respondí: “Claro, cómo no”. Yank tendría que dormir bajo el camión, pero yo pasaría una noche agradable y sin mojarme.

Cuando acabó el espectáculo, cogí mis mantas y fui a los camerinos, que olían a perfume. El camerino de las chicas se encontraba en una pequeña tienda en la que también dormían. La pequeña Egipto estaba tumbada sobre la cama, arrellanada entre mullidos almohadones, y me sugirió:

—¿Por qué no te quitas la ropa y te pones cómodo? Debes de estar empapado.

En aquel entonces yo tenía diecisiete años. No sabía bien qué hacer ni si estaba hablando en serio. Entonces me preguntó:

—¿Has estado alguna vez con una mujer?

Yo le respondí la verdad, es decir, que no.

—Bueno, esta noche vas a estar con una —me dijo la pequeña Egipto y soltó una carcajada. A continuación, se puso de pie y me sacó la camisa por la cabeza. Yo me quedé allí, medio desnudo.

—Que sean dos mujeres, mejor —exclamó Neptuna del Nilo a mis espaldas, riendo también, y al darme la vuelta, me silbó: probablemente me puse colorado.

Esa fue la noche en la que me descorché. Yo llevaba años guardado en bodega. No creía en la masturbación: la Iglesia se oponía a ella y yo también. Había algo que me parecía errado en todo ello.

Después de mi primera sesión de amor a las órdenes de la pequeña Egipto, Neptuna me pidió que me acercase a su cama. La pequeña Egipto me dio un empujoncito y me aproximé a mi otra amante pero, al llegar

junto a ella, me dijo que quería que la lamiese. Yo tartamudeé y le contesté:

—Aunque he esperado largo tiempo para este momento, creo que para eso puedo esperar un poco más.

En aquellos días, aunque no lo creas, el sexo oral con una mujer era considerado un pecado y un escándalo, al menos en Filadelfia.

Cuando se la metí a Neptuna, ella parecía estar observando mi cara, a la espera de mi reacción. Al observar que mis ojos de pronto se abrían de par en par, me dijo:

—Disfruta de todo esto mientras puedas, mozalbete, que te convertirá en un auténtico hombre. Mira que tengo un chocho muy en forma y no vas a ver muchos así.

¡Santa madre de Dios!, que si lo tenía en forma. ¡Yo que me creía en forma!

Aquella noche, yendo de una cama a otra, recuperé bastante del tiempo perdido con esas dos mujeres maduras tremendamente experimentadas. Eso sí que era un par de tías cachondas. Yo era joven y fuerte en ese momento. A la mañana siguiente recuerdo que pensaba: “Pero, ¿cuánto ha durado todo esto? ¿Qué coño es lo que me he estado perdiendo todos estos años?”. La pequeña Egipto y Neptuna del Nilo me habían dado una titulación universitaria en cómo satisfacer a una mujer. En aquellos días no había libros y la educación sexual que obtenías en el barrio se basaba en las fanfarronadas de tus amigos, que siempre sabían menos que tú.

Fueron muchas las noches que pasé en aquella tienda, sobre todo con la pequeña Egipto. Me quedaba dormido en su cama, cubierto por su larga cabellera castaña y con el olor de su perfume, abrazados juntos. Pobre Yank, obligado a dormir afuera, en el frío, sobre el suelo mojado. Creo que nunca llegó a perdonármelo. (Yank fue un buen hombre, alguien que llevó una buena vida. Nunca hizo nada malo. Murió antes de tiempo, cuando yo aún estaba en la cárcel. No me dieron permiso para asistir a su funeral; ni siquiera me dejaron ir al entierro de mi hermano ni de mi hermana. Yank llevaba el restaurante O’Malley’s en la carretera de West Chester Pike. Me escribió a la cárcel para prometerme que, cuando saliese, iba a organizar

una gran fiesta para darme la bienvenida a casa, pero el pobre Yank sufrió un ataque al corazón que lo mató.)

Cuando llegamos a Maine con la feria ambulante, el verano ya casi había acabado. Debíamos de estar en septiembre y el espectáculo de la feria Regent siempre enfilaba hacia el sur, a Florida, para pasar allí el invierno. Cuando la función echó el telón, estábamos en Camden, Maine. A unos sesenta y cinco kilómetros de allí había una explotación maderera donde, según oímos, estaban contratando gente, así que Yank y yo nos pusimos en marcha, caminando por una pista de tierra que se adentraba en los bosques. Yo ya sabía que iba a echar de menos a la pequeña Egipto pero, tras desmontar las carpas por última vez para cargarlas en los camiones, ya no quedaba trabajo para mí en la feria.

La empresa maderera nos contrató a los dos. Pusieron a Yank en la cocina como ayudante del cocinero. En vista de mi tamaño, me pusieron con los taladores para formar pareja en el uso de una sierra de a dos. Era todavía muy joven para derribar grandes árboles, pero les talaba las ramas y las convertía en leños una vez que estaban en el suelo. Luego los *bulldozers* los trasladaban hasta el río y desde allí flotaban corriente abajo hasta un punto en el que los camiones los esperaban para transportarlos. Cortar aquellos árboles todo el día era un trabajo duro. Yo solo medía un metro ochenta y cinco y andaba por los ochenta kilos de peso. Tras nueve meses de trabajo, no tenía un gramo de grasa en todo el cuerpo.

Dormíamos en pequeñas barracas en las que habían colocado una estufa a leña con asadores y comíamos —como ya habrás adivinado— estofado, un día sí y otro también. Tras una jornada cortando troncos a mano, la comida sabía a gloria.

Ahorramos el poco dinero que nos pagaban porque no había ningún lugar donde gastarlo. Ni Yank ni yo jugábamos a las cartas con los hombres, que nos habrían desplumado sin problemas.

Los domingos jugaban a una especie de rugby a lo bruto. Yo participaba a menudo. Nunca llegué a entender bien las reglas, si es que realmente había tal cosa. Consistía más bien en derribarse el uno al otro todo el tiempo.

Al parecer, todas las noches en las que no nevaba montaban combates de boxeo en un rincón acordonado, parecido a un cuadrilátero. Sin embargo, allí no había guantes, de manera que los luchadores se vendaban los puños. Todos querían ver al chico alto pelear contra hombres que ya andaban por los treinta años de edad, de modo que, a petición popular, participé en muchas de las disputas. Me recordaba a aquellas peleas que mi padre organizaba con chicos mayores para ganar cerveza con las apuestas. Parecía que siempre tenía que enfrentarme a gente mayor que yo, incluido mi propio padre; la diferencia era que aquellos leñadores eran capaces de golpear todavía más fuerte que mi padre. Perdí muchas peleas, pero también di mis buenos golpes, y aprendí una enorme cantidad de trucos.

Creo que uno nace con la capacidad de pegar bien. Rocky Marciano no comenzó a boxear hasta después de la guerra, cuando ya tenía veintiséis años, pero era un pegador nato. Se necesita palanca, pero buena parte del poderío sale del antebrazo, pasando por las muñecas. Hay un gesto del puñetazo que va de la muñeca al puño y eso es lo que noquea al otro. Es algo que se puede llegar a oír: suena como una pistola cuando el percutor funciona a la perfección. Joe Louis tenía aquel famoso puñetazo de quince centímetros: era capaz de tumbar a alguien con un golpe de solo quince centímetros de recorrido. Su poder provenía de ese gesto. Es como cuando haces restallar una toalla contra el culo de alguien. El poder no está en tus brazos.

De modo que, si aprendías un truco o dos, ya estabas listo para el resto de tu vida. Dicen que Jack Dempsey aprendió todos los trucos para pelear cuando tenía trece años, trabajando en los campamentos mineros de Colorado. No me cuesta creerlo después de haber trabajado durante nueve meses en los bosques perdidos de Maine.

Hicimos autostop para regresar a Filadelfia al verano siguiente. De pronto, caímos en la cuenta de que teníamos otros intereses aparte del boxeo: perseguir a las chicas. Yo siempre tenía dos o tres empleos, cuando lograba encontrar trabajo, hasta que me aceptaron como aprendiz en la cristalería Pearlstein, en la Quinta con Lombard. En ese entonces era una zona comercial, justo al lado de la calle Sur; hoy es el lugar donde van a

comprar los chicos jóvenes. Me puse a estudiar para ser cristalero. Aprendí a montar una ventana en cualquiera de los grandes edificios de la ciudad. A veces me tocaba quedarme en la tienda, biselando cristales. Aprendí un montón y, comparado con la labor de leñador, no era nada pesado. Después de un día de trabajo, aún me sobraba energía como para competir con Yank por las chicas del barrio.

Mi arma secreta contra Yank era el baile. La mayoría de los tipos altos suelen ser torpes y patosos, pero no era mi caso. Yo sabía llevar bien el ritmo y era capaz de mover todo el cuerpo. Además, tenía manos realmente rápidas y buena coordinación. El swing era la música que arrasaba en todo el país y los salones de baile estaban en su mejor momento. Yo salía a bailar seis noches por semana (jamás un domingo), cada noche a un club diferente. Era la forma de aprender los distintos bailes: había que aprender en la pista. Cada baile tenía ciertos pasos, no como hoy, que haces lo que quieres y tiras para adelante. Uno de los trabajos que tuve después de la guerra fue de instructor de bailes de salón.

En 1939, cuando tenía diecinueve años, mi compañera de baile, Roseanne de Angelis, y yo quedamos en segundo lugar en la categoría de fox-trot contra otras cinco mil parejas congregadas en el Madison Square Garden para competir en el concurso de bailes de salón Harvest Moon. Roseanne era una bailarina con mucha gracia. Nos conocimos en el Garden justo antes del torneo, cuando su pareja se lesionó en la pista durante la práctica de calentamiento. Como mi pareja estaba ya cansada y exhausta, Roseanne y yo decidimos formar un equipo. El Harvest Moon era el mayor evento de baile en todo el país. Todos los años era auspiciado por el *New York Daily News*. Muchos años después enseñé a mis hijas a bailar todo tipo de estilos, incluidos el tango y la rumba.

En Pearlstein ganaba bastante, casi cuarenta y cinco dólares a la semana. Eso era más de lo que mi padre ganaba en el colegio Virgen María Bendita. Con ese dinero pagaba la comida y el alojamiento en casa, de manera que ya no era necesario estar siempre de mudanzas. Mi hermana Peggy todavía iba al colegio y tras las clases trabajaba en A&P como reponedora. Mi hermano Tom se había ido de casa después de abandonar el colegio para unirse al Cuerpo Civil de Conservación, un organismo creado

por Roosevelt para proporcionar empleo a los jóvenes durante la época de la Depresión. Los muchachos se iban a los campamentos repartidos en distintas zonas rurales de todo el país y trabajaban en proyectos de conservación de la naturaleza.

La mayor parte del dinero que me quedaba después de pagarles a mis padres lo gastaba en los salones de baile. No tenía gran cosa para invitar a las chicas, pero Yank y yo nos las arreglábamos para divertirnos con ellas sin tener que gastar. Una tarde me fui con una irlandesa pecosa muy joven a bañarnos a pelo en el arroyo junto a Darby Road, donde está hoy el hospital Mercy Fitzgerald. El arroyo estaba a unos cien metros de la carretera. Yank, que nos había estado siguiendo, se llevó nuestra ropa mientras estábamos en el agua. A continuación, subió hasta la loma que había junto al camino y se puso a gritarle a la chica que saliese del agua, se vistiese y lo acompañase si no quería que él se marchase con su ropa, así que a la irlandesa no le quedó otra que salir del agua y acercarse a recuperar sus prendas. Entonces le pasó un par de monedas a un niño para que guardara las mías: solo cuando la chica y Yank hubiesen desaparecido, él debía arrojarla hacia el arroyo y salir por patas.

Estoy seguro de que debo de haberle pagado con otra jugarreta, aunque ahora no recuerdo exactamente cómo fue. ¿Que si me dediqué a propagar el rumor de que había dejado preñada a una chica que, en realidad, ni siquiera conocía? Probablemente. ¿Que si le gasté unas cuantas bromas pesadas? Pues claro que sí. No hacíamos otra cosa. Estábamos todo el día gastándonos bromas. Vagábamos por ahí, ideando travesuras. Ya no éramos boxeadores, ni luchadores, ni guerreros de la carretera: ahora éramos amantes y bailarines. Yo me había graduado en la universidad de la pequeña Egipto y Neptuna del Nilo y era mi deber hacia las jóvenes doncellas de la Ciudad del Amor Fraternal^[4] compartir con ellas todas esas enseñanzas.

Podía llevar la vida despreocupada que todo joven añora —la vida de Riley—^[5]: me iba bien con las chicas, tenía buenos amigos y cero responsabilidades. Era una vida en la que el único trabajo importante era acumular buenos recuerdos para el resto de mi vida. Sin embargo, no conseguía estar tranquilo. Era impaciente y sentía la necesidad de seguir

adelante. No tardé mucho en encontrarme al otro lado del mundo. No obstante, para entonces ya no me podía permitir el lujo de ser impaciente; tenía que hacer las cosas como te dictan en el ejército: date prisa y espera.»

V

Cuatrocientos once días

«La primera vez que oí la canción “Tuxedo Junction” fue en 1941. Estaba de policía militar en Colorado, donde me habían destinado como guardia en Lowry Field, con el cuerpo aéreo del ejército. La mayoría de la gente cree que fue Glenn Miller el primero en hacer famosa esa canción, aunque en realidad se trató de Erskine Hawkins, un negro que lideraba una banda. Fue él quien escribió la canción y la llevó al éxito por primera vez. Esa canción me acompañó como un estribillo a lo largo de toda la guerra. Una vez que la guerra acabó, mi primera cita con una chica llamada Mary, que luego se convertiría en mi esposa, fue para asistir a un concierto de Erskine Hawkins en el viejo Earl Theater de Filadelfia.

Una fría noche de diciembre de 1941 gané un concurso de baile en el Denver Dance Hall, dando piruetas al estilo *jitterbug* al ritmo de “Tuxedo Junction”. Lo siguiente que recuerdo es estar en un tren militar a las cuatro de la mañana en dirección a la Costa Oeste para defender California. Los japoneses acababan de bombardear Pearl Harbor. Yo acababa de cumplir veintiún años y ya medía un metro ochenta y ocho. Cuatro años después, cuando la guerra acabó, fui dado de baja un día antes de cumplir los veinticinco. Para entonces ya iba por el metro noventa y cinco. La gente olvida lo jóvenes que éramos. Algunos todavía no habíamos terminado de crecer.

Pasé la guerra como fusilero en Europa, en la división Thunderbird de la 45.^a división de infantería. Actualmente, el promedio de días que acumula un veterano en combate ronda los ochenta; cuando la guerra terminó, el ejército me comunicó que yo acumulaba cuatrocientos once días en combate, lo que me permitía una paga extra de veinte dólares al mes. Fui uno de los afortunados. Los verdaderos héroes, algunos con un solo día de combate, aún siguen por allí. Pese a que yo ofrecía un blanco de gran tamaño y a que intercambié fuego en muchos combates, nunca fui alcanzado por una bala alemana ni por ninguna metralla. Me pasé muchas horas repitiendo la oración del soldado acorralado en el campo de combate, especialmente cuando tuve que resistir en el refugio militar en Anzio. No me importa lo que cualquiera pueda decir de mi infancia, pero si algo aprendí fue a cuidar de mí, a sobrevivir.»

Obtener información de Frank Sheeran sobre su experiencia en combate fue una de las partes más difíciles de todo el proceso de la entrevista. Tuvieron que pasar dos años antes de que fuese capaz de aceptar que sus vivencias en la guerra eran algo de lo que valía la pena hablar. A partir de entonces, se convirtió en un procedimiento estresante y de gran esfuerzo, tanto para el cauteloso interrogador como para el receloso sujeto interrogado. El avance fue interrumpido y retomado muchas veces.

Para ayudarme a comprender sus días de soldado, Sheeran consiguió las doscientas dos páginas del informe oficial de combate de la 45.^a división de infantería, publicado meses después del fin de la segunda guerra mundial. Si una cosa me quedó clara después de leer el *dossier* y de escuchar el relato de Frank es que, durante ese prolongado y persistente período de combate, Frank Sheeran aprendió a matar a sangre fría.

El informe oficial señala que «la 45.^a división pagó un alto precio por mantener nuestros valores patrios: 21.899 bajas en combate». Si se tiene en cuenta que una división al completo está compuesta por quince mil hombres, Sheeran debe de haber visto llegar y partir a muchos de sus miembros, día a día. El documento destaca el récord de «quinientos once días de combate» de la división, lo que quiere decir quinientos once días

de dar y recibir disparos en las líneas del frente. La división Thunderbird luchó con valentía desde el primer hasta el último día de la guerra en Europa.

Pese a las jornadas asignadas para descansar y recuperarse durante el conflicto, el soldado Frank Sheeran, con cuatrocientos once días en combate, participó en más del 80 % del total del «período de acción» de la división. Sheeran quedó marcado para el resto de su vida por esta experiencia de matar y mutilar un día tras otro, pensando cuándo le tocaría a él. La gente nunca se ve afectada de la misma forma por determinados acontecimientos. Cada uno deja su propia huella y acumula la suma de sus vivencias personales. Otros veteranos a los que me ha tocado entrevistar se quedan con la boca abierta y descolocados ante la sola idea de pasar cuatrocientos once días en combate.

«“Debería patearte el culo”, dijo Charlie Meiers, “Diggsy”. Yo era dos años mayor que Diggsy y le sacaba más de una cabeza. Habíamos sido amigos desde primaria.

—¿Qué he hecho ahora? ¿Por qué quieres patearme el culo, Digs? — pregunté y le sonreí hacia abajo.

—Tenías un trabajo con la Policía Militar que era un chollo y en el que no tenías que combatir. Podías haberte quedado durante el resto de la guerra en Estados Unidos. Debes de haber estado loco para que te transfiriesen a este lugar. Siempre supe que te faltaba un tornillo, pero esto va más allá. ¿Qué? ¿Te crees que aquí nos estamos divirtiendo?

—Quería entrar en acción —le contesté, sintiéndome un poco tonto.

—Pues sí que la vas a tener.

Se oyó un estallido como un trueno y una descarga silbante cruzó el cielo.

—¿Qué ha sido eso?

—Esa es la acción que buscabas —dijo y me pasó una pala—. Aquí tienes.

—¿Para qué cojones quiero yo esto? —le pregunté.

—Para cavar tu madriguera. Ponte a cavar. ¡Ah!, y bienvenido a Sicilia.

Cuando terminé de cavar, Charlie me explicó que la explosión de un proyectil dispersaba la metralla en un ángulo ascendente. Lo que hay que hacer es agacharse y quedarse así un momento para dejar que pase silbando por encima de uno; de otro modo, te parte en dos a la altura del pecho. Cuando éramos críos yo solía cuidar a Diggysy, pero ahora las cosas iban a ser al revés.

¿Cómo diablos acabé en 1943 en Sicilia con una pala en la mano?

En agosto de 1941 me había alistado en el ejército. Aunque el resto del mundo se hallaba en guerra desde hacía un tiempo, nosotros habíamos permanecido neutrales y aún no nos habíamos involucrado.

Fue en Biloxi, Mississippi, donde llevé a cabo mi entrenamiento básico. Un día un sargento sureño se dirigió a los reclutas y declaró que era capaz de darle una paliza a cualquiera de nosotros y que, si alguien pensaba lo contrario, que diera un paso al frente. Yo di un enorme paso adelante y me tuvo cavando letrinas durante cinco días. No era más que un truco para enseñarnos a respetar el rango y la jerarquía en general. Nos estaban preparando para la guerra.

Después del entrenamiento básico, los del ejército me echaron una mirada, me tomaron las medidas y determinaron que yo era el espécimen perfecto para la Policía Militar. No te preguntaban lo que pensabas sobre tu nueva función y, hasta que no comenzó la guerra, no hubo forma de salir de la PM.

Pero después de Pearl Harbor, con la guerra en pleno apogeo, te permitían ser transferido de la PM si estabas dispuesto a entrar en combate. A mí me gustaba la idea de caer del cielo y ponerme a combatir, así que firmé por las divisiones aerotransportadas y fui transferido a Fort Benning, Georgia, para recibir instrucción como paracaidista. Entonces yo estaba en muy buena forma física, de modo que el duro entrenamiento de los paracaidistas no me costó mucho. Me gustaba la idea de entrar finalmente en acción. Una vez que tu paracaídas tocaba el suelo estabas solo, eras casi independiente. Yo me creía especial hasta que salté de una torre durante un entrenamiento y me disloqué el hombro derecho. Había

aterrizado de forma equivocada y solo estaba permitido un error. Fui separado del equipo y me destinaron a la infantería: a partir de entonces, tendría que combatir como soldado de tierra.

Mientras tanto, ninguna clase de autoridad o disciplina militar podía evitar que yo siguiese con mis líos. Durante mi carrera militar fui de un embrollo a otro. Entré al ejército como soldado raso y, tras cuatro años y dos meses, salí como soldado raso. En alguna ocasión me concedieron ascensos en combate, pero entonces comenzaba a liarla parda y me devolvían a mi sitio. En total, pasé cincuenta días como “ausente sin permiso oficial”, la mayor parte de los cuales me dediqué a beber vino tinto y a perseguir a las italianas, francesas y alemanas. Sin embargo, jamás estuve “ausente sin permiso oficial” cuando a mi grupo le tocaba regresar al frente de combate. Si eso ocurría cuando tu compañía tenía que volver al frente, era mejor ausentarse para siempre porque tus propios oficiales se encargaban de volarte la cabeza, sin siquiera tener que culpar a los alemanes. Eso era deserción ante el enemigo.

Mientras esperaba para embarcar al extranjero estuve acantonado en el campamento Patrick Henry, en Virginia, donde falté al respeto a alguno de esos oficiales sureños y acabé en la patrulla de cocina, es decir, pelando patatas. A la primera oportunidad compré unos laxantes en el economato y los eché en el enorme termo del café. Todo el mundo acabó con una diarrea terrible, incluidos los oficiales. Desgraciadamente, yo fui el único que no se presentó descompuesto en la enfermería. Mucho antes de hacer un nuevo pedido extra de papel higiénico ya tenían el acertijo resuelto. ¿Adivinas qué brillante criminal acabó de rodillas, fregando el suelo del baño?

El 14 de julio de 1943 zarpamos a Casablanca, en el norte de África. Yo fui destinado a la 45.^a división de infantería como fusilero. Aunque no podías elegir a qué división te enviaban, sí que podías escoger una compañía particular dentro de la división, si se hacía un hueco. Una compañía la componen cerca de ciento veinte hombres. Nuestra parroquia de Filadelfia solía sacar algunas circulares con noticias en las que figuraba dónde habían sido asignados los chicos de nuestro barrio, de manera que yo sabía que Diggys estaba en la Thunderbird. Pedí que me enviaran allí y

me lo concedieron. Eso no significaba que fuese a acabar en su mismo pelotón —un pelotón son alrededor de treinta y cuatro hombres—, ni mucho menos entre los ocho hombres de su escuadrón. Pero al final sí que sucedió y quedamos juntos en el mismo escuadrón.»

En el otoño de 1942, cuando todavía estaban en pleno entrenamiento de combate en Estados Unidos y no habían viajado al extranjero, el general George S. Patton se dirigió a Diggsy y a los hombres de la 45.^a división desde el escenario de un teatro en Fort Devens, Massachusetts. El general les dijo a aquellos impresionables muchachos —que era la primera vez que estaban lejos de casa, a punto de ser despachados a combatir y morir— que había reservado un papel especial a esa división en el desarrollo de la guerra.

Según informa el coronel George E. Martin, jefe de estado mayor del comando de la 45.^a división de infantería:

El general Patton tenía mucho que decir, sin dejar de intercalar expresiones francamente rudas y vulgares... Contaba lo que le había ocurrido a la infantería británica durante su avance para atacar, cuando habían sorteado algunos focos de resistencia inadvertidamente, para luego darse cuenta de que tenían a los enemigos atacando por la espalda. Pero, una vez que los británicos se dieron la vuelta para limpiar los restos de resistencia, los soldados alemanes arrojaron sus armas y pusieron las manos en alto en señal de rendición. Pues si algo así nos sucediera, dijo el general Patton, no aceptaríamos que se rindiesen: nosotros mataríamos hasta al último de esos asquerosos H. de P.

En ese momento nos hizo saber que era probable que nuestra división participase en combate mucho más que ninguna otra del ejército norteamericano y que quería que los alemanes nos conocieran como la «división asesina».

En un discurso en la misma línea pronunciado el 27 de junio en Argel, en el norte de África, un oficial de la división que estaba presente informa de que Patton les pidió a los hombres de la «división asesina»:

... que matasen sin parar. Cuanto más matemos ahora, menos tendremos que matar después, y a largo plazo será lo mejor para la división... Luego dijo claramente que, cuantos más prisioneros capturásemos, a más hombres tendríamos que alimentar, y que era mejor no entretenerse mucho con ellos. También dijo que el único alemán bueno era el alemán muerto.

Otro oficial que estaba presente durante aquel discurso consignó la posición de Patton sobre la muerte de civiles: «Dijo algo así como que si

la gente que vivía en las ciudades insistía en quedarse allí cuando la batalla se acercaba y estaba con el enemigo, debía ser asesinada sin piedad y apartada de en medio».

«Después de cavar mi madriguera, Diggsy me informó de que en ese momento había dos grandes escándalos. Todos odiaban a los francotiradores. Ambos bandos los odiaban y, si llegabas a capturar uno, podías matarlo allí mismo. Unos cuantos estuvieron disparando a las afueras del aeropuerto de Biscari y alcanzaron a varios norteamericanos. Cuando cerca de cuarenta soldados italianos se rindieron, no pudieron saber quién de ellos había estado de francotirador, de modo que los pusieron en fila y les dispararon. A continuación, un sargento trajo a treinta prisioneros y los hizo colocarse detrás de la línea. Cuando estuvieron a cierta distancia, el hombre cogió una ametralladora y se los cepilló. Eso me llamó la atención, como la metralla que había pasado silbando por encima de mi cabeza. Era algo que hacía que te pensaras dos veces la posibilidad de rendirte si alguna vez te veías en esa circunstancia.»

En sus últimas palabras ante la 45.^a división de infantería en agosto de 1943, tras los exitosos combates librados en Sicilia, Patton, en un discurso al aire libre, dijo a oficiales y soldados: «Vuestra división es una de las mejores, si no la mejor, en la historia armada de Norteamérica». Con sus elogios, Patton buscaba remarcar su fe en su «división asesina». Aquellos hombres estaban haciendo las cosas como él había ordenado en sus alocuciones previas.

Mientras el general pronunciaba estas palabras ante los hombres de la 45.^a división, dos de sus camaradas se enfrentaban a un consejo de guerra por acusaciones de asesinato. El capitán John T. Compton había dado órdenes a un pelotón de fusilamiento para que disparase a cerca de cuarenta prisioneros desarmados, entre los que había dos civiles, poco después de haberse hecho con el aeropuerto de Biscari, en Sicilia, el día 14

de julio de 1943. En otro incidente separado, el sargento Horace T. West se había encargado personalmente de ametrallar a treinta y seis prisioneros desarmados aquel mismo día, después de la misma batalla.

En la entrada del diario personal de Patton correspondiente al 15 de julio de 1943, un día después de las matanzas, se lee:

[El general Omar] Bradley, hombre de gran lealtad, apareció enormemente exaltado hacia las 9.00 para informar de que un capitán del 180 regimiento de combate de la 45.^a división [el regimiento que le correspondía a Sheeran dentro de la división] había seguido mis órdenes de matar a aquellos que continuasen disparando pese a encontrarnos a menos de 180 metros y había matado a sangre fría a cincuenta prisioneros y, lo que era un error aún peor, los habían matado en fila. Yo le dije que probablemente se trataba de una exageración, pero que en cualquier caso hablase con el oficial para buscar una forma de certificar que los hombres muertos eran francotiradores o habían hecho un intento de escapar o algo así, para evitar los gritos de la prensa y la indignación de los civiles.

El general Omar Bradley, que tenía el mismo rango que Patton, se abstuvo de hacer algo así. Bradley no participó en ningún tipo de encubrimiento y sus investigaciones condujeron a los cargos de asesinato contra el capitán y el sargento.

El capitán John T. Compton fue juzgado por un tribunal militar, pero acabó absuelto al demostrar que solo se limitó a obedecer las instrucciones dadas explícitamente por Patton a la 45.^a división de disparar a sangre fría a los prisioneros.

El sargento Horace T. West también tuvo que enfrentarse a un tribunal militar por acusaciones de asesinato y se sirvió de la misma defensa empleada por el capitán Compton. Un teniente llamado a testimoniar dijo que la noche anterior a la invasión de Sicilia, el teniente coronel William H. Schaefer se dirigió a ellos por los altavoces del barco en el que viajaban y les recordó las palabras de Patton: «No capturarían prisioneros».

No obstante, el sargento Horace T. West fue juzgado y condenado a cadena perpetua. El escándalo que se produjo a continuación, tras presenciar la absolución de un oficial y la condena de un soldado por una conducta que era esencialmente la misma, ocurrida el mismo día y tras la misma batalla, en la misma campaña, ambos provenientes de la 45.^a división de infantería, condujo a la pronta liberación del sargento y a su regreso al campo de batalla, donde pasó el resto de la guerra luchando

como soldado raso. Cuatro meses después de su absolución, el capitán Compton recibió un disparo que acabó con su vida en el momento en que se acercaba a unos soldados alemanes que habían hecho ondear una bandera blanca, como parte de un mortífero truco.

También hubo otros informes de atrocidades en Sicilia que fueron silenciados. En su libro *General Patton: A Soldier's Life*, Stanley P. Hirschson cita a un conocido periodista británico de aquel entonces que presenció cómo dos autobuses, cargados con sesenta prisioneros cada uno, fueron acribillados, aunque prefirió no dar a conocer la historia después de que Patton prometiese poner fin a tales brutalidades. El periodista, no obstante, se lo contó a un amigo y este último redactó un escrito en el que se describen los acontecimientos. El escrito afirma que «la sanguinaria forma de hablar de Patton y la manera de entender sus instrucciones antes del desembarco en Sicilia fueron seguidas de modo muy literal por las tropas norteamericanas, especialmente por la 45.^a división».

«Poco después, ese mismo día, Diggsy me preguntó por un rumor que había oído de un viejo amigo del barrio que se había encontrado estando ya en el extranjero, según el cual yo me había alistado porque Yank había dejado preñada a una chica y me había echado la culpa a mí. ¿Te lo puedes imaginar? Estar en la otra mitad del mundo y enterarse de chismes sobre mí. Seguro que en la universidad Yank iba por ahí, gastando sus bromitas.»

VI

Haciendo lo que había que hacer

«Para mí, la parte más fácil de la guerra fue Sicilia. Los italianos eran pésimos soldados. Los alemanes eran los que sostenían la columna vertebral italiana. A veces, al avanzar, nos encontrábamos con los soldados italianos a la espera, con las maletas listas para partir. Mussolini se rindió cuando yo estaba en Sicilia y entonces los alemanes se hicieron cargo de la guerra. Los sicilianos eran gente muy simpática. Una vez que echamos a los alemanes pude ver Catania, donde los espaguetis son hechos en cada casa y los ponen a secar en la cuerda de tender la colada. Después de la guerra, a Russell Bufalino le hacía sentir bien el hecho de que hubiese conocido su ciudad.

Mi primer nuevo colega fue un tío duro de nuestro escuadrón que venía de la parte judía de Brooklyn. Se llamaba Alex Siegel. Nos sacamos una foto juntos en Sicilia en la que aparezco con el brazo apoyado en su hombro. Murió un mes más tarde durante un bombardeo de las defensas costeras en la playa de Salerno.

Salerno es un pueblo ubicado justo debajo de Nápoles, en la costa oeste de Italia. En septiembre de 1943 saltamos desde las lanchas de asalto en aguas del Mediterráneo mientras los alemanes disparaban sin cesar. Salerno fue el peor de los tres desembarcos en los que me tocó participar. Los que logramos llegar a la costa tuvimos que avanzar casi un kilómetro para asegurar la defensa de la playa. Cada soldado llevaba una pala en su

petate y de inmediato nos poníamos a cavar. Daba igual lo cansado que estuvieses, en cuanto oías la artillería enemiga te ponías a dar paladas con toda el alma.

Nuestras posiciones fueron atacadas por la artillería y por los aviones alemanes. Si veías a algún soldado alemán avanzar, enseguida le disparabas con tu fusil. Recuerdo haber estado allí disparando, y recuerdo que me preguntaba por qué diablos me había ofrecido de voluntario para todo eso. Sin embargo, no tengo memoria de la primera vez que tiré contra un soldado enemigo en Salerno.

Los alemanes casi consiguen echarnos de la playa, pero sé que permanecí allí, al igual que el resto. Todos teníamos miedo. Algunos no querían admitirlo. Al final, eso no cambia nada: lo admitas o no, no dejas de tener miedo.»

El parte de guerra cita a un general de otra división presente en el desembarco según el cual «la 45.^a evitó que los alemanes acabasen echando a las fuerzas aliadas de vuelta al mar».

«Cuando nuestra artillería naval empezó a descargar fuego pesado, los alemanes se retiraron hasta quedar al límite de su alcance. Eso nos dio la oportunidad de avanzar y continuamos adelante hasta enlazar con otras divisiones para presionar hacia el norte.

Los fusileros hacíamos todo lo que nos ordenaban. Si uno no seguía una orden en combate, le podían matar de inmediato, allí mismo. Jimmy Hoffa nunca estuvo en el ejército: le costaba especialmente mantenerse a raya. En combate uno aprendía rápido, si no lo sabías de antes, que hay ciertas reglas que son inflexibles y que nadie está por encima de ellas. Antes de la guerra yo no era de los que siguen órdenes, pero una vez allí, aprendí.»

Sheeran seguía órdenes para contrarrestar lo que el parte de guerra llama «malestar y agotamiento desarrollado por las tropas» durante la «extenuante y desgarradora lucha sobre terreno hostil» en su avance desde el norte de Salerno hacia Venafro. En una implacable sucesión de eventos, se vieron enfrentados a «la angustiada espera de una campaña de invierno ante la fría inmensidad» de los montes Apeninos, bajo el fuego de los cañones alemanes instalados en el monasterio de Monte Cassino.

«Avanzamos en dirección al norte desde Nápoles hacia Roma y para noviembre de 1943 ya habíamos alcanzado las faldas de los montes, desde cuyas cimas nos disparaban los alemanes, instalados en los alrededores de Monte Cassino. Allí nos quedamos atrapados durante más de dos meses. Había un monasterio en lo alto de Monte Cassino que los alemanes utilizaban como puesto de observación, de manera que podían ver todos nuestros movimientos. Se trataba de un monasterio antiguo y algunos no querían bombardearlo. Cuando al final se decidieron a hacerlo, la situación se volvió incluso peor, porque los alemanes se sirvieron de los escombros para parapetarse. En enero de 1944 intentamos el asalto a la línea alemana, pero fuimos rechazados y obligados a bajar del monte. Algunas noches salíamos de patrulla para capturar a algún soldado alemán e interrogarlo, pero la mayor parte de las veces solo intentábamos protegernos de la lluvia y que no nos alcanzase una bala enemiga.

Ya para entonces comenzaba a intuir que era mejor no hacerse muchos amigos. Comenzaba a caerte bien alguien y, de pronto, no tardabas en verlo morir. Un muchacho de diecinueve años que había llegado en reemplazo de una baja, aún no se le habían secado las botas y ya estaba de cara en el barro, con los ojos abiertos. No puedes evitar que te afecte mentalmente. Yo era amigo de Diggsy y punto. Ya fue lo bastante duro tener que verlo caer por los disparos en dos ocasiones.

Luego vino lo peor de todo: decidieron enviarnos a varios de nosotros a una zona de descanso en Casserta, cerca de Nápoles. Era un antiguo

palacio del rey de Italia. Después de holgazanear durante diez días, nos embarcamos en una nave de asalto con destino a Anzio. Era un pueblecito costero al norte de la línea alemana en Monte Cassino, aunque al sur de Roma. La idea era atacar el flanco alemán para darle una oportunidad al grueso de nuestras fuerzas de tomar Monte Cassino.»

La 45.^a división fue apartada de las repetidas e infructuosas arremetidas contra el monasterio de Monte Cassino, que tantas bajas habían producido entre los aliados, para abrir otro frente en el flanco alemán mediante un desembarco anfíbio en Anzio. Durante el traslado de la 45.^a desde la línea frontal de Monte Cassino, el general Mark Clark describió cómo «a lo largo de los últimos setenta y dos días, la 45.^a división de infantería ha estado envuelta en continuos combates contra fuerzas enemigas de alto poderío y en condiciones de lucha extremas». El general Clark escribe sobre el «frío glacial, la humedad y el fuego incesante de la artillería enemiga y de sus morteros» a la que había estado sometida la 45.^a (y el soldado Frank Sheeran). Ahora bien, lo que el general no sabía en esos momentos era que estaba redirigiendo a la división desde el hervidero de Monte Cassino para enviarla directamente a las llamas del infierno en Anzio.

«Antes de un desembarco o de entrar en combate, uno está un poco nervioso, pero una vez que comienzan los disparos, la tensión desaparece. Ya no tienes tiempo para pensar. Te limitas a hacer lo que hay que hacer. Solo cuando la batalla termina, te das cuenta de lo que has hecho.

En Anzio, cogimos a los alemanes por sorpresa y conseguimos capturar a unos doscientos prisioneros. Todo parecía en calma durante las primeras veinticuatro horas, a medida que comenzamos a avanzar tierra adentro. Sin embargo, en lugar de continuar nuestra marcha, el general al mando creyó que se trataba de una trampa, así que decidió ir a la segura y esperar la llegada de nuestros tanques y de la artillería. Este retraso en nuestro avance dio tiempo a los alemanes para emplazar sus propios

tanques y artillería sobre nosotros y cavar sus posiciones para detenernos, evitando el desembarco de nuestros tanques y nuestra artillería.»

En palabras de sir Winston Churchill, y contra lo que habían sido sus propios deseos, «nos encontramos entonces ante el desastre ... Las defensas de la línea costera comenzaban a incrementarse, mientras la oportunidad para la cual tantos esfuerzos se habían realizado se desvanecía». Hitler envió refuerzos, detuvo el avance aliado y dio órdenes a su ejército de extirpar lo que llamó ese «forúnculo» aliado en la costa de Anzio.

«Entonces nos cayó encima su artillería pesada y los aviones comenzaron a bombardearnos. Teníamos que excavar hondo porque con una simple madriguera no bastaba. Acabamos metidos en zanjas de unos dos metros y medio de profundidad que cavamos con nuestras propias palas. Para salir teníamos que ayudarnos unos a otros haciendo de caballete. La parte de arriba la cubríamos con tablas y ramas para protegernos de la lluvia y amortiguar la metralla de los bombardeos constantes.

Así nos quedamos, bajo un interminable ataque, durante cuatro largos meses. No podías salir del refugio porque te atrapaban. Por lo demás, tampoco había dónde ir. Si querías jugártela de noche, podías salir a aliviarte un poco o a vaciar el casco en el que acumulabas tus residuos corporales cuando no habías conseguido aguantarte durante el día y habías acabado vaciándote dentro. Comíamos raciones de combate K directamente de la lata. No había comida cocinada: los alemanes habían bombardeado nuestros barcos de abastecimiento. Nos dedicábamos a jugar a las cartas y hablábamos sobre lo que haríamos después de la guerra. Pero, sobre todo, rezábamos. Daba lo mismo quién fueses o quién creyeses ser: solo rezabas. Recité más Avemarías y Padrenuestros de los que podría contar. Prometías no volver a pecar nunca más si salías vivo de allí. Jurabas que dejarías las mujeres, el vino, que no volverías a blasfemar, en

fin, cualquier cosa que hubieras hecho durante tu vida y que ahora pudieras ofrecer, aparecía en las oraciones.

Los peores bombardeos ocurrían de noche, realizados por lo que nosotros bautizamos como el Expreso Anzio. Se trataba de una pieza de artillería gigante que los alemanes tenían camuflada durante el día, por lo cual nuestros aviones no conseguían dar con ella. La guardaban en una vía férrea a las afueras de Roma y, cuando había oscurecido y nuestros aviones estaban en tierra, la sacaban y la colocaban en posición. Entonces comenzaban las descargas, una tras otra. El sonido de sus proyectiles al aproximarse se parecía al de un vagón de un tren de carga atravesando el cielo nocturno. Era algo tan ruidoso y aterrador que, cada vez que lo oías, resultaba desmoralizante. Se te hacía imposible no pensar que les acababa de caer encima a otros pobres soldados de infantería, no muy lejos de allí, que habrían resultado completamente despedazados, de modo que no quedaría ningún cuerpo para enviar de regreso a casa con sus familias. Y el próximo podías ser tú.

Cuando te tocaba hacer de vigía, te apostabas en tu sitio, a unos cien metros del perímetro, para que los demás pudieran dormir, aunque durante esos cuatro meses nadie llegó a dormir mucho. Se me ocurren mejores lugares para pasar la noche que haciendo de vigía en la oscuridad. De noche siempre da más miedo que de día. Incluso dejando de lado el Expreso Anzio, de noche no paraban de llover proyectiles convencionales. Es algo que te corroe los nervios y te vas endureciendo por dentro para evitar que esa corrosión te envuelva por completo. Es inevitable que te afecte, a menos que estés loco de atar. En dos oportunidades los alemanes avanzaron hacia nuestras posiciones para intentar expulsarnos de la línea costera, pero aguantamos.»

El parte de guerra indica que la 45.^a «hizo trizas» el intento alemán de «borrar la defensa costera». A este período dedicado a repeler los asaltos de las fuerzas alemanas le siguieron «largos meses de retener y esperar» en Anzio bajo constantes bombardeos que significaron la pérdida de más de seis mil vidas aliadas. En mayo, la fuerza principal que había

mantenido el asedio a Monte Cassino logró romper la resistencia alemana. A finales de mes, ciento cincuenta mil soldados, extenuados pero contentos, emergieron de sus refugios subterráneos en Anzio y se unieron a la fuerza principal que avanzaba en dirección a Roma desde el sur. A su vez, el día 6 de junio los aliados desembarcaban en Normandía y abrían un nuevo frente.

«Entramos en Roma sin necesidad de luchar. Era lo que llamaban una ciudad abierta, lo que quería decir que ninguno de los bandos podía bombardearla, pese a sí que hubo varios bombardeos menores. Fue allí donde vi por primera vez una cafetería con terraza. Íbamos a esos sitios a relajarnos un momento, a comer al mediodía, a tomar un par de vasos de vino. Vi las primeras italianas rubias en Roma, deambulando por los alrededores de los cafés. Tuve unas cuantas aventuras. No era muy difícil. Nos bastaba con poner a la vista las chokolatinas, las latas de queso, las conservas de huevo duro y ya estaba. La gente no tenía nada, por lo que no se pueden emitir juicios morales. Confraternizar con las mujeres del lugar iba contra las reglas, pero ¿qué podían hacernos? ¿Enviarnos a una unidad de combate?

Pasamos un buen rato luchando contra los alemanes en Italia y a continuación nos subieron a los barcos de asalto para invadir el sur de Francia, en lo que se llamó operación Dragoon, el 14 de agosto de 1944. Aunque encontramos cierta resistencia al desembarcar, parecía más que nada un hostigamiento: no era el poder del fuego de verdad que conocíamos. Con todo, un disparo es un disparo. Y dos tiros son un poco peor.

Cuando corría hacia la orilla de la playa en St. Tropez, pensé que me habían dado. Bajé la vista y vi que mi uniforme estaba todo manchado de rojo. Me puse a dar alaridos para recibir atención médica y el teniente Kavota, que era de Hazelton, Pensilvania, llegó corriendo hasta mí y me soltó:

—¡Menudo hijo de puta! Pero si es vino. Nadie te ha dado. Levanta el culo y avanza. Solo le han dado a tu cantimplora.

Era un tío cojonudo.

Finalmente logramos hacer retroceder a los alemanes y entramos en la región de Alsacia-Lorena, que es medio francesa, medio alemana. Tenía un colega de Kentucky al que llamábamos Pope. Era un soldado realmente bueno. Nunca puedes decir que tal o cual tío es un cobarde. Llega un punto en que no puedes más. En Alsacia-Lorena vi que Pope, escondido tras un árbol, asomaba una pierna para recibir el disparo de la suerte que lo mandase a casa, solo que lo alcanzó una ráfaga y le arrancó la pierna. Eso sí, logró sobrevivir y lo enviaron a casa con una sola pierna.

Las otras ocasiones en las que me tocó ver a alguno que se le iba la olla era cuando capturábamos prisioneros. Los mismos alemanes que te estaban disparando, tratando de matarte y que le habían volado la cabeza a tus colegas, de pronto los tenías delante y era tu oportunidad para echarles la mano encima, aunque ahora querían rendirse. Alguna gente se lo toma de manera personal. O tal vez no entendías una palabra de lo que estaban diciendo. O aunque lo entendieses y los atrapases con vida y los llevases tras tus propias líneas, podían intentar escapar. No estoy hablando de una masacre. Si tenías un montón de prisioneros, los apresabas, pero con unos pocos alemanes o menos que eso, hacías lo que había que hacer, o lo que todo el mundo esperaba que hicieses. El teniente me pasó un montón de prisioneros para que me encargase de ellos y yo hice lo que había que hacer.

Durante un enfrentamiento en Alsacia, Diggsy recibió un disparo en la espalda cuando estaba en la ladera de un monte. Los médicos llegaron hasta él y comenzaron a bajarlo. A estas alturas la guerra ya me había dejado sin mayor capacidad para sentir emociones, pero tengo que decir que ver al pequeño Diggsy herido en aquel monte despertó mi sensibilidad. Ví su fusil tirado en el lugar donde había caído derribado. Se suponía que no podíamos dejar nuestros fusiles abandonados por ahí. No sé, se me debió de ir la olla, supongo, pero pedí a los chicos que me cubriesen y me arrastré ladera arriba para recuperar el fusil de Digs. Cuando, finalmente, todos bajamos de aquel monte a rastras, Diggsy me dijo:

—Debes de estar pirado. Te podrían haber matado por esta mierda de M-1.

Yo le contesté:

—Ah, pero los alemanes no sabían que estábamos en inferioridad numérica.

Era la segunda vez que veía a Diggsy caer por un disparo.

En Alsacia-Lorena nos llegaron noticias de que los alemanes habían lanzado una contraofensiva desesperada en el norte, a través de una zona boscosa en Bélgica, para detener nuestro avance después de Normandía. Era lo que llamaban la Batalla de las Ardenas. Los alemanes avanzaban en masa, de modo que fue necesario enviar tropas aliadas desde el frente sur en el que nos encontrábamos para reforzar las posiciones en el norte. Nuestra compañía recibió el encargo de cubrir todo el frente sur de nuestra división, lo que quería decir que ciento veinte hombres quedaron a cargo de un frente que debiera haber sido protegido por una división completa de diez mil o quince mil hombres.

Todo lo que hicimos fue retirarnos. Nos pasamos caminando toda la Nochevieja de 1945. Vimos a los franceses de Alsacia quitar la bandera norteamericana de sus casas para poner la alemana de nuevo. Pero los refuerzos no tardaron en aparecer, de modo que recuperamos nuestras fuerzas y conseguimos recuperar terreno en la parte alemana de Alsacia. Desde allí nos abrimos paso hasta las montañas de Harz. Los alemanes ocupaban la cumbre. Una noche interceptamos una caravana de mulas con comida caliente para los alemanes que estaban allí arriba. Comimos hasta hartarnos y manchamos los restos con nuestros excrementos. Dejamos a las alemanas en paz. Eran como nuestra brigada femenina: nos habían preparado la comida, así que no les hicimos nada, pero las mulas eran conducidas por un puñado de soldados alemanes. No teníamos la menor intención de llevarlos con nosotros ladera abajo, ni podíamos hacernos cargo de ellos durante nuestro avance, así que les pasamos unas cuantas palas y los pusimos a cavar sus propias tumbas. Uno se pregunta por qué se molestaría alguien en cavar su propia tumba. Pero claro, supongo que te aferras a la última esperanza de que tal vez los que te están apuntando con un arma cambien de parecer. O, quién sabe, tus propios compañeros

podrían aparecer mientras estás cavando. O quizás, si has cooperado y has cavado tu propia tumba, puede que recibas un tiro certero que te ahorre posibles abusos o sufrimientos. A esas alturas ya ni me molestaba en pensar en hacer lo que había que hacer.

Desde las montañas de Harz hicimos un viraje a la derecha y continuamos el avance en línea recta por el sur de Alemania. Tomamos Bamberg y luego Nuremberg. Este último había sido bombardeado hasta quedar casi en ruinas. Fue allí, en Nuremberg, donde Hitler había montado sus grandes concentraciones. Hasta el menor símbolo del nazismo que escapó a las bombas fue sistemáticamente destruido.

Nuestro objetivo era llegar a Munich, al sur de Alemania, en Bavaria. Fue la ciudad en la que Hitler comenzó todo el jaleo en una cervecería, pero hicimos una pausa en nuestro camino para liberar el campo de concentración de Dachau.»

El informe de combate señala que dentro del campo había «unos mil cuerpos ... Las cámaras de gas y los crematorios se hallaban convenientemente situados a poca distancia entre sí. La ropa, los zapatos y los cuerpos estaban apilados de forma similar, formando prolijos y ordenados montones».

«Habíamos escuchado rumores sobre las atrocidades que ocurrían en los campos, pero no estábamos preparados para lo que nos tocó ver, ni para aquel hedor. Cuando ves algo así, se te queda grabado para siempre. Al presenciarla por primera vez, toda la escena, y ese olor, jamás volvían a abandonarte. El joven comandante rubio alemán a cargo del campo y todos sus oficiales fueron montados en jeeps y se los llevaron. Oímos disparos en la distancia. En pocas palabras, el resto de los alemanes —unos quinientos soldados encargados de vigilar Dachau— quedaron bajo nuestra custodia. Varias de las víctimas del campo a las que todavía les quedaba algo de fuerza tomaron prestadas nuestras armas e hicieron lo que tenían que hacer. Y nadie pestañeó siquiera mientras lo llevaban a cabo.

Inmediatamente después continuamos nuestra marcha hacia Munich y unas dos semanas más tarde la guerra en Europa llegó a su fin, con la rendición incondicional de Alemania.

Durante estos últimos años le he dado vueltas de nuevo a todo lo que vivimos y he comenzado a soñar con los combates, aunque en mis sueños todo se mezcla con lo que empecé a hacer para cierta gente en los años que siguieron a la guerra.

El 24 de octubre de 1945 fui dado de baja, un día antes de mi veinticinco cumpleaños, aunque esa solo era la edad indicada por el calendario.»

VII

Despertar en Norteamérica

«Por casualidad me encontré con mi hermano menor, Tom, en el puerto de El Havre de Grace, Francia, en octubre de 1945. La guerra había terminado y ambos estábamos embarcando de regreso a Filadelfia, aunque en barcos separados. A Tom le había tocado ver un poco de acción. Yo le dije:

—¿Qué hay, Tom?

—Hola, Frank —me respondió—. ¡Cómo has cambiado! No eres el mismo hermano que recuerdo antes de la guerra.

Yo tenía muy claro lo que me estaba diciendo. Es lo que te hacen cuatrocientos once días en combate. Tom lo podía ver en mi cara, en mi mirada, tal vez.

Cuando pienso en lo que mi hermano me dijo en el puerto de El Havre me pregunto si estaría viendo mi alma. Yo sabía que algo había cambiado en mí. Ya no me importaba nada. Había logrado sobrevivir a casi toda la guerra, ¿qué me podían hacer después de eso? En algún lugar en el extranjero, me había endurecido por dentro y ya nunca volvería a ablandarme. Al final te acostumbras a la muerte; te acostumbras a matar. Está claro que sales por ahí y te diviertes, aunque hasta eso tiene sus matices. No es que te entre dolor de barriga ni nada por el estilo. Puedo decir que fui uno de los pocos que regresó entero a casa. Pero si no me hubiese ofrecido como voluntario para entrar en acción, nunca habría llegado a ver lo que me tocó ni habría hecho lo que tuve que hacer. Me

habría quedado en Estados Unidos como PM y por las noches hubiese continuado bailando al ritmo de “Tuxedo Junction”.

Cuando regresas del extranjero, apenas pones un pie en tierra, lo único que ves a tu alrededor son norteamericanos. No llevan uniforme y todos hablan inglés. Entonces sientes un gran empuje que te levanta la moral.

Durante los siguientes tres meses, el ejército te da cien dólares mensuales. Los que no fueron a la guerra ahora tienen los mejores trabajos y a ti no te queda más remedio que regresar al lugar del que saliste para recoger lo que va quedando. Yo volví a vivir con mis padres en Filadelfia oeste y entré de nuevo en Pearlstein para retomar las cosas donde las había dejado cuando era aprendiz. Sin embargo, no fui capaz de aguantar confinado en una oficina después de todo el tiempo que había pasado viviendo al aire libre en Europa. La familia Pearlstein se portó muy bien conmigo, pero yo no estaba en condiciones de encargarme de la supervisión y, cuando solo habían pasado un par de meses, renuncié.

A menudo me despertaba por las mañanas sorprendido de estar en Norteamérica y de hallarme en una cama. Sufría pesadillas toda la noche y en esos momentos no sabía exactamente dónde estaba. Me llevaba un buen rato ordenar las cosas porque no podía creer que hubiese pasado la noche en un colchón. ¿Cómo era posible que estuviese en una cama? Después de la guerra nunca llegué a dormir más de tres o cuatro horas por noche.

En aquella época no se hablaba de este tipo de cosas. No existía nada parecido al síndrome de guerra, aunque uno sabía que había algo diferente. Intentabas evitar los recuerdos de lo que te había sucedido allí, pero las imágenes volvían a asediarte. En el extranjero habías hecho de todo, desde matar a sangre fría y destruir la propiedad o robar lo que quisieras, hasta beberte todo el vino y acostarte con cuantas mujeres quisieras. Cada minuto de cada día en peligro lo habías vivido en constante riesgo de perder la vida y quedar allí tirado. No podías elegir. En muchas ocasiones solo tenías una fracción de segundo para decidir si actuabas como juez, como jurado o como verdugo. Tan solo había dos reglas que debías seguir: tenías que regresar con todo tu equipo al retornar a tu línea y tenías que obedecer las órdenes directas en combate. Si rompías una de las dos reglas, podían ejecutarte en el acto. Fuera de eso, se podía ostentar la

autoridad. No tardabas en perder los principios morales que te habían inculcado en la vida civil, reemplazándolos por tus propias reglas. Así desarrollabas una dura coraza, como si uno estuviese encerrado en una cápsula de plomo. Podías pasar más miedo del que nunca llegarías a sentir en toda tu vida. Entonces hacías ciertas cosas que incluso iban a veces contra tu propia voluntad, pero las hacías. Y cuando ya habías pasado allí suficiente tiempo, ni siquiera te parabas a pensar en todo ello. Simplemente las hacías, como cualquiera se rasca la cabeza cuando le pica.

De modo que regresabas tras haber visto las mayores atrocidades. Cuerpos famélicos apilados como leña en los campos de concentración, chicos que apenas tenían barba para afeitarse y ya mentían sobre su edad para poder apuntarse y acabar despedazados. O incluso tus propios compañeros boca abajo en el barro, muertos. Piensa un momento en la impresión que provoca un solo cuerpo en unas exequias funerarias; pues allí era un cadáver tras otro.

Cuando volví a casa, solía pensar mucho en mi propia muerte. A todo el mundo le ocurre. Entonces me dije, ¿de qué te preocupas? Es algo que no puedes controlar. Llegué a la conclusión de que todo el mundo está aquí en las mismas circunstancias, con dos fechas ya decididas: una para nacer y otra para morir. Nadie tiene ningún control sobre esas fechas, así que mi lema pasó a ser “que sea lo que tenga que ser”. He sobrevivido a la guerra, ¿qué más me puede ocurrir? Las cosas perdieron importancia para mí. Que sea lo que tenga que ser.

En Europa bebí mucho vino. Allí yo usaba el vino como se emplea la gasolina para los jeeps. Al regresar a casa, mantuve la costumbre. Mis dos esposas me echaban en cara mi forma de beber. Siempre digo que, cuando me metieron a la cárcel en 1981, pese a que no era la intención del FBI, acabaron salvándome la vida. Si la semana solo tiene siete días, yo me pasaba ocho bebiendo cuando acabé en la cárcel.

El primer año tras el regreso a casa probé distintos empleos. Trabajé para Bennett Coal and Ice cuando me llamaban. Repartía hielo durante el verano —dos barras en la cámara— porque en aquella época aún había mucha gente que no tenía nevera eléctrica. En invierno, en cambio, me

dedicaba a llevar carbón para las estufas. Resulta divertido que mi primer trabajo, a los siete años, consistiera en sacar las cenizas del carbón y ahora me hubiera pasado al extremo opuesto: repartía carbón a domicilio. Trabajé para una compañía de mudanzas durante un mes. Me dediqué a apilar sacos de cemento en una planta cementera todo el santísimo día. Trabajé como obrero en la construcción. Cualquier trabajo servía. No llegué a robar un banco, aunque trabajaba de portero e instructor de bailes de salón las noches de los martes, viernes y sábados, en el Wagner's Dance Hall. Fue un trabajo que mantuve unos diez años. Tuve tantos empleos que ni me acuerdo. Uno de los que sí recuerdo era sacar del fuego el preparado de arándanos caliente para tartas que tenía que repartir sobre una gélida cinta transportadora de aluminio. Cuanto más tardaba en repartir la mezcla, más se enfriaban los arándanos antes de alcanzar los pasteles Tastykake. El supervisor de línea no dejaba de incitarme a ir más rápido.

—Te estás relajando, no te lo tomes con tanta calma.

Yo traté de ignorarlo, pero el hombre insistió:

—¿Estás oyendo lo que te digo?

Entonces le pregunté que a quién cojones creía que le estaba hablando.

—Te estoy hablando a ti, chaval —exclamó.

Y dijo que si no me esforzaba más en el trabajo, me iba a meter la espátula para repartir la mezcla por el culo. Yo le dije que le iba a hacer algo mejor, que se la iba a clavar en la garganta. Estamos hablando de un negro grandote. En ese momento se acercó a mí. Yo le di un par de sopapos, lo deposité en la cinta transportadora, inconsciente, y le llené la boca de arándanos. Eso sirvió para que se quedara tranquilo por un rato. Luego la policía tuvo que venir a sacarme de allí.

Después de este suceso, mi madre fue a ver a un senador del Estado llamado Jimmy Judge. Ella era una mujer con ciertas conexiones políticas. Uno de sus hermanos era médico en Filadelfia. Había otro que era alguien importante en el sindicato del vidrio y era, además, regidor, algo parecido a un concejal, en Camden. Fue él quien me había conseguido el puesto de aprendiz en Pearlstein. Bueno, una mañana yo me levanto y mi madre me dice que había hablado con el senador para conseguirme un puesto en la policía estatal de Pensilvania. Todo lo que tenía que hacer era pasar las

pruebas físicas. Aunque quería mostrarme agradecido, ese trabajo era lo último que hubiera querido hacer, así que nunca fui a ver al senador para presentarle mis respetos. Años más tarde, cuando se lo conté a mi abogado, F. Emmett Fitzpatrick, me dijo:

—¡Qué gran policía habrías sido!

—Seguro —le dije yo—, y muy rico.

Me habría ocupado de hacer arrestos por violación, abuso de menores y cosas por el estilo, pero ante cualquier otro delito podría haber hecho la vista gorda, como por arte de un convenio extrajudicial.

Entonces intenté llevar una vida distendida, como antes de ir a la guerra, pero eso ya no conseguía engancharme. Costaba poco provocarme y a la mínima me sulfuraba. La bebida me ayudaba a relajarme un poco. Solía salir con los de mi antigua pandilla. También me ayudó el fútbol americano. Jugaba de bloqueador y defensa para el Shanahan's. Mi viejo amigo Yank Quinn era el *quarterback*. En aquellos días se usaban cascos de cuero, pero con el enorme tamaño de mi cabeza no había ninguno que me entrase con comodidad, así que prefería jugar con un gorro de lana, no por fanfarronear ni nada parecido, sino porque era lo único que me entraba en la cabeza. No me cabe duda de que, si hubiese nacido en días más felices, me habría encantado tratar de jugar de manera profesional. No era solo un tipo grande: era muy fuerte, rápido, ágil y bastante listo como jugador. En la actualidad, todos mis compañeros de equipo están muertos, excepto uno. Como ya he dicho, todos estamos acabados, simplemente no conocemos la fecha. Y como toda la gente joven, también entonces creímos que teníamos la eternidad por delante para vivir.

Una tarde, fuimos unos cuantos al centro de la ciudad para vender nuestra sangre: nos daban diez dólares por medio litro. Con eso teníamos para seguir bebiendo chupitos y cerveza. A nuestro regreso, vimos un cartel que anunciaba una feria ambulante donde, si uno aguantaba más de tres rounds contra un canguro, podía ganar cien dólares. Ese era mucho mejor negocio que el que acabábamos de hacer con nuestra sangre, así que partimos en dirección a la feria.

Al canguro lo habían entrenado con guantes de boxeo en el cuadrilátero. Mis colegas me inscribieron para pelear contra el animal.

Como los canguros tienen los brazos cortos, pensé que lo iba a hacer picadillo. Me pusieron los guantes y comencé a soltarle golpes con la izquierda. Lo que no sabía es que los canguros tienen la mandíbula suelta, por lo cual los ganchos no les afectan al cerebro y no se les puede noquear así. Yo me limitaba a darle golpes sin exagerar, ¿quién querría hacerle daño a un canguro? Pero cuando vi que no conseguía nada, opté por meterle un derechazo, un auténtico martillazo. El canguro se fue al suelo y en ese momento sentí un golpe en la nuca como los que mi viejo solía darme. Me sacudí un poco y continué dándole directos con la izquierda, mientras el canguro salta de un lado a otro y yo empiezo a preguntarme quién fue el H. de P. que me dio por detrás.

Verás, otra de las cosas que no sabía es que los canguros usan la cola para defenderse. Son casi dos metros y medio que te atizan como un látigo por detrás cuando logras tumbar al canguro de un golpe. Cuanto más duro le daba, más duro y a mayor velocidad respondía su cola a mis espaldas. Nunca llegué a ver la cola atizándome por detrás y no me percaté del guante de boxeo que le habían puesto en la punta. Simplemente tenía un puñetazo de dos metros y medio del que no me había enterado.

En realidad, tenía la atención puesta en una bonita irlandesa que estaba allí sentada con la sonrisa más dulce pintada en la cara. Yo intentaba impresionarla. Se llamaba Mary Leddy y ya la había visto por el barrio, aunque nunca había tenido la oportunidad de charlar con ella. No pasaría mucho antes de que su nombre pasase a ser señora de Francis J. Sheeran, pero eso era algo que ella aún no sabía, allí sentada en la tercera fila, mientras se reía con el resto de la pandilla.

Después del primer round, mis colegas se partían de risa y yo seguía sin percatarme de lo que estaba ocurriendo. El segundo round salté al cuadrilátero y fue más de lo mismo, solo que esta vez noqueé al canguro dos veces (cosa que no es nada fácil) y dos veces me atizaron en la nuca. Ya empezaba a estar medio aturdido después de haber pasado todo el día bebiendo y haber vendido medio litro de sangre, aparte de los golpes que me llegaban en la cabeza. Tampoco debí de tener muy buen aspecto ante la chica que estaba sentada en la tercera fila.

Antes de iniciar el tercer round, pregunté a mis colegas qué carajo estaba pasando.

—¿Quién me está dando leñazos en la cabeza?

Me contestaron que se trataba del árbitro, al que no le gustaban los irlandeses. Entonces me fui a ver a aquel hombre y le advertí que, si volvía a golpearme una vez más, lo tumbaba allí mismo. Él me contestó:

—Vuelve al cuadrilátero y pelea, novato.

Salí a pelear el tercer asalto con un ojo puesto en el canguro y otro, en el árbitro. A esas alturas estaba verdaderamente cabreado y le di una paliza al pobre animal, pero me golpeó tan fuerte con la cola que la cabeza me siguió doliendo durante tres días. En ese momento, me abalancé sobre el árbitro y lo tumbé. Sus ayudantes saltaron al cuadrilátero y mis colegas lo hicieron detrás de ellos. A los polis les costó tiempo y sudor volver a calmar las cosas en aquel *ring* de boxeo.

Me llevaron a Moko, que es el nombre que usábamos para designar la cárcel de la ciudad, ubicada en la Décima Avenida con Moyamensing. En aquellos días podían retenerte de manera informal un rato y luego, dejarte ir sin ningún trámite legal. Tampoco te daban una tunda ni nada, a menos que te lo buscaras. Te sacaban la foto y ya está. Así que, cuando pensaron que ya había tenido suficiente castigo, me soltaron.

Me fui directamente a casa de Mary Leddy, llamé a la puerta y pedí verla. Concertamos una cita para ir a ver a la gran orquesta de Erskine Hawkins en el Earl Theater. Lo pasamos de maravilla. Ella era una católica estricta de verdad y yo fui muy respetuoso. Tenía el pelo castaño oscuro y la cara de irlandesa más bonita que yo hubiera visto. ¡Y cómo bailaba, chaval! Esa misma noche, me quedó claro: ella era la chica con la que me iba a casar. Ya estaba con ganas de sentar cabeza. Había dado suficientes vueltas por ahí y ahora estaba decidido.

Dicen que a las chicas buenas les gustan los chicos malos, que los opuestos se atraen. Aunque Mary me amaba, su familia me odiaba. Creían que yo era lo que llamaban un irlandés pobretón y supongo que ellos se consideraban a sí mismos lo que se solía llamar irlandeses “de lazos en las cortinas”, es decir, pobretones pero arribistas. O tal vez notaron algo en

mí: pese a todo el esfuerzo que yo hacía, seguía siendo alguien demasiado impredecible para Mary.

Ella iba a misa todos los domingos y yo la acompañaba. Lo intenté con todas mis fuerzas. En 1947 nos casamos en la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores, de donde me habían expulsado por beber el vino de misa cuando era monaguillo. Yo todavía no tenía un trabajo estable y me dedicaba a lo que encontrase, además de a dar clases de baile en el salón Wagner.

Me acerqué a cuatro financieras distintas y conseguí que me prestasen cien pavos cada una, con lo cual pudimos casarnos. Más tarde, los recaudadores comenzaron a pedir el dinero y yo los convencí de que había desaparecido. Uno de ellos acabó pasándole mi caso a su supervisor, quien decidió no aceptar mi desaparición y se presentó una noche en el Wagner preguntando por Frank Sheeran. El tío no sabía que se trataba de mí, apostado allí en la puerta. Le pedí entonces que me siguiera, que yo lo llevaría a ver al señor Sheeran. Me siguió hasta el baño y una vez dentro, le metí un guantazo en el cuerpo y otro en la mandíbula que lo derribaron. No le di una paliza ni nada parecido, simplemente quería asegurarme de que el tío entendiese que el señor Sheeran se hallaba demasiado ocupado para verlo, esa noche o cualquier otra. El tipo captó el mensaje.

Mary tenía un buen trabajo como secretaria en el Instituto Farmacéutico de Filadelfia. Al comienzo no nos daba para pagar una casa propia así que, como la mayoría de nuestros amigos, tuvimos que vivir con nuestros padres durante los primeros tiempos de casados. Es algo que no le recomendaría a nadie, si puede evitarlo. La noche de bodas hicimos una fiesta en casa de los padres de Mary y, tras meterme unas cuantas copas, anuncié que iba a devolver todos los regalos de boda de su parte de la familia: si ellos no me querían a mí, pues yo no quería sus regalos. Otra cosa que recomendaría evitar. Pero yo todavía estaba rayado por la guerra.

Según mi historial policial, mi primera causa legal de verdad tuvo lugar el 4 de febrero de 1947. En el tranvía, un par de estirados me debieron de decir algo que no me gustó, o tal vez me miraron de una manera que consideré inapropiada. Los tres nos bajamos del tranvía para pelear. Estaba pegándoles a los dos cuando apareció la policía y nos pidió

que los acompañásemos. Los dos estirados se pusieron muy contentos al ver que los salvaba la campana. Yo les dije a los polis que no iba a ninguna parte hasta no haber acabado con ese par. Al rato, estaba yo dándome de tortas con tres policías. Esta vez me multaron por desorden en la vía pública y resistencia a la autoridad. Yo llevaba una navaja suiza en el bolsillo y, para subir la fianza, me imputaron por llevar un arma escondida. Si alguna vez hubiese tenido la necesidad de emplear un arma, jamás habría sido una navaja. Yo me limité a pagar la multa y me pusieron en condicional.

Con Mary logramos ahorrar un dinero y no tuvimos que quedarnos mucho en casa de los Leddy. Mientras, yo seguí buscando un empleo en el que pudiera quedarme. Trabajé para Budd Manufacturing, donde fabricaban piezas de carrocería para automóviles. Era un trabajo de esclavos, un auténtico antro de explotación. Ni siquiera tenían un protocolo de seguridad decente. Cada poco tiempo alguien perdía una mano o un dedo. La gente de hoy se olvida de los beneficios obtenidos por los sindicatos con el establecimiento de unas condiciones de trabajo dignas. Yo no tenía ni el menor deseo de donarle uno de mis brazos a Budd, así que fue otro de los sitios a los que acabé renunciando. Con todo, fue un empleo que me marcó y del que luego me acordaría cuando entré a formar parte del sindicato.

Desesperado por encontrar una ocupación, me fui a Girard Avenue, donde están las carnicerías al por mayor. Al llegar, vi a un negro cargando cuartos traseros de animales en un camión de la compañía carnicera Swift. Le pregunté si necesitaban a gente y me mandó a hablar con un tipo que quiso saber si sería capaz de cargar con cuartos traseros de animales. Yo iba al gimnasio tres veces por semana y me entrenaba golpeando el saco pesado y el rápido, levantando pesas y jugando a balonmano. Además, daba clases de baile, así que cogí un cuarto trasero como si fuera una chuleta de cerdo y me dieron el trabajo.

El tío negro era Buddy Hawkins y nos hicimos amigos. Todas las mañanas, para desayunar, Buddy se tomaba un bourbon Old-Grand-Dad triple y una doble porción de pastel de manzana. Fue él quien me presentó a Dusty Wilkinson, un peso pesado negro que en una ocasión luchó contra

el campeón Jersey Joe Walcott. Fue una dura pelea contra Walcott. Dusty era buena gente y nos hicimos amigos. Era un buen luchador, pero no le gustaba entrenar. Trabajaba de portero en un club de baile de negros llamado Nixon Ballroom y en un bar, el Red Rooster, en la Décima con Wallace. Yo solía pasarme a verlo y me quedaba charlando con Dusty y bebiendo gratis.

Con un cheque asegurado a final de mes y un bebé en camino, Mary pudo presentar su renuncia en el trabajo y pudimos pagarnos nuestro propio lugar para vivir. Alquilábamos una casa en Upper Darby. Pagábamos solo la mitad del alquiler mensual porque Mary se encargaba del cuidado de la hija de la propietaria durante el día.

Entonces llegó nuestro primer bebé, Mary Ann, nacida el mismo día del cumpleaños de Mary. No hay una dicha más grande que esa. Me juré a mí mismo que ganaría todo el dinero que pudiese para mi familia. Como católicos, pensábamos tener cuantos hijos Dios quisiera darnos. Hicimos una bonita fiesta de bautizo para Mary Ann en casa. Dusty vino también, cosa algo inusual en 1948 en Filadelfia. De hecho, los Phillies, el equipo local, fue el último de la liga nacional en fichar a un jugador negro.

Después de pasarme un tiempo cargando camiones, por fin conseguí un trabajo estable en el sindicato como conductor de camiones para Food Fair. Fue un empleo que mantuve durante diez años. Principalmente me dedicaba al reparto de carne de animales y de aves. Dusty me enseñó cómo ganar un dinero extra. Todo lo que había que hacer era apartar unos cuantos pollos y poner hielo en su lugar, de manera que el peso de las cajas siguiese siendo el mismo. Luego me acercaba a la barra del Red Rooster, donde Dusty ya se había arreglado con las personas que querían comprar pollo. Vendía el pollo fresco entero por un dólar y nos repartíamos el dinero a medias. Si conseguía sesenta pollos, eso significaba treinta dólares para cada uno.

Mi hija Peggy nació poco más de un año después y con el trabajo estable que tenía en Food Fair, además de las lecciones de baile en el Wagner y el dinero de los pollos, la situación se veía próspera en casa de los Sheeran. La madre de Mary la ayudaba con el cuidado de las niñas.

Por aquel entonces intercambié con Dusty un par de noches como portero en el Wagner's Dance Hall por el Nixon Ballroom. Las chicas negras se me pegaban para poner celosos a sus novios y yo tenía que calmar toda la situación. Un día a Dusty se le ocurrió una idea. Me contó que todos creían que me daba miedo pelear contra ellos porque no hacía más que intentar aplacar los ánimos. Entonces montamos un plan. Yo trataría de rehuir la pelea una y otra vez, mientras Dusty apostaba a que yo reaccionaría y le partiría la cara al siguiente que me desafiara. Una vez arregladas las apuestas, Dusty me hacía un gesto con la cabeza y entonces yo noqueaba al tipo que me estuviera increpando. No sé si has noqueado a alguien; el mejor lugar para darles el golpe es donde se junta la mandíbula con el oído. Si aciertas de lleno, el tipo cae hacia adelante. Eso era lo que ocurría cada noche: los derribaba de un golpe y se me caían encima, poniéndome perdida la camisa. Por eso llegué a un acuerdo con la gente del Nixon que incluía una camisa blanca nueva por noche como parte de mi paga. Desgraciadamente, no duró mucho. Al poco tiempo ya no volvieron a aparecer voluntarios.

En 1955 tuvimos nuestra tercera hija, Dolores. Todos los domingos Mary y yo íbamos a la iglesia, mientras las niñas acudían a su propia misa. Cada vez que había novenas Mary asistía, igual que participaba en todos los sacramentos. Era una madre estupenda; una mujer muy callada, como mi propia madre, aunque no dejaba de demostrarle afecto a las chicas. Eso era algo que a mí me costaba porque de niño nunca me lo dieron. Comencé a ponerlo en práctica más con mis nietos que con mis hijas. Ninguna de nuestras hijas nos dio problemas por su comportamiento. No fue porque yo hiciese algo para prevenirlo, no: se debía a la atención que les dedicaba mi mujer y a su forma de criarlas.

Yo solía llevar a la segunda de mis hijas, Peggy, al club de Johnny Monk. Mary Ann prefería quedarse en casa con su madre y con el nuevo bebé, Dolores. Johnny Monk era jefe de distrito y en su garito la comida estaba muy buena. Íbamos allí a pasar Nochevieja, pese a que Mary no bebía. Lo que a ella le gustaba era organizar picnics con las niñas e irnos todos al parque de atracciones de Willow Grove. No es que yo estuviera siempre currando, no: cuando las niñas eran más pequeñas, yo solía salir

con ellas por ahí. Estaba muy unido a Peggy, aunque ella ya no me habla desde que Jimmy desapareció.

Todo cambió cuando comencé a salir por el centro de la ciudad. Algunos de los conductores de Food Fair eran italianos y yo empecé a bajar al centro con ellos, para ir a los bares y restaurantes en los que se podía ver a cierta gente. Me metí en toda una cultura diferente.

Ahora me siento muy mal por haberlo hecho. Nunca maltraté a mis hijos, pero comencé a volverme un poco descuidado, y Mary era una mujer demasiado buena, demasiado permisiva conmigo. Llegado cierto punto, simplemente me vi metido en esa otra cultura y dejé de aparecer por casa. Claro que, cada semana, yo llevaba dinero a casa. Cumplía mi parte, mientras Mary hacía la suya. Era un puto egoísta. Pensaba que estaba haciendo las cosas bien porque le daba dinero, aunque no dedicaba suficiente tiempo a la familia ni a las niñas ni a mi esposa. En los sesenta, cuando me casé con mi segunda mujer, Irene, y tuve mi cuarta hija, Connie, las cosas ya eran distintas. Para entonces yo ya estaba con Hoffa y con los Camioneros y tenía unos ingresos constantes, aparte de que era más mayor y pasaba más tiempo en casa. No tenía que andar por ahí haciendo gestiones: ya había adquirido una posición.

En algún momento durante los años cincuenta, recuerdo haber ido con Mary al cine a ver la película *On the Waterfront* y luego pensar que yo era, cuando menos, tan malo como el personaje interpretado por Marlon Brando y que algún día me gustaría incorporarme al trabajo del sindicato. Los Camioneros me proporcionaron un empleo seguro en Food Fair. La única forma de que te echasen era que te pillasen robando. Mejor dicho, solo podían echarte si te pillaban robando y podían probarlo.»

VIII

Russell Bufalino

En 1957 la mafia salió del armario. No fue algo intencionado, pero así sucedió. Antes de 1957 cualquier persona razonable podía dudar sobre la existencia de una red organizada de gánsters en Norteamérica. Durante años el director del FBI, J. Edgar Hoover, se dedicó a afirmar que no existía ninguna organización de esa naturaleza en Estados Unidos y destinó los principales recursos de su institución a investigar a los sospechosos de ser comunistas. Sin embargo, como resultado de la publicidad atribuida a la mafia en 1957, hasta el propio Hoover se subió al carro. La organización era llamada *La Cosa Nostra*, es decir «Nuestra cosa», un término que se oye con frecuencia en las conversaciones interceptadas del gobierno.

Por irónico que resulte, Russell Bufalino, una persona con total aversión a la publicidad, contribuyó a la atención indeseada que la mafia comenzaría a cosechar en 1957. Bufalino ayudó a organizar la famosa reunión de los padrinos de las distintas partes del país en la localidad de Apalachin, en Nueva York, en el mes de noviembre de 1957. La reunión había sido convocada para resolver los potenciales problemas que podían llegar a surgir tras el tiroteo del padrino Albert Anastasia cuando se hallaba en el sillón del barbero en el hotel Park-Sheraton de Nueva York, en octubre de ese mismo año, con una toalla caliente en la cara.

La reunión en Apalachin acabaría trayéndole más problemas que beneficios a la mafia. La policía de Apalachin sospechaba de todas las actividades mafiosas en la zona y optaron por realizar un allanamiento en la casa en la que se celebraba la reunión. Esto fue antes de que la Corte Suprema de Estados Unidos cambiase las leyes sobre busca y captura de sospechosos. Cincuenta y ocho de los mafiosos más poderosos del país fueron atrapados y arrestados por la policía. Unos cincuenta más lograron escapar a través de los bosques circundantes.

Igualmente, en 1957 el público empezó a conocer de cerca el funcionamiento del crimen organizado mediante las sesiones transmitidas por televisión de los procesos judiciales contra actividades impropias de la comisión McClellan del Senado de Estados Unidos. En vivo para toda Norteamérica, para que lo presenciasen en blanco y negro, algo que ningún periódico era capaz de difundir: los duros mafiosos con un anillo de diamantes en el meñique conversaban calmadamente con sus abogados, que después de acomodarse en la silla para quedar de cara a los senadores, encabezados por el abogado Bobby Kennedy, se limitaban a responder a las preguntas con voz ronca, citando una y otra vez la Quinta Enmienda. La mayoría de estos interrogatorios estaban cargados de acusaciones de asesinato, tortura y otras importantes actividades criminales. Esa letanía se transformó en parte de la cultura de los años cincuenta: «Senador, por consejo del abogado, debo decirle que, con todo respeto, declino responder a esa pregunta, teniendo en cuenta que podría llegar a incriminarme». Claro, una respuesta así era considerada por el público como admisión de la culpabilidad.

La comisión de La Cosa Nostra no tomaba ninguna decisión importante sin la aprobación de Russell Bufalino. No obstante, el público no sabía de su existencia antes de Apalachin y de los procesos promovidos por la comisión McClellan. A diferencia de los tipos que buscaban ser como Al Capone o Dapper Don, gente a la que le gustaba ostentar de su situación, el discreto Bufalino podría haber sido confundido con el típico inmigrante italiano.

Nacido como Rosario Bufalino en 1903 en Sicilia, durante los años que siguieron a la reunión de Apalachin y con los procesos de la comisión

McClellan en pleno, el Ministerio de Justicia casi logró deportarlo, junto con su amigo íntimo y aliado Carlos Marcello, jefe del hampa en Nueva Orleans. Cuando ya había comprado los billetes de avión y había puesto las cosas en orden para llevarse una parte de su dinero, Bufalino logró revocar los cargos de deportación en los tribunales.

Para evitar tener que vérselas en los tribunales con Carlos Marcello, el FBI lo cogió literalmente de las calles de Nueva Orleans para meterlo en un avión con destino a Guatemala. Carlos tenía un certificado de nacimiento guatemalteco y, según el FBI, no gozaba de los derechos de un ciudadano norteamericano. Indignado y fuera de sí, Marcello cogió un vuelo de regreso y también consiguió revocar su deportación en los tribunales de justicia.

Pese a la presión del gobierno, Bufalino continuó a la cabeza de su negocio, en el que prosperaba. El informe de 1980 de la Comisión para el Crimen Organizado de Pensilvania con el título de *Una década de crimen organizado*, revela que, en aquel entonces, «familias como los Magaddino... o los Genovese ya no dominan el crimen: los miembros de dichas familias están ahora bajo el control de Russell Bufalino».

Bufalino fue identificado por la Comisión para el Crimen Organizado de Pensilvania como un socio encubierto del mayor proveedor de municiones del gobierno de Estados Unidos, Medico Industries. Asimismo, poseía intereses secretos en los casinos de Las Vegas, además de otras conexiones no tan secretas con el dictador cubano Fulgencio Batista, derrocado por Fidel Castro en 1959. Con la venia de Batista, Bufalino había llegado a poseer un hipódromo y un importante casino en las inmediaciones de La Habana. Por eso, cuando Castro echó a la mafia a patadas de la isla, Bufalino perdió una importante cantidad de dinero y de propiedades, incluidos el hipódromo y el casino.

En junio de 1975, una semana antes del asesinato de Sam Giancana, “Momo”, en Chicago y un mes antes de la desaparición de Jimmy Hoffa en Detroit, y al mismo tiempo que se desarrollaba el proceso judicial de la comisión Church del Senado en torno a los vínculos de la CIA con el crimen organizado, la revista *Time* informaba de que la CIA había contratado con éxito la ayuda de Russell Bufalino como parte de un

misterioso plan, tramado entre la agencia y la mafia, con el objetivo de asesinar a Castro. El comité del senador Frank Church llegó a la conclusión de que Bufalino formaba parte de una estrambótica conspiración para asesinar a Castro con cápsulas venenosas, justo antes de que tuviera lugar la invasión de Bahía de Cochinos en 1961.

Bufalino había sido exculpado tres veces por actividades con el crimen organizado durante los años setenta. El último caso, relacionado con extorsión federal, fue resuelto solo cinco días antes de la desaparición de Jimmy Hoffa. El *Buffalo Evening News* del 25 de julio de 1975 informaba de que «Bufalino, vinculado con la trama de la CIA para la invasión de Bahía de Cochinos, dijo: “Todo salió como lo había previsto”». Aquel mismo día, el *Democrat* y el *Chronicle*, de Rochester, Nueva York, sostenían que «Al preguntarle si pensaba retirarse, Bufalino respondió: “Me encantaría retirarme, pero no me dejan. Tengo que pagar a mis abogados”».

El territorio en el que Bufalino operaba abarcaba Pensilvania, los márgenes de Filadelfia, el norte del estado de Nueva York (Buffalo incluido) y varios intereses en Florida y partes de Canadá, así como en sectores de la ciudad de Nueva York y del norte de Nueva Jersey. Pero su verdadero poder residía en el respeto que le profesaban todas las familias de la mafia del país. Además, su esposa, Carolina Sciandra, más conocida como Carrie, estaba relacionada con el clan Sciandra de La Cosa Nostra. Aunque ningún Sciandra había alcanzado el grado de padrino, los miembros de la familia se remontaban hasta los orígenes de la mafia en Norteamérica.

Es posible que el amigo más cercano de Bufalino fuese el jefe del hampa de Filadelfia, Angelo Bruno. Las autoridades legales solían referirse a Bufalino como «el silencioso don Rosario», mientras Bruno era conocido como «el don dócil» por el discreto perfil empleado en la administración de una importante familia criminal. Al igual que la familia Bufalino, los Bruno tampoco tenían permiso para involucrarse en asuntos con drogas. Debido a su imagen de hombre chapado a la antigua, Bruno acabó asesinado por uno de sus codiciosos subordinados en 1980. Su desaparición provocaría una interminable ola de anarquía en su familia. Su

sucesor, Philip Testa, «Chicken Man», acabó literalmente estallando tan solo un año después de haber cogido el relevo. El sucesor de Testa, Nicodemus Scarfo, «Little Nicky», se encuentra actualmente cumpliendo múltiples condenas a perpetuidad por asesinato, después de haber sido traicionado por su propio vicejefe y sobrino. El sucesor de Little Nicky, John Stanfa, en este momento está cumpliendo cinco cadenas perpetuas consecutivas por asesinato. Cada año, Frank Sheeran recibía una felicitación de Navidad de su parte en su celda de Leavenworth. El sucesor de John Stanfa, Ralph Natale, es el primer jefe que se ha vuelto informante del gobierno, testificando contra sus propios hombres. Frank Sheeran habla de Filadelfia como la «ciudad de las ratas». Por otra parte, Russell Bufalino disfrutó de una larga vida. Murió a una edad avanzada en una casa de reposo en 1994. Hasta el día de su muerte, con noventa años, era él quien estaba a cargo de su «familia» y, a diferencia de la familia de Angelo Bruno, en Filadelfia, no se ha sabido de ningún desacuerdo entre los Bufalino tras su desaparición.

Según Frank Sheeran, de todos los presuntos jefes criminales que llegó a conocer, Russell Bufalino era aquel cuyos gestos y estilo más se parecen al retrato hecho por Marlon Brando en *El padrino*.

En uno de los informes de la comisión McClellan del Senado de Estados Unidos contra el crimen organizado, Bufalino era considerado como «uno de los líderes más despiadados y poderosos de la mafia en Norteamérica».

Pese a todo, en el verano de 1999 recogí a un hombre, en compañía de su mujer y su hijo, en la carretera interestatal al norte de Pensilvania: se les había estropeado el coche y necesitaban llegar a una estación de servicio. El hombre resultó ser el antiguo jefe de policía del pueblo en el que Russell Bufalino había vivido y en el que aún vivía su viuda, Carrie. Le hice saber que había trabajado como fiscal y le pregunté si podía decirme algo, lo que fuera, sobre Russell Bufalino. El antiguo oficial me sonrió y me explicó que, «sin importar aquello que hubiese podido hacer en otras partes, en nuestra jurisdicción nunca hizo nada malo. Era alguien de la vieja escuela, muy educado, un perfecto caballero. A juzgar por la

casa o el coche que tenía, nadie hubiese podido decir que tenía más de dos duros».

IX

Pan de *prosciutto* y vino casero

«El día que conocí a Russell Bufalino mi vida cambió. Más tarde, el solo hecho de que me viesen en su compañía me sirvió para continuar con vida, debido a toda una serie de asuntos particulares que habían puesto mi existencia definitivamente al límite. Para bien o para mal, conocer a Russell Bufalino y ser visto en su compañía sirvió para profundizar en una cultura, propia del centro de la ciudad, de una forma que yo nunca habría podido conseguir por mí mismo. Tras la guerra, mi encuentro con Russell fue lo más importante que me sucedió, después de mi matrimonio y mis hijas.

A mediados de los años cincuenta, en 1955, creo, yo me dedicaba al reparto de carne para Food Fair con un camión refrigerado. Me dirigía hacia Syracuse cuando el motor comenzó a darme problemas en Endicott, Nueva York. Aparqué en un área de descanso para camiones y abrí el capó para echar una mirada, cuando apareció un italiano mayor y bajito que se acercó al camión y me preguntó:

—¿Te puedo echar una mano, muchacho?

Yo le contesté que por supuesto y el hombre estuvo un rato fisgoneando en el carburador, me parece. Usaba sus propias herramientas. Yo le hablé un poco en italiano mientras él trabajaba. No sé qué era lo que fallaba, pero el tipo consiguió poner la máquina en marcha sin problemas. Con el motor ronroneando, me bajé de la cabina y fui a darle la mano para

agradecérselo. Me la estrechó con gran energía. Podría decirse que esa manera en que nos dimos la mano —con calidez— de inmediato despertó algo en ambos.

Posteriormente, cuando ya nos conocíamos, me dijo que aquella primera vez que me vio le caí bien por la forma en que me desenvolvía. Yo también reconocí que había algo especial en él, como si hubiese sido el dueño de aquella área para camiones o, incluso, el dueño de toda la carretera. Pero había algo más. Russell tenía la confianza de un campeón, de un ganador, sin dejar de ser humilde y respetuoso. Cuando ibas a misa a confesarte los sábados, siempre buscabas la fila del confesor más justo y que menos penurias te hiciese pasar. Bufalino era como ese confesor. Cuando nos dimos la mano en aquella ocasión, fue la primera vez que le ponía la vista encima y no tenía ni la menor idea de quién era, ni me imaginaba que volvería a verlo de nuevo. Pero sí que me cambió la vida.

Por aquel entonces yo ya había comenzado a frecuentar el club Bocce, en el centro de la ciudad, en la Quinta con Washington. Iba con un grupo de italianos con los que trabajaba en Food Fair que vivían en la parte sur de Filadelfia. Para mí era gente nueva. Después nos íbamos al Friendly Lounge, en la Décima con Washington, propiedad de un tío llamado John al que apodaban Skinny Razor. Al principio yo no tenía ni la menor pista de quién era aquel John, pero varios de los que trabajaban en Food Fair pasaban por allí a cobrar algún dinero. Digamos que una camarera, por ejemplo, pedía prestados cien dólares, que tenía que devolver pagando doce dólares semanales, durante diez semanas. Si había una semana que no podía pagar los doce dólares, solo aportaba dos dólares, aunque seguía debiendo la cantidad correspondiente a esa semana, que no dejaba de acumularse. Los dos dólares eran lo que llamaban el interés. Esa era la sustancia del asunto.

Mis amigos italianos de Food Fair ganaban unos cuantos pavos de esa forma. En una ocasión en la que nos encontrábamos en el Friendly Lounge me presentaron a Skinny Razor y yo mismo puse mi pasta. Se trataba de dinero fácil, nada de sudar, y servía estrictamente para proporcionar un servicio a aquellas personas que no tenían crédito. Esto, claro, era antes de las tarjetas de crédito, cuando la gente no tenía dónde recurrir si se

quedaban sin dinero entre dos nóminas. Aunque técnicamente, cobrar ese dinero era ilegal porque, en teoría, se trataba de usura.

Ganar comisiones resultaba algo natural para mí porque ya lo hacía vendiendo quinielas de fútbol americano en las hamburgueserías White Tower, aliado con un irlandés musculoso que había sido boxeador llamado Joey McGreal, que también era coordinador de los Camioneros en mi agrupación local, la 107. Mis colegas italianos de Food Fair me compraban los billetes a mí. Yo no estaba detrás de la quiniela: no podía pagar si alguien acertaba con el premio gordo. Se encargaba McGreal. Yo, simplemente, cobraba mi comisión. Y también echaba mis quinielas. No tardé en comenzar a venderlas entre la gente de los bares. A los auténticos corredores de apuestas, como Skinny Razor, les daba igual si las vendía allí mismo, en el bar, porque ellos no estaban metidos en las quinielas del fútbol. Era poca cosa. Pese a todo, era ilegal en aquel entonces y supongo que lo seguirá siendo.

Uno podía ver que Skinny Razor tenía éxito en sus negocios alternativos de apuestas y usura por la forma en que llevaba todo el asunto y por el respeto que le tenía la gente que venía a hablar con él. Parecía como si fuese un oficial o algo por el estilo, mientras todos los demás eran soldados rasos. Ahora bien, ninguno de mis amigos italianos lo identificaba como un gángster de peso ni nada parecido. ¿Qué mafioso de peso podía tener un apodo así?

El apodo Skinny Razor (“Navaja Flaca”) se lo pusieron a John porque había sido dueño de una pollería en la que las aves estaban vivas. Cuando las señoras italianas aparecían por allí, escogían el pollo que querían entre las jaulas alineadas y entonces John sacaba su navaja y le cortaba el cuello al bicho. Ese era el ejemplar que las señoras italianas se llevaban a casa para desplumar y servirlo horneado en la cena.

Skinny Razor era alguien que caía bien a todos y tenía un gran sentido del humor. Solía llamar “mamá” a todo el mundo de forma cariñosa, no como se usa hoy en día. Era un tipo flaco que rondaba el metro ochenta y cinco, lo que, para aquella zona de la ciudad, era bastante alto. Lo cierto es que parecía una navaja delgada y tiesa. El apodo Skinny le venía como anillo al dedo. Si uno cometía un error, siempre podía ofrecerle excusas, a

menos que lo que hubiese hecho fuese algo “grave”. Si se trataba de poca cosa, solía darte un respiro, aunque no te iba a regalar nada.

Por mucho que hoy cueste creerlo, en aquellos días la gente no sabía realmente que existía una mafia organizada. Por supuesto que siempre se oía de algún gángster en particular, como Al Capone con su banda. Pero una mafia a nivel nacional, con sus influencias representadas en todos los negocios, eso era algo que conocían unos pocos. Yo solía enterarme de ciertas cosas, pero no estaba al tanto de nada parecido; ni por asomo. Como cualquier hijo de vecino, yo no tenía ni la más mínima idea de que el corredor de apuestas del barrio estaba compinchado con el ladrón de joyas de guante blanco o con el que robaba camiones o con los jefes sindicales o con algunos políticos. No sabía que existía aquella gran trama a la que, al familiarizarme con su cultura, comenzaba a asomarme poco a poco. De cierta forma, era como un trabajador portuario que día a día iba inhalando una pequeña cantidad de amianto sin saber lo peligroso que podía llegar a ser. No querían que la gente lo supiera.

Los italianos con los que trabajaba en Food Fair que ganaban dinero a través de John ni se imaginaban el peso que tenía ese al que llamaban Navaja Flaca.

En una ocasión en la que estábamos charlando mientras bebíamos una botella de vino casero, comencé a pavonearme con mis colegas de Food Fair sobre el arreglo que tenía con Dusty para sacar más dinero de los pollos, pero los tíos no tardaron en ponerme al día sobre otras formas de hacer pasta. Una vez que el camión había sido cargado con la carne, el gerente de despachos donde habías cargado el camión te ponía un sello de aluminio en la cerradura y ya podías partir. Cuando llegabas a la tienda de Food Fair con tu carga, el administrador de allí rompía el sello de aluminio y entonces podías descargar la carne en la cámara refrigerada de la sucursal. Una vez que el sello había sido roto, no había forma de arreglarlo, de modo que no se podía abrir la puerta del compartimento de carga cuando ibas de camino a la tienda. El administrador de allí era el único que podía hacerlo. Sin embargo, los días que hacía mucho frío, al gerente de despachos que se encargaba de poner el sello cuando la carne ya había sido cargada en el camión solía entrarle pereza y te pasaba el sello

para que tú le hicieras el favor de colocarlo. Si te pasaban el sello, entonces podías esconderlo y pasar a dejar, por ejemplo, unos cinco cuartos traseros a un tipo que te estuviera esperando en algún garito. Él se encargaría de repartirlo a los restaurantes y luego se dividiría las ganancias contigo. Solo una vez que le habías pasado la carne al tipo ponías el sello a la cerradura. Cuando llegabas a la tienda, tenías el sello intacto; el administrador del local se encargaría de abrirlo y todo saldría a la perfección. A continuación, actuabas como una persona de buen corazón y le decías al carnicero que podías encargarte de descargar la carne en su lugar. Te ibas a la cámara y te encontrabas la carne, colgada de ganchos, en un raíl a la derecha. Cogías cinco cuartos traseros y los añadías al raíl izquierdo, de modo que, para completar los veinticinco que se suponía que tenías que haber despachado, solo necesitabas añadir los veinte cuartos traseros que aún te quedaban en el raíl izquierdo. El administrador de la sucursal contaba, estaban los veinticinco que acababas de colgar y procedía a firmar. Al hacer el inventario se darían cuenta de que faltaba carne, pero no podrían saber quién había sido el responsable o cómo había ocurrido. El gerente de despachos jamás admitiría que te había pasado el sello para que lo colocases en su lugar porque él era demasiado vago como para enfrentarse al frío a hacer su trabajo, como le correspondía.

En teoría, así era como funcionaba. Ahora, en la realidad todos estaban metidos en el negocio y recibían una parte del pastel por mirar hacia otro lado.

Antes de la guerra pagaba por todo lo que tenía, pero durante la guerra aprendí a coger lo que quisiese, cualquier cosa de la que me pudiese apropiar sin mayores problemas. No es que hubiese mucho que valiera la pena, pero si necesitabas vino, mujeres, los cogías. Y si necesitabas un coche, pues también. Ese tipo de cosas. Después de la guerra, parecía natural pillar lo que consiguieras de donde pudieras. Nadie tenía sangre suficiente para vender a diez dólares el medio litro.

A mí se me fue un poco la mano y un día vendí la carga completa de mi camión, cuando iba de camino a despachar en Atlantic City. Coloqué el sello en la cerradura una vez que le había pasado toda la carne a aquel tipo. Al llegar a Atlantic City, el administrador rompió el sello: no había carne

dentro. Yo me mostré asombrado. Tal vez los tíos que cargaron el camión tuvieron un descuido. El administrador me preguntó si, al conducir, no había notado que el camión iba más ligero. Y yo que pensé que traía un buen caballo, le dije. Después de aquel incidente, Food Fair repartió avisos en las tiendas para que los administradores no me quitaran ojo, pero, como ya he dicho, muchos de ellos estaban en el mismo negocio.

Los avisos no sirvieron para detenerme. Aunque sabían que, allí donde yo iba, faltaba mercancía, no tenían pruebas en mi contra. Es decir, sabían que lo estaba haciendo, pero no sabían cómo y, por contrato, la gerencia no puede despedir a un camionero a menos que cuente con fundadas evidencias. Ellos no tenían ni una. Sí, el robo era suficiente como para echarme, si hubieran tenido cómo probarlo. Por lo demás, cuando no les estaba robando, trabajaba duro para ellos.

Pero el 5 de noviembre de 1956 vinieron a por mí con lo que tenían y me acusaron de robo al comercio interestatal. Mi abogado quería que presentase una demanda para involucrar a la gente que había estado metida conmigo en el asunto, pero yo sabía que toda la gente que se había metido en el tema conmigo eran los testigos que el gobierno planeaba utilizar en el caso en mi contra. Si decidían enviarme a prisión, también tendrían que instalar un vagón en el juzgado para llevarse a todos sus testigos a la cárcel. Si me cogían a mí, los cogían a todos. En realidad, lo que querían era que les diese los nombres y luego me dejarían ir. Yo di mi palabra a los posibles testigos de que no me iba a chivar de nadie. Ellos, simplemente, tenían que mantener la boca cerrada y hacer como si no supiesen nada. Mientras tanto, aproveché la oportunidad para colarme en la oficina y llevarme los registros de todas aquellas cosas de Food Fair que, aparte de la carne que yo repartía, tampoco arrojaban cuentas claras.

Los testigos llamados por el gobierno, uno detrás de otro, fueron incapaces de atribuirme nada. Yo le pasé a mi abogado los registros de las otras cosas que faltaban en Food Fair, todos los alimentos descuidados. El gobierno puso objeciones porque arguyó que yo me había llevado los registros. Yo dije que alguien se los había llevado y los había dejado en mi buzón de correos. El juez desestimó el caso y opinó que, si él fuese dueño de alguna participación en Food Fair, la vendería. Entonces los de Food

Fair me hicieron una oferta a través de mi abogado: me darían veinticinco mil dólares si renunciaba. Les dije que no podía permitirme quedarme sin salario.

Total, nos fuimos a celebrarlo al centro de la ciudad y pude darme cuenta de que Skinny Razor y alguna otra gente que había sentada con él estaban muy impresionados ante el hecho de que no me hubiese chivado de nadie. Para ellos, más importante que haber ganado el caso era que no hubiese echado a nadie al agua.

Fue en aquel período cuando comencé a frecuentar el Villa di Roma, en la calle Nueve. A veces íbamos allí a cenar. Una noche reconocí al viejo que me había ayudado a poner en marcha el motor en aquella área de descanso para camiones. Me acerqué y le presenté mis respetos y me invitó a tomar asiento con él y con su amigo. Resultó que su amigo era Angelo Bruno, quien, como después me enteraría, era el jefe de Skinny Razor y el jefe de toda Filadelfia, aparte de participar en casi todos los negocios del centro, incluyendo el Villa di Roma.

Me tomé un vaso de vino con ellos y Russell me contó que había venido a Filadelfia a recoger pan de *prosciutto*, es decir, pan relleno de jamón y mozzarella. Lo partes y te lo comes como un bocadillo. Sí, casi como un bocadillo, aunque es distinto. Yo pensé que hablaba en serio, que esa era la única razón por la que había bajado a Filadelfia, y le dije que la próxima vez que me tocase hacer reparto cerca de su casa, ya me encargaría de llevarle una docena de barras de pan de *prosciutto*. Eso te demuestra lo poco que sabía. Él se mostró agradecido.

Después de eso, pude ver a Russell en distintas partes del centro de la ciudad. Siempre iba acompañado de su amigo Angelo Bruno. Cuando tenía que viajar cerca de su casa, pasaba a dejarle unas cuantas salchichas del Roselli porque me había contado que también bajaba a Filadelfia para comprarlas. Siempre me invitaba a sentarme y me servía vino tino, en el que sumergía trozos de pan. Estaba encantado de que durante la guerra me hubiese tocado ir a Catania, la ciudad de Sicilia en la que había nacido. Yo le hablé de la pasta que allí ponían a secar en la cuerda de tender la colada, como la ropa que se pone a secar los domingos. A veces me invitaba a comer con él y hablábamos un poco de italiano. Incluso me compró una

quiniela del fútbol americano por dos dólares, como si le importase. Era solo por educación.

Entonces, mi plan de convertirme en socio permanente de la cadena Food Fair sufrió un abrupto revés. Pusieron a la agencia Globe Detective a vigilar determinados restaurantes de los que sospechaban y cogieron al que repartía la carne que le pasábamos. El tío no trabajaba para Food Fair, simplemente era uno de los que frecuentaba el sitio de Skinny Razor. Conducía una camioneta grande y llevaba una carga de carne de Food Fair que yo le había dejado. Nuevamente se encontraban sin pruebas en mi contra, porque no podían asociar la carne con ningún conductor en particular, pero sabían que se trataba de mí y me dijeron que, si yo renunciaba, dejarían al tipo en libertad. Yo les pedí entonces los veinticinco mil dólares y se rieron en mi cara. Se imaginaron que no abandonaría a aquel pavo, y estaban en lo cierto. Así que renuncié.

La siguiente ocasión en la que voy al Villa di Roma y me encuentro con Russell, me entero de que está al corriente de todo lo sucedido. Me dice que he hecho lo correcto. Me explica que aquel tipo tenía una esposa e hijos y que hice las cosas bien ahorrándole la cárcel. Pero claro, yo también tenía una esposa e hijas, y ahora me encontraba sin trabajo.

Comencé a conseguir pequeños trabajos en la sede del sindicato. Hacías turnos para distintas compañías cuando alguno de sus conductores se ponía enfermo. Entrabas en vereda, como los estibadores de la película *On the Waterfront*. Algunos días te tocaba trabajar, otros no, y todo el tiempo estabas deseando encontrar un empleo estable. Aún tenía el trabajo en los salones de baile, pero había perdido mis rutas con Food Fair y sin ellas era difícil conseguir pasta para mantener el negocio de Skinny Razor o para vender las quinielas de Joey McGreal.

No tener empleo significaba tener más tiempo disponible para frecuentar el centro de la ciudad e intentar ganarme unos cuantos duros por ahí. Mis colegas italianos de Food Fair bromeaban sobre mi capacidad de levantar, recostado en el banco del gimnasio, ciento ochenta kilos en los ejercicios de pesas y de hacer series de doscientos setenta y cinco con las pesas normales, sin siquiera pestañear. Un día, un apostador ilegal llamado Eddie Rece se acercó a mí y me preguntó si me gustaría sacarme

una pasta. Quería que me hiciese cargo de un asunto suyo. Me dio unos cuantos dólares para que fuese a ver a un notas en Jersey que la estaba liando con la novia de uno de sus parientes. Me pasó una pistola para que se la enseñase al tipo, pero me ordenó que no la usase, que solo tenía que mostrársela. Así se hacían las cosas en aquel entonces. Bastaba con asomar el arma. Ahora ya no enseñas el arma; simplemente, disparas con ella. Igualmente, en aquella época todos querían su dinero el mismo día. En la actualidad, en cambio, todos quieren que les paguen ayer. La mitad de los que están en el negocio se meten drogas y eso los pone impulsivos, altera su forma de pensar. Más de la mitad. Incluso algunos de los jefes.

Partí a Jersey y hablé con el notas. Le dije que no se metiera con el césped del vecino, que mejor se ocupase de su propio jardín. Le dije que me habían enviado para decírselo. Que era mejor que se consiguiera su propia chorba, como se solía decir. Que pillase su propia chorba en otra parte. Me di cuenta enseguida de que ese Romeo no estaba por buscarse problemas, así que ni me molesté en mostrarle la pistola. Él ya sabía de qué se trataba.

Aquel pequeño encargo para Eddie Rece salió bien, lo que me llevó a recibir más encargos de otra gente. A lo mejor había uno por ahí que debía dinero a los chicos del centro de la ciudad y me enviaban a mí a recogerlo. En una ocasión, Skinny Razor me pidió que fuese a Atlantic City a buscar a un tío que se estaba atrasando con el pago de los intereses de un préstamo. Fui a buscar al tío y lo traje de vuelta. A ese sí que tuve que enseñarle la pistola para que se subiese al coche conmigo. Cuando llegamos al Friendly Lounge, se estaba cagando de miedo. Skinny le echó una mirada y simplemente le dijo que regresase con el dinero. El tío le preguntó entonces cómo podía regresar a Atlantic City y Skinny le dijo que cogiese un autobús.

Sin duda, mi reputación como persona eficiente estaba creciendo, pero también como alguien en quien se podía confiar. El hecho de que hubiese dejado el trabajo en Food Fair para evitar que aquel tipo fuese a la cárcel era algo que se seguía comentando como una prueba de que yo era de fiar. Empezaron a llamarme “Chich”, que es el diminutivo de Frank en italiano: Francesco. Del mismo modo, empezaron a invitarme al club Messina, en

la Diez con Tasker, un garito con acceso exclusivo para socios donde te ponen la mejor salchicha con pimientos que te puedas comer. Allí se jugaba a las cartas y se podía pasar el rato sin tener que aguantar a los ciudadanos de a pie sentados en la mesa de al lado. El club aún sigue allí y te siguen poniendo las mejores salchichas con pimientos de toda la parte sur de Filadelfia.

En un par de ocasiones, al encontrarme con Russell los miércoles, me dijo que volviese a casa a buscar a mi esposa. Entonces nos encontrábamos más tarde con él y su mujer, Carrie, para cenar en el Villa di Roma los cuatro. El miércoles era el día en que salías con tu esposa, de modo que no se veía a nadie por ahí con su *cumare*, su amante, o como quieras llamarla. Todos sabían que los miércoles por la noche no eran para las *cumare*: era una regla no escrita. Mary y yo pasamos muchas veladas agradables con Russ y Carrie los miércoles.

De forma automática, cuando no había trabajo en la sede del sindicato, me iba al centro de la ciudad. Se estaba a gusto allí. Nunca me faltaba un vaso de vino en la mano. Comencé a quedarme cada vez hasta más tarde... Ciertas noches ni siquiera regresaba a casa. Los domingos por la noche iba al Barrio Latino, un elegante club nocturno en Cherry Hill, Nueva Jersey, donde me encontraba con todos los que frecuentaban el centro de la ciudad durante la semana. Frank Sinatra solía tocar allí, así como muchas grandes estrellas. De vez en cuando Mary venía conmigo, aunque no era un ambiente que le gustase, y una canguro era un lujo que no nos podíamos permitir muy a menudo mientras yo siguiera sin trabajo. Mary no dejaba de encender velas para que yo encontrase una ocupación estable. Los domingos me quedaba durmiendo hasta tarde después de las noches en el Nixon Ballroom con Dusty y Mary iba a misa sola, mientras las chicas acudían a su propia ceremonia.

De vez en cuando recibía una llamada de Russell, desde el norte, que me pedía que subiese a recogerlo para llevarlo a algún lugar. Tenía negocios por todas partes, desde Endicott hasta Buffalo, en Nueva York; desde Scranton a Pittsburgh, en Pensilvania; también al norte de Jersey y en la ciudad de Nueva York. Parecía saber dónde me pasaba yo el día cuando me llamaba por teléfono para que fuese a recogerlo. Yo disfrutaba

de su compañía y nunca le pedía un céntimo. Él sabía que me hacía un gran favor al dejarse ver conmigo. Yo no sabía cuán grande era hasta que, un día de noviembre de 1957, me pidió que lo llevara en coche a un pequeño pueblo junto a la frontera norte del estado de Nueva York llamado Apalachin. Según me dijo, después de Apalachin tenía que ir a Erie, Pensilvania, luego a Buffalo y, a continuación, regresaría a Erie, después a Buffalo y de ahí directo a casa, en Kingston. Así que lo llevé a una casa en Apalachin y allí lo dejé. No noté nada fuera de lo común.

Al día siguiente, aquella reunión en Apalachin se convierte en el mayor acontecimiento de la mafia italiana jamás ocurrido en Norteamérica. De súbito, arrestan a cerca de cincuenta gánsters procedentes de todas partes del país y uno de ellos es mi nuevo amigo, Russell Bufalino. Durante días ocupó la portada de todos los diarios. En televisión era la noticia más importante. De verdad existía una mafia y se extendía por todo el país. Cada uno de estos sujetos tenía su propio territorio. Ahora entendía por qué Russell me pedía que lo llevara a distintos lugares y que lo esperara en el coche mientras él resolvía sus negocios en casa de alguien, en un bar o en un restaurante. Arreglaban todos sus asuntos de forma personal y con dinero en efectivo: nada de bancos ni de hablar por teléfono. Russell Bufalino era tan importante como lo había sido Al Capone, o puede que más. Me costaba trabajo creerlo.

Leí todos los artículos que aparecieron. Algunos de esos tíos iban con trajes de seda, mientras otros se vestían normal, como Russell, pero todos eran hombres poderosos con un gran historial delictivo del que se podía alardear. No estamos hablando de una pelea con un par de polis después de una discusión en el tranvía ni de mear un poco de carne de Food Fair. Estos socios de Russell Bufalino y Angelo Bruno estaban envueltos en toda clase de delitos, desde el asesinato y la prostitución hasta las drogas y el secuestro. La usura y las apuestas eran algo que esta gente veía como grandes negocios. Lo mismo con la estafa. Las veces que Russell iba a Filadelfia no era por el pan de *prosciutto* ni por las salchichas dulces y picantes de Rosselli. Ni siquiera era por la salchicha con picante extra, no.

En realidad, estaba interesado en algunos negocios con Angelo Bruno; cierta clase de negocios.

Pues, Russell Bufalino era uno de los jefes más importantes de estos negocios... y yo era su amigo. Me habían visto con él. Conocía a mi esposa. Siempre preguntaba por mis niñas. Yo hablaba con él en italiano, le llevaba pan de *prosciutto* y salchichas. Él me daba litros de vino tinto casero. Yo lo llevaba en coche a distintas partes. Incluso lo había llevado a la reunión esta en Apalachin.

Sin embargo, después de todo ese escándalo en los periódicos, dejé de verlo por el centro de la ciudad durante un tiempo, y él dejó de llamarme para que lo llevase en coche a algún lugar. Supuse que estaría intentando evitar llamar la atención. Luego me enteré por la prensa de que estaban intentando deportarlo porque, a su llegada a Norteamérica desde Sicilia, tenía cuarenta días de vida. El procedimiento de deportación y todas las apelaciones podían tardar quince años, pero a partir de entonces siempre estarían rondando en torno a Russell. Al final, cuando perdió su última apelación, se puso a hacer las maletas y compró los pasajes, le recomendé un abogado que habló con el personal del gobierno italiano, repartió unas cuantas liras y provocó que el propio gobierno se negara a aceptar a Russell, y hasta ahí llegó el problema. Norteamérica tenía que hacerse cargo de él. Russell estaba muy agradecido por mi recomendación en el asunto de su deportación, pero cuando leí en el periódico lo ocurrido no podía creer que yo hubiese llegado hasta el punto de ayudar a salvar a Russell Bufalino de ser deportado.

Por otra parte, la gente del centro de la ciudad había comenzado a comentar que, al parecer, había sido Russell el jefe que había concertado la reunión en Apalachin para evitar una guerra entre facciones después del golpe a Albert Anastasia, el jefe de la ribera de Nueva York, cuando se encontraba en el sillón del barbero un mes antes. Con cada día que pasaba, Russell Bufalino, el mecánico que había echado a andar mi máquina en el área de descanso para camiones en Endicott, Nueva York, se iba convirtiendo en alguien cada vez más grande a mis ojos. Y tengo que decir que, si alguna vez te has encontrado ante una gran estrella de cine o un famoso, tienes un poco esa sensación. Aunque Russell lo odiase, era una

gran celebridad y cualquiera que fuese visto con él en el centro de la ciudad, o donde fuera, adquiriría algo de su estatus.

Un día apareció un tío llamado Whispers DiTullio, se sentó a mi mesa en el club Bocce y me invitó a una copa de vino. Yo ya lo había visto por ahí, aunque apenas lo conocía. A pesar de tener el mismo apellido que Skinny Razor, no eran parientes. Yo sabía que era uno de los que ponía dinero en lo de Skinny, pero en cantidades muchísimo mayores que mis colegas y yo. Era de los que prestaba pasta a los restaurantes y a otros negocios legítimos, no a camareras que andaban por White Towers. Whispers me pidió que me reuniese con él en el Melrose Diner, así que allí me presenté. Era un sitio en el que no se solía ver a gente del centro de la ciudad. Más bien era uno de esos locales en que la peña iba en busca de algo para picar antes de asistir a un juego de los Phillies. Sirven un rico pastel de manzana con salsa de vainilla caliente encima. Whispers se sentó junto a mí y me preguntó qué tal me vendrían diez de los grandes. Yo le dije que me contara un poco más.»

X

Al centro de la ciudad

«Whispers era uno de esos italianos bajitos de treinta y pocos que se podían ver en la parte sur de Filadelfia, tratando de salir adelante con algún chanchullo. No es el mismo Whispers que en aquella misma época hicieron volar por los aires con una bomba en el coche. Hablo de otro Whispers. Yo no conocí al que estalló, solo oí lo que le había sucedido.

Por aquel entonces yo no sabía nada de los “hombres de honor”. Es un estatus especial en lo que llaman mafia en el que, tras pasar por una ceremonia, te conviertes en un intocable. Nadie puede pegarte sin previa autorización. Dondequiera que vayas, te respetan más. Pasas a ser parte del grupo selecto, del círculo interno. Es algo a lo que solo pueden optar los italianos. Más adelante, me volví tan cercano a Russell que llegué a estar por encima de un hombre de honor. El propio Russell me lo decía. A veces me comentaba: “Nadie puede tocarte porque estás conmigo”. Aún puedo sentirlo pellizcándome la mejilla con fuerza mientras insistía: “Tú deberías haber sido italiano”.

Si entonces hubiese sabido algo sobre los hombres de honor, habría estado al tanto de que Whispers se encontraba muy lejos de ser un hombre de honor. Simplemente iba por el centro de la ciudad y hacía lo que tenía que hacer. Conocía a todo el mundo y tenía mucha más experiencia de lo que ocurría en el centro que yo. Los domingos por la noche se sentaba con Skinny Razor y su mujer en el Latin Casino. A estas alturas, después de lo

ocurrido en Apalachin, ya sabía que Skinny Razor era el vicejefe de Angelo. Eso quería decir que Skinny Razor, del Friendly Lounge, era el número dos en Filadelfia.

Estoy casi convencido de que, por tener el mismo apellido, Whispers quería que la gente pensase que él estaba a la misma altura que John DiTullio, “Skinny Razor”: buscaba incrementar su estatus y parecer un hombre de honor. El único inconveniente es que Whispers^[6] tenía el peor aliento del que se tuviera noticia, tanto entre hombres como entre animales. Padecía tal grado de halitosis que podías pensar que le estaba creciendo una planta de ajos en la barriga. Por más chicles o caramelos de menta que se echase a la boca, no servía de nada. Por eso, cuando hablaba con la gente, solo le estaba permitido susurrar. Nadie aguantaba una dosis completa del aliento de Whispers al abrir la boca. Por supuesto, por respeto y sabiendo el lugar que le correspondía, jamás hablaba mucho cuando estaba en presencia de Skinny Razor y su esposa en el Latin.

Después de comer algo, cosa que no era fácil con Whispers sentado al frente, nos fuimos del Melrose para dar un paseo a la manzana. Whispers me explicó que le había dejado bastante dinero a un proveedor de ropa blanca, mucho más del que nunca antes había prestado. Había sido una gran apuesta por su parte que se estaba convirtiendo en un gran error.

Normalmente, la ropa blanca solía ser un buen negocio. Se trataba de proporcionar ropa blanca limpia a restaurantes y hoteles. Funcionaba como una gran lavandería. Había que recoger la ropa blanca, lavarla, plancharla y entregarla limpia. Era una excusa para llenarse los bolsillos.

Sin embargo, este proveedor de ropa blanca al que Whispers había fiado la pasta estaba pasando por un período difícil. Tenía la competencia del servicio de ropa blanca Cadillac, en Delaware, que les estaba quitando todos los contratos. Si seguían por el mismo camino, Whispers iba a tener que esperar décadas antes de poder recuperar su tajada. El único dinero que la compañía de ropa blanca era capaz de pagarle era la comisión semanal, y hasta en eso iban con retraso. Whispers estaba más que preocupado de llegar a perder todo el capital que había prestado.

Yo no sabía adónde quería llegar contándome todo esto, pero seguía escuchándolo. ¿Pretendía que cogiese el coche y me fuese hasta Delaware

a enseñar una pistola para recoger la pasta? No te pagan diez de los grandes por un servicio así. Delaware está a menos de cincuenta kilómetros al sur de Filadelfia. Diez de los grandes de entonces equivalen a cincuenta de los de ahora o más.

Entonces sacó dos de los grandes y me los puso en la mano.

—¿Y esto para qué? —le pregunté yo.

—Quiero que les pongas una bomba, que uses una antorcha, que lo quemes todo hasta convertirlo en putas cenizas... No sé, haz lo que te parezca con tal de dejar fuera de juego a los servicios de ropa blanca Cadillac. Encárgate de que esos capullos no puedan volver al negocio. De esa forma, mi gente podrá recuperar sus contratos y yo, mi dinero, y podré salir de toda esta mierda. Quiero que los de Cadillac queden deshabilitados para siempre. Nada de pincharles una rueda, ni un rayón en la pintura. No, quiero que desaparezcan. Que no vuelvan a abrir. Que se conviertan en un recuerdo. Planchados para la eternidad. Ninguna camisa almidonada más. Que se vayan a cobrar el puto seguro si lo tienen —siendo judíos, uno ya sabe que deben de tenerlo— y que dejen a mis clientes en paz de una puta vez.

—¿Diez de los grandes, me has dicho?

—Por eso no te preocupes. Te pasaré los restantes ocho cuando hayas logrado cerrarles el negocio de una puñetera vez y para siempre, ¿entiendes? No quiero que en un par de semanas o tres vuelvan a abrir y, encima, haber perdido diez de los grandes.

—¿Cuándo me darás los otros ocho?

—Eso depende de ti, Chich. Cuanto más daño les hagas, antes me enteraré de que se han quedado fuera del mercado para siempre. Quiero que quemes a esas putas lavanderas judías hasta convertirlas en ceniza. Tú fuiste a la guerra y sabes qué coño hay que hacer.

—Suená bien. La parte del dinero está bien. Echaré una mirada al local y veré qué es lo que puedo hacer.

—Tú has estado en la guerra, Chich. Escúchame, te he invitado a dar un paseo fuera del Melrose, lejos de los vecinos, para poder hablar. Esto queda entre tú y yo. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Claro.

—Tampoco quiero que emplees a nadie más para que te ayude. He oído que sabes mantener la boca cerrada. También he oído que trabajas solo. Siempre me han hablado bien de tu trabajo, por eso te estoy ofreciendo una importante suma. Diez de los grandes es una buena cantidad por este trabajo. Podría conseguir a alguien que lo hiciese por la décima parte. De modo que no le digas nada a Skinny Razor ni a nadie. Jamás. ¿Me estás oyendo? Si empiezas a abrir la boca sobre lo que has estado haciendo, pronto te verás en problemas, ¿me oyes?

—Parece que estás un poco nervioso, Whispers. Si no estás seguro de confiar en mí, mejor búscate a otra persona.

—No, no, Chich. Es que nunca he usado tus servicios, eso es todo. Que quede entre tú yo. Y si tenemos que volver a hablar, tendrá que ser aquí fuera. En el centro de la ciudad nos limitaremos a saludarnos y punto, como siempre.

Aquella noche volví directamente a casa. Cogí mil quinientos dólares y se los pasé de inmediato a Mary para el cuidado de las niñas. Le dije que me había tocado el gordo en una apuesta de cuatro dólares. Las casas de apuestas pagaban seiscientos a uno, pero siempre dejabas una propina de cien dólares por lo ganado. La mayoría de los apostadores la aceptan de forma automática. Mary se mostró muy agradecida, y le informé de que me quedaba quinientos dólares para mí. De cualquier forma, ella ya comenzaba a acostumbrarse a recibir dinero en distintas cantidades y en diferentes oportunidades, cada vez que yo lograba obtenerlo.

A la mañana siguiente, cogí el coche y me fui al servicio de ropa blanca Cadillac para echarle una mirada a la planta. Di varias vueltas a la manzana conduciendo. Luego aparqué al otro lado de la calle y me acerqué para echar un rápido vistazo al interior de la planta. Parecía fácil colarse en ese sitio. En aquellos días, un local como aquel no tenía alarma ni ningún sistema de seguridad. No había nada que robar y no había vagabundos ni heroinómanos que pudieran meterse allí. Parecía que sería un trabajo de envergadura, pero también lo era el dinero. No eran los doscientos pavos por conducir hasta Jersey a enderezar algún lío.

Volví al local por la noche para ver qué tal se veían las cosas en la oscuridad. Cuando regresé a casa, ya me había puesto a pensar y comencé a idear un plan. Al día siguiente volví a acercarme para echar una mirada más, pasando frente al sitio varias veces. Mi idea era quemarlo hasta que no quedase nada; de esa forma conseguiría cobrar mis restantes ocho mil de inmediato. Tenía que lograr que las llamas lo envolviesen todo con rapidez, antes de que llegase la unidad de bomberos a apagar el incendio. Habría que empapar el local con queroseno hasta el último rincón.

Al día siguiente me dejé caer un momento por el Friendly Lounge y Skinny Razor me dijo que había alguien en la parte de atrás que quería hablar conmigo un momento. Me dirigí al cuarto de atrás, con Skinny justo detrás de mí. Entro y veo que no hay nadie. Cuando me giro para marcharme, Skinny me sale al paso, cierra la puerta y se cruza de brazos.

—¿Qué cojones estás haciendo en el Cadillac? —me preguntó.

—Intento ganar algo de dinero, eso es todo.

—¿Haciendo qué?

—Nada, es para un tío.

—¿Qué tío?

—Pero ¿qué pasa?

—Mira, me caes bien, Chich. También le caes bien a Angelo. Pero hay un par de cosas que aclarar. Han visto un Ford azul como el tuyo con matrícula de Pensilvania y han visto bajarse a un cabrón gigante de él. No puede ser nadie más que tú: así de fácil. No te digo más. Has hecho bien en no ocultarlo. Angelo quiere verte ahora mismo.

Mientras voy de camino a su encuentro, me pongo a pensar: ¿Qué coño está pasando? ¿En qué mierda me ha metido Whispers?

Entramos en el Villa di Roma y Angelo está sentado a su mesa de la esquina, en compañía de, quién si no, el propio Russell. En ese punto comienzo a pensar en serio. ¿En qué me he metido y de qué forma puedo salir ahora? Estos son los mismos tipos poderosos de los que tanto se ha escrito en la prensa después de lo ocurrido en Apalachin. La diferencia es que ahora ya no están aquí como amigos. Como ya dije, haber crecido con un hombre como mi padre me enseñó a saber perfectamente cuándo las cosas no iban bien. Ahí había algo que no iba para nada bien, y yo estaba

en el banquillo de los acusados. Parecía una corte marcial. Pero una corte marcial no por abandono del deber para escaparse a beber un par de copas, sino por deserción frente al enemigo.

Puede que, al empezar a salir con mis colegas italianos de Food Fair, no supiese mucho. Pero a esas alturas, tras lo sucedido en Apalachin y los procesos del Senado transmitidos por televisión, yo ya sabía bien que a esta gente no había que darle disgustos.

Entonces caí en la cuenta de que el restaurante estaba vacío excepto por el camarero de la sala de entrada, a quien en ese momento escuché salir de detrás de la barra del bar. Cada sonido me llegaba amplificado, como cuando tu lancha está a punto de desembarcar en la playa al inicio de una invasión por tierra. En un momento así todos tus sentidos se aguzan. Con perfecta claridad, oí los pasos del camarero a mis espaldas yendo a echar la cerradura y a colocar el cartel que dice “Cerrado”. El pestillo de la puerta emitió un sonoro chasquido que casi provocó eco.

Angelo me pidió que tomara asiento.

Yo me senté en la silla que me había señalado. Entonces habló:

—Muy bien, qué tienes que decir.

—Iba a dejar a Cadillac fuera de servicio.

—¿Por encargo de quién?

—Whispers. El otro Whispers.

—¿Whispers? ¿Qué coño me estás contando?

—Yo solo intentaba ganar algo de dinero.

Le eché una mirada a Russell, pero no había ninguna expresión en su cara.

—¿Sabes quién es el dueño de Cadillac?

—Claro, unos judíos metidos en el negocio de la lavandería.

—¿Sabes quién es dueño de una parte de Cadillac?

—No.

—Yo; sí.

—¿Quién?

—Que te lo estoy diciendo: no se trata de que yo sepa quién es el dueño. Yo soy dueño de una parte.

Casi me meo ahí mismo.

—No lo sabía, don Bruno. En serio, no lo sabía.

—Pero ¿es que no te informas antes de ir haciendo esas cosas por estos barrios?

—Pensé que Whispers ya lo habría hecho.

—¿Y no te contó que se trataba de la mafia judía?

—No me dijo una palabra sobre eso. Solo me dijo que eran unos judíos. Yo pensé que serían unos cuantos judíos metidos en el negocio de las lavanderías.

—¿Y qué más te contó?

—Me dijo que no se lo contase a nadie, que tendría que trabajar solo. Eso fue todo.

—Me juego la cena a que te pidió que lo mantuvieses todo en secreto. De esa forma serías el único que quedase en evidencia al aparecer merodeando por allí, en Delaware.

—¿Le devuelvo su dinero, entonces?

—No te preocupes, no lo va a necesitar.

—De verdad que lo siento por no haberme informado antes. No volverá a ocurrir.

—Se puede cometer un error, pero no vuelvas a hacerlo. Y dale las gracias a tu amigo, aquí a mi lado. De no haber sido por Russ, no estaría yo malgastando mi tiempo. Te habría entregado a los judíos. ¿Qué? ¿Te crees que no se enteran? No son idiotas. No iban a permitir que alguien fuese a husmear por su barrio sin darse cuenta.

—Mis disculpas, con toda sinceridad. Gracias, Russell, a ti también. No volverá a ocurrir.

No sabía si debía haberlo llamado “don Bufalino”, pero estaba tan acostumbrado a llamarlo Russell a esas alturas que lo de “don Bufalino” hubiese sonado falso. Ya era bastante dudoso lo de llamar a Angelo “don Bruno”.

Russell asintió y contestó con suavidad:

—No te preocupes. Ese Whispers tiene aspiraciones. Conozco a ese tipo de gente que se vuelve demasiado ambiciosa. Quieren todo el pastel para ellos y se ponen celosos al ver que otros escalan posiciones. Te vio sentado junto a mí, te vio tomar una copa conmigo, comer juntos y

compartir un momento con nuestras esposas, y tengo la impresión de que no fue de su agrado. No le debe de haber gustado nada. Ahora tienes que enderezar la situación y hacer lo correcto. Escucha lo que Angelo te tiene que decir, él sabe cómo arreglarlo.

Russell se levantó de la mesa y pude oír cómo el camarero le abría la puerta para permitirle salir.

Entonces Angelo se dirigió a mí:

—¿Quién más está envuelto en esto, aparte de ti y Whispers?

—Nadie, que yo sepa. Yo no se lo he dicho ni a mi sombra.

—Bien, eso está muy bien. Ese puto Whispers te ha puesto en una situación jodida, joven amigo. Ahora es tu responsabilidad hacer que todo esto salga bien.

Yo asentí con la cabeza antes de asegurarle:

—Haré lo que tenga que hacer.

A continuación, Angelo susurró:

—Es responsabilidad tuya encargarte de este asunto para mañana por la mañana. Es tu oportunidad. *Capish?*

Asentí con la cabeza y repetí:

—*Capish.*

—Hay que hacer lo que hay que hacer.

No era necesario ir a matricularse en un curso en la Universidad de Pensilvania para saber qué quería decir. Era como cuando un oficial te decía que cogieras a un par de prisioneros alemanes al otro lado de la línea y que no tardases en volver. Hacías lo que había que hacer.

Me puse en contacto con Whispers y le dije dónde nos encontraríamos esa noche para hablar sobre el encargo.

Al día siguiente apareció en las portadas. Lo encontraron muerto sobre la acera. Había recibido un disparo a corta distancia con lo que debía ser un calibre 32, el tipo de arma que los polis consideran un revólver de mujer porque es más fácil de usar y tiene menos retroceso que un 38. Al ser de un calibre menor, hace menos daño que un 38, pero todo lo que se necesita es un agujero en el lugar adecuado. Lo bueno de un arma así es que hace menos ruido que un 38 y muchísimo menos que un 45. A veces quieres que se oiga mucho ruido, por ejemplo, en pleno día, para espantar

a los curiosos. Otras veces, en cambio, no quieres ruido, sobre todo cuando es de noche. ¿Para qué ir por ahí interrumpiendo el sueño de la gente?

Según los periódicos, se trataba de un asaltante desconocido y no había testigos. Ahora, tumbado en medio de la acera, ya no necesitaba su dinero. Después de eso nunca volví a encontrar mi pistola del 32, la que Eddie Rece me había dado para mostrársela a aquel Romeo enamorado en Jersey. Se debe de haber perdido por ahí.

Aquella mañana me limité a permanecer sentado, con el periódico delante. Debí de estar una hora entera así. Lo único que pasaba por mi cabeza era: “Podría haberme tocado a mí”. Y me habría tocado, de no ser por Russell. Whispers sabía lo que estaba haciendo. Yo ni siquiera me había enterado de que la presunta mafia judía era dueña de Cadillac, solo pensé que se trataba de unos judíos. Whispers quería dejarme allí con el culo al aire. Yo habría sido el que quedara en evidencia por husmear su local y, una vez que las cosas hubiesen sucedido, me habrían partido el cuello. Whispers habría conseguido quemar el local; después los judíos me habrían liquidado a mí y jamás habría tenido que pagarme los otros ocho mil. Nadie haría preguntas, ni de un lado ni del otro, ni antes de hacer el encargo ni después, porque me habrían mandado a “Australia”. De no haber sido por Russell, habría pasado a la historia sin más preguntas y no estaría hoy hablando sobre todas esas cosas. Le debía la vida a ese hombre. Y esa solo fue la primera vez.

Whispers conocía las reglas. Y rompió la regla que no debía. Así de simple.

Después de salvar el pellejo y salir de todo eso, me asomé por el Friendly y me di cuenta de que todos los que estaban sentados con Skinny Razor me mostraban aún más respeto. Skinny Razor me invitó a unas cuantas copas. A continuación, me fui al Villa di Roma para ver a Angelo y hacerle un informe. Él quedó satisfecho y me invitó a la cena por cuenta de la casa. Se limitó a decirme que tuviese cuidado de ver con quién me juntaba la próxima vez. Me dijo que Whispers sabía lo que estaba haciendo y que era codicioso.

Entonces aparecieron dos hombres que vinieron a sentarse con nosotros. Angelo me los presentó: Cappy Hoffman y Woody Weisman.

Eran los mafiosos judíos con los que compartía la propiedad de Cadillac. Los dos fueron muy simpáticos conmigo, gente muy amable con una agradable personalidad. Una vez que se marcharon junto con Angelo, yo me quedé en el bar de la sala de entrada. El mismo camarero que el día anterior había echado el pestillo de la puerta a mis espaldas ahora no aceptaba que pagase el vino que estaba bebiendo. Hasta la camarera se dio cuenta del respeto que me estaban demostrando y comenzó a flirtear conmigo. A todos les dejé buenas propinas.

Al mirar atrás, a ese período de veinticuatro horas entre el momento en que me senté frente a Angelo y Russell y cuando me volví a encontrar con Angelo más tarde, después de ese asunto particular con Whispers en la acera, se hizo cada vez más fácil no volver a casa. O más bien, se me hizo cada vez más difícil regresar a casa. De cualquier modo, el hecho es que dejé de ir por casa.

Una vez cruzada la línea que me separaba de esa nueva cultura, la confesión de los sábados y la visita a la iglesia con Mary los domingos dejaron de existir. Todo comenzó a ser diferente. Al principio me dejaba llevar hacia el centro de la ciudad de vez en cuando, pero desde entonces estaba totalmente inmerso en él. Era un mal momento para dejar a mis niñas. Es el peor error que he cometido en mi vida. Aunque nunca es un buen momento para dejar a tu mujer y a tus hijas.

Alquilé un cuarto a la vuelta de donde vivía Skinny Razor y llevé allí mi ropa. Aún iba a la agrupación de los Camioneros a ver si conseguía algún trabajo y continuaba con mi ocupación en los salones de baile, pese a que cada vez me llegaban más encargos del centro de la ciudad. Ahora mi vida iba a toda prisa: ya era parte de la cultura.»

XI

Jimmy

Sin duda, a mucha gente le cuesta hoy hacerse una idea del grado de fama, o de infamia, que llegó a alcanzar Jimmy Hoffa en su época de apogeo y antes de su muerte, a lo largo de un período que se extiende unos veinte años, desde mediados de la década de los cincuenta hasta mediados de los setenta.

Mientras que en su momento de esplendor llegó a ser uno de los líderes sindicales más poderosos del país, ¿qué sentido puede tener eso en los tiempos que corren, cuando los líderes sindicales son prácticamente unos desconocidos para la mayoría de la gente? ¿Reivindicaciones laborales? ¿Sangrientos conflictos sindicales? Lo más parecido que tenemos hoy a un conflicto laboral es a ese jugador de béisbol que amenaza con ir a la huelga o si se suspenderá o no la Serie Mundial. Sin embargo, en los dos años posteriores a la segunda guerra mundial, los mismos en los que Frank Sheeran se dedicaba a buscar un trabajo estable y contraer matrimonio, se produjeron un total de ocho mil huelgas en cuarenta y ocho estados. Eso supera las ciento sesenta huelgas por cada estado, sin contar con que muchas de ellas eran de carácter nacional.

Hoy en día Jimmy Hoffa es conocido, sobre todo, por haber sido víctima de uno de los secuestros más tristemente famosos de la historia norteamericana. Con todo, a lo largo de un período de veinte años, cualquier ciudadano del país era capaz de reconocer a Jimmy Hoffa de

inmediato, tal como ocurre hoy con Tony Soprano. A una amplia mayoría de norteamericanos le habría bastado con oír su voz para saber que era él. Entre los años 1955 y 1965, Jimmy Hoffa era tan famoso como Elvis. Y entre 1965 y 1975, su fama se iguala con la de los Beatles.

La primera ocasión en la que Jimmy Hoffa alcanzó cierta notoriedad en el mundo sindical fue al liderar una exitosa huelga realizada por los «Strawberry Boys», los «chicos de las fresas»: su nombre quedaría asociado a ese movimiento. En 1932 Jimmy Hoffa, con diecinueve años de edad, trabajaba cargando y descargando camiones de frutas y hortalizas en el muelle de carga de la compañía de alimentos Kroger, en Detroit, por treinta y dos centavos de dólar la hora. Veinte centavos de aquel salario eran pagaderos en mercancías de las tiendas Kroger. Ahora bien, los treinta y dos centavos solo se pagaban cuando había trabajo. Los hombres tenían que presentarse a las 16.30 para cubrir un turno de doce horas y no se les permitía alejarse del muelle de carga. Si no había camiones para cargar o descargar, los trabajadores se sentaban por ahí sin recibir ninguna remuneración. Una inolvidable y calurosa tarde de primavera, llegó un nuevo cargamento de fresas desde Florida: en aquel instante despegaría la carrera del líder sindical más famoso de la historia de Norteamérica.

A una señal de Hoffa, los hombres que se harían conocidos como los «chicos de las fresas» se negaron a trasladar las frutas de Florida a los camiones frigoríficos hasta que su sindicato fuese reconocido y se diese cumplimiento a sus demandas para mejorar las condiciones de trabajo. Entre estas últimas, se incluía la garantía de cuatro horas al día remuneradas por cada turno de doce horas realizado en el muelle. Ante el temor de perder el cargamento de fresas debido a las altas temperaturas, Kroger acabó por ceder y aceptar las demandas del joven Jimmy Hoffa, concediendo una carta de reconocimiento de un año al nuevo sindicato.

Nacido el día de san Valentín de 1913, Jimmy Hoffa era siete años mayor que Frank Sheeran. Sin embargo, los dos se harían adultos en el mismo clima marcado por la Gran Depresión, una época en la que los directivos de las empresas solían tener todas las de ganar, mientras que la gente común luchaba para obtener algo de comida para llevar a casa. El padre de Hoffa, un minero del carbón, murió cuando el pequeño Jimmy

solo contaba siete años. Su madre trabajaba en una planta de montaje de automóviles para conseguir el sustento de sus hijos. Jimmy Hoffa dejó la escuela a los catorce años para comenzar a trabajar y poder así ayudar a su madre.

La victoria conseguida por Hoffa y los «chicos de las fresas» en 1932 fue uno de los escasos éxitos sindicales de aquella época. En ese mismo año, los sufrimientos de un grupo de veteranos de la primera guerra mundial simbolizaron la total impotencia de la clase trabajadora durante la Depresión. En 1932, cansados de promesas sin cumplir, miles de veteranos realizan una marcha a Washington y se niegan a abandonar el Mall hasta que los bonos que les habían prometido, y que solo obtendrían en 1945, fuesen concedidos por el Congreso en ese momento en que tanto los necesitaban. El presidente Herbert Hoover dio orden al general Douglas MacArthur de expulsar por la fuerza a los manifestantes que exigían los bonos. MacArthur, montado en un caballo blanco, lideró el asalto de las tropas, tanques y lanzaderas de gases que dejaron a los veteranos sin la menor oportunidad de retirarse de forma pacífica. El propio ejército norteamericano abrió fuego contra sus antiguos hombres, ahora desarmados, causando la muerte de dos de ellos e hiriendo a otros tantos. Todos eran veteranos de una sangrienta guerra a escala mundial que había terminado catorce años antes, un enfrentamiento supuestamente desencadenado para «salvar la democracia».

Al año siguiente, Kroger se negó a negociar un nuevo contrato y la victoria de Hoffa se esfumó pero, gracias a la fuerza demostrada en su enfrentamiento junto a los «chicos de las fresas», Jimmy Hoffa fue reclutado como coordinador en Detroit para la agrupación local 299 del sindicato de Camioneros. El trabajo de Hoffa consistía en animar a los hombres a unirse al sindicato y, mediante la solidaridad y la organización, mejorar sus condiciones de vida y las de sus familias. Detroit era el centro de la industria automovilística norteamericana. La opinión de Henry Ford, portavoz principal de dicha industria, sobre el movimiento sindical en general era que «los sindicatos son la peor plaga que ha azotado al planeta».

En su lucha contra un mal tan monstruoso como los sindicatos, las compañías creían que cualquier medio estaba justificado. Tanto las empresas pequeñas como las grandes no tenían el menor reparo en contratar a pendencieros y matones para minar la moral y la voluntad de los huelguistas y de los coordinadores sindicales.

Una vez organizado un sindicato, su única arma de negociación es la huelga, y una huelga nunca tendrá éxito si un número suficiente de personas se presenta a trabajar y a llevar a cabo sus tareas. Debido a que las huelgas no eran comunes durante el período de ascenso de Hoffa, la administración de la empresa tenía pocas dificultades en contratar esquirols sin filiación sindical para reemplazar a los trabajadores sindicalizados en huelga. Cuando los huelguistas que habían montado un piquete negaban el acceso de los esquirols al lugar de trabajo, los matones y pendencieros enviados por la administración se abrían camino para permitir su entrada. El mafioso siciliano Santo Perrone ofrecía la musculatura de sus hombres a la administración de las empresas de Detroit. Perrone enviaba a los matones sicilianos a sabotear las huelgas en esa ciudad provistos de porras, mientras la policía o bien miraba hacia otra parte o, directamente, optaba por ayudar a los pendencieros.

Tal como lo expresa Hoffa, «nadie podría describir las huelgas de brazos caídos, los disturbios, las peleas que ocurrieron en el estado de Michigan, especialmente en Detroit, a menos que hubiera tomado parte en ellas». También cuenta que, en otra ocasión, «me abrieron la cabeza hasta el punto de necesitar sutura al menos seis veces durante mi primer año como agente de negocios de la agrupación local 299. Aquel año acabé aporreado por polis y rompeshuelgas dos docenas de veces, como poco».

Aunque, por otra parte, sindicatos como el de los Camioneros a menudo hacían uso de su propia musculatura y de sus propias formas de amedrentamiento, que incluían el uso de bombas, incendios, palizas y asesinatos. El conflicto y la violencia no solo ocurrían entre sindicatos y administradores; con frecuencia, se daban también entre sindicatos rivales que forcejeaban por la misma plaza. Por desgracia, se trataba de violencia dirigida contra las bases del sindicato que pedían una reforma democrática de su asociación.

Las alianzas establecidas por Hoffa con los mafiosos de todo el país a medida que su sindicato crecía son ahora parte del registro histórico, pero en los años 1950 era un tema que apenas comenzaba a salir a la luz pública.

En mayo de 1956, Victor Riesel, un periodista de investigación que trabajaba para el periódico *New York Journal American*, llevó a su programa de radio a los representantes de los Camioneros de la facción opuesta a Hoffa. Riesel había iniciado una cruzada contra los elementos criminales dentro de los sindicatos. La misma noche de la emisión del programa, al salir del famoso restaurante Lindy's, Riesel fue abordado en la acera por un matón que le arrojó ácido a la cara. Como consecuencia de este ataque, Riesel quedaría ciego. No tardó en aclararse que el asalto había sido ordenado por el aliado de Hoffa y miembro del crimen organizado John Dioguardi, más conocido como Johnny Dio. Dio fue acusado de dar la orden del terrible ataque pero, cuando el hombre que había arrojado el ácido fue hallado muerto, los restantes testigos comprendieron el mensaje y se negaron a cooperar, por lo cual los cargos en su contra fueron anulados.

La imagen de Víctor Riesel ciego y con gafas oscuras en la televisión, insistiendo con valentía en reformar el sistema sindical, causó tal indignación en todo el país que el Senado respondió con los procesos televisados en directo contra la influencia del crimen organizado en el movimiento sindical. Estos procesos judiciales pasaron a ser conocidos como el trabajo de la comisión McClellan, que toma el nombre del senador de Arkansas John L. McClellan, encargado de presidir el equipo judicial. Futuros candidatos presidenciales como el senador Barry Goldwater, de Arizona, y el senador John F. Kennedy, de Massachussets, formaron parte de la comisión. El principal abogado, y el más importante interrogador de la comisión, fue el hermano menor del futuro presidente, que luego ocuparía el cargo de fiscal general de la nación, Bobby Kennedy. Como resultado de su agresivo trabajo dentro de la comisión, Bobby Kennedy se convertiría en el enemigo mortal de Jimmy Hoffa.

Johnny Dio se amparó en la Quinta Enmienda ante cada pregunta que le hicieron, incluso cuando le consultaron si había estado alguna vez con

Jimmy Hoffa. Debido a su posición sindical, Jimmy Hoffa no podía acogerse a la Quinta Enmienda sin poner en entredicho su trabajo, por lo cual respondió pregunta a pregunta con ambigüedades y una memoria incapaz de recordar nada. Al ser confrontado con las grabaciones de sus conversaciones con Johnny Dio, Hoffa no podía recordar si alguna vez le había pedido que le hiciese algún favor. En relación con las grabaciones, Hoffa llegó a decirle a Bobby Kennedy que «para mejorar mi memoria, debería recordar que me falla la memoria».

El revuelo entre el público habría sido aún mayor de haber sabido lo que Hoffa llegó a espetar a algunos miembros de su equipo cuando oyó que Riesel se había quedado ciego: «A ese hijo de puta de Víctor Riesel le acaban de tirar ácido encima... Qué lástima que no se lo hayan tirado en las malditas manos con las que escribe sus artículos».

Cuando Bobby Kennedy le preguntó de dónde había obtenido veinte mil dólares en efectivo para invertir en un negocio, la respuesta de Hoffa fue: «De unos individuos». Al pedirle que diese sus nombres, Hoffa contestó: «Así, de pronto, no podría decir en este momento de dónde conseguí prestada esa suma en concreto, pero sí que tengo el registro con mis créditos, que ya he solicitado. Y con todas las sumas de dinero que he pedido en crédito durante este espacio de tiempo he podido iniciar estos negocios».

Una cosa explica la otra.

Bobby Kennedy dijo que Hoffa era «el hombre más poderoso del país, junto con el presidente».

Parte de la mística de Hoffa al hacerse famoso en los años cincuenta surgía de esa imagen de tipo duro que actúa con rebeldía a rostro descubierto ante las cámaras de televisión. Era alguien que iba contra las clases dirigentes, antes de que la gente conociese esta expresión. Lo más parecido a la imagen pública proyectada por Hoffa que se podría encontrar hoy debe de ser una de esas bandas de *heavy metal*. Sencillamente, no existen figuras públicas en la actualidad capaces de desafiar a la élite del

mundo empresarial y del gobierno para defender a la clase trabajadora tal como Jimmy Hoffa hizo casi a diario y con total arrogancia.

La televisión estaba en pañales cuando Jimmy Hoffa se convirtió en el presidente de la Fraternidad Internacional de Camioneros el día 14 de octubre de 1957, un mes antes de los sucesos de Apalachin. Hoffa era un invitado habitual a los programas de tertulia televisiva de aquel entonces, como, por ejemplo, *Meet the Press*. A cualquier lugar que fuese, siempre tenía un micrófono delante, y si Jimmy Hoffa convocaba una rueda de prensa, todos los periodistas del mundo acudían.

Eran dos los principios filosóficos que guiaban sus acciones y, de una forma u otra, los sacaba a relucir cada día, ya fuese a través de sus palabras o de sus actos. El primero de estos principios era «los fines»; el segundo, «los medios». «Los fines» se refería a su filosofía sindical. Hoffa siempre decía que se trataba de algo muy simple: «El trabajador norteamericano es tratado injustamente día a día en Norteamérica». En lo que se refiere a «los medios», su segundo principio filosófico, podría ser resumido en un comentario que una vez le hizo a Bobby Kennedy durante una fiesta privada en la que se encontraron: «Yo le hago a los demás lo que me hacen a mí, solo que un poco peor». Dicho de forma más simple, Jimmy Hoffa creía que el «fin» de lograr la mejoría para la mayoría de los trabajadores norteamericanos, con su sindicato por delante, justificaba cualquier clase de «medios» para lograrlo.

Su popularidad entre sus propios afiliados reflejaba su ansiedad por alcanzar las recompensas tangibles que él podía obtener para ellos en salarios, vacaciones, pensiones y beneficios de salud y bienestar. Así se lo decía Hoffa a Johnny Dio en una de esas conversaciones grabadas que luego no conseguía recordar: «... trátalos bien y no tendrás que preocuparte».

Aunque otros pueden haber compartido su fervor por mejorar la vida de los trabajadores y trabajadoras de Norteamérica y de sus familias, Jimmy Hoffa tenía la capacidad de hacer algo al respecto. Su ferviente partidario Frank Sheeran decía que «Jimmy Hoffa era un adelantado a su tiempo en lo que se refiere a asuntos laborales. Solo había dos cosas que le importaban en la vida: el sindicato y su familia. Aunque no lo creas, con

todo lo fuerte que era el sindicato para él, su esposa, su hija y su hijo estaban antes. Un sindicato era algo que no solo servía para ayudar a los hombres, sino también a sus familias. Todos hablaban mucho de los valores familiares en aquel entonces. Pues en eso, Jimmy Hoffa también iba por delante. Esas dos cosas eran toda su vida».

En una ocasión, Jimmy Hoffa le dijo con entusiasmo a Frank Sheeran: «Si tienes algo, Irlandés, es porque un camión te lo ha traído. No lo olvides. Ahí reside todo el secreto de lo que hacemos». Aquel «algo» incluía alimentos, ropa, medicamentos, materiales de construcción, combustible para el hogar y la industria, prácticamente todo. Dado que una huelga nacional del sistema de transportes podía literalmente matar de hambre al país y hacer que dejase de funcionar, Bobby Kennedy definió al sindicato de Camioneros de Jimmy Hoffa como «la más poderosa institución en el país, junto con el gobierno de Estados Unidos. Y como es el señor Hoffa quien se encarga de dirigirla, estamos ante una conspiración del mal». El senador John McClellan llevó esa imagen un paso más allá: McClellan describió a los «Camioneros bajo el liderazgo del señor Hoffa» como un «superpoder en este país: un poder aún mayor que el del pueblo y mayor también que el del gobierno».

Desde el momento en que su predecesor y mentor Dave Beck abdicó de la presidencia en 1957 y acabó en la cárcel por malversación de fondos, que ascendían a trescientos setenta mil dólares procedentes de la Conferencia Oeste de Camioneros (que empleó, entre otras cosas, en financiar la construcción de una casa para su propio hijo), el nuevo presidente Jimmy Hoffa se hizo con el poder absoluto. Tal vez es verdad que el poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente. Si ese es el caso, Jimmy Hoffa nunca se disculpó por el historial criminal de los hombres con los que formó alianzas para alcanzar sus metas.

En una ocasión, ante una audiencia televisiva, anunció lo siguiente: «Ahora que hablamos del asunto de los matones y los gánsters, los primeros en contratarlos son los empleadores. Si existen diversas fuerzas ilegales en la comunidad, ellos las utilizan, junto con la mano dura y demás. De modo que, si uno tiene la intención de permanecer en el

negocio de organizar lo desorganizado, de mantener el sindicato que uno ha levantado, en ese caso es mejor tener resistencia.»

La «resistencia» de Hoffa consistía en su cerrada alianza con los más poderosos padrinos de la recientemente descubierta red secreta de gánsters de Apalachin, quienes se habían dividido el país en veinticuatro territorios dominados por el crimen organizado y administrado por organizaciones (las llamadas familias) con una estructura militar. A la cabeza estaban los «jefes» o padrinos, equivalentes a los generales, seguidos por los «vicejefes» y «consiglieres», que se corresponden a los oficiales de alta graduación; luego venían los «capos», que vendrían a ser los capitanes; y por último, los «soldados», que, como tales, obedecían las órdenes de los mandos superiores. Además, existían los asociados, como en el caso de Frank Sheeran, que tenían el estatus que lograsen alcanzar pero a los que, pese a todo, no les estaba permitido tener un rango oficial dentro de la estructura militar de las familias italianas.

A la vista de los registros históricos, quedan pocas dudas de que Hoffa estaba perfectamente al tanto de que la gran mayoría de mafiosos que constituían su «resistencia» tenían escasa consideración por sus ideales. El propio Johnny Dio era propietario y administrador de una fábrica de ropa no sindicalizada. Muchas de estas oscuras figuras solo veían en los sindicatos otro medio para ayudarles a cometer nuevos delitos y para incrementar su fortuna y poder personal.

Mientras tanto, en todos sus discursos a las bases del sindicato, Hoffa volvía a decir a sus hermanos camioneros que «todo ese galimatías del crimen organizado y los maleantes es una pantalla de humo para haceros retroceder a los días en los que podían echaros a la calle como si fueseis un mueble viejo».

Por otra parte, en su libro *El enemigo en casa*, Bobby Kennedy relató sus experiencias y observaciones como abogado principal de los procesos judiciales de la comisión McClellan sobre el crimen organizado y los sindicatos: «Pudimos ver e interrogar a algunos de los más célebres gánsters y estafadores del país, pero ningún grupo encajaba mejor en el prototipo del viejo sindicato de Al Capone que Jimmy Hoffa y varios de sus principales tenientes, dentro y fuera del sindicato».

Los estudios Twentieth Century Fox decidieron hacer un guión a partir del libro de Bobby. Budd Schulberg, el afamado autor de *On the Waterfront*, se encargó de escribirlo, pero el proyecto fue finalmente abandonado. A continuación, Columbia Pictures manifestó su interés por continuar con el propósito, aunque también acabaría renunciando. En la introducción al libro sobre Hoffa escrito en 1972 por Walter Sheridan, el principal asistente de Bobby Kennedy, Budd Schulberg explicaba por qué los dos estudios habían desestimado el proyecto: «Un camorrista del sindicato irrumpió en la oficina del nuevo director [de Twentieth Century Fox] para advertirle que, si la película llegaba a hacerse, los conductores del sindicato se negarían a repartir las copias a los cines. Y si conseguían alcanzar las salas por algún otro medio, las bombas fétidas se encargarían de expulsar al público».

Esta amenaza a los estudios Twentieth Century Fox fue seguida de una carta de amenaza a Columbia Pictures por parte del abogado de los Camioneros, Bill Bufalino, quien en ese momento era también el abogado del propio Hoffa. En referencia a la carta de Bufalino, Budd Schulberg escribía: «Afirmaba con claridad que Twentieth Century Fox había abandonado prudentemente el proyecto en cuanto le fueron advertidas todas las eventualidades que podría sufrir, y Bufalino se mostraba confiado en que Columbia sería lo suficientemente perspicaz para hacer lo mismo».

XII

«Me han dicho que pintas casas»

«Aquella racha frenética no parecía tener fin. Tengo la impresión de que toda mi vida, cuando aún me iban bien las piernas, era como la de un gitano en movimiento.

Trabajar en la sede del sindicato de forma diaria, pero sin contrato, me daba la libertad para acudir allí donde tenía que estar, sin importar el día que fuese. Las veces que me salía un encargo en el centro de la ciudad, simplemente ni me molestaba en aparecer por la sede del sindicato a recoger un camión. Poco a poco, a medida que comencé a realizar más encargos en el centro, mi reputación fue en aumento. Podía mantenerme y, dependiendo de la cantidad que tuviese esa semana, me acercaba a ver a Mary para pasarle dinero para ella y las niñas. Todo lo que hacía en el centro se pagaba en efectivo; hasta los del salón de baile me pagaban en efectivo.

Sin embargo, cuando me tocaba conducir un camión, nunca conseguía efectivo. Era imposible birlar nada cuando solo tenías el camión un día. Se necesitaba más de una jornada de ir de un lado a otro para establecer un sistema, como lo que tenía montado con la carne en Food Fair. Por eso, dejarse caer por el centro y deambular por el bar era como preparar el terreno para hacer algo más de pasta.

Aprendí los trucos con Skinny Razor y mucha de su gente. En aquel frente de trabajo eran como los combatientes veteranos, y yo era el nuevo

recluta que se unía al equipo. A ojos de la gente, yo era alguien más cercano a Angelo y sus muchachos que a Russell. Pero yo le debía lealtad a Russell, solo que me tocaba ver más a Angelo y los suyos porque estaban en el centro de la ciudad, mientras que Russell estaba más al norte. Angelo decía que me tenía cedido en préstamo a Russell, aunque la verdad era más bien al revés: Russell me permitía trabajar con Angelo porque creía que podía ser bueno para mí, para aprender a ganarme la vida en el centro con Angelo y los suyos. Un día, Russell me llamó “su Irlandés” y a partir de entonces todos los demás en el centro comenzaron a llamarme “el Irlandés”, en lugar de “Chich”.

Tras lo sucedido con Whispers, comencé a tener siempre una pipa a mano para cualquier cosa que pudiera surgir. Si iba conduciendo, llevaba una en la guantera del coche. Una noche volvía a casa del Nixon Ballroom cerca de las dos de la mañana y me detuve en un semáforo en rojo, en una esquina poco iluminada de la calle Spring Garden. Se veía que se había quemado la bombilla de la farola. Estaba solo e iba con la ventanilla bajada. Entonces apareció un joven negro esgrimiendo una pistola ante mis narices. Pensé de inmediato que él se había cargado la bombilla de la farola de esa esquina; su esquina. Tenía también un socio que se había quedado detrás de él para darle apoyo y que, por lo que se veía, no llevaba una pipa. El de la pistola me ordenó que le entregara la cartera. “Por supuesto, pero la tengo en la guantera.” Le dije que se “tranquilizara”, que no “hay por qué hacer las cosas de forma precipitada, amigo”. Entonces abrí la guantera y cogí mi 38 de cañón corto, cosa que el bandido no pudo ver porque mis anchos hombros se interponían ante su vista. A continuación, cuando me di la vuelta hacia él, tampoco se percató de la pistola por el gran tamaño de mi mano y porque alcé el arma con la rapidez de la cola de un canguro. El tío esperaba mi cartera con la mano extendida. Le disparé en la rodilla y, antes de que se derrumbase, le solté un segundo disparo en la otra rótula. Al largarme pude ver por el retrovisor cómo se retorció sobre la calzada, mientras su compinche corría por la calle Spring Garden. Algo me decía que el colega no corría en busca de ayuda, ni tampoco para conseguir apoyo. Algo me decía que aquel tío que se revolcaba ahora en el suelo nunca volvería a correr. A partir de

entonces, cada vez que diese un paso al caminar, sus rodillas realmente lo iban a sentir y se acordaría de mí.

Para evitar cualquier problema, me deshice de aquella 38. Si guardabas un arma en el coche o en casa era mejor que estuviese nueva y sin uso, que jamás hubiese sido disparada. De esa forma, jamás podría ser involucrada en nada. Con una pistola vieja nunca se sabe; tal vez alguien la usó en algo en lo que uno no tuvo nada que ver. Por eso recomiendo siempre una pipa nueva, recién salida de la caja.

Yo ya comenzaba a hacerme más fuerte en las transacciones de dinero, con sumas cada vez más grandes. La gente sabía dónde encontrarme y se acercaban para pedirme algún préstamo. Ya no tenía necesidad de asegurarme una ruta con un camión. También se acabaron los días de extorsionar a las camareras de los garitos de hamburguesas de White Tower.

En una ocasión hubo un tío que apareció para pedirme dinero y que luego me di cuenta de que estaba tratando de evitarme. No me traía los intereses semanales ni nada. Una noche, uno de los muchachos apareció en el Friendly y me dijo que lo había visto en el bar de Harry Riccobene, “el Jorobado”, llamado Yesteryear Lounge. Cuando di con él jugando a las cartas en el bar de Harry, el tipo me dijo que su madre había muerto y que todo el dinero que había estado ahorrando para entregarme se le había ido en el funeral. Me sentí mal por él, así que me fui al Friendly y le conté a Skinny Razor que había encontrado al tipo que me debía pasta en el bar de Harry. Skinny me preguntó:

—¿Y te pagó tu dinero?

—Aún no —contesté.

—Espera, no me digas nada —interrumpió Skinny—. Déjame que lo adivine: se ha muerto su madre, ¿no?

—Sí, pobre tipo. Me imagino que ya te habrás enterado.

—Seguro, pobrecito: ¡la de veces que se ha muerto la puta vieja en los últimos diez años!

Me sentí peor que si solo se hubiesen aprovechado de mí porque yo era novato. ¿Qué pensar de alguien que es capaz de servirse de su madre de esa manera? Me fui de regreso al bar de Harry y le dije al comemierda ese

que dejase las cartas y se levantase. Era un tío de mi altura, aunque se veía que pesaba un poco más que yo. Se incorporó, listo para atacar, y me lanzó un puñetazo. Yo eludí el golpe y lo derribé sobre la mesa donde jugaba a las cartas. Las sillas salieron despedidas. Entonces el tipo me arrojó una silla, pero la atrapé y se la partí encima, antes de proceder a convertirlo en una masa de sangre que quedó inconsciente en el suelo.

De pronto apareció Harry, echó una mirada alrededor y se puso como loco. Aunque tenía chepa, no dejaba de ser un tío fuerte, aparte de que era un hombre de honor bastante apreciado por Angelo. Chillaba por los destrozos que yo había causado en su bar y por haber dejado el suelo lleno de sangre. Le dije que le pagaría por los daños. “No es eso lo que importa —repuso—, ¿qué clase de respeto me estás demostrando al aparecer así y destrozar mi bar?” Podría haber sacado al tío ese fuera, a la calle, para pelear, no había por qué hacerlo ahí dentro. Yo no conocía mucho a Harry, pero le conté que el tío me había estafado, que me debía dinero y que ni siquiera aparecía para pagar los intereses. Entonces me contestó:

—¿Este patán tiene las pelotas de salir a la calle a pedir más pasta? Pero si ya le debe a todo el mundo.

—Eso yo no lo sabía cuando le presté mi dinero —contesté.

Entonces Harry el Jorobado se acercó al tipo, lo levantó tirándole del pelo y comenzó también a soltarle puñetazos en la cara.

Mientras tanto, cuando aparecía por su garito, Skinny Razor siempre me soltaba comentarios de que yo ya no estaba para ir conduciendo camiones.

—¿Cómo es que vas por ahí sin hacer nada, primo? —me preguntaba—. Ya deberías estar haciendo algo.

Lo que quería decir era que ya debería haber alguien trabajando para mí, que no podía continuar responsabilizándome yo de hacer las maniobras. Tenía que empezar a subir escalones. Ya era hora de que me encargara de algo importante. Insistió en varias oportunidades, hasta que en una ocasión yo le conté que me gustaba la película *On the Waterfront*. Le confesé que no me importaría comenzar a desempeñar alguna función en el sindicato. Me parecía bien la forma en la que los coordinadores como

Joey McGreal y los agentes de negocios se ocupaban de sacar adelante las mejoras para los hombres de mi sindicato, los Camioneros. Skinny Razor le debió de decir algo a Angelo y este debió de hablar con Russell. Poco después, comencé a recibir algunas señales por parte de Russell cuando nos sentábamos y mojábamos el pan en el vino. Empezó a decirme cosas como: “No te vas a pasar la vida conduciendo un camión, amigo Irlandés”.

Lo que ocurrió luego es que un tipo echó mano a un cargamento de joyas robadas y nunca apareció con el dinero. Cuando haces algo así, sabes que va a haber follón, pero muchas de estas personas no saben cómo decir la verdad o cómo comportarse con franqueza con los demás para estar a la altura. Para ellos, engañar a los demás se convierte en una costumbre, como mascar chicle. Algunos tienen problemas con la bebida o con el juego, lo que afecta a su forma de razonar. Yo no sé si el tipo lo hizo o no, no sé cuál era su problema. Lo único que sabía es que ahora se había metido en otro.

Me enviaron a mí para dar un mensaje al notas. Sé que hubo otra gente que intentó decirle cómo hacer las cosas, pero a cada uno le salió con un cuento distinto. En el centro me ordenaron que lo siguiera de cerca. Yo comencé a salir con él a ratos. Una noche estábamos juntos en el Haverford Diner, en la Sesenta y tres con Harrison. Allí lo dejé a las 20.30 porque se iba a quedar para esperar a otro colega suyo.

Esa misma noche, algo más tarde, al tipo le dispararon con una Magnum 357 en su propio sótano. Por aquel entonces yo vivía en City Line Avenue y los polis aparecieron en tromba y me cogieron para hacerme unas preguntas. En aquella época eso se podía hacer porque la Corte Suprema aún no había cambiado las reglas; hoy en día hay un montón de gente que va por ahí después de haber matado a su mujer o a su novia y nadie les puede echar el guante, ni siquiera para preguntarles el nombre. A nosotros nos venían a buscar cuando les daba la gana. Nos sentaban en la sala de interrogatorios y nos acribillaban a preguntas por todas partes. Era un auténtico tercer grado.

Encontraron una Magnum 357 en mi apartamento, pero nunca había sido disparada, como he explicado con anterioridad. Tenían testigos que me habían visto en el Haverford y que afirmaban que no dejaba de preguntarle la hora en voz alta a la camarera mientras estuve en compañía del fallecido. Decían que se lo había vuelto a preguntar cuando me levanté para largarme, a las 20.30.

Según ellos, eso indicaba que estaba tratando de montar mi coartada ante la camarera para que nadie pudiera decir que yo estuve más tarde con el muerto, cuando se lo cargaron. A continuación, me dijeron que habían encontrado una huella dactilar mía en la barandilla que bajaba al sótano del tipo. Repuse que el día anterior había pasado a recoger una cuna de bebé que me había prestado y que iban a encontrar mis huellas por todas partes porque la cuna se encontraba precisamente allí, en el sótano. Jugaba a mi favor que yo me hubiese vuelto cercano al fallecido, de otro modo, esa huella dactilar habría actuado en mi contra. Me preguntaron si había algo que quisiera confesar y yo contesté:

—No tengo nada que confesar porque no he hecho nada.

Me pidieron entonces que me sometiera al detector de mentiras. Yo les recordé que no era tonto y, con todo respeto, les planteé que se aplicasen el detector de mentiras a sí mismos por si habían tenido la oportunidad de hacerse con parte del botín que habían recuperado y que por esos días había desaparecido.

Mientras iba aprendiendo los trucos, me enteré de que los jefes y capitanes, por muchas buenas razones, te envían a alguien que es tu amigo y que luego se encarga de darte un tiro. El motivo más obvio es que tu colega no tendrá problemas para acercarse a ti y dispararte en un lugar solitario. Un motivo menos evidente es que, si se encuentran pruebas contra el que ha disparado, si resulta que es amigo del fallecido, se multiplican las explicaciones inocentes sobre las pistas que puedan encontrar en tu casa, en tu coche o en tu cuerpo.

Si hablamos del pelo de Jimmy Hoffa que encontraron en el coche, hay que decir que Jimmy era alguien cercano a Tony Giacalone y su familia. Aquel pelo podría haber estado fácilmente en la ropa de cualquiera de los Giacalone, incluso podría haber pasado de la ropa de uno de ellos al coche

de su hijo. O puede que el propio Jimmy se hubiese subido a aquel coche en alguna ocasión. O el pelo podría haber llegado hasta allí en la ropa de Chuckie O'Brien. Había un millón de posibilidades, aparte de la de que Jimmy Hoffa hubiera podido ser recogido en ese coche para ser llevado a alguna parte aquel día.

En cualquier caso, yo había estado en casa de aquel tipo el día anterior para recoger la cuna. Los polis pensaron que me había asomado para preparar el terreno, por así decir, y familiarizarme con aquel sótano donde después encontraron el cuerpo, y si era necesario, dejar abierta una ventana o una puerta sin pestillo, o algo así. Pero al final nunca presentaron cargos contra nadie por aquel caso, pese a que intentaron por todos los medios endosármelo a mí.

Si un tío se hace el sueco con un alijo de joyas robadas, no hay forma de saber qué más será capaz de hacer, como tampoco se puede saber qué será capaz de soltar cuando esté con la presión encima. Es un chivato en gestación. Si quieres mantener una sociedad en orden, este tipo de cosas es como un acto de traición. Hasta el propio gobierno te ejecuta por traición. Esa clase de errores son “graves”, especialmente cuando tienes muchas oportunidades de hacer las cosas como se debe, como ocurrió con este tipo del que hablamos. Existen ciertas reglas que se deben seguir y no hay más.

A estas alturas yo ya era parte integral de la cultura del centro y, como amigo tanto de Russell como de Angelo, era alguien muy respetado. Eso contribuyó a que se me subieran un poco los humos. Como éramos católicos, Mary y yo no nos habíamos divorciado, aunque estábamos viviendo separados y yo llevaba la vida que me daba la gana.

El Golden Lantern era un restaurante ubicado frente al Nixon Ballroom. Hubo un verano en el que, entre el Día de los Caídos, a comienzos de mayo, y el Día del Trabajador,^[7] en septiembre, por allí pasaron cuarenta y cuatro camareras; pues yo me tiré a treinta y nueve de ellas. La pequeña Egipto y Neptuna del Nilo habían sido buenas maestras y yo era un tío popular entre las mujeres. Se lo debieron de contar entre ellas porque todas querían su turno. Las mujeres me encontraban atractivo y esa sensación me gustaba. Estaba soltero, claro. Pero ¿qué pretendía con todo

eso? Era mi ego, por supuesto. No había ni pizca de amor en todo ello. Solo mucho alcohol y ego. Y esa es una combinación que mata.

Me ofrecieron un empleo en un club nocturno que se llamaba Dante's Inferno. Era propiedad de un tío llamado Jack Lopinson, pero Lopinson debía buena parte de su participación en el club a un usurero de nombre Joseph Malito, que solía ir por allí. Mi trabajo consistía en vigilar el dinero para Lopinson y Malito, es decir, hacer del tío que se encarga de la pasta y se asegura de que vaya a parar a la caja registradora y no a los bolsillos de los camareros. También tenía que mantener vigilados a los clientes por si a alguno le daba por pasarse de la raya.

Uno de los coordinadores de los Camioneros de la agrupación local 107 llamado Jay Phalen, que era de los hombres de Joey McGreal, solía venir por las noches a emborracharse. Yo tenía que decirles a los camareros de la barra cuándo había llegado a su límite para que dejasen de servirle. Una noche, Phalen sacó una pistola y entre varios de los clientes que estaban en el club y yo lo inmovilizamos en el suelo. A continuación, lo levanté y lo eché a la calle y le dije que no volviera a asomarse por allí nunca más. Se le prohibió la entrada de por vida y, al menos mientras yo estuve a cargo del Dante's Inferno, no volvió a aparecer.

Cuando pensaba en lo que Skinny Razor me había dicho sobre echarme una mano, me sentía cada vez más cansado de tener que estar lidiando con gente como Phalen en trabajos como el de Dante's Inferno. Por una parte, me gustaba lo de no estar siempre sujeto a una rutina monótona, pero mucho de lo que hacía se parecía a estar en el ejército, donde tienes que correr y luego esperar, y entre un combate y otro solo te queda aburrirte. Cada cierto tiempo pensaba en cómo sería conseguir un empleo en el sindicato, recibir un cheque fijo a final de mes y subir en la organización. Sería, sin duda, una forma de tener más dinero para pasarle a Mary semana a semana, o al menos serviría para tener un monto fijo semanal y evitar la incertidumbre a la hora de pagar las cuentas. Además, ya no tendría que trabajar en bares durante todo el día y de esa forma tal vez podría dejar de beber tanto.

Cada vez que Russell me decía algo sobre dejar de conducir camiones para siempre, yo empezaba a contestarle de forma directa que me gustaría participar en el sindicato. Entonces me preguntaba:

—¿Y por qué no lo haces, Irlandés?

—Ya lo he estado hablando con Joey McGreal, con el que llevo lo de las quinielas de fútbol americano. Él es coordinador de los Camioneros en el 107. Pero me dijo que ahora no tenían plazas. Yo le contesté que había un coordinador al que tuve que cerrar el grifo en el Dante del cual deberían deshacerse, pero McGreal me dijo que daba igual porque ya tenían a otra gente en la cola. También me comentó que era importante conocer a alguien que estuviera bien conectado. Necesitas un rabino que te dé su apoyo y mueva los hilos por ti. Aparte de McGreal, al único que conozco que puede hacer algo por mí es mi propio representante, aunque pasa de echarme un cable. Si tiene alguna conexión, necesita ponerla a prueba en su propio beneficio. Y él también quiere ser un coordinador sindical.

Russell soltó entonces algo en siciliano sobre el tiempo revuelto que más o menos podría traducirse como: “Nunca sabes cómo saldrán las cosas. El tiempo es algo que está en manos de Dios”.

Una tarde, antes de ir a currar al Dante, pasé un momento por el Friendly. Skinny Razor me anunció:

—Russell viene esta noche y quiere que estés aquí antes de las 20.00. Tiene que esperar una llamada y quiere que hables con alguien.

No tenía ni idea de lo que Russell podía querer o de quién era la persona a quien quería que conociese, pero sabía que tenía que estar listo a esa hora.

Regresé al bar a eso de las 19.30. Russell estaba fuera, conversando con gente. Me dijo que lo esperase dentro y que saliese a buscarlo cuando recibiera la llamada. A las 20.00, con toda exactitud, sonó el teléfono y Skinny Razor contestó. Yo me levanté de la mesa para ir a buscar a Russell, pero él entraba en ese momento por la puerta: debió de oír el timbre desde fuera. Yo me había sentado a la mesa más cercana al teléfono. Mientras, Skinny conversaba con la persona que se encontraba al otro extremo de la línea. Oí que le decía:

—¿Cómo está usted? Bien. ¿Y la familia? Sí, estamos todos bien. Hay que tocar madera. Sí, claro, Angelo está bien. Salió muy bien del control médico la semana pasada. Está como una rosa. Ya le digo, hay que tocar madera. Permítame que le pase el teléfono a McGee. Cuídese mucho, ¿de acuerdo?

Skinny le pasó entonces el teléfono a Russ. Él cogió el auricular, pero no dijo nada. Vino caminando hacia la mesa, se sentó y depositó un sobre encima.

—Sí, estoy con ese amigo del que te había hablado. Está sentado aquí, a mi lado. Es un buen sindicalista. Quiero que tenga la oportunidad de conocer a su presidente. Para que veas qué te parece —Russell giró la cabeza y se dirigió a mí—: Saluda a Jimmy Hoffa —y me pasó el teléfono.

Cogí el aparato y pensé: “¿Cuándo me habría imaginado algo así? ¿Jimmy Hoffa está llamando para hablar conmigo?”.

—Hola —dije yo—. Encantado de saludarlo.

Hoffa ni siquiera saludó: fue directo al grano. Lo siguiente que escuché fueron las primeras palabras que me dirigió:

—Me han dicho que pintas casas —fue lo que dijo.

—Eh, sí, sí, claro, y también hago trabajos de carpintería —me sentí avergonzado porque estaba tartamudeando.

—Eso era lo que quería oír. Tengo entendido que también eres uno de los nuestros.

—Así es —yo intentaba hablar con frases cortas y con la menor cantidad de palabras—. De la agrupación local 107. Desde 1947.

—Nuestro amigo en común me ha hablado muy bien de ti.

—Muchas gracias.

—Y no es alguien que se contente fácilmente.

—Intento hacer las cosas lo mejor que puedo.

—Lo mejor y lo más importante para el movimiento sindical, algo que no puede faltar y por lo que hay que luchar para no perderlo, es la solidaridad. Las grandes empresas no dejan de atacar y se mantienen a la ofensiva: son ellas las que financian a grupos de infiltrados cuyo único propósito es dividir al sindicato. Ahora mismo, mientras tú y yo hablamos, las grandes empresas están poniendo en práctica tácticas agresivas de

ciertos sindicatos de la AFL-CIO⁸¹ para intentar quedarse con nuestras agrupaciones locales en nuestras propias narices, aquí, en mi circunscripción de Detroit, y en otras partes. Las grandes empresas están trabajando junto al gobierno en este mismo instante para impedir cualquier movimiento por nuestra parte y para hacernos quedar mal ante el público, en una hora en la que necesitamos mantenernos unidos. Más que nunca antes en nuestra historia, necesitamos solidaridad. Pero no hablo solo de nuestra historia, sino de la historia de toda la lucha de la clase trabajadora de Norteamérica. Te pregunto: ¿quieres ser parte de esa lucha?

—Sí, quiero.

—¿Quieres ser parte de esta historia?

—Sí, quiero.

—¿Puedes comenzar mañana en Detroit?

—Por supuesto.

—Acércate a la agrupación local 299 y preséntate a Bill Isabel y Sam Portwine. Ellos se encargan de las relaciones públicas de la Fraternidad.

Al colgar el teléfono pensé: “Vaya, sí que es una persona que sabe hablar. Ha habido un minuto en que he pensado que estaba oyendo a Patton”.

—Russ, esto sí que ha sido una sorpresa. Y yo que pensaba que aún faltaba para la Navidad, y mi cumpleaños ya ha pasado.

—Descuida, él te necesita a ti tanto como tú quieres trabajar con él. Odio tener que perderte. Solo espero que no te retenga por mucho tiempo en Detroit.

—Tienes razón. Le dije que estaría en Detroit mañana. Mejor echo a andar el coche ahora mismo.

—No hace falta que te lo tomes con tanta prisa —repuso Russ y me entregó el sobre que había dejado en la mesa al sentarse—. Vamos, ábrelo.

Dentro había un billete de avión y un fajo de billetes de cien dólares.

De pronto, me eché a reír. Me quedé allí sentado sin poder parar de reír.

—¿Qué puedo decir? —exclamé—. Nunca nadie había hecho algo así por mí en toda mi vida. Jamás lo olvidaré.

—Es lo que te mereces, Irlandés. Nadie te está regalando nada. Tú te lo has ganado. Venga, vamos a comer, que Angelo nos espera.

—¿Y qué les digo a los del Dante? Se supone que esta noche tengo que trabajar allí.

—Skinny Razor ya se ha hecho cargo de eso. Han puesto a alguien para cubrir tu puesto hasta que regreses de Detroit. Y no es necesario que cojas un taxi para ir al aeropuerto; Angelo enviará a alguien a buscarte por la mañana. No querrás llegar tarde a tu cita con Jimmy Hoffa, ¿no? Él es incluso peor que yo con lo de la puntualidad.

Me eché a reír otra vez. Me preocupaba que Russ fuera a pensar que me había vuelto loco, pero es que me resultaba todo muy divertido, no sé por qué. Supongo que me debió de dar vergüenza lo mucho que se preocupaba el viejo por mí.»

XIII

No hay un paracaídas lo suficientemente grande

Cuando tenía lugar la entrevista telefónica a larga distancia con Frank Sheeran, Jimmy Hoffa pasaba por un período de grandes logros y celebridad. Entre mediados y finales de los años cincuenta, Hoffa había logrado abrirse paso a empujones para seguir adelante pese a los procesos de la comisión McClellan, se había convertido en presidente de la Fraternidad Internacional de Camioneros y había sobrevivido a varias acusaciones criminales. Y lo que era más importante para su futuro y el de sus hombres: en 1955 había creado el fondo de pensiones a través del cual se gestionaban las contribuciones regulares para la jubilación de los empleados del sindicato de Camioneros. Antes de la creación del fondo de pensiones de los Estados Centrales, muchos camioneros solo contaban con la Seguridad Social para afrontar su jubilación.

«Jimmy sabía cómo emplear su carácter. Yo no estaba con él cuando empezó a levantar el fondo de pensiones, pero Bill Isabel me contó de sus explosiones ante las compañías de transportes durante las reuniones. Les hacía todo tipo de amenazas. Tenía claro que quería el fondo y sabía cómo quería que estuviese estructurado y, por supuesto, quería controlarlo.

Quería que estuviese montado de tal forma que cierta gente pudiese tomar dinero prestado con su aprobación. No me malinterpretes, los gerentes del fondo cargaban intereses a los créditos concedidos, como si los créditos fuesen una inversión del dinero del fondo. Los créditos estaban garantizados y todo eso. Pero Jimmy consiguió sacarlo adelante como él quería, de modo que podía prestar dinero a cierta gente. Enseguida el fondo comenzó a hacerse más y más grande porque los hombres a los que ofrecía cobertura no habían comenzado a jubilarse y las compañías no dejaban de poner dinero por cada hora de trabajo de cada uno de los que estaban en el fondo. Para cuando yo aparecí en escena, debía de haber unos doscientos millones de dólares en el fondo. Y cuando me jubilé, ya había mil millones. No tengo que explicar cuánto jugo se le puede sacar a un montón así de pasta.»

El fondo de pensiones de los Camioneros organizado por Hoffa se convirtió casi al instante en un concesionario de préstamos para el sindicato nacional del crimen, conocido por el público como La Cosa Nostra. Con su propio banco privado, este monopolio del crimen creció y alcanzó la prosperidad.

Las inversiones financiadas con dinero de los Camioneros, en especial la construcción de casinos en La Habana y Las Vegas, eran el sueño hecho realidad para los padrinos con deseos empresariales. El cielo era el límite y todo presagiaba mayores ganancias: en el momento de la desaparición de Jimmy Hoffa en 1975, Atlantic City estaba a punto de abrirse a la legalización del juego y las apuestas.

«La tajada de Jimmy salía de la comisión que sacaba de la contabilidad. Se llevaba un premio bajo cuerda cada vez que aprobaba un nuevo préstamo. Jimmy ayudaba a ciertos amigos como Russell Bufalino, o al jefe de Nueva Orleans, Carlos Marcello, o al de Florida, Santo Trafficante, o a Sam Giancana, “Momo”, de Chicago, o a Tony Provenzano, de Nueva Jersey, o a su viejo amigo Johnny Dio, de Nueva York. Ellos se encargaban

de atraer clientes. Los jefes cobraban a los clientes un 10 % del crédito y se dividían ese porcentaje con Jimmy. Aunque Jimmy hacía muchos negocios con nuestros amigos, siempre los hacía con sus propias condiciones. El fondo de pensiones era la gallina de los huevos de oro.

Jimmy era íntimo de Red Dorfman, del grupo de Chicago. Red se hizo con el control del sindicato Waste Handlers, a cargo de la manipulación de la basura, cuando se cargaron al anterior presidente. Dicen que Red tenía a Jack Ruby como segundo oficial en el sindicato. Estamos hablando del mismo Jack Ruby que se cargó a Lee Harvey Oswald. Red estaba aliado con el jefe de Ruby, Sam Giancana, “Momo”, con Joey Glimco y con todos los demás italianos de Chicago. Además, Red era importante en la Costa Este entre gente como Johnny Dio.

Red tenía un hijastro que se llamaba Allen Dorfman. Jimmy puso a Red y a Allen a cargo de las pólizas de seguro del sindicato y después designó a Allen como el hombre que concedía los préstamos del fondo de pensiones. Allen había sido un héroe de guerra en el Pacífico. Era un judío duro, un infante de Marina. Y también era violento. Allen y Red se ampararon en la Quinta un total de ciento treinta y cinco veces durante uno de esos procesos judiciales del Congreso a los que estuvieron sometidos. Allen Dorfman se había ganado un gran prestigio por su propia cuenta. Era él quien se encargaba de recolectar los premios y luego los dividía con Jimmy —no era gran cosa, un bocado nada más—. Jimmy siempre vivió de forma modesta, sin llegar a ser pobre. Comparado con Beck y con los que llegaron después al sindicato, cualquiera hubiera podido pensar que lo que Jimmy se llevaba a casa no eran más que retales de muestra.»

Sin embargo, Jimmy Hoffa tenía al menos dos negocios pequeños que se convirtieron en su fuente de preocupación. En estas dos empresas secretas, el socio escogido por Hoffa era su aliado cercano en los Camioneros, Owen Bert Brennan. Brennan era el presidente de su propia agrupación local de Camioneros en Detroit y tenía un historial de arrestos por violencia que incluía cuatro incidentes por colocar bombas contra otras

compañías de camiones y sus edificios. Brennan solía referirse a Jimmy como «cerebro».

Hoffa y Brennan formaron una flota de transportes llamada Test Fleet. Cerebro y su socio pusieron la compañía a nombre de los apellidos de solteras de sus respectivas esposas. Test Fleet tenía un único contrato con un transportista de coches Cadillac que había tenido problemas con su anterior sindicato de Camioneros para el transporte de coches, de propiedad y funcionamiento independiente. Este grupo de Camioneros había realizado una huelga salvaje sin sufrir mayores sanciones. Enfurecido ante esta falta de solidaridad sindical, Jimmy Hoffa les ordenó regresar al trabajo. Con el beneplácito de Hoffa, Cadillac dio luego por terminado su contrato con los transportistas independientes, dejó a muchos de ellos en la calle y cedió la concesión para el transporte de coches a Test Fleet. Este arreglo ayudó a Josephine Poszywak, también conocida como la señora Hoffa, y a Alice Johnson, conocida como la señora Brennan, a ganar ciento cincuenta y cinco mil dólares por dividendos durante un período de diez años sin que tuvieran que mover un dedo dentro de la compañía Test Fleet.

Hoffa y Brennan también habían invertido en el desarrollo de un complejo inmobiliario en Florida llamado Sun Valley, aportando cuatrocientos mil dólares libres de intereses tomados del sindicato como garantía para consolidar su inversión. Al realizar todas estas operaciones, Jimmy Hoffa no tenía motivos para pensar que enseguida se convertiría en una figura conocida mundialmente, que sería expuesta al escrutinio público y que tendría que responder por los pecados que había cometido en el pasado, por muy poca cosa que le pudieran parecer a él.

Preocupado con razón de que la comisión McClellan pronto descubriese sus pequeños secretos, incluyendo la gallina de los huevos de oro del fondo de pensiones, Jimmy Hoffa se empeñó en distraer la atención de la comisión hacia otra parte.

Al ser formada a comienzos de 1957, el objetivo de la comisión apuntaba al presidente del sindicato de Camioneros de aquel entonces, Dave Beck. Según la mano derecha de Bobby Kennedy, Walter Sheridan, Hoffa le había comunicado en secreto las fechorías cometidas por Beck.

En su libro de 1972, *The Fall and Rise of Jimmy Hoffa*, Sheridan escribía lo siguiente: «Para realizar esto, consiguió que uno de los propios abogados de Beck comenzase a proporcionarle información a Kennedy sobre Beck».

Esa sencilla afirmación es una demostración de valentía por parte del señor Sheridan. Aunque Hoffa aún estaba vivo cuando el libro salió publicado y acababa de salir de la cárcel, hacía cuatro años que Bobby Kennedy había muerto. De haber estado vivo, cualquiera que hubiese indagado en las implicaciones de dicha afirmación habría contado con plena justificación para iniciar una investigación sobre falta a la ética profesional. Según se consideren los hechos, Kennedy podría haber sido destituido por su complicidad al permitir que uno de los abogados de Beck violase la confidencialidad debida a su cliente y «se chivase» de Beck a instancias de Hoffa.

Sheridan llegaría a afirmar que Hoffa «había conseguido que el mismo abogado concertase una reunión entre él y Kennedy para ofrecerle su cooperación con el trabajo de la comisión».

¿Se puede dudar de que los propios padrinos de Hoffa tomaran nota de las dos frases anteriores cuando salió publicado el libro de Sheridan, en 1972? Para hombres despiadados y poderosos como Bufalino, Trafficante, Marcello, Provenzano y Giacalone, ser un chivato es un grave defecto y chivarse de tu aliado supone un gravísimo error. Nunca se puede volver a confiar en una persona así y se trata de una falta, como mínimo, imperdonable. Hoffa volvió a pisar las calles de Detroit después de salir de la cárcel, alrededor del mismo período en que el libro de Sheridan salió a la venta en las librerías. En aquel libro, Hoffa era etiquetado como un «chivato». El propio Hoffa se encargó de confirmar el apelativo cuando, obsesionado por recuperar la presidencia de la Fraternidad Internacional de Camioneros, amenazó públicamente con exponer las influencias de la mafia sobre el fondo de pensiones de los Camioneros bajo la presidencia de Fitzsimmons. Pero todo eso sucedería muchos años después. A finales de los años cincuenta, la maquiavélica estrategia de Hoffa para arrojar a su hermano sindical Dave Beck a los lobos era una jugada que solo podía traerle ganancias. Al enfocar sus recursos sobre Beck, la comisión dejó los

negocios de Test Fleet y Sun Valley de lado y Hoffa logró quitarse a Beck de su camino.

«A Jimmy le gustaba tener su entorno bajo control. Él no bebía, así que nadie bebía en su presencia. Tampoco fumaba, y a nadie se le ocurría encender un cigarrillo estando con él. A veces se ponía de mala leche. Le entraba la impaciencia y hacía cosas que te recordaban a un niño chico que se rasca una picadura con desesperación. Tampoco le podías decir que, si seguía rascándose, se le iba a quedar la marca. No se le podía decir nada. Solo podías escuchar.»

Jimmy Hoffa se puso impaciente y se obsesionó con averiguar todo lo que pudiera sobre el trabajo interno de la comisión McClellan. En febrero de 1957, contactó con un abogado de Nueva York llamado John Cye Cheasty. Cheasty había estado en la Armada y en los Servicios Secretos. Una de las subespecialidades de su bufete era la de llevar a cabo investigaciones. Hoffa le dijo a Cheasty que la comisión estaba contratando a investigadores privados. Si él aceptaba trabajar para la comisión y luego le informaba de sus actividades, podía contar con un premio de veinticuatro mil dólares en efectivo, repartidos en pagas mensuales de dos mil dólares durante todo un año. Además, Hoffa entregó a Cheasty un adelanto de mil dólares para los gastos que pudieran ocasionar los trámites para conseguir el trabajo con la comisión. Urgido por su impaciencia, Hoffa no se preocupó de contrastar los antecedentes de Cheasty, quien demostró ser un investigador honesto y un patriota. El abogado de Nueva York denunció de inmediato el intento de soborno al que estaba siendo sometido.

Bobby Kennedy asignó un puesto a Cheasty en la comisión con un salario anual de cinco mil dólares. El FBI instaló micrófonos y cámaras en su despacho. Cheasty hizo saber a Hoffa que tenía un sobre con documentos comprometedores de la comisión y que quería otro adelanto en metálico a cambio del material. Los dos se citaron en las inmediaciones de DuPont Circle, en Washington D.C. Cheasty le entregó el sobre a

Jimmy Hoffa y este le pasó a cambio dos mil dólares en efectivo. Ese intercambio fue fotografiado y, a continuación, el FBI se lanzó y atrapó a Jimmy Hoffa con las manos en la masa. Jimmy Hoffa fue arrestado allí mismo.

Cuando un periodista preguntó a Bobby Kennedy qué haría si Hoffa resultaba absuelto, Kennedy, que había afirmado que «nunca había pensado en algo así» teniendo un «caso tan flagrante», respondió que «saltaría desde lo alto del Capitolio».

En junio de 1957, Hoffa fue sometido a juicio en Washington D.C. bajo cargos de soborno a un investigador de la comisión McClellan para obtener información confidencial sobre las actividades de dicha comisión.

El jurado estaba compuesto por ocho negros y cuatro blancos. Hoffa y su abogado, el legendario Edward Bennett Williams, solo objetaron a los miembros blancos del jurado durante el proceso de selección. Hoffa mandó a buscar a una abogada negra de California para que formase parte de su equipo de defensa. Igualmente, consiguió que el periódico *The Afro-American* publicase un artículo publicitario cargado de elogios que describía a Hoffa como el gran defensor de la «raza negra». El artículo incluía también una foto del equipo legal, compuesto por blancos y negros. Hoffa se las arregló para que el periódico llegase a casa de cada uno de los negros que formaban parte del jurado. Por último, su colega del mundo del hampa de Chicago, Red Dorfman, consiguió que el legendario campeón de boxeo Joe Louis viajase desde su casa de Detroit hasta Washington. Jimmy Hoffa y Joe Louis se fundieron en un abrazo frente al jurado como si fueran viejos amigos. Luego Joe Louis permaneció en la sala atendiendo los testimonios durante un par de días, antes de volver a marcharse.

Cuando Cye Cheasty compareció para testificar, Edward Bennett Williams le preguntó si alguna vez había investigado oficialmente a la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color. Cheasty lo negó, pero la semilla ya había sido sembrada.

Hoffa resultó absuelto.

Edward Bennett Williams envió una caja envuelta con una gran cinta a Bobby Kennedy. En su interior había un pequeño paracaídas de juguete para que Kennedy pudiese saltar desde lo alto del Capitolio.

«Jimmy jamás había estado con Joe Louis antes del juicio, pero el jurado no lo sabía. Claro que Jimmy sí que estaba muy asociado a los derechos civiles, eso era verdad. El único problema fue que, cada vez que ganaba un juicio, creía que jamás sería derrotado. Y que no queden dudas: odiaba a Bobby con toda su alma. Yo mismo oí que le gritaba “niño mimado” en la cara al propio Kennedy en un ascensor y luego ir a por él. Tuve que sujetarlo. Muchas veces Jimmy me decía que con los Kennedy se habían equivocado de hermano, aunque también odiaba a Jack. Jimmy afirmaba que eran jovencitos millonarios que no habían trabajado en su vida.»

En *El enemigo en casa*, Bobby Kennedy afirmaba que después del juicio, Joe Louis, que estaba sin empleo y lleno de deudas en aquel momento, tuvo de inmediato una oferta de trabajo bien remunerado con una compañía discográfica que recibió un crédito de dos millones de dólares del fondo de pensiones de los Camioneros. Más adelante, Joe Louis se casaría con la joven abogada negra que conoció durante el juicio. Cuando la mano derecha y principal investigador de Bobby Kennedy, además de futuro autor, Walter Sheridan, intentó entrevistar a Joe Louis para la comisión McClellan sobre la compañía discográfica, el antiguo campeón se negó a cooperar y se limitó a enviarle un mensaje a Bobby Kennedy: «Decidle que salte desde lo alto del Empire State Building». No obstante, a finales de 1957 Bobby Kennedy esperaba ser el último en reír.

La necesidad de Hoffa de controlar su entorno lo había conducido a una acusación federal por contratar a un amigo de Johnny Dio para pinchar ilegalmente los teléfonos de las oficinas de los Camioneros, con el objetivo de asegurarse de que ninguno de sus propios oficiales le estaban proporcionando información a la comisión McClellan en su contra, tal como él mismo había hecho antes con Beck. El cómplice en el delito de conspiración para pinchar los teléfonos era Owen Bert Brennan, su socio en las inversiones de Test Fleet y Sun Valley, quien actuaba altamente

motivado por los potenciales problemas legales que esas dos empresas le podían acarrear.

Además de la acusación pendiente por las escuchas telefónicas, Bobby Kennedy también levantó una acusación por perjurio en Washington porque, en su testimonio ante la comisión McClellan, Hoffa había mentido sobre los incidentes relacionados con los micrófonos ocultos.

En aquellos momentos, cuando Hoffa tenía dos acusaciones que pesaban sobre él, hacía décadas que el sindicato de Camioneros estaba afiliado a la AFL-CIO, la mayor asociación sindical del mundo. En septiembre de 1957, el comité de ética de la AFL-CIO presentó cargos contra Dave Beck y Jimmy Hoffa por haber hecho uso «de su posición oficial en el sindicato para obtener beneficios personales». Además, la AFL-CIO acusó a Hoffa de «asociación, patrocinio y promoción de los intereses de conocidos hampones del sector sindical».

La respuesta de la Fraternidad Internacional de Camioneros fue elegir a Jimmy Hoffa, pendiente de dos acusaciones federales, como presidente por el que sería su primer período.

En aquellos días de riendas cortas, el presidente era elegido no por las bases, sino por una serie de delegados escogidos para la convención internacional que se celebraba cada cinco años. Para hacer las cosas con seguridad, tampoco existía el voto secreto. En su discurso de aceptación, Jimmy Hoffa anunciaba: «Vamos a enterrar nuestras diferencias».

¿Cuántos disidentes habían sido ya enterrados por Jimmy Hoffa y sus hampones? ¿Cuántas casas aún quedaban por pintar en el futuro?

Lo que sí sabemos es que, como resultado de su ascenso a la presidencia, Jimmy Hoffa pudo abrir el paso a sus aliados de la mafia. Aunque la situación cambiaría en los años setenta, Anthony Provenzano, «Tony Pro», era en 1957 un firme aliado de Hoffa y presidente de la agrupación local 560 del sindicato de la ciudad de Nueva Jersey, una de las agrupaciones locales más grandes del país. Hoffa le extendió de inmediato un segundo cheque al nombrarlo presidente de la Junta Sindical 73 de Camioneros, con cien mil miembros. Hacia 1959, el gobierno había instalado un consejo de monitores para supervisar a los Camioneros. Dicho consejo dio orden a Hoffa de sacar a Provenzano del sindicato. En

lugar de obedecer, Hoffa dio a su aliado otro cheque más, junto con un enorme poder, al convertirlo en vicepresidente de la Fraternidad Internacional. Ese mismo año, Provenzano «enterró sus diferencias» con el popular miembro reformista de la agrupación local 560, Anthony Castellito, «Tres dedos»: lo mandó estrangular y lo sepultó en una granja al norte de Nueva York. K.O. Konigsberg, Salvatore Sinno y Salvatore Briguglio, «Sally Bugs», se encargaron de ello.

En 1957, diez días después de que Hoffa jurara el puesto, la AFL-CIO expulsó a los Camioneros con la advertencia de que solo podrían regresar a su seno si se deshacían del «corrupto control» del sindicato que ejercían Jimmy Hoffa y sus dirigentes sindicales del hampa.

El 15 de noviembre de 1957, el público recibió la noticia de la conferencia de Apalachin. Pese a las negativas de J. Edgar Hoover, parecía existir una asociación nacional del crimen que operaba como un estado aparte y cuya capital estaba aparentemente ubicada en la ciudad de Nueva York.

Diez días más tarde, se formaba un jurado federal en la ciudad de Nueva York para juzgar a Hoffa y Brennan por los cargos de las escuchas telefónicas. El jurado quedó bloqueado por falta de unanimidad. No tardó en formarse otro jurado. Durante el segundo juicio, uno de los miembros del jurado denunció un intento de soborno. Tras ser eximido, fue reemplazado por un sustituto. Este jurado dictaminó que Jimmy Hoffa no era culpable.

El abatido Bobby Kennedy aún contaba con un cargo por perjurio en el que cimentar su acusación contra Hoffa, aunque no por mucho tiempo. La acusación por perjurio se basaba en las cintas con las conversaciones interceptadas entre Johnny Dio y Jimmy Hoffa. Las cintas habían sido grabadas bajo la autoridad que concedía la ley del Estado de Nueva York y constituían un procedimiento válido de búsqueda y captura de las conversaciones telefónicas bajo la ley existente en Nueva York. Por desgracia para Bobby, era también el comienzo de la época de la expansión de la Corte Suprema presidida por Warren, con su control sobre el Estado y los procedimientos de la policía local. La Corte Suprema de Estados Unidos dictaminó que dichas cintas obtenidas por el Estado eran

inconstitucionales y que cualquier prueba conseguida mediante grabaciones secretas o derivadas de dicho procedimiento «era fruto de un árbol envenenado». En consecuencia, no se contaba con ninguna prueba factible con la que enterrar a Jimmy Hoffa, por lo cual la acusación por perjurio no prosperó.

«Comencé a trabajar para el sindicato durante el período en que todo esto estaba sucediendo, justo después de que Jimmy se hiciera con el puesto de presidente. Tras el juicio de las cintas con las grabaciones, todo el mundo decía que no había un paracaídas lo suficientemente grande como para salvarle el culo a Bobby Kennedy para cuando saltase de lo alto del Capitolio.»

XIV

El pistolero desencapuchado

«Volé a Detroit y me presenté en la agrupación local 299, en Trumbull Avenue. Esa era la sede de Jimmy. Se encontraba un poco más allá del Tiger Stadium. La agrupación 299 estaba organizando una movilización para sindicalizar a los taxistas de Detroit. Justo enfrente del sindicato había un gran taller de taxis y, cuando mi propio taxi se detuvo frente a la agrupación, pude ver los piquetes de los Camioneros al otro lado de la calle. Esa iba a ser mi vida. Sabía que había llegado al lugar que me correspondía. Estaba feliz de ser un coordinador asociado a la agrupación 299 y, si hacía que todo funcionara bien, me nombrarían coordinador en Filadelfia, en la agrupación local 107, aunque tuvieran que inventar un puesto nuevo para mí. No solo había encontrado mi rabino, sino que además era el rabino principal.

Yo ya tenía la mente puesta en convertirme en coordinador de la Fraternidad Internacional algún día. Ese es un puesto que está entre los más altos. Trabajas para la oficina nacional. Tienes que viajar por todo el país, allí donde te necesiten. Se pueden hacer muchos favores de forma legítima, sin dejar de sacar tu tajada. Si no le hubiese sucedido lo que le ocurrió a Jimmy, yo habría llegado a ser coordinador de la Fraternidad Internacional.

En Detroit me asignaron un puesto con Bill Isabel y Sam Portwine. Aunque trabajaban en equipo como relaciones públicas, en realidad Sam

consideraba a Bill como el jefe. Bill medía un metro setenta y poco y era conocido por su habilidad con la goma, pero no la que se usa para borrar, sino la que sirve para hacer volar las cosas por el aire: la dinamita. Bill era un experto en bombas y siempre iba armado. Había nacido en Irlanda, aunque tenía acento norteamericano, y había logrado ascender desde la base después de empezar como conductor. Estaba destinado en St. Louis y figuraba como coordinador de la agrupación local de St. Louis y como coordinador de la Junta Sindical de St. Louis, encabezada por un buen hombre del sindicato llamado Harold Gibbons. En lugar de haber dejado a Frank Fitzsimmons en su puesto, Jimmy debería haber nombrado a Gibbons para que lo reemplazase en 1967, cuando acabó en la trena.

Sam provenía de los alrededores de Washington D.C. y era un poco más alto y más relleno que Bill. Debía de rondar mi edad. Yo entonces tenía treinta y siete años. Creo que Sam había terminado la universidad y había entrado a trabajar directamente en el sindicato. Los dos eran muy amigos de Jimmy Hoffa.

Había unos ocho coordinadores asignados a la movilización para organizar a los taxistas. Nos reuníamos cada mañana y repartíamos los folletos que Bill y Sam habían elaborado en calidad de relaciones públicas. A veces montábamos un piquete en el taller de taxis del otro lado de la calle del sindicato; otras, instalábamos un puesto informativo en alguna de las paradas de taxi de la ciudad, en lugares como el gran centro de convenciones Cobo Hall o en el hotel Warner.

Cogías a unos cuantos taxistas, les explicabas los beneficios de estar organizado y luego les pedías que firmasen una tarjeta del sindicato. Si conseguías que firmase el 30 % de los trabajadores, entonces la ley laboral te permitía convocar elecciones para ver si los trabajadores querían unirse a tu sindicato o no. Pero Bill me enseñó que nunca era conveniente llamar a elecciones a menos que ya tuvieras el 50 % porque, con menos de ese porcentaje, estaba claro que perdías. Bill también me explicó que, si te ganabas el derecho de ir a elecciones, era posible que apareciese otro sindicato y tratase de amañar el resultado. Si, por ejemplo, ese otro sindicato tenía el diez por ciento de las tarjetas, podían intervenir en las elecciones y quizás hasta podían desbancar a tu sindicato después de haber

hecho todo el trabajo. Tras haber sido expulsados de la AFL-CIO, siempre nos preocupaba que alguno de sus sindicatos fuese a intervenir y nos robase las elecciones o nos birlase los votos, de manera que no hubiese ningún ganador. Era la ley del más fuerte, todos contra todos. No sabías en quién confiar y por eso no dejabas de acercarte a los taxistas para intentar persuadirlos de que firmasen la tarjeta del sindicato. Por alguna razón, en aquella época había muchas lesbianas que trabajaban de taxistas en Detroit. Les gustaba que las trataras como hombres, algo que tenías que respetar si querías conseguir su firma.

El hecho de que hubiesen firmado la tarjeta no significaba que más tarde, en las elecciones, fueran a votar por tu sindicato, porque era un proceso secreto que estaba vigilado. Puede que los taxistas firmaran para que les dejaras en paz y luego ya votaban por quien quisieran. No podías hacer nada contra eso.

Yo me alojaba en el Holiday Inn. El sindicato cubría mis dietas de hotel y me daba dinero para comer y para mis gastos diarios, aparte del cheque de mi salario. En aquellos días, podías desempeñar más de un trabajo a tiempo completo en el sindicato y luego recibías todos los cheques que Jimmy, o quien fuese tu rabino, tuviese para ti. Yo percibía uno, pero sé que Bill y Sam recibían dinero de distintas cuentas.

Parecía dinero fácil y Detroit era bastante parecido a Filadelfia. Había cantidad de cosas para hacer y nunca te aburrías. Nosotros íbamos a las peleas o a algún partido de fútbol americano o a cualquier espectáculo. Tanto Bill como Sam eran grandes bebedores, así que nos dedicábamos bastante a la botella.

Fueron ellos los que me enseñaron que la palabra *sindicato* tiene un significado. Todo el mundo tiene que permanecer unido en la misma dirección, de lo contrario no hay forma de progresar para el trabajador. Un sindicato no tiene más fuerza que la de sus miembros más débiles. Una vez que se produce un disenso, el empleador lo nota y comienza a sacar partido de ello. Una vez que permites que se instale el disenso y la existencia de facciones rebeldes, vas camino de perder el sindicato. Solo puede haber un jefe. Puedes tener asistentes de todo tipo, pero no puedes tener a nuevos tíos tratando de administrar una agrupación local. Si ocurre

eso, el empleador no tarda en establecer acuerdos con alguna de las partes involucradas, logrando dividir el sindicato. A continuación, pasa a despedir ilegalmente al hombre fuerte dentro del grupo sindical y maniobra hasta terminar de dividir el sindicato en distintos sectores.

“Las facciones rebeldes son como los colaboradores nazis durante la guerra, como los que tenían en Noruega y Francia”, me dijo un día Bill Isabel. “Jimmy Hoffa jamás toleraría la aparición de una facción rebelde. Ha trabajado demasiado duro para construir lo que ahora tenemos. Él es el primero en levantarse por la mañana y el último que se va a la cama por la noche. Observa cuánto han mejorado nuestras condiciones económicas. Los rebeldes, en cambio, no nos han dado una mierda: todo ha sido gracias a Jimmy. Las pensiones, los servicios hospitalarios para toda la familia cada vez que alguien se enferma. Ahora está luchando por un Acuerdo Sectorial de Transportistas que permita que todos los camioneros reciban el mismo salario a lo largo y ancho del país. Y todo lo que Jimmy consigue para nosotros, los espabilados de la AFL-CIO lo copian para luego ofrecérselo a sus miembros. Después van quejándose de que las tácticas de Jimmy son demasiado rudas. Cuando vas a la guerra, uno sabe lo que tiene que hacer si quiere avanzar desde del punto A hasta el punto B. Si por el camino se derraman unas cuantas jarras de Guinness, pues cuánto lo siento, querido súbdito de las islas británicas.”

Una noche habíamos salido de marcha los tres por la ciudad. Íbamos a un restaurante italiano que conocía Bill. Yo solo llevaba trabajando en mi nuevo puesto unas cuantas semanas. Estaba sentado en el asiento de atrás del coche cuando Bill, que me estaba mirando por el retrovisor, me suelta:

—Nos ha dicho Jimmy que pintas casas.

Yo no dije nada, solo asentí con la cabeza. Muy bien, aquí vamos, pensé. Y yo que creía haber dejado atrás la cultura del centro de la ciudad y que iba a comenzar una nueva línea de trabajo.

—Tenemos un asunto en Chicago que hay que arreglar. Está allí nuestro amigo Joey Glimco. Es el que lleva allí la agrupación local de taxis, la 777. También tiene camiones en la costa. ¿No has oído hablar de él?

Yo no abrí la boca. Simplemente, sacudí la cabeza para indicar que no. Un par de semanas después, Russell me contó que Joey Glimco era Giuseppe Primavera. Había estado con Al Capone y era alguien muy importante en el grupo de Chicago. Tenía un historial cargado en el que figuraban un par de arrestos por asesinato. Durante los procesos de la comisión McClellan, se amparó en la Quinta Enmienda cada vez que fue interrogado, incluso cuando le preguntaron si conocía a Jimmy Hoffa.

—Pues allí hay uno que necesita que lo enderecen —dijo Bill—. Queremos que vuelas mañana por la mañana a Chicago. Habrá alguien esperándote en el aeropuerto.

Eso fue todo. No me preguntes quién o qué porque no lo sé. De cualquier forma, no es algo de lo que me apetezca hablar. Era un problema que había que resolver y yo lo hice por ellos. En ese momento, ya parecía algo que hubiera estado haciendo toda mi vida. Teniendo en cuenta que ya mi padre me enviaba a atizar a otros chicos para conseguir cerveza, tal vez hasta fuese cierto.

Está claro que necesitaban que fuese alguien que el tipo no conociese porque a todos los que conocía en el barrio los había estafado y no se fiaría de nadie. En cambio, alguien con pinta de irlandés que se le acercase por la calle no iba a despertar recelos en él. Querían que lo dejase allí mismo, en la acera, como mensaje, para que a todos les quedase claro que el tipo no podía salirse con la suya, sin importar lo que hubiese hecho.

Cada vez que lees en los periódicos una noticia sobre un pistolero encapuchado, te puedo asegurar que el pistolero no iba con capucha. Si hay algún testigo presencial en la calle, siempre dirán que el pistolero llevaba capucha, de modo que los que están de parte de la persona que ha disparado sepan que los testigos no han visto nada y puedan estar tranquilos y evitarse problemas.

Si antes solían enviarme a una misión en lancha de desembarco, ahora había hecho algunos progresos en ese aspecto, porque para “tomar” Chicago me trasladaban en avión. Solo debí de estar una hora en la ciudad. Me pasaron el arma; tenían a un tipo allí apostado para deshacerse de ella y sacarme del lugar en coche. Todo su trabajo consistía en destruir la pipa y dejarla reducida a pedazos. También tenían a otros tipos preparados en

coches con la intención de interponerse a los polis por si aparecían para perseguir el nuestro. El coche en el que monté supuestamente tenía que llevarme al aeropuerto.

Me relajé en cuanto vi que nos acercábamos allí. Yo sabía que a veces usaban los servicios de un “vaquero”, pero a continuación se deshacían de él, cuando ya había cumplido con su deber. Los “vaqueros” eran prescindibles. Russell me había contado que a Carlos Marcello le gustaba traer a huérfanos de guerra de Sicilia que no tenían familia. Lograban colarlos a través de Canadá, desde Windsor, justo frente a Detroit, cruzando las aguas. Los huérfanos sicilianos creían que se tendrían que encargar de arreglar un asunto y después de eso podrían quedarse en Norteamérica, y que tal vez les darían la administración de una pizzería o algo así. Iban y pintaban una casa y luego, ya de huida en el coche, los llevaban a algún sitio y les pintaban su propia casa, sin nadie que fuera a echarlos de menos en Sicilia. Como eran huérfanos y no tenían familia, no podía haber *vendetta*, cosa muy popular en Sicilia.

Carlos Marcello y los huérfanos de guerra no se me iban de la cabeza en el camino al aeropuerto y me pasé todo el tiempo mirando al conductor. Era un tío canijo y, si hubiera llegado a quitar las manos del volante, le hubiera arrancado la cabeza ahí mismo. Volé de regreso a Detroit y Bill y Sam estaban esperándome en el aeropuerto. Fuimos a cenar y Bill me entregó un sobre. Yo se lo devolví:

—Puedo hacerle un favor a un amigo —le dije.

Russell me había educado bien. No te vendas barato. “Si le haces un favor a un amigo —me había explicado Russell—, entonces él te podrá hacer un favor a ti en algún momento.”

Bill y Sam tuvieron la oportunidad de evaluar mi trabajo y le recomendaron a Jimmy Hoffa que me mantuviese con ellos. De esa forma, yo tendría más posibilidades de aprender.

Volamos a Chicago y nos quedamos en el hotel Edgewater Beach. El sindicato tenía una suite en la planta decimoctava, con dos habitaciones y dos camas en cada una de ellas. Sam y Bill durmieron en una y yo me

quedé en la otra. La segunda noche en Chicago me presentaron a Joey Glimco. Bill me comentó que Joey gestionaba importantes problemas para todos los locales de Chicago, no solo para el suyo, y que en el futuro me enviarían a ayudarlo.

A la noche siguiente, Jimmy Hoffa apareció en Chicago y nos encontramos donde Joe Stein, al otro lado de la calle del hotel Edgewater. Jimmy Hoffa era muy tratable. Era una persona encantadora que, a pesar de todo lo que hablaba, no dejaba de ser alguien que prestase atención a lo que le decías. Me preguntó mucho por mis hijas. Me explicó que la razón por la que el sindicato había sido expulsado de la AFL-CIO era que sus líderes se habían asustado ante la posibilidad de cruzarse con ese “niñato” de Bobby Kennedy y ser sometidos a una investigación que les hiciera acabar con todos los inconvenientes legales que Jimmy aguantaba. Pese a toda la presión que debía de estar sufriendo, parecía estar bastante relajado, alguien con quien te gustaría acabar metido en una trinchera.

Cuando apareció el camarero, pedí un vaso de Chianti, pero Bill me dio un puntapié por debajo de la mesa y sacudió la cabeza un par de veces para decir “no”. Yo me mantuve en mis trece y me tomé el vino, pero recuerdo que la cara de Bill mostraba cierta tensión cada vez que levantaba el vaso para beber. Bill y Sam se pidieron ginger ale. Bill me contó luego que, antes de la cena, me había estado recomendando a Jimmy y que quería que le causase buena impresión.

Durante la cena, Bill le dijo a Jimmy algo que nunca olvidaré.

—Nunca he visto a alguien que camine recto entre la multitud —le dijo—, y que no toque a nadie, como lo hace el Irlandés. Todos se apartan de su camino. Es como Moisés dividiendo las aguas del mar Rojo.

Jimmy me miró entonces y comentó:

—Creo que deberías permanecer un tiempo en Chicago.

¡Menuda ciudad resultó ser! Si no eres capaz de ganar dinero en Chicago, entonces no vas a ganarlo en ninguna parte. Dejan los cadáveres tirados en la acera. Y si tu perro te acompañaba, pues también se quedará allí, tirado.

Me enviaron a Cicero a ver a Joey Glimco por un problema que tenía. Yo me perdí por el camino y me metí en un bar. Cicero era el pueblo que

había sido propiedad de Al Capone. Tan pronto como entré en el bar para pedir indicaciones, me vi rodeado de veinte tíos con aspecto de duros, cada uno con su pipa. Algo me hizo pensar que no me había equivocado de barrio. Les dije que buscaba a un amigo y entonces ellos hicieron algunas llamadas. Joey Glimco en persona apareció en el bar y me llevó a otro sitio, donde teníamos que encontrarnos en un principio.

Glimco tenía problemas con un transportista que se resistía al sindicato y que se negaba a volver a contratar al asistente de una tienda al que había despedido. Lo que estaba consiguiendo es que Joey Glimco quedase mal ante sus hombres, por lo que quería que yo me encargase del asunto. Le dije que no era necesario pintar la casa de nadie. Bastaba con que me diera uno de esos cajones de Coca-Cola que se solían usar para las antiguas botellas. Le pedí que me prestase a uno de sus hombres y que lo arregláramos todo. Me fui a un puente que había encima de la calle donde estaba la compañía de transportes. Cuando apareció un camión y se detuvo para pasar por debajo del puente, el hombre que me acompañaba y yo dejamos caer las botellas de Coca-Cola sobre el camión. Sonó como si hubiese explotado una bomba y los camiones que esperaban para cruzar por debajo del puente acabaron estampándose contra los pilares, sin saber qué estaba ocurriendo. Al final, los conductores se negaron a sacar sus vehículos del patio y la compañía terminó por reincorporar al asistente, aunque se negaron a darle el dinero que le debían. Tal vez tendría que haber usado dos cajones de Coca-Cola.

Me pasaba las noches en el Edgewater, sobre todo acompañando a Jimmy Hoffa cuando venía desde su casa en Detroit a quedarse unos días. Sam, Bill y yo le hacíamos un agujero a una sandía para rellenarla con ron, de manera que Jimmy no se enterase de que estábamos bebiendo.

—Vaya, a estos chicos sí que les gusta la sandía —comentaba Jimmy.

Una noche en la que se suponía que Jimmy no iba a venir a casa, puse un litro de vino en la ventana para refrescarlo un poco. Cuando yo ya estaba dormido, llegó Jimmy, pero con el ruido que hizo al entrar me desperté. Al meterse en la cama, me preguntó:

—¿Qué es eso que hay en la ventana?

—Me parece que es la luna, Jimmy —le contesté yo.

Según Sam y Bill, nadie había logrado escaquearse con tantas burradas ante Jimmy como yo.

Por las mañanas, Jimmy era el primero en levantarse. El desayuno tenía lugar a las 7.00, y era mejor estar levantado y listo o te quedabas sin desayunar. Su hijo, el pequeño Jimmy, venía a veces al Edgewater. Era un buen chico, respetuoso con su padre. Jimmy estaba muy orgulloso de que fuese a matricularse en la facultad de Derecho, cosa que al final hizo. Hoy es el presidente de los Camioneros.

Llegué a conocer a mucha gente importante. Sam Giancana, “Momo”, solía presentarse en el Edgewater. Al principio no me quedaba mientras hacían sus negocios, pero siempre estaba ahí para saludarlo a su llegada a la suite de Jimmy. Por aquellos días, Giancana aparecía a menudo en los periódicos con gente famosa. Era exactamente lo contrario a Russell en lo que se refería a publicidad.

Más tarde, una vez que Jimmy se familiarizó con mi trabajo, comencé a quedarme con él en la habitación cuando había algo. De vez en cuando, Giancana venía acompañado por un tipo llamado Jack Ruby, de Dallas. Estuve con Jack Ruby unas cuantas veces. Recuerdo que el hijo de Jimmy también lo conoció en el Edgewater. Ruby estaba con Giancana y él iba con Red Dorfman. En una ocasión salimos todos a comer juntos y Ruby iba en compañía de una rubia que se había traído desde Dallas para Giancana. No me cabe ni la menor duda de que Jimmy Hoffa no solo estuvo con Jack Ruby, sino que llegó a conocerlo, y no solo a través de Giancana, sino también por Red Dorfman.»

En septiembre de 1978, Dan E. Moldea, autor de *The Hoffa Wars*, grabó una conversación con James P. Hoffa, el hijo de Jimmy. En una nota añadida posteriormente a su libro, de una investigación y razonamiento meticulosos, Moldea escribió lo siguiente sobre Jimmy Hoffa y sus muchas guerras: «Cuando le recordé [al pequeño Jimmy] Hoffa que me había hablado de la relación de su padre con Jack Ruby, él [lo] confirmó. Lo que Hoffa no sabía, e iba en mi propia seguridad, es que estaba grabando secretamente esta conversación telefónica con Hoffa».

«Uno de los asuntos más calientes entre Jimmy y Sam Giancana era la próxima campaña presidencial del senador John F. Kennedy. Esto creaba mucha polémica entre ellos. Giancana había recibido la promesa de Kennedy padre de mantener a Bobby bajo control y de que nadie tendría que preocuparse de Bobby si Jack intervenía. El viejo de los Kennedy había hecho su fortuna junto con los italianos como contrabandista durante la época de la ley seca. Traía whisky a través de Canadá y lo distribuía entre los italianos. Con el paso de los años, el viejo mantuvo sus contactos con ellos, aunque había comenzado a realizar actividades más legítimas, como financiar a estrellas del cine como Gloria Swanson, con la que además mantenía una aventura.

Sam Giancana iba a ayudar a John F. Kennedy contra Nixon, lo mismo que su colega Frank Sinatra y la mayoría de Hollywood. Giancana dijo que amañaría las elecciones en Illinois para que Kennedy ganase en ese estado. Jimmy no podía creer lo que estaba oyendo y trató de convencerlo de que no lo hiciera. Le contó que ya habían ido a hablar con el viejo Kennedy durante el proceso de la comisión McClellan y que el hombre había dicho que no podía hacer nada con sus chicos millonarios.

Giancana le contestó que Kennedy les ayudaría a sacar a Castro de Cuba para que ellos pudieran reabrir sus casinos. Jimmy replicó que estaba loco si creía que se podía confiar en los Kennedy después de lo que habían hecho durante el proceso de la comisión McClellan. Nixon, añadió Jimmy, derrotaría a los Kennedy de todos modos y, además, también los ayudaría a regresar a Cuba. Giancana le contestó que todo lo que había pasado en Cuba tuvo lugar cuando estaban Eisenhower y Nixon, así que ¿para qué servían los republicanos? Oír esta conversación fue tremendo. Solo habían transcurrido un par de años desde la reunión de Apalachin, en la que todo el mundo se había enterado de la existencia de una organización como La Cosa Nostra, y ahora estaban estos dos aquí, hablando de si la familia de Chicago debía amañar una elección presidencial o no. No importa dónde te hubieses criado, cualquiera sabía que las elecciones locales estaban amañadas. Sabías, por ejemplo, que las de Filadelfia, o las de cualquier

otro lugar, estaban arregladas de antemano. Con todo, no dejaba de impresionarme que esta conversación de alto calibre estuviese teniendo lugar delante de mis propias narices.

Los Camioneros acabaron siendo el único sindicato que dio su apoyo a Nixon en las elecciones de 1960. Hoy en día, el canal de televisión History Channel lo da por hecho; una de las razones por las cuales Kennedy ganó aquellas elecciones fue porque Sam Giancana amañó los resultados en Illinois con votos falsos de gente que estaba muerta: solo tuvo que borrar sus nombres de las lápidas del cementerio.

Yo sabía la importancia que Cuba tenía para mis amigos de la parte este y para el resto de sus colegas a lo largo del país. Russell me había llevado con él a Cuba justo cuando Castro comenzaba a expulsar a todo el mundo y a confiscar sus casinos, hipódromos, mansiones, cuentas bancarias y todo lo que pudieran poseer en Cuba. Nunca he visto a Russell más furioso que durante ese viaje, y eso que ni siquiera lo acompañé en la última expedición que hizo, en la que acabó todavía más enfurecido porque los comunistas habían arrestado a su amigo de Florida, Santo Trafficante, y lo habían metido en la cárcel. A mí me llegó el rumor de que Sam Giancana tuvo que enviar a Jack Ruby a Cuba a repartir unos cuantos billetes para que soltasen a Santo.

En aquel período comencé a hacer mis progresos en el trabajo en el sindicato. Iba arriba y abajo entre la agrupación local 107 de Filadelfia, y la 777 de Chicago, donde veía a Bill, Sam y Joey Glimco. Ya no me limitaba a pasearme entre los piquetes o a convencer a trabajadores para que me firmasen una tarjeta. Ahora tenía la responsabilidad de cerciorarme de que se formasen los piquetes. Yo era lo que denominaban «fuerza» para la línea del piquete. A mí me correspondía garantizar que la línea del piquete se mantuviese en orden. Si uno de los huelguistas no aparecía y se escaqueaba de su deber, no recibía la paga por abandono del piquete. Yo me aseguraba de que no recibiese un cupón de huelga.

La agrupación local 107 de Filadelfia era la cuarta mayor de todo el país y siempre tenía numerosos problemas. Sencillamente, era demasiado

grande para administrarla. Acabó siendo investigada por corrupción por el Senado de Estados Unidos, y el presidente de la agrupación, Raymond Cohen, siempre estaba en apuros. Dentro de la 107 había distintas facciones. Joey McGreal tenía su propio equipo de forzudos y continuamente intentaba sembrar cizaña para ganar terreno. Yo no aguataba a Raymond Cohen, siempre tratando de imponerse con mano de hierro. No tenía ningún respeto por la gente. Mes a mes, yo presentaba una moción para que le embargasen el coche o su cuenta de gastos o cualquier cosa con tal de hostigarlo. De cara al público, Cohen era un gran entusiasta de Jimmy Hoffa, pero conmigo no paraba de quejarse de él.

Lo que Cohen no sabía era que Bill y Sam me estaban favoreciendo a mí, con el respaldo de Hoffa. Cohen era alguien importante en la Internacional. Era uno de los tres miembros del consejo administrativo. Sin embargo, Cohen era de los que alababa a Jimmy en público, pero en privado rechazaba sus propuestas cuando Jimmy quería hacer algo. Por ejemplo, se oponía al mayor sueño de Jimmy, que consistía en lograr un acuerdo nacional para la contratación de los servicios de transportes, el Acuerdo Sectorial de Transportistas. Cohen era una vergüenza y acabó siendo acusado de malversación, con lo que finalmente lograron deshacerse de él.

En Puerto Rico, Jimmy tenía un leal partidario llamado Frank Chávez. No obstante, Chávez era un auténtico alborotador. Era un tipo de sangre caliente. Fue él quien envió una carta a Bobby Kennedy desde su agrupación local en Puerto Rico el día en que John F. Kennedy fue asesinado. En ella le decía que, en honor a todo lo malo que Bobby Kennedy le había hecho a Jimmy Hoffa, su agrupación en Puerto Rico enviaría flores a la tumba de Lee Harvey Oswald y que se preocuparía de mantenerlas regadas y frescas. Eso le puede hacer salir granos a cualquiera. Hay que dejar a los muertos descansar en paz. A los muertos hay que honrarlos, en especial a aquel hombre, que había sido un héroe de guerra y había salvado a sus hombres en aquel incidente con la lancha torpedera. Bobby era un hijo de puta, pero el tío acababa de perder a su hermano y debía de estar al tanto de que se debía a algo relacionado con él, que había sido por su culpa.

Frank Chávez se encontraba en plena disputa jurisdiccional con el gran sindicato de Paul Hall, la Internacional de Trabajadores Marítimos en Puerto Rico. Hall estaba en la AFL-CIO y quería llevar la representación de los conductores desde los muelles donde cargaban los grandes barcos porque él dominaba el sector costero, pero como Frank Chávez y los suyos eran conductores, querían imponerse como Camioneros. Hoffa y Hall se odiaban mutuamente. Paul Hall era uno de los miembros de la AFL-CIO que había votado a favor de la expulsión de los Camioneros y Hoffa creía que ahora Hall iba a intentar lo que fuera con tal de derribarlo a él y a los Camioneros. Era una maldita guerra en la que cada bando contaba con sus propias brigadas.

Una noche, estando en Filadelfia, recibí una llamada de Jimmy. Quería que cogiese un avión a la mañana siguiente para ir a Puerto Rico a encargarme un par de asuntos. A continuación, tendría que viajar a Chicago para arreglar otro tema y luego debería encontrarme con él en el hotel Fairmont, en San Francisco, a las 20.00.

Solo en las películas o en los tebeos la gente dice que quieren que le dispaes a alguien. En realidad, lo único que te dicen es que tienes que enderezar un asunto. Solo te dicen que hagas lo que sea necesario, cualquier cosa, con tal de enderezarlo. Una vez que llegas al lugar, la gente que te está esperando ya tiene todo arreglado y uno se limita a hacer lo que hay que hacer. Después de eso, vuelves para ver a quien te ha enviado y le pasas un informe en caso de que hayas tenido que hacer algo distinto a lo que te habían ordenado. Como aquellos informes que comunicabas cuando estabas en el frente y regresabas a la base tras una noche de patrulla. Y luego te vas a casa.

Todo en un mismo día: volar a Puerto Rico y encargarse de dos asuntos. Enseguida, volar a Chicago y encargarse de otro. Después, volar a San Francisco y detenerse allí en un bar para beber un par de vasos de vino porque sabía que en Fairmont, donde tenía que encontrarme con Jimmy y darle mi informe, no iba a ser posible beber nada. Cuando entré en la habitación del hotel de Jimmy, a las 20.00 exactas, se puso a gritarme de inmediato por haberlo hecho esperar.

—Pero si llego a la hora, Jimmy —repuse—. Son las 20.00.

—Qué te costaba haber llegado antes —chilló Jimmy.»

Ese mismo año, John F. Kennedy fue elegido presidente por un leve margen. Lo primero que hizo fue nombrar a su hermano Bobby fiscal general de Estados Unidos. Con eso, Bobby quedaba a la cabeza del Ministerio de Justicia, lo que significaba estar al mando de todos los fiscales de Estados Unidos, así como del FBI y de su director, J. Edgar Hoover. Y lo primero que hizo Bobby Kennedy fue volverse contra el mismísimo hombre que había ayudado a su hermano a salir electo. Por primera vez en la historia de Norteamérica, un fiscal general puso su mandato al servicio de la erradicación del crimen organizado.

Con esa finalidad, Bobby Kennedy formó un equipo de abogados e investigadores dentro del Ministerio de Justicia y a la cabeza puso a su antiguo colaborador y mano derecha durante el proceso de la comisión McClellan, Walter Sheridan. Bobby Kennedy seleccionó personalmente a los miembros del equipo y les otorgó una capacidad bastante limitada. El nombre escogido para este grupo de hombres fue también un alarde de sutileza: «El equipo para atrapar a Hoffa».

«Todo lo que vino después, y me refiero a *todo*, fue resultado de eso.»

XV

Respeto con un sobre

«Cuando me encontraba en casa, trabajando para la agrupación local 107, cada cierto tiempo me daba una vuelta para ver a mi antigua peña de Darby y para hacer una visita a mis padres. Esa fue la única oportunidad que tuve para sonreír un poco por los irlandeses católicos, porque Jack Kennedy iba a jurar como presidente. Al volver a mi viejo vecindario de Darby y salir por ahí con viejos colegas como Yank Quinn, lo del nuevo presidente irlandés John F. Kennedy constituía un pequeño orgullo. Era el primer irlandés católico que llegaba a presidente. Aparte del hecho de que había servido en la guerra, como todos nosotros. Cuando yo era niño, había un político católico irlandés llamado Al Smith que intentó llegar a presidente. El hombre venía de Nueva York y fue él quien inventó el dicho: “Prefiero hacer lo correcto a ser presidente”. Por aquel entonces, hubo zonas del país que se preocuparon porque, al ser católico, Al Smith recibiría órdenes del papa. Dicen que por eso perdió las elecciones.

No hace falta decir que, cuando estaba con Jimmy Hoffa, yo jamás tenía ni una buena palabra para Jack Kennedy. En realidad, ni me molestaba en mencionar su nombre, sobre todo una vez que el tipo anunció que designaría fiscal general a su hermano Bobby. Incluso antes de que fuese comunicado, Jimmy ya sabía que la decisión de Kennedy no le iba a ser favorable. En cualquier caso, Jimmy, Russell y todos los demás consideraban este nombramiento como un golpe bajo por parte del viejo

Joe Kennedy a sus antiguos amigos. Jimmy sabía que, a partir de ese momento, solo era cuestión de tiempo que las acciones legales en su contra se hiciesen cada vez peores.

Jimmy decía cosas como “Esa rata de Bobby sabe perfectamente que la única razón por la que ha sido nombrado fiscal general es por su hermano. Sin su hermano no sería nada. No se equivocaba cuando comenzó a arreglarse el bigote al ver que los votos caían de su lado. Es un hipócrita de la peor especie. Nuestros amigos de Chicago estaban bebiendo el tónico de la idiotez cuando decidieron venderse al glamour de Hollywood y a toda esa mierda de Frank Sinatra. Intenté decírselo a Giancana. Vaya pandilla de ratas. Menuda pandilla de ratas ponzoñosas”.

El propio Russell no sentía gran estima por Frank Sinatra. Yo tenía claro que Russell no era ningún vendido al glamour de Hollywood, y tampoco aguantaba el comportamiento de tío listo y escandaloso de Frank Sinatra. Ante Russell Bufalino, Sinatra guardaba la compostura. Una noche, en el Club 500 de Atlantic City, oí cómo Russell le decía:

—Siéntate o te arranco la lengua y te la meto por el culo.

Cuando se tomaba unas copas, Sinatra se ponía muy imbécil. En cuanto estaba borracho, comenzaba a comportarse como un gorila. Se metía en peleas sabiendo que vendrían a separarlos. No le sentaba nada bien la bebida. A mí, cuando bebo, me entran ganas de cantar y bailar. Supongo que Sinatra pensaba que, como eso era a lo que se dedicaba normalmente, tendría que hacer algo distinto.

Bill Isabel me dijo que Jimmy nunca volvió a ser el mismo después de que Bobby Kennedy se cruzara en su camino. Es como aquella vieja historia sobre el tipo que se pasa el tiempo persiguiendo a la ballena blanca. La diferencia es que, en este caso, tanto Bobby como Jimmy estaban detrás de la ballena, y al mismo tiempo, también eran ellos la ballena blanca. Es cierto que una de las cosas que realmente le gustaba hacer a Jimmy era salir a pescar en alta mar. La Internacional tenía un barco de pesca de cuarenta pies en Miami Beach para Jimmy. Contaba con un capitán a tiempo completo y camarotes para acomodar a seis personas. Jimmy me pidió en una ocasión que lo acompañase a pescar en alta mar y yo le dije:

—Yo no voy a ningún sitio del que no pueda volver caminando.

Una noche, en 1961, estaba yo en Filadelfia para cenar con Russell. Sé que era mucho antes de Semana Santa porque cada Semana Santa y cada Navidad se hacía una fiesta en la que uno se encontraba con su propio jefe y le presentabas tus respetos con un sobre. Russell había hecho muchas cosas por mí aquel año y yo le había dado el sobre de Navidad en la fiesta, pero aún no le había pasado el sobre de Semana Santa. De hecho, no debía de ser mucho después de la fiesta de Navidad, porque al año siguiente Russ dejó de aceptar los sobres que yo le pasaba. Al contrario, fue él quien comenzó a hacerme regalos, como joyas.

En aquella noche de la que hablo, Russell y yo estábamos cenando a solas en el restaurante Cous' Little Italy y me contó que el presidente Kennedy iba a hacer algo respecto a Cuba. Yo ya lo sospechaba al haber pasado notas —mensajes verbales— entre Jimmy y Sam Giancana sobre lo que estaba ocurriendo en ese país.

Russell me dijo que, durante la época de la ley seca, el viejo Kennedy sacaba un dólar por cada botella de whisky que ingresaba en el país. Me explicó que el viejo tenía al presidente bajo control y que había logrado interceder para hacer algo con Cuba y ayudar a que cesaran los procesos judiciales de la comisión McClellan, y para que el gobierno dejase por fin en paz a todos los que estaba persiguiendo.

Cuando lo pienso ahora, se me ocurre que el viejo Kennedy le debió de decir al presidente que interviniese en Cuba para pagar a Sam Giancana por su apoyo para salir elegido. Cuba era una forma de mostrar su respeto por lo que habían hecho por él, era como el sobre que debía entregar. Daría la impresión de que Kennedy estaba ayudando a esta gente a recuperar sus casinos, hipódromos y las restantes operaciones que dirigían allí. Porque tenían de todo, desde botes para la pesca de camarones hasta negocios legítimos.

Russell sufría un problema de cataratas y por eso no le gustaba conducir. Si tenía que conducir una distancia larga y yo estaba en el este, solía llevarlo yo porque seguía disponiendo de bastante tiempo libre. La agrupación local 107 de Filadelfia no siempre tenía alguna ocupación que darme, y cuando la había, Raymond Cohen no confiaba en mí. Por

entonces, en la 107 yo era como un bombero que se mantenía a la espera de algún incendio. Cuando iba por Chicago y Detroit, parecía que siempre había llamas. Pero un par de meses después, el ajetreo comenzó a darse en la agrupación 107.

Cuando Russell se subía a mi Lincoln, nunca tardaba en caer dormido. Se le daba bien dormir; era algo que hacía con disciplina. Era como una medicina para él. Todas las tardes se echaba una siesta. Trató de convencerme de que yo hiciera lo mismo, pero no podría jamás. Después de la guerra nunca llegué a dormir más de tres o cuatro horas por noche. La guerra acabó condicionándome a dormir poco. Allí no te quedaba otra que aprender a hacerlo porque siempre había que estar listo para despertar y ponerse en marcha de un salto. Las veces en que Russell pasaba la noche en mi apartamento, cerca del hipódromo de Filadelfia, nos dedicábamos a ver los combates por televisión; a las 23.00, él se iba a su habitación y se metía de inmediato en la cama. Yo me quedaba oyendo la radio, bebiendo vino y leyendo hasta pasadas las dos de la madrugada.

Una noche Russell me pidió que lo llevase a Detroit. Se subió al coche y, antes de salir del aparcamiento, ya estaba durmiendo. Yo tenía un radiotransmisor y me mantenía al tanto para evitar los grandes atascos y a la pasma. Era una noche tranquila, así que conduje a entre 130 y 150 kilómetros por hora todo el camino. Cuando Russell despertó, abrió los ojos y ya estábamos en Detroit. Echó una mirada a su reloj y exclamó:

—La próxima vez cojo un avión.

Desde que lo conocí, a Russell le gustaba que lo llevase en mi coche al oeste, a la zona de Pittsburgh, para visitar a su gran amigo Kelly Mannarino, en New Kensington. Ambos preparaban salsa de tomate, aunque la llamaban jugo. Hacerla llevaba todo un día e incluso toda una noche. A la hora de cenar, había que comer lo que Russell había cocinado y lo que Kelly había cocinado: no podías comer algo sin probar también lo que el otro había hecho. Y luego, al final, no se podía dejar de untar el pan en la salsa del plato. Russell hacía una buena salsa de *prosciutto*. Kelly tampoco se quedaba atrás. Era como un concurso, pero el ganador siempre era el vino casero y el descanso. Tanto Russell como Kelly tenían un estupendo sentido del humor y siempre soltaban bromas sobre lo que el

otro había cocinado. Russell me trataba como a un hijo. Él y Carrie nunca tuvieron descendencia. No sé si me consideraba un hijo o no, solo sé que le gustaba estar conmigo. De otro modo, no estaría hoy aquí sentado: hace tiempo que ya me habría convertido en polvo.

La única vez que vi a Russ mostrar sus emociones fue cuando a Kelly le detectaron cáncer en 1980, justo antes de mi primer juicio en Filadelfia. En seis meses bajó de peso hasta los cuarenta y cinco kilos y, al verlo, Russell se echó a llorar.

Kelly era dueño de una compañía de golosinas. Los huevos de Pascua gigantes bañados en chocolate y rellenos con crema de coco o pasta de cacahuetes eran algo de otro mundo. Siempre le enviaba un par a las esposas de mis abogados cuando estaba en la trena.

Kelly y su hermano eran socios con Meyer Lansky en el casino San Souci, en La Habana. Cuando la mayoría de la gente piensa en la denominada mafia, piensan en los italianos. Pero los italianos solo son una parte de algo que es mucho mayor. Hay una mafia judía, además de otros tipos de mafias, pero todas forman parte de lo mismo. Kelly y Russell eran muy amigos de Meyer Lansky, y Lansky era alguien muy respetado.

Vincent Alo, “Jimmy Ojos Azules”, el que apostó con Russell que era incapaz de dejar de fumar en aquel barco cuando salían de Cuba, estaba con Meyer Lansky. Jimmy Ojos Azules era italiano y era el mejor amigo de Lansky. Eran como Kelly y Russell.

Me presentaron a Meyer Lansky en una ocasión en el Gold Coast Lounge de Joe Sonke, en Hollywood, Florida. Yo entraba al local para encontrarme con Russell y Meyer Lansky se acababa de levantar de la mesa para irse. Ni siquiera llegamos a hablar, solo fue presentarnos y nada más. Pero cuando estuve en la trena y mi hermano se estaba muriendo de cáncer y el doctor de Virginia no quería darle morfina, Russell llamó a Meyer Lansky desde la celda y consiguió otro médico que ayudase a mi hermano a aliviar el dolor. Meyer Lansky, junto con Kelly y su hermano, perdieron mucho en Cuba, igual que Russell.

Russell tenía muchos negocios con Kelly y ambos, al igual que Angelo, estaban rotundamente en contra de las drogas. Allí donde ellos estaban, no había drogas. Kelly era alguien de buen corazón, como Russell

y Angelo. Russell cuidaba de la gente pobre de su zona; les conseguían comida para el día de Acción de Gracias y Navidad, aunque en realidad lo hacía siempre que la necesitaban, igual que les conseguía carbón para el invierno. Kelly hacía lo mismo.

Yo solía conducir a menudo con Russell a Hollywood, Florida, para llevarlo a sus reuniones en el Gold Coast Lounge de Joe Sonken. De vez en cuando íbamos en avión, en caso de que hubiese alguna urgencia, pero la mayor parte de las veces llevaba yo el coche. Joe Sonken era parte de la familia de Russell. Todos iban al Gold Coast cuando tocaba reunión. Toda clase de gente procedente de todo el país se encontraba allí. Servían los mejores cangrejos de roca de Florida. En ese lugar, Russell se reunía con Santo Trafficante, de Florida, y Carlos Marcello, de Nueva Orleans, en repetidas ocasiones a lo largo de un año. Allí conocí yo al abogado de Trafficante, Frank Ragano. A Jimmy le cedieron por un tiempo a Frank Ragano para que lo ayudase con los juicios en los que acabó metido a causa de Bobby y el equipo para atrapar a Hoffa.

Allí conocí también al piloto de Carlos Marcello, un tipo que se llamaba Dave Ferrie. Más tarde empezaron a decir que era gay. Pues si lo era, nunca intentó nada conmigo. Cuando lo conocí, aún tenía pelo. Dicen que después se volvió un poco loco y que iba por ahí con su estuche de maquillaje. Lo que sí estaba claro era que odiaba a Castro con toda el alma y que era muy cercano al grupo de cubanos anticastristas de Florida.

Una mañana, después de la reunión en el Gold Coast en la que conocí a Dave Ferrie, me encontraba yo en la agrupación local de Filadelfia, cuando Jimmy Hoffa me llama para decirme que le echase una mirada a aquello de lo que habíamos hablado. Eso quería decir que tenía que ir a la cabina telefónica a la que siempre iba y esperar allí hasta recibir una llamada. Mientras estaba allí esperando, suena el teléfono y oigo la voz de Jimmy que pregunta:

—¿Eres tú?

—Claro —le respondo.

—Pues hablé con tu amigo y me dijo que te explicara lo siguiente. Consíguete un camión seguro y dirígete a la planta de cemento de Harry C. Campbell en la Avenida Este, a las afueras de Baltimore. Es imposible

perderse. Que te acompañe alguien que pueda ayudarte a conducir. Vas a tener que pasar un rato en la carretera. Y no te olvides de llamar luego a tu amigo.

Colgué y enseguida llamé a Russell desde la misma cabina telefónica. Le dije lo que acababan de contarme y Russell contestó que muy bien, antes de colgar.

Cogí el coche y salí hacia Filadelfia para ver a Phil Milestone, de Transportes Milestone. Como debía mucho dinero que no podía pagar, hacía favores para compensar, como tenerme a mí en nómina aunque yo no trabajara. Era un contrabandista de toda la vida, buena gente. Se trataba de alguien seguro para conseguir un camión: no iba a abrir la boca. Phil acabaría cumpliendo condena por intentar sobornar a un inspector de Hacienda.

Phil me pasó un camión y yo me puse en contacto con un tío joven que se llamaba Jack Flynn para que condujera conmigo. (Jack murió joven en el asiento de su coche al sufrir un ataque al corazón, mientras yo estaba de regreso en la trena por violación de la condicional en 1995. Al enterarme, llamé al sindicato y conseguí que concedieran a su novia los beneficios sindicales por fallecimiento.) Nos fuimos en el camión de Transportes Milestone a Baltimore y aparcamos en la planta de Campbell. He estado allí hace poco y le han cambiado el nombre, ahora se llama Bonsal. Han construido mucho y hay varios edificios más, aunque la vieja planta de piedra sigue allí. En 1961, cuando fuimos nosotros con el camión, había una pequeña pista de aterrizaje. Allí tenían una avioneta y el piloto de Carlos Marcello, Dave Ferrie, al que yo había conocido hacía poco en el Gold Coast, salió de la avioneta y se acercó a nuestro camión, dándonos indicaciones para ir a aparcar junto a unos camiones militares. Retrocedimos y, de pronto, salieron un montón de soldados de un edificio que se pusieron a descargar uniformes y armas de los camiones militares para cargarlos en nuestro camión.

Dave Ferrie me explicó que el material de guerra que estaban cargando provenía de la Guardia Nacional de Maryland. Me pasó los papeles de la mercancía en caso de que nos detuviesen y me dijo que tenía que llevarlo al canódromo de Orange Grove, Florida, a las afueras de Jacksonville.

Según me explicó, allí nos estaría esperando un tío con grandes orejas de nombre Hunt.

Nos fuimos directos por la vieja Ruta 13. Cuando trabajaba para Food Fair, solía llevar café a Florida y regresaba cargado de naranjas. Me gustaba hacer una parada en Lums para saborear los perritos calientes con chile. En el norte no se podía encontrar nada parecido. Al final, nos llevó casi veintiuna horas llegar hasta allí, donde dejamos el camión con Hunt y algunos cubanos anticastristas. Jack Flynn se quedó en Florida para conducir de regreso y yo volé de vuelta a Filadelfia. Hunt apareció después en televisión como el que estaba a cargo de los ladrones de Watergate, E. Howard Hunt. En aquel momento, sin embargo, estaba conectado con la CIA. Además, se hizo algún tipo de operación en las orejas porque la siguiente ocasión que me tocó verlo las tenía mucho más pegadas a la cabeza.

Cogí el coche y me fui hasta Kingston para darle un informe a Russell sobre la operación. Él me explicó que iba a suceder algo en Cuba y que por eso Jimmy había llamado para pedirme que condujese el camión a Florida. Me dijo que Jimmy Hoffa trataba de mantener una buena disposición con respecto a los Kennedy. Jimmy cooperaba en este tema por respeto a Sam Giancana y a Russell, y porque resultaba beneficioso para todos arrebatar Cuba a los comunistas, incluso aunque pudiese resultar positivo para los Kennedy.

Más tarde, en el mes de abril, me enteré por la televisión de que el presidente Kennedy había fastidiado la invasión de Bahía de Cochinos para derrocar a Castro. En el último minuto, decidió no enviar a la aviación para que cubriese a la infantería durante el desembarco anfibio. Yo había pensado que, después de haber ido a la guerra, John F. Kennedy estaría mejor preparado de lo que demostró. No se puede realizar una invasión por tierra sin apoyo desde el aire. Los cubanos anticastristas que realizaron la invasión ni siquiera tenían el apoyo de barcos capaces de bombardear la playa para despejar el terreno. Las fuerzas de invasión quedaron en la playa como patos de feria para tiro al blanco: los que no murieron enseguida cayeron en manos de los comunistas y a saber qué les habrá pasado.

“Vaya —pensé—, estos Kennedy son capaces de estropear hasta un funeral de un solo coche.”

Volé al Gold Coast con Russell para encontrarnos con Santo Trafficante y otra gente. Nunca oí que comentasen nada, tampoco Russell, sobre un complot con el gobierno de los Kennedy para asesinar a Castro con veneno o con una bala, aunque diez años más tarde se publicó algo así en los periódicos. Se solía decir que la mafia solo se cargaba a los suyos. Tal vez pensaron que Castro era como uno de ellos. De alguna forma, era un don, un jefe. Castro tenía su gente y un territorio, y de pronto traspasó ese territorio e invadió otro, adueñándose de la valiosa propiedad de otra gente a la que echó a patadas. Ningún jefe es capaz de salirse con la suya si hace algo así.

Lo que sí puedo decir es que varios de los que se habían reunido en el local de Joe Sonken consideraban al viejo Kennedy como uno de los suyos. Y no cabe duda de que, en cierta forma, también veían a sus hijos Jack y Bobby como parte de su equipo.»

En el verano de 1975, el Senado de Estados Unidos sostuvo una serie de procesos a puerta cerrada para tratar la participación de la mafia en la invasión de Bahía de Cochinos y la supuesta trama para asesinar a Fidel Castro mediante un veneno. El comité elegido del Senado estaba encabezado por el senador Frank Church, de Idaho, y pasó a ser conocido como el comité Church. El comité recogió testimonios y pruebas relacionadas con los presuntos vínculos de la mafia con la invasión de Bahía de Cochinos en abril de 1961, así como de la supuesta trama de la CIA y la mafia para asesinar a Fidel Castro. Al principio del proceso, en 1975, en una declaración que causó conmoción, la CIA admitió ante el comité la participación y asistencia de la mafia en la invasión de Bahía de Cochinos, así como la existencia de una trama conjunta entre mafia y CIA para asesinar a Castro. El nombre que designaba esta acción era Operación Mangosta.

Pocos días antes de comparecer para testificar ante el comité Church, Sam Giancana, «Momo», fue asesinado. En consecuencia, nunca llegó a

declarar. Sin embargo, el teniente de Giancana sí que lo hizo. Bajo juramento y a puerta cerrada, el apuesto y elegante Johnny Roselli pudo dar testimonio extensamente. A los pocos meses de su comparecencia, Johnny Roselli era asesinado, y su cuerpo, sumergido en un tambor de petróleo.

Mientras el comité Church llevaba a cabo su investigación a puerta cerrada, la revista *Time*, en su número del 9 de junio de 1975, desveló que Russell Bufalino y Sam Giancana, «Momo», eran los jefes del hampa involucrados con la CIA en la invasión anticastrista y para llevar a cabo el complot para asesinar a Castro mediante el uso de veneno.

Como resultado de sus investigaciones independientes y debido a la confesión hecha por la CIA, el comité Church redactó una serie de medidas legislativas encaminadas a restringir la participación de la CIA en los asuntos de otras naciones soberanas. Estas medidas fueron aprobadas. El trabajo del comité Church, sus conclusiones y las reformas legislativas sobre el papel de la CIA fueron objeto de intensos debates tras la tragedia del 11 de septiembre, debido a que algunos expertos consideraron que el comité Church se había excedido en sus restricciones a las actividades realizadas por la CIA.

«Independientemente de lo que ocurriese en Cuba, seguía existiendo un sindicato que había que manejar. En 1961 Jimmy me nombró encargado de mantener el orden durante la convención que debía tener lugar en el hotel Deauville, en Miami Beach, Florida. Esta reunión se celebraba cada cinco años para elegir a los oficiales del sindicato y resolver otros temas. Uno de esos temas que me gustó en cuanto oí que lo mencionaban y que tal vez estaba entre lo mejor que se sacó adelante en toda la convención, fue lo de realizar un importante incremento en la cuenta de gastos de representación. Como yo era un tío que había crecido con lo puesto y poco más, de inmediato pensé que lo de la cuenta de gastos de representación era la mejor idea desde la invención del pan de molde.

La convención de 1961 era la primera a la que asistía. Raymond Cohen no quería que fuese, pero fue una decisión de Jimmy, así que a Raymond

no le cabía ninguna opinión en el asunto. Como uno de los encargados del orden, era parte de mi trabajo verificar las credenciales de cualquiera que quisiese entrar en la reunión. La AFL-CIO intentó colar a sus espías y, como era natural, también trataron de entrar los del FBI. Pero no me dieron grandes problemas, la verdad. Lo intentaron una vez y, al ser rechazados, se quedaron en las inmediaciones, intentando escuchar y captar algo a distancia. Cuando ahora lo pienso, me imagino que tanto la AFL-CIO como el FBI ya debían de haber instalado micrófonos ocultos en la sala de convenciones. Su intento de entrar por la puerta principal solo era para que pensásemos que habíamos logrado deshacernos de ellos.

Para mí, el gran problema era tratar con los fotógrafos de la prensa. Uno los movía de la entrada principal y trataban de colarse por la parte de atrás, con los flashes de las cámaras soltando destellos. Había uno de ellos en particular que realmente estaba a punto de sacarme de mis casillas, así que me acerqué al poli destinado a la puerta de acceso y le dije:

—Oiga, creo que vamos a necesitar a un cirujano. ¿Puede usted pedir por radio que envíen a un cirujano?

—¿Un cirujano? —me preguntó el poli—. ¿Y para qué quiere usted un médico?

—Un médico cualquiera, no. Un cirujano —aclaré—, porque va a tener que realizar una operación al fotógrafo ese para sacarle la cámara del culo, que es donde se la voy a meter si vuelvo a ver que saca otra foto con su flash.

Hasta el poli se partió de risa.

Debió de ser un mes antes de la convención de 1961 cuando Jimmy perdió a su gran amigo Owen Bert Brennan de un ataque al corazón. Varios de los hombres llegaron a pensar que Brennan fue víctima de un fallo cardíaco debido al elevado nivel de tensión provocado por sus negocios con Jimmy, que estaban siendo investigados por Bobby.

Como su compinche Brennan había muerto, Jimmy tuvo que buscar a alguien para reemplazarlo en el puesto de vicepresidente de la Fraternidad Internacional y acabó escogiendo a Frank Fitzsimmons por encima de

Bobby Holmes, un viejo compañero de la rebelión de las fresas contra la compañía Kroger. Jimmy tomó esta decisión arrojando una moneda al aire; más tarde, esta moneda acabaría siendo la que llevaría a Fitz a ocupar el puesto para suceder a Jimmy cuando este se tuvo que ir a la trena. Bobby Holmes era uno de los hombres más leales de Hoffa. Había sido inicialmente minero del carbón en Inglaterra. Formó parte con Jimmy de la primera huelga que hicieron por lo de las fresas en los muelles de carga de Kroger. De ninguna manera Bobby Holmes hubiese traicionado a Jimmy ni le hubiera hecho lo que luego le hizo Fitz. Creo que si Jimmy hubiese seguido su instinto en lugar de lanzar una moneda al aire, las cosas habrían ido mejor para todos y yo me hubiese jubilado algún día como coordinador de la Fraternidad Internacional.

En la convención, Jimmy tenía un interruptor para el micrófono y lo apagaba cuando no le gustaba lo que estaba oyendo. Era capaz de soltar cosas como:

—Hermano, se te ha ido la olla; calla de una vez.

Fue durante esta reunión cuando Jimmy pronunció la frase: “Puede que yo cometa mis errores, pero equivocarme no está entre ellos”.

Jimmy designó a Fitz, que salió elegido vicepresidente en aquella convención del año 1961. Fitz cogió el micrófono, que no dejó de encenderse y apagarse a causa de Jimmy. Fitz casi llegó a recitar el Juramento de Lealtad a Jimmy Hoffa, pero todos sabemos lo que acabaría ocurriendo.

Jimmy Hoffa también cubrió la otra vacante para vicepresidente. Él se encargó de hacer la nominación y los delegados ratificaron a Anthony Provenzano, “Tony Pro”, del norte de Jersey, el pequeñajo. Y también sabemos cómo acabó aquello.»

XVI

Hazles llegar un mensajito

«Antes de la convención, Jimmy me envió a Chicago, y nada más terminar la convención, me volvió a enviar allí para trabajar directamente con Joey Glimco. Un puñado de rebeldes querían echarle mano a una agrupación local que le pertenecía para declararla independiente. Todo el mundo sabía que Paul Hall, del sindicato de Trabajadores Marítimos, con apoyo de la AFL-CIO, estaba detrás de los rebeldes y que se haría con la agrupación local una vez que se independizara. Era la agrupación 777 de los Camioneros. El líder rebelde, Dominic Abata, había conseguido reunir suficientes tarjetas firmadas por disidentes como para llamar a elecciones.

Estoy seguro de que los rebeldes tenían sus razones para querer abandonar a Joey Glimco, pero él tenía quince agrupaciones en todo Chicago, sin contar con sus numerosas agrupaciones de Camioneros dedicadas a otros negocios y los restantes sindicatos que controlaba desde la sombra. Así que, con todas esas agrupaciones en su poder, Joey Glimco no se podía permitir dejar pasar un mal ejemplo, consintiendo que los rebeldes de la agrupación 777 se saliesen con la suya y abandonasen a los Camioneros. Tal vez acabase perdiéndolos de cualquier manera, pero tenía que conseguir que su salida fuese dolorosa, de modo que el precio que pagasen los rebeldes por su libertad sirviese para enviar un mensaje a todas las restantes agrupaciones locales con el fin de evitar que se apartasen de la línea.

Joey Glimco era incluso más bajo que Jimmy, de complexión robusta y muy fuerte. Dicen que medía un metro sesenta y cinco centímetros. Quizás así había sido durante su juventud, pero la gente va perdiendo altura con los años. Yo medía un metro noventa y cinco y no me gustaría nada saber cuánto mido hoy. Glimco tenía nariz aguileña y vista de águila. Se había librado de un par de condenas por asesinato años antes. Uno se podía imaginar que Al Capone debía de hablar como lo hacía Joey.

Le gustaba mucho comer y era un gran jugador de Gin. Normalmente solía darle una paliza a Jimmy Hoffa cuando echaban una partida. Jimmy era capaz de romper hasta seis mazos de cartas cuando se sentaba a jugar. Como Joey me compraba quinielas de fútbol americano, pasado un tiempo todo el mundo comenzó también a apostar. Entre la mucha gente simpática que había en Chicago, Joey era uno de los que más destacaba. Era muy respetado. En Chicago era difícil decir quién era el jefe porque todos parecían llevarse muy bien desde hacía ya años. Algunos de los más antiguos habían comenzado en los viejos tiempos de Brooklyn, antes de que surgiera todo en Chicago.

En Chicago a todos les gustaba comer bien, no solo a Joey. A los muchachos del grupo de Chicago el tema de la comida les gustaba más que a Russell, a Kelly y a Angelo, y eso es poner el listón muy alto. Para comer en Chicago se reunían en los baños de vapor. Eran propietarios de unos baños muy populares en los que se juntaban para comer sin tener que aguantar a gente de otras partes. Lo que hacían era cerrar los baños al público, traían la comida, el vino y los licores y lo ponían todo sobre grandes mesas en un amplio salón. Eran auténticos banquetes, con platos como ternera, pollo, bacalao, salchichas, albóndigas, diferentes tipos de pasta, verduras, ensaladas, un par de sopas distintas, fruta fresca, quesos y toda clase de pasteles italianos, no solo *cannolis*. Se sentaban envueltos en un albornoz, como si estuviesen en la playa, y se dedicaban a comer, beber y a fumar sus grandes puros. Entre una partida de cartas y otra se daban un masaje. Luego volvían a seguir comiendo. Y todo el rato estaban soltando chistes sobre sexo y contando historias divertidas, aunque cada cierto tiempo, un par de ellos se apartaba a un lado para conversar de negocios. A continuación, se ponían a dormir y después se metían al baño de vapor a

sudar toda la comida y el alcohol que acababan de meterse en el cuerpo. Más tarde se daban una ducha y salían relucientes, con aspecto de poseer un millón de dólares, y se ponían a comer de nuevo. Era un espectáculo digno de ver. Me hacía pensar en los banquetes romanos de las películas.

Hay que admitir que los taxistas siempre han sido difíciles de organizar, por no hablar de un conjunto de rebeldes que ya han firmado más tarjetas de las necesarias como para dejarte plantado. Habíamos perdido aquella primera movilización en la que participé en Detroit, y eso que allí no había ningún otro sindicato que nos hiciera competencia. No, en Detroit fueron las taxistas lesbianas las que nos derrotaron. Los taxistas siempre tienen sus actividades aparte que no declaran: van de chóferes de algunas chicas o realizan mudanzas de algún tipo, o trasladan a clientes en horarios fuera de turno, o bien trabajan para algún restaurante. En aquellos tiempos incluso había taxistas que se dedicaban al traslado de joyería de contrabando. Por lo tanto, trataban de no llamar la atención de sus jefes sindicales porque estos hacían la vista gorda sobre muchas de sus actividades. Por lo demás, muchos de ellos eran temporales.

Pese a todo, Jimmy quería derrotar a Paul Hall en Chicago, así que allí estábamos. Una mañana, los vigías de Glimco nos informaron de que Dominic Abata se encontraba en determinado lugar con un par de sus hombres. En ese momento todavía no contaba con protección policial las veinticuatro horas del día. Joey Glimco me ordenó entonces:

—Ve a verlos y hazles llegar un mensajito.

Eso quiere decir que no tienes que llevar una pipa porque solo vas a entregar un mensaje. Es un trabajo de fuerza. Por eso, junto con un par de forzudos de Filadelfia que Jimmy había enviado a Chicago, nos dirigimos al lugar donde se suponía que estaba Abata. Dejamos atrás una cadena que cruzaba el acceso como una valla y, cuando nos acercábamos a ese edificio gris de cemento, de pronto, salieron cincuenta tíos de su interior a hacernos frente. Los dos que iban conmigo se dieron la vuelta y echaron a correr. Yo aguanté el tipo. Esa multitud se me acercó y yo les solté:

—Sé quiénes sois. Os conozco a todos. Si vais a venir a por mí, será mejor que me matéis, porque si no lo hacéis, volveré y os mataré a vosotros.

Abata me miró directo a los ojos y dijo:

—Sabemos quién eres.

—Escoge a tus dos mejores hombres —le pedí yo—, que me enfrente con ellos aquí mismo. O tal vez tres, aunque lo dudo.

Abata contestó entonces:

—Está bien. Te dejaremos ir. Tienes huevos. Pero te sugiero que elijas un poco mejor a tus acompañantes la próxima vez.

Cuando regresé al Edgewater y me encontré con Jimmy, yo estaba tan furioso que le dije:

—Mira, mejor mete a esos dos cabrones en un avión y mándalos a Filadelfia antes de que los encuentre.

Nunca volví a ver al par aquel.

Cuando esa noche le conté a Jimmy lo que me había sucedido, me miró y exclamó:

—Menudo hijo de puta que eres, Irlandés. Te caes en un estanque de mierda y sales impecable con un traje de color marrón.

A la mañana siguiente me fui a ver a Glimco para hablar sobre la información de sus vigías. En la guerra sucedía lo mismo: si salías de patrulla y volvías para informar de que solo había un escuadrón de alemanes por ahí, más te valía que no fuese un regimiento completo lo que te acababas de encontrar. Si no, te ibas a cagar. Así que le solté a Joey:

—La próxima vez que me envíes a dar un mensaje al tío ese, más vale que me digas con cuántos quieres que me pegue de hostias a la vez.

Aquel verano la mayor ocupación consistió en requisar los taxis que llevaban el distintivo de los rebeldes o el de los Trabajadores Marítimos. Si un taxista rebelde dejaba su vehículo aparcado y entraba a buscar un café, al salir se encontraba con que su taxi ya no estaba. O bien le habían hecho un puente para arrancarlo o quizás se había dejado las llaves puestas. En cualquier caso, el coche iba camino al lago Michigan, después de pasar sin problemas el control de la policía. Una vez en la orilla del lago, le quitabas el freno de mano y lo dejabas ir hasta que se hundía en el agua, y el chófer se quedaba sin coche que conducir. Era una forma de cortar los ingresos de dinero de los rebeldes, aparte de provocarles más costes. De regreso, el coche de apoyo te traía de vuelta y, al pasar por el

control, le dejabas una bolsa de papel con dinero al poli que vigilaba. La bolsa era para que nadie pudiese ver los cinco billetes de veinte dólares o una suma parecida. Le decías al poli que los frenos del taxi habían fallado o que se había quedado sin gasolina y el poli se echaba a reír, y tú volvías a la búsqueda del siguiente coche para sumergir en el lago.

La pelea no era por un problema de administración; eran dos sindicatos enfrentados el uno al otro. Al final, fueron los rebeldes de Abata los que ganaron en Chicago en el verano de 1961.

Si eso ya eran malas noticias, justo después de que Abata se hiciera con la agrupación local de los taxistas rebeldes, se celebró una convención de la AFL-CIO y Paul Hall cogió el micrófono para decir que Jimmy Hoffa era un “rompehuelgas”. A continuación, el gran Paul Hall dio carta de reconocimiento a los rebeldes de Abata y los convirtió en parte de la AFL-CIO. Tenía cojones, Paul Hall. Bastaba echarle una mirada para darse cuenta de que era un luchador. Era uno de esos que podías acabar venciendo, pero tenías que tomarte un par de días de descanso para recuperarte y volver a pensar en enfrentarte de nuevo a él.

Después de lo sucedido, Jimmy declaró abiertamente la guerra. O debería decir que fue la AFL-CIO la que declaró la guerra, no Jimmy. Porque ya se sabe que Paul Hall no avanzó en Chicago hasta no contar con el apoyo de toda la AFL-CIO, de la cual, por otra parte, Paul Hall era miembro. Y ya se sabe que la AFL-CIO estaba al tanto de que las tácticas de Paul Hall eran como las de Jimmy. Al final, todo este asunto de los taxistas de Chicago se iba a convertir en una pelea a fuego abierto.

Jimmy me envió para hacer lo que había que hacer en un par de asuntos. Uno de ellos era en Flint, Michigan; el otro, en Kalamazoo, Michigan. Pero aunque ambos encargos eran en Michigan, de alguna forma intuí que los dos temas estaban relacionados con lo sucedido con los taxistas en Chicago o con Paul Hall. Yo ya sabía que los del sindicato de Trabajadores Marítimos tenían también su escuadrón de choque.

Inmediatamente después de que Paul Hall diese carta de reconocimiento a los rebeldes, él y Dominic Abata se fueron a celebrarlo en el salón para recepciones del hotel Hamilton, en Chicago. Joey Glimco montó un piquete para distribuir información a las afueras del hotel y un

par de docenas de camioneros comenzaron a dar voces de “injusto”. Uno de ellos logró entrar y se puso a gritarle a Hall y a Abata toda clase de juramentos. Los polis que cuidaban de Abata le pidieron al hombre que saliera, pero el tío le arreó a uno de ellos y lo tumbó. Lo arrestaron de inmediato y lo sacaron, seguido por Abata y Hall. Y eso era justamente lo que Joey Glimco había planeado desde el principio: los había ofuscado para que saliesen del hotel. En ese momento, la gente de Glimco se abalanzó sobre los polis y sobre Hall y Abata. Esa noche, durante los minutos que precedieron a la llegada de los coches patrulla de la policía, aquello se transformó en una auténtica batalla campal.

Mientras se desarrollaba todo el asunto de Chicago, viajé en avión a Filadelfia un fin de semana y me fui a dar una vuelta al Dante’s Inferno. Y a quién me encuentro sentado en el bar sino a Jay Phalen, el mismo al que yo había echado volando por encarar a un cliente con un arma. Le pregunté al camarero qué cojones estaba pasando. Él se encogió de hombros y dijo que Jack Lopinson, el dueño del local, acababa de volver a permitirle la entrada a Phalen. Un propietario que deja entrar a alguien a quien se le ha prohibido el acceso de por vida por sacarle una pistola a un cliente es un propietario que está metido en algo. Me bastó echar un vistazo a Phalen para saber de inmediato que algo no iba bien. Debió de ser mi instinto. O debió de ser que yo sabía que Phalen estaba con McGreal, el mismo para el cual vendía yo las quinielas de fútbol americano, y McGreal no se juntaba con Phalen por el simple placer de disfrutar de su conversación.

Me despedí y me fui a casa, es decir, a la habitación que alquilaba para pasar los fines de semana. A las dos de la madrugada, oigo en la radio que se había producido un doble asesinato en el Dante’s Inferno. Todo indicaba que había sido una ejecución: la esposa de Jack Lopinson, Judith, y su “contable”, John Malito, habían resultado muertos, y Lopinson estaba herido en un brazo tras el ataque realizado por un asaltante desconocido. Me vestí en un abrir y cerrar de ojos.

“Jesús, María y José —pensé—. Adivina a cuál de los tres hijos de mamma Sheeran van a venir a golpearle la puerta los de la brigada de

homicidios.”

No estaba con muchas ganas de pasarme la noche bajo una luz intensa en una sala de interrogatorios, de modo que tuve la prudencia de trasladarme a un motel para dormir y el lunes por la mañana me marché a Chicago. Un contacto que tenía en la oficina del fiscal del distrito me devolvió la llamada para contarme que la casera del piso de abajo había oído a alguien que creyó que sería yo entrando en el edificio cerca de las diez y que luego había oído a alguien bajando por las escaleras cerca de las dos de la madrugada. La casera también les contó a los de la brigada de homicidios que alguien se había comido el plato de espaguetis y albóndigas que había dejado frente a mi puerta alrededor de las nueve de aquella noche. El plato vacío estaba ante la suya cuando la mujer se despertó. Los de homicidios no estaban particularmente emocionados con el testimonio de la casera porque creían que por fin me tenían cogido del cuello. Me llegó el soplo de que sería citado para declarar ante el juez de instrucción y que los de la brigada de homicidios aún estaban reuniendo pruebas para formular una acusación en mi contra.

Pero, antes de que la investigación llegase a alguna conclusión, los detectives reunieron a una serie de testigos, incluyendo a Jay Phalen y Jack Lopinson, y los pusieron a todos juntos en una gran sala para ver qué tenían que decir. Juntaron a todos los que lograron encontrar que habían estado en el bar aquella noche y que aún se encontraban en el área de Filadelfia. Jay Phalen estaba allí sentado y consideraba que no le estaban prestando suficiente atención. Solo oía a los detectives preguntándole a todo el mundo sobre mí. Finalmente, se puso en pie de un salto y exclamó:

—¿Cómo es que seguís indagando sobre Frank Sheeran? Fui yo el que lo hizo.

Resulta que Jack Lopinson había contratado a Phalen para matar a su mujer, Judith, y así poder irse con una rubia que conocía, y para matar al usurero John Malito, a fin de poder quedarse con el dinero que le debía sin tener que pagarle. Cuando Phalen comenzó a subir las escaleras, Lopinson pensaba dispararle para luego decir que Phalen había intentado robarles y que había matado a su esposa y a su amigo. Pero a pesar de ser tan tonto y tan chiflado, Phalen fue más astuto que Lopinson. Phalen tuvo la

corazonada de que Lopinson estaría arriba esperándole, así que, antes de subir, apagó todas las luces del garito y acabó dándole a Lopinson en el brazo cuando salía.

Judith Lopinson era una mujer simpática y atractiva. Bastaba con que Lopinson le hubiese pedido el divorcio. En cuanto a John Malito, yo no lo conocía mucho, pero parecía buena persona. Estoy seguro de que le habría prestado más dinero a Lopinson si este se lo hubiera pedido, en lugar de contratar a Phalen para matarlos a los dos.

Estas dos cucarachas acabaron condenadas a la perpetua por eso. La brigada de homicidios ni siquiera volvió a llamarme a Chicago con motivo de la investigación del juez de instrucción.

En torno a ese período, cuando me encontraba en Filadelfia comencé a salir con una mujer que acabaría convirtiéndose en mi segunda esposa, Irene. Era más joven que yo y nos enamoramos. Ella quería formar una familia. Me fui a ver a Mary y le expliqué la situación y ella se mostró de acuerdo con el divorcio. Irene y yo nos casamos de inmediato y al año siguiente nació nuestra hija Connie. Las cosas eran diferentes con Irene. Mis días de ir por ahí dando tumbos se habían acabado. Dejé de vender las quinielas de fútbol americano. Había sacado mis pellizcos, había pagado algunas multas y ahora estaba cansado de hacer negocios con gente como el amigo de Phalen, Joey McGreal. Ya no necesitaba esa parte de mi vida, el trapicheo por el centro de la ciudad. Incluso comencé a tomarme con más calma el mundo de los Camioneros al que me había unido. Dejé de cruzar el puente desde Detroit a Windsor, Canadá, con Bill Isabel y Sam Portwine. Windsor era una ciudad en la que ocurría de todo en aquellos días, antes de que llegase la apertura de los años sesenta a Norteamérica. Windsor era un lugar con mucha marcha, un sitio de acción. Pero a partir de entonces, con un nuevo matrimonio, yo me había convertido en un espectador. Tal vez comenzara a seguir el ejemplo de Jimmy Hoffa. Durante mi matrimonio con Irene, recibía un dinero fijo proveniente de más de un empleo con los Camioneros; esto era antes de que declarasen

ilegal esa situación. Entraba dinero para la vida de mi hija más joven, Connie, aunque no tanto para la de mis hijas más mayores.

Mary era una mujer muy buena y muy católica. Me sentí muy mal por lo del divorcio, pero ella mismo dijo que lo nuestro nunca iba a funcionar. Mary era el tipo de mujer a la que no se le podían contar ciertos chistes subidos de tono. Hoy me siento muy mal cuando alguna de mis hijas mayores regresa llorando de su visita a la residencia donde está ingresada por su Alzheimer.

Aquel mismo año en que tuvimos todos los problemas con Abata en Chicago, las cosas comenzaron a ponerse al rojo vivo en la agrupación local 107, en Filadelfia. Se formó una facción rebelde que se denominaba la Voz de los Camioneros, escindida de la agrupación 107. Trataban de imitar lo que había conseguido Abata en Chicago y Jimmy sospechó que Paul Hall y la AFL-CIO también estaban detrás de los rebeldes de la Voz.

Paul Hall llevó un equipo de forzudos a Filadelfia y los desplegó por el recinto del sindicato internacional de Trabajadores Marítimos, en Oregon Avenue con la calle Cuarta. Jimmy me envió de regreso a Filadelfia con unos cuantos muchachos del equipo de Chicago. Me acerqué al recinto para ver cómo entrar. La puerta de acceso tenía un candado bastante resistente. Entonces, me acuclillé detrás del seto que separaba el jardín delantero de la acera y me quedé allí a espiar, como un mirón. La pared que daba a la calle Cuarta era de cristal y se podía ver en el interior las filas formadas por las literas colocadas en lo que probablemente era el salón.

Dejé el lugar y fui a conseguir una furgoneta con los del 107. Dentro metí a ocho o nueve muchachos. A cada uno le di una gorra blanca y les dije:

—No perdáis vuestras gorras o no voy a saber a qué bando pertenecéis, ¿de acuerdo?

A uno de ellos le indiqué que su trabajo consistía en llevarse la camioneta del sitio después de actuar, que el resto de nosotros regresaríamos andando. A las 6.30 de la madrugada enfilé por la calle

Cuarta y, al llegar a la altura del recinto, di un volantazo a la derecha y, pasando por encima del bordillo y de algunos arbustos, conduje por la acera, atravesé el seto y, dejando atrás dos árboles que aún hoy siguen allí, me empotré contra el gran ventanal de cristal que ya había observado. Los cristales saltaron por todas partes. Los forzudos de Hall todavía estaban durmiendo y nos pusimos a darles leña según se iban levantando de sus literas, solo con los puños. Los cogimos con el culo al aire y estaban medio aturridos de sueño, así que no tuvieron ni la menor oportunidad. Llegaron policías por todas partes. Después de que la furgoneta lograra marcharse sin problemas, el resto de nosotros forcejamos y nos largamos.

Apuello no fue más que un mensaje que enviamos a los Trabajadores Marítimos. No teníamos la intención de herir seriamente a nadie. Además, el magistrado ya estaba preparado para aceptar nuestro soborno si cogían a alguien, aunque aquella vez nadie acabó arrestado. Un día que nos enfrentamos a los de la Voz me arrestaron veintiséis veces en un período de veinticuatro horas. Me llevaban a la prisión local, fijaban la fianza y yo volvía a salir para reincorporarme a la línea del piquete y verme involucrado en otro jaleo con los de la Voz.

En la agrupación 107 seguíamos encargándonos de movilizaciones, recursos laborales y el típico trabajo propio de un sindicato. En una ocasión intenté movilizar a los de la cadena de restaurante Horn y Hardart, en Filadelfia. Anteriormente ya habíamos movilizado a los de los restaurantes Linton, que se quejaban de encontrarse ahora en situación de desventaja porque sus competidores, Horn y Hardart, no tenían que pagar cuotas ni beneficios al sindicato, de modo que intentamos que los trabajadores de Horn y Hardart firmasen las tarjetas de afiliación, pero no logramos gran cosa. Muchos de ellos eran amas de casa de los suburbios y, simplemente, estaban en contra de los sindicatos. Un día entré en un Horn y Hardart con una cuerda atada alrededor de los bajos de mis pantalones. Sosteniendo en mi mano el otro cabo de cada cuerda, caminé por el restaurante y me detuve a la mitad. Entonces tiré de las cuerdas y liberé un montón de ratones blancos que salieron de cada pernera de mis pantalones. Tal como lo describió mi nieta Brittany, que está en sexto de primaria: “Echaron a correr por los espaguetis de una señora, que se puso a gritar, y

por las piernas de la camarera, que se puso a gritar y dejó caer su bandeja. Y mi abuelo se reía tanto que se le olvidó escapar y entonces lo cogieron”. Sí, le conté a Brittany y a su pequeño hermano Jake que me habían cogido y que le dije a la gente del Horn y Hardart que lo sentía mucho y que nunca lo volvería a hacer.

Jimmy Hoffa estaba más que preocupado por lo que sucedía en Filadelfia. Comenzó a destinar me allí por períodos cada vez más prolongados. Habían surgido otros dos grupos rebeldes que ni siquiera lograban ponerse de acuerdo entre sí. Joey McGreal inició uno de estos grupos, aunque no era nada legítimo. Ni siquiera tenía un nombre, o si lo tenía, nunca llegué a enterarme de cómo se llamaba. No eran más que un puñado de forzudos intentando imponerse a Raymond Cohen para lograr la capacidad de robar que Cohen tenía. Sacar pasta de los negocios era algo que no costaba mucho si estabas a cargo de un sindicato. El empleador te pagaba en negro una determinada cantidad al mes para asegurarse la paz laboral. Si dejabas de recibir dinero, el empleador siempre empieza a sufrir un problema tras otro. El pobre trabajador sindicalizado no es más que un peón en todo esto. Y McGreal quería hacerse con este negocio para él. Cuando Jimmy Hoffa me cedió mi propia agrupación local en 1966 en Wilmington, Delaware, todos los empleadores me tenían respeto porque nunca me dediqué a sacarle pasta a ninguno de ellos. El comité de mejoras era la otra facción rebelde. Era un grupo menos radical que la Voz y no se trataba de tíos musculosos, sino que eran más inteligentes. La intolerancia en la Ciudad del Amor Fraternal era moneda de cambio entre nosotros, Paul Hall con sus chanchullos, y los diferentes grupos rebeldes, con Raymond Cohen a la cabeza.

La Voz forzó la convocatoria de elecciones en el 107. Para recabar apoyo, organizamos una gran concentración en un recinto que alquilamos y trajimos a Jimmy Hoffa para que se dirigiera a los miembros y les diese una idea de todo lo bueno que estábamos haciendo por ellos. Cuando Jimmy llegó al lugar, la policía quería que entrase por la parte de atrás para acceder directamente al escenario y así no tener que caminar por el pasillo, con toda la gente de la Voz empuñando carteles con palos de madera que podían usar como porras.

Jimmy no estaba para aceptar esas tonterías de entrar por la puerta trasera y les dijo a los polis:

—Hoffa no usa la puerta trasera. Y no quiero que me escolte ningún policía por el pasillo entre miembros de mi propio sindicato. Al único que necesito es al Irlandés.

Avanzamos por el corredor con Jimmy y no hubo ni la menor acometida procedente de ninguno de los lados del pasillo. Hubo abucheos de la muchedumbre reunida al fondo, pero ninguna agresión en el corredor, donde habría resultado obvio. Jimmy era un orador consumado. Aparte de su habilidad para hablar, Jimmy les contó la verdad: básicamente, estaba haciendo muchas cosas buenas por ellos y solo necesitaba solidaridad para alcanzar las metas; así, todos saldrían beneficiados. No todos se mostraron de acuerdo con su postura, pero muchos de los que vinieron a la concentración y estaban en su contra salieron de allí respetándolo. Ganamos aquella elección no por mucho, tal vez por varios cientos de votos, pero ganamos. La Voz no desapareció del todo, pero perdió fuerza. Después de la aleccionadora experiencia de haber estado a punto de perder y haber necesitado de la presencia de Jimmy para salvarlo, Raymond Cohen se mostró un poco más sensato, más complaciente.

Lo más impresionante del discurso de Jimmy aquel día fue que, en ese momento, estaba ya bajo acusación en Nashville, Tennessee, por infracción criminal de la Ley Taft-Hartley¹⁹¹ en relación con la compañía de transportes Test Fleet, que él y Bert Brennan habían montado a nombre de sus esposas. Según la acusación, él y Brennan se habían apropiado de “dos más dos”, que en argot quería decir doscientos mil dólares. Pese a todo, cuando se dirigió a los miembros de la agrupación local 107 de Filadelfia, no parecía incomodarle ni lo más mínimo. Jimmy Hoffa tenía nervios de acero y un par de huevos. Y por mucho que lo intentase, no podía evitar hacer unas mil cosas importantes a la vez.

En aquella época, Jimmy era un fenómeno digno de contemplar. Estaba involucrado en los problemas de los Camioneros en todo el país, sobre todo con las facciones rebeldes. Al mismo tiempo, intentaba sacar adelante el primer Acuerdo Sectorial de Transportistas, algo que los

Camioneros habían tratado de conseguir durante veinticinco años, y podía ver que las empresas de transportes se aprovechaban de la situación creada por los rebeldes para oponerse a dicho acuerdo. Por otra parte, Bobby Kennedy había reunido a grandes jueces de trece estados distintos en un intento de levantar cargos criminales contra él. Y pese a todo, cada noche, mientras yo lo conocí, cuando acababa su día, ya fuesen las once de la noche o la una de la madrugada, se iba a dormir. Y en el mismo instante en que la cabeza de Jimmy Hoffa tocaba la almohada, caía profundamente dormido, como si le hubiesen dado un garrotazo. En eso era incluso mejor que Russell. Sin necesidad de ningún tipo de alarma, a las cinco estaba de nuevo en pie. Era difícil quedarse en casa a lamentarse de los pesares de la vida con alguien como Jimmy Hoffa.»

XVII

Una simple burla

Una noche del verano de 1962, Jimmy Hoffa, ciego de rabia, le preguntó a un fornido oficial de los Camioneros si sabía algo de explosivos plásticos. Los dos hombres se encontraban solos en la oficina que tenía Hoffa en el «palacio de mármol», la sede central de los Camioneros en Washington D.C., mirando por la ventana. A continuación, Hoffa le confió al oficial que él sabía dónde se podía conseguir un silenciador para pistolas. Según aquel hombre, Hoffa le dijo:

—Hay que hacer algo con ese hijo de puta de Bobby Kennedy. Hay que eliminarlo.

Acto seguido, Hoffa le describió lo fácil que sería matar a Bobby Kennedy, teniendo en cuenta que no tomaba precauciones de seguridad personal ni tenía ningún dispositivo de seguridad, ni siquiera en casa, además de que se movía solo en un descapotable.

El oficial con el que Hoffa estaba hablando era Edward Grady Partin, presidente de la agrupación local 5 de Camioneros en Baton Rouge, Luisiana. Se encontraba en libertad bajo fianza por un cargo de secuestro relacionado con una pelea por una custodia familiar en la que estaba involucrado un camionero de su agrupación local. Partin también estaba acusado de desviar 1.659 dólares de fondos del sindicato para su uso personal. Se trataba de un hombre corpulento de aspecto rudo, con un extenso historial delictivo en su juventud. Confiando en su apariencia,

Hoffa pensó que con ese cuerpo, su pasado delictivo, el hecho de estar en libertad bajo fianza y ser de Luisiana, el estado de Carlos Marcello, aquel hombre debía de ser un tipo que pintaba casas. Pero Hoffa nunca le preguntó antes de soltar aquellos comentarios que, por una parte, sonaban a amenaza y, por otra, eran una invitación a Partin a encargarse del trabajo. Según explica Partin, «Hoffa siempre pensó que, al ser yo de Luisiana, Marcello me tenía en el bolsillo».

Partin informó de esos comentarios al equipo para atrapar a Hoffa, encabezado por Walter Sheridan. «Resultaba una historia increíble», escribiría Sheridan en su libro. Después de oírlo, Sheridan le solicitó al FBI que sometiesen a Partin a una prueba con el detector de mentiras, prueba ampliamente superada por el oficial de los Camioneros. Sheridan informó entonces a Bobby Kennedy de estas amenazas a la integridad del fiscal general.

Poco después, durante una cena privada en Washington, el presidente John F. Kennedy le dejó caer al periodista Ben Bradlee que Jimmy Hoffa tenía planes para asesinar a su hermano. Posiblemente, el presidente pensó que, al compartir la historia con un periodista respetado e influyente como Bradlee, y con la publicidad que este podía darle, serviría como un elemento disuasivo para que Hoffa desistiese de llevar a cabo su amenaza. Ben Bradlee alcanzaría luego la fama como editor del *Washington Post* cuando ayudó a derribar al presidente Richard M. Nixon durante el escándalo de Watergate, con la colaboración de «Garganta profunda». En su diario personal, Bradlee escribió que aquella noche «el presidente dejó claro que estaba hablando en serio». En su autobiografía, Bradlee afirma que, cuando se acercó a Bobby Kennedy para confirmar la amenaza de asesinato, Bobby le rogó que no publicase la historia porque solo serviría para ahuyentar a varios testigos potenciales en los juicios contra el crimen organizado que, por entonces, se encargaba de supervisar. En aquel momento, Bobby Kennedy encabezaba la mayor movilización contra el crimen organizado jamás vista en el país. Bradlee prefirió enterrar la historia.

El juicio contra Jimmy Hoffa por infringir la Ley Taft-Hartley contra la corrupción laboral en el caso de Test Fleet estaba programado para el 22

de octubre de 1962. El equipo para atrapar a Hoffa negaría luego haber vulnerado los derechos constitucionales de Hoffa al alentar a Edward Grady Partin a participar en el juicio y convertirse en un miembro del círculo de Jimmy Hoffa. Sin importar cuáles pudieran ser sus motivaciones, Partin se dirigió a Nashville y trabajó como guardia en la puerta de la suite de Hoffa. Sin embargo, Walter Sheridan sí reconoció que le habían proporcionado a Partin un equipo de grabación para registrar sus llamadas a Hoffa. Sheridan admitió que le había dado instrucciones para que, cuando llegase a Nashville, Partin estuviese atento ante cualquier intento de soborno de los miembros del jurado.

Con anterioridad, Bobby Kennedy había fraguado tres juicios ante un jurado contra Hoffa, aunque todavía no había sido capaz de condenarlo por nada. Se sospechaba que, en los casos previos, el jurado había sido manipulado. El cargo contra Hoffa por Test Fleet solo era una falta menor, pero si quedaba al descubierto que se había manipulado al jurado, entonces pasaría a constituir un delito grave.

Entre los cargos relacionados con Test Fleet figuraba el montar una compañía para el transporte de coches a nombre de las esposas de Jimmy Hoffa y Owen Bert Brennan. Se trataba de un conjunto de actividades a las que se había puesto fin hacía ya cinco años, y que habían sido meticulosamente investigadas por la comisión McClellan y el Ministerio de Justicia. En su declaración inicial ante el jurado, el abogado de la acusación, Charlie Shaffer, afirmó que Test Fleet había sido levantado como parte de un «plan de largo alcance mediante el cual Hoffa obtendría continuamente una suma pagada por el empleador». La teoría del gobierno se articulaba sobre el hecho de que la empresa Test Fleet había sido creada después de una huelga que Hoffa había resuelto de forma favorable para el mismo empleador con el que luego Test Fleet habría de montar el negocio.

La defensa de Hoffa insistió en que Brennan, Hoffa y sus respectivas esposas habían seguido el consejo profesional de sus abogados a la hora de crear la compañía a nombre de ellas y, dado que la comisión McClellan había puesto en duda su legalidad, ambas mujeres se habían retirado de Test Fleet. Los abogados de Jimmy Hoffa estaban listos para prestar

testimonio en su nombre y confirmar su versión sobre la asistencia legal ofrecida originalmente en 1948.

El establecimiento de la empresa Test Fleet había tenido lugar diez días después de la aprobación de la Ley Taft-Hartley y los abogados habían realizado una interpretación de ella sin contar con casos precedentes que sirviesen como referencia legal. Es más, Hoffa estaba ya preparado para probar que la huelga que él había solventado era una huelga ilegal impulsada por rebeldes y que su intervención para resolver el conflicto con el empleador había tenido el fin de evitar una «querrela muy seria» contra los Camioneros por parte del empleador.

Para Hoffa, todo este juicio no era más que la *vendetta* de Bobby Kennedy contra él. Los viejos datos que ahora presentaba constituían una clara prueba del grado de desesperación en el que se hallaba su equipo para atrapar a Hoffa. Dicho equipo legal ya había fallado al presentar acusaciones en su contra ante otros trece jurados convocados en todo el país con ese único propósito.

Jimmy Hoffa reunió a los mayores talentos con los que pudo dar en el ejercicio de la ley. Su representante principal, Tommy Osborn, que luego se convertiría en el mejor abogado de Nashville, era un profesional joven que había participado en el histórico y complejo litigio de representatividad ante la Corte Suprema de Estados Unidos que había desembocado en la ley «Un hombre, un voto». Entre los restantes abogados presentes en el juicio en Nashville estaban el representante legal de los Camioneros, Bill Bufalino, y el defensor de Santo Trafficante y Carlos Marcello, Frank Ragano.

El juez a cargo, William E. Miller, era un hombre respetado por su ecuanimidad y no se iba a decantar por ninguna de las partes.

Jimmy Hoffa se instaló en el lujoso hotel Andrew Jackson, a poca distancia de la corte federal. Contaba con abogados tanto en la sala judicial como en el hotel, que formaban una especie de centro de inteligencia legal. Los abogados secundarios actuaban como asesores e investigadores. Además de toda esta gente, Hoffa contaba con una legión de aliados sindicales y otros amigos en la corte y en el hotel, todos dispuestos a servir a su causa, incluido su «hijo adoptivo», Chuckie

O'Brien, y al hombre designado por Hoffa para el fondo de pensiones, el exinfante de Marina Allen Dorfman. Otro gran número de concurrentes ajenos al equipo legal estaba formado por gente de Nashville que proporcionaba información veraz sobre el jurado durante el proceso de selección. En aquellos días todavía no se había desarrollado la figura profesional del evaluador de jurado.

Tal vez sería más exacto decir que muchos de los que prestaban su apoyo a Hoffa se encontraban en el hotel Andrew Jackson de Nashville al servicio de las causas en general, antes que de una causa en particular.

En los dos meses siguientes comenzarían a desarrollarse dos dramas paralelos en la corte. El primero era el juicio propiamente dicho: llamar a declarar a los testigos, volver a hacer las mismas preguntas, los argumentos de los abogados, las objeciones, las mociones, las normas del juicio, los recesos, las consultas y la prestación de juramentos. Pero, en realidad, el juicio oficial solo era la cara B. El otro drama era la cara A: la flagrante manipulación del jurado a lo largo del proceso que un topo llamado Edward Grady Partin iría revelando en detalle al equipo para atrapar a Hoffa. Finalmente, sería esta manipulación del jurado la que terminaría por enviar a Jimmy Hoffa a la cárcel.

Con un argumento decente, con una defensa bien preparada, con un equipo encabezado por el respetado y talentoso Tommy Osborn y reforzado por Bill Bufalino, Frank Ragano y toda una reserva de asistentes legales en la sala, y sobre todo, con un juez ecuánime, ¿por qué Jimmy Hoffa recurrió a las artimañas? ¿Por qué convirtió una falta leve en un delito grave?

«Se trataba del ego de Jimmy. Aparte de alguna condena por agresión y cosas por el estilo, no tenía en su historial nada de peso y tampoco estaba interesado en lucir ningún delito, por leve que fuera. Quería que su historial permaneciera limpio y no soportaba la idea de que Bobby Kennedy fuese a manchar su expediente con un delito de verdad.

Mira, hay que tener en cuenta que, cuando Bobby Kennedy fue designado fiscal general, el FBI básicamente se empeñaba en ignorar al

llamado crimen organizado. No olvidemos que la primera vez en la que me involucré en algo con la gente del centro de la ciudad, antes de la reunión de Apalachin, yo ni siquiera me imaginaba la magnitud de aquello en lo que me estaba metiendo. Durante muchos años, tras el fin de la época de la ley seca, lo único con lo que los llamados mafiosos tenían que enfrentarse era la policía local, y eso que ya tenían a muchos comprados. Cuando yo deambulaba por el local de Skinny Razor, nunca llegamos a despertar ni la menor curiosidad del FBI.

Pero luego vino lo de Apalachin y los procesos judiciales de la comisión McClellan, y el gobierno federal se puso entonces a acechar a la gente. Así que, cuando aparece Bobby Kennedy en escena, lo que para muchos era un mal sueño acabó convirtiéndose en su peor pesadilla. De la noche a la mañana, a todos los que se preocupaban de cuidar su propio negocio comenzaron a caerles acusaciones judiciales. La gente empezó a ser enviada a las cárceles, a ser deportada. Era una situación tensa.

Ahora bien, en el juicio de Nashville por la empresa Test Fleet, a finales de 1962, Jimmy había decidido enfrentarse a Bobby en lo que se perfilaba como la mayor guerra desde que este había sido nombrado fiscal general.»

El 22 de febrero de 1961, dos días después de jurar como fiscal general, Bobby Kennedy convencía a la totalidad de las veintisiete agencias del gobierno federal, incluido el Servicio de Impuestos Internos, para comenzar a reunir toda la información que tenían sobre los gánsters y el crimen organizado en todo el país.

Durante los meses precedentes al juicio de Test Fleet, el comisionado del Servicio de Impuestos Internos dejó escrito: «El fiscal general ha solicitado al Servicio que conceda prioridad a la investigación de los asuntos tributarios de los grandes hampones». Estos hampones aparecían citados por sus nombres y serían tratados como parte de una «investigación exhaustiva». El comisionado dejó claro que había sacado la artillería: «Se hará uso completo del equipamiento electrónico disponible y de otras ayudas técnicas».

Johnny Roselli era uno de los primeros objetivos del Servicio de Impuestos Internos. Llevaba una vida llena de glamour en Hollywood y Las Vegas, pese a no tener trabajo ni ningún medio de subsistencia conocido. Con los anteriores fiscales generales, a Roselli nunca se le había ocurrido pensar que fuera alguien vulnerable ante el gobierno. Al hermano del antiguo alcalde de Los Ángeles le hizo saber que «están todo el tiempo revisando mi vida y amenazando a gente y buscando a enemigos y amigos». Lo que más enojo le causaba a Roselli era que sospechaba que Bobby Kennedy sabía que él estaba aliado con la CIA en sus operaciones contra Castro. De ahí las palabras que Roselli pronunciaría después: «Aquí me tienen, prestando ayuda al gobierno, prestando ayuda al país, y ese pequeño hijo de puta se empeña en tocarme los huevos».

Por aquellos días, el Servicio de Impuestos Internos estimó que Carlos Marcello debía ochocientos treinta y cinco mil dólares en penalización e impuestos por pagar. En ese momento, Marcello aún se debatía contra la deportación y estaba acusado de perjurio y falsificación de su certificado de nacimiento. Russell Bufalino también luchaba por evitar la deportación.

Con anterioridad al juicio de Nashville, Bobby Kennedy había estado realizando visitas personales por todo el país, como si revisase sus tropas, sin dejar de apremiar a la gente de su departamento para que se concentrase en el crimen organizado. Con este fin confeccionó una lista con los objetivos del crimen organizado a los que el FBI y el Ministerio de Justicia debían apuntar. Kennedy aumentaba sin cesar esa lista. Cuando acudió al Congreso, logró la aprobación de leyes que facilitasen al FBI la realización de escuchas secretas y la presentación de cintas grabadas como prueba en las cortes de justicia; asimismo, logró la aprobación de leyes que le permitiesen conceder la inmunidad con mayor libertad a aquellos testigos que decidiesen cooperar.

La selección del jurado para el juicio de Test Fleet comenzó un día después de desencadenarse la crisis de los misiles con Cuba. Bobby Kennedy no estaba en Nashville: fue requerido al lado de su hermano Jack, quien se enfrentaba al primer ministro soviético Nikita Jrushchov. El presidente Kennedy ordenó el regreso a la Unión Soviética de todo el armamento nuclear que iba de camino a Cuba en barcos soviéticos; de lo

contrario, la Marina de Estados Unidos abriría fuego. El mundo estaba al borde de la guerra nuclear.

Tal como Walter Sheridan dejó escrito: «Me fui a dormir a altas horas de la madrugada, pensando en la amenaza cada vez más real de un conflicto nuclear y en la posibilidad de que tanto Jimmy Hoffa como yo acabásemos muriendo juntos en Nashville».

En lugar de eso, Walter Sheridan despertó al día siguiente con la primera prueba de manipulación del jurado. Un corredor de seguros que formaba parte del panel informó al juez Miller de que un vecino suyo lo había visitado durante el fin de semana para ofrecerle diez mil dólares en billetes de cien con el fin de que votase por la absolución, en caso de que resultase seleccionado para integrar el jurado. Tenía sentido que Hoffa hubiese elegido al corredor de seguros porque, al trabajar en un sector que siempre actúa con máximo recelo ante las posibilidades de engaño y de resultar víctima de delitos de fraude, son personas que normalmente son considerados mortíferos por los abogados de la defensa. Lo habitual era que resultasen descartados incluso antes de tomar asiento en el banquillo. Y lo más seguro era que el gobierno nunca pondría objeciones a que un profesional del sector de los seguros formase parte del jurado, en caso de ser seleccionado del panel.

El eventual miembro del jurado fue excusado después de que el juez Miller obligase al corredor de seguros a revelar el nombre del vecino.

A continuación, un número de posibles miembros del jurado revelaron que un hombre que se identificaba como periodista del *Nashville Banner* y que decía llamarse Allen los había llamado para preguntarles su opinión sobre Jimmy Hoffa. En el *Nashville Banner* no había nadie con ese nombre. Alguien se estaba dedicando a inmiscuirse ilegalmente en el criterio de los miembros del jurado, a la búsqueda de aquellos que pudieran estar a su favor en el caso. Todos los que aparecían como potenciales jurados fueron entonces descartados.

Una vez que el jurado fue finalmente seleccionado y el juicio comenzó, Edward Grady Partin informó a Walter Sheridan de que tendría lugar un intento por parte del presidente de los Camioneros de Nashville de sobornar a la esposa de un agente de la brigada de carreteras del estado

de Tennessee. La esposa se encontraba en el banquillo del jurado. Sheridan comprobó los datos de los miembros del jurado y halló entre ellos a la esposa de un agente. Los oficiales se encargaron de seguir al representante de los Camioneros hasta un camino solitario, donde lo esperaba el agente estatal en su coche patrulla. Los oficiales observaron a los dos hombres hablando, sentados en el coche patrulla del agente.

Con esta información en su poder, pero sin revelar la fuente que había proporcionado el dato, los abogados del gobierno solicitaron al juez la exclusión de la esposa del agente como miembro del jurado y el juez Miller resolvió dedicar una sesión para estudiar la solicitud de la parte querellante. El gobierno llamó a los oficiales que habían seguido al presidente de los Camioneros de Nashville a su cita con el agente para que fueran interrogados por el juez. El gobierno llamó entonces al representante de los Camioneros y el hombre salió de una sala contigua. De acuerdo con Walter Sheridan, Jimmy Hoffa le hizo un rápido gesto con la mano para indicarle que lo habían pillado, y el representante se acogió a la Quinta Enmienda. A continuación, el agente de la brigada de carreteras fue llamado a comparecer. Aunque en un principio lo negó todo, el oficial reconoció ante las preguntas del juez Miller que el representante de los Camioneros le había ofrecido una promoción y un ascenso dentro de la brigada de carreteras a cambio de un favor que no había llegado a revelar. El agente se justificó alegando que el representante de los Camioneros nunca le explicó de qué se trataba ese favor.

El juez Miller excusó a la esposa del agente de participar en el jurado y la reemplazó por un sustituto. Ya en su casa aquella noche, la mujer, entre lágrimas, dijo a los reporteros que no tenía ni la menor idea de por qué había sido excusada.

Hablando en representación de Tommy Osborn, Frank Ragano y los restantes miembros del equipo, el abogado Bill Bufalino afirmó: «No hubo ningún amaño. Y si lo hubo, fue realizado directamente por la oficina de Bobby Kennedy».

El joven abogado Tommy Osborn se encontraba ante un caso muy diferente al del litigio de representatividad ante la Corte Suprema de Estados Unidos. Aquel antiguo caso lo había encumbrado a la mejor

posición para convertirse en el próximo presidente de la Asociación de Letrados de Nashville y le había servido para ser requerido en el caso Hoffa. Este podía servirle para proyectar su carrera a nivel nacional si Jimmy salía indemne pero, al mismo tiempo, podía hundir sus perspectivas si se veía sumido en aquel submundo al que se estaba exponiendo.

Un oficial de policía de Nashville, que además trabajaba para Tommy Osborn como investigador privado realizando tareas legítimas de sondeo entre los jueces, le dijo al equipo para atrapar a Hoffa que Osborn le había comunicado que estaba trabajando para meter a uno de los miembros del jurado en una transacción inmobiliaria. Al equipo para atrapar a Hoffa le costó creerlo y, por otra parte, ya tenían las manos llenas, por lo que prefirieron guardarse esta información para más tarde.

El golpe definitivo fue contra un miembro negro del jurado, cuyo hijo había sido contactado por un agente de negocios negro, proveniente de la agrupación local de Jimmy Hoffa, en Detroit, para ofrecerle diez mil dólares como soborno. De acuerdo con una declaración jurada que el gobierno redactó para que la firmase Partin, se realizó un primer pago del soborno, correspondiente a cinco mil dólares, y el arreglo fue sellado antes de que el juicio diera comienzo y de que el jurado hubiese sido seleccionado. En la declaración jurada, Partin confesaba que un día Jimmy Hoffa le había comentado:

—Tengo al miembro de color del jurado en el bolsillo. Uno de mis agentes, Larry Campbell, estuvo en Nashville antes del juicio y se encargó de todo.

La declaración jurada, ya firmada, fue leída por el juez Miller, quien denegó el acceso al documento a la defensa y excusó al miembro del jurado, que, una vez más, sería reemplazado por un sustituto. A estas alturas, todavía sin conocer la deserción de Partin, la defensa estaba segura de que el gobierno había estado interceptando sus conversaciones y grabándolas desde antes del comienzo del juicio.

«Recibí una llamada de Bill Isabel para decirme que me necesitaban en Nashville, así que cogí el coche y partí. Por teléfono me había contado que estaban esperando algunas protestas y que querían que les echase una mano por si alguno de los manifestantes trataba de pasarse de la raya con Jimmy. Pero claro, eso fue lo que me dijo por teléfono porque ya entonces todo el mundo estaba seguro de que las líneas habían sido interceptadas. Era como una película de ciencia ficción. La verdadera razón por la que querían que fuese era para sentarme en la sala del tribunal y que el jurado notase mi presencia, en caso de que a cualquiera de los restantes miembros con los que se había contactado se le ocurriese revelar algo. Por supuesto, nadie me lo comunicó directamente, pero yo sabía de qué se trataba cuando me ordenaron que, cada cierto rato, echase una miradita a los miembros del jurado.

Aunque no formaba parte de todo el tinglado, me alojaron en el hotel Andrew Jackson. Ya había demasiados cocineros intentando arreglar la sopa. Me acuerdo de que el restaurante del hotel servía un pollo frito al estilo del sur que estaba delicioso. Estaba contento de volver a ver a Sam y a Bill. Recuerdo haber divisado a Ed Partin en el restaurante, pero no me hizo pensar en nada. Simplemente, estaba sentado con Frank Ragano, que tampoco sospechaba que tenía a su lado a un chivato. Piensa en lo que pasaría hoy si el gobierno te plantase un soplón así en las oficinas de tus propios abogados. En el hotel tenían una habitación que servía de oficina para los abogados y allí en medio se encontraba Partin.

Por supuesto, no apareció ningún manifestante para protestar. Por lo demás, el lugar estaba repleto de agentes del FBI. Pero un día, la razón que me había dado Bill Isabel al teléfono para hacerme acudir casi se convierte en realidad cuando un chiflado entró en la sala mientras yo estaba al fondo, de pie, conversando con Bill y Sam. Fue durante un receso. Un tipo joven entró vestido con un impermeable y se dirigió a la parte de delante de la sala, se colocó detrás de Jimmy y sacó una pistola. Oí los disparos y lo primero que vi fue a los abogados peleándose para escabullirse bajo las mesas como si fuesen trincheras. Luego vi a Jimmy abalanzándose sobre

el chiflado. Al final resultó que el loco solo llevaba una pistola de balines que parecía de verdad. Era como esas pistolas que se usan para disparar a las ardillas y a los conejos. Había soltado un par de tiros y había alcanzado a Jimmy en la espalda, aunque, como llevaba un abrigo grueso, él mismo se levantó y forcejeó con el tipo hasta que lo tumbó. Chuckie O'Brien se le echó entonces encima al chiflado. Chuckie era un tío fornido y comenzó a darle una paliza de cuidado. Por último, aparecieron los alguaciles y uno de ellos le arreó al tipo con la culata de la pistola. Chuckie, sin embargo, continuaba zurrando al chiflado. Entre los alguaciles y Jimmy tuvieron que sostenerlo para evitar que lo matase allí mismo.

Le comenté a Bill Isabel que la próxima vez tuviese cuidado con lo que decía sobre los manifestantes enardecidos. Resultaba que Dios le había comunicado al tipo que tenía que matar a Jimmy Hoffa. Todos tenemos un jefe, supongo.

El jurado no estaba presente en la sala cuando apareció aquel “vaquero” con la pistola de balines, pero la defensa presentó un recurso por juicio fallido. Alegaron que el chiflado del impermeable era un ejemplo de lo exaltada que estaba la población de Nashville contra Jimmy Hoffa gracias a toda la propaganda contra Hoffa del gobierno en torno al caso, producida por Bobby Kennedy y su legión. A mí me pareció razonable. Pero el juez lo denegó.

Bill Isabel me contó que Jimmy había afirmado:

—Siempre hay que huir de un hombre con un cuchillo y acercarse a un hombre con una pistola.

Yo no sé. Hay que tener en cuenta las circunstancias. Jimmy tenía razón, siempre y cuando logres asustar al hombre de la pistola, porque seguramente el tipo no se lo espera. En esas circunstancias, él hizo lo correcto. Pero si te enfrentas a un hombre con una pistola que no se asusta, cuanto más te acerques a él, más fácil se lo pones. En cambio, la mayoría de las veces nunca ves el cuchillo hasta que no notas el corte. Lo mejor que puedes hacer es ser un chico bueno.

Jimmy dijo que “todo el mundo había sido cacheado” por los alguaciles. Eso era verdad. A mí me cachearon. Los alguaciles habían revisado a todos los que entraban en la sala. Jimmy observó que entonces

no era una coincidencia que a ese hombre se le hubiese permitido entrar y avanzar hasta ponerse a su espalda. La idea era que el gobierno había utilizado a un chiflado con la intención de cargárselo, solo que aquel chiflado estaba demasiado loco como para conseguirse una pipa de verdad. Jimmy sabía que los locos eran contratados por cierta gente para hacer ciertas cosas de vez en cuando. Ese mismo año, Frank Sinatra, el amigo de Sam Giancana, había estrenado la película *El mensajero del miedo*, en la que los comunistas usan a un loco para matar a un candidato que se presenta a presidente.

Pero en la vida real, tanto en Norteamérica como en Sicilia, cuando se emplea a un chiflado siempre lo liquidan en el acto, como ocurrió varios años después, cuando Crazy Joey Gallo empleó a aquel negro loco para cargarse a Joe Colombo, el jefe de la familia Colombo, en Brooklyn. El chiflado le soltó tres tiros en una concentración de la Liga Italoamericana de Derechos Civiles en Columbus Circle, cerca de Central Park. No cabe duda de que todo había sido planeado al detalle y de que lo habían ensayado bien con el perturbado. Le mostraron con toda exactitud cómo lo meterían después en un coche para huir hacia un lugar seguro. Naturalmente, el cuerpo del chiflado fue abandonado en la acera por cierta gente, una vez que el tipo realizó su trabajo y disparó a Colombo.

Russell nunca le perdonó eso a Crazy Joey Gallo: emplear a un chalado de esa manera para acabar con Joe Colombo. Para mí, Crazy Joey siempre fue un chulito. El pobre Joe Colombo se pasó un largo tiempo en coma, como una planta, antes de morir. Ese es el problema de utilizar a un tipo que está desequilibrado: les falta precisión. Pueden causar mucho sufrimiento, como el chiflado que disparó a George Wallace y dejó al hombre paralítico. O aquel loco que disparó a Reagan y a su secretaria de prensa, Brady.»

El juicio de Nashville duró cuarenta y dos días. El jurado se retiró para deliberar solo cuatro días antes de Navidad. Mientras lo hacía, Walter Sheridan seguía preocupado ante la posibilidad de que el gobierno no hubiese logrado descartar a todos los miembros que hubieran podido ser

sobornados. Siempre podía haber uno o dos miembros del jurado que hubiesen recibido dinero sin que se hubiera hablado de ellos en presencia de Edward Grady Partin.

El jurado permaneció recluido y, al tercer día de deliberación, fue disuelto por el juez Miller tras los repetidos indicios de que se hallaba bloqueado sin salida. Sin embargo, antes de permitir que se marcharan, cuando aún estaban sentados en el estrado asignado al jurado, el juez se dirigió a la sala. Entre las declaraciones hechas en aquel momento, el registro conserva las siguientes palabras del juez Miller:

Ya desde el inicio, mientras el jurado era seleccionado a partir de la lista reunida por el servicio judicial, surgieron señales de que se habían producido contactos indebidos con los posibles miembros del jurado, y aún se estaban produciendo. He dado órdenes para convocar otro jurado de acusación a comienzos del año entrante que investigue cabalmente y en detalle todos los incidentes relacionados con este juicio, indicando los intentos ilegales de influir sobre el jurado y los posibles miembros por parte de cualquier persona, sin importar su procedencia, y para reanudar las acusaciones que den lugar a una posible causa. El sistema judicial basado en la participación de un jurado ... se convierte en una simple burla si se permite que personas carentes de escrúpulos los subviertan a través de medios indebidos e ilegales. Nunca ha sido mi intención que actos tan vergonzosos, corruptores de nuestro sistema judicial, queden impunes en esta sala.

Jimmy Hoffa, por otra parte, declaraba ante una audiencia televisiva en la Nochebuena que «era un escándalo que alguien afirmase que ese jurado había sido sobornado».

XVIII

No es más que un abogado

«En 1963 Jimmy Hoffa me dijo que estaba decidido a conseguir un Acuerdo Sectorial de Transportistas para finales de año. Aunque en esos meses muchas cosas lo distrajeron, al final de 1963 había conseguido cerrar el trato. En el primer contrato logramos un aumento de cuarenta y cinco centavos la hora. Además, nuestras pensiones comenzaron a subir. Un tipo que se jubila hoy de su agrupación cobra tres mil cuatrocientos dólares al mes. A eso hay que agregarle lo que te entrega la Seguridad Social, y estoy seguro de que te llega para vivir. Pues todo eso proviene de lo que logró Jimmy Hoffa aquel año, pese a todas las distracciones. Una vez que el Acuerdo Sectorial de Transportistas fue firmado, Jimmy me colocó en el comité nacional de negociación para el sindicato.

El sueño de un Acuerdo Sectorial de Transportistas se remonta a los días de la Gran Depresión. Con un acuerdo así, que incluyese a todos los sindicatos de Camioneros a lo largo y ancho del país, el salario por hora de todos los trabajadores del sector sería el mismo, al igual que los beneficios y las pensiones. Pero lo mejor de todo era que solo habría que negociar un contrato. En lugar de que cada compañía de transportes tuviese que negociar de forma individual sus contratos en las distintas partes del país, existiría un comité de gestión de las negociaciones. En el caso de que fuéramos a la huelga porque no lográbamos entendernos, se produciría una huelga general en todo el país; claro que nunca tomamos ese camino.

Jimmy jamás convocó a una huelga general. Pese a todo, con el miedo que eso provocaba en la Administración y en el gobierno, ya te puedes imaginar lo difícil que algo así le resultaba a Jimmy. Tenía que conseguir que todas las compañías de transportes se pusiesen de acuerdo y que todas las agrupaciones sindicales hicieran lo mismo. Con un solo contrato, las compañías de transportes ya no podrían ser divididas y conquistadas, y los ladrones como Raymond Cohen no podrían recibir dinero en negro por contratos amañados. Cohen trabajaba así.

Por eso Jimmy nos hacía luchar tan duro contra los rebeldes y a veces hacíamos lo que se debía hacer. Jimmy necesitaba un sindicato consolidado. Para él, Filadelfia era el hueso más duro de roer. En primer lugar, Cohen se negaba a dejar el poder. En segundo lugar, la Voz y los demás grupos rebeldes aún seguían muy activos y agitadores. Los conductores de Filadelfia se aprovecharon de la situación en la agrupación local 107. Ni siquiera querían cooperar en un acuerdo zonal. Sabían que Cohen no los apretaría. Jimmy logró acorralarlos bajo la amenaza de que los llevaría al cierre mediante huelgas en sus terminales a las afueras de Filadelfia.»

En febrero de 1963, mientras el jurado de acusación en Nashville se dedicaba a reunir pruebas que demostrasen la manipulación del jurado, Jimmy Hoffa hablaba sobre las compañías de transportes en Filadelfia. «O bien tendrán que vivir con nosotros aquí, —decía—, o tendrán que luchar contra nosotros en todas partes.»

Hoffa se enfrentaba al problema de los rebeldes de la Voz que, según creía, recibían apoyo y aliento de la AFL-CIO y de Bobby Kennedy: «Tendremos que convertirlos a nuestro modo de pensar».

Al mismo tiempo, Hoffa se enfrentaba al proceso legal en Nashville: «Algo está ocurriendo en este país y tiene un nombre: Bobby Kennedy, un hombre que ha formado a un equipo de élite de veintitrés fiscales generales para ir en mi contra».

Junto con los demás que habían formado parte del entorno de Hoffa en Nashville en el hotel Andrew Jackson, Ed Partin también fue convocado

por el jurado de acusación y, siguiendo la línea de los hombres de Hoffa, se acogió a la Quinta Enmienda. Bill Bufalino le escribió una nota con las palabras precisas que debía decir ante el gran jurado. El gobierno estaba decidido a mantener la deserción de Partin en secreto. A la vez, ciertas personas, como el agente de la brigada de carreteras, habían comenzado a admitir la verdad y al gobierno le parecía cada vez más cercana la posibilidad de presentar una acusación por manipulación del jurado.

Jimmy Hoffa se pasó catorce semanas en Filadelfia, en el hotel Warwick, haciendo campaña contra la Voz para las próximas elecciones de abril. En unos comicios celebrados pocos meses antes, la Voz había perdido por solo seiscientos votos en una agrupación local compuesta por once mil miembros. Dichos comicios, sin embargo, eran vistos como algo distinto por la violencia contra la Voz ejercida a lo largo de la campaña. En esta ocasión, sin recurrir a la violencia, Hoffa realizó una vigorosa campaña, explicando los beneficios salariales y las pensiones que se derivarían de los planes que tenía él para el sindicato de Camioneros. En las elecciones de abril de 1963, los Camioneros de Hoffa volvieron a derrotar a la Voz, lo que significaba que la cuarta mayor agrupación sindical de los Camioneros volvía a alinearse con Hoffa. Entre sus promesas incluyó «dejar el pasado en el pasado». Pero si derrotar a la Voz era importante para Hoffa, no lo era menos el hecho de que ahora Cohen le debía completa lealtad en el tema del Acuerdo Sectorial de Transportistas.

El 9 de mayo de 1963, Jimmy Hoffa fue acusado en Nashville de manipulación del jurado. Al entrar a realizar su defensa para negar su culpabilidad, Hoffa declaró a la prensa allí reunida que Bobby Kennedy «lleva a cabo una *vendetta* personal en mi contra y está intentando acusarme con historias diseminadas entre la prensa... Está claro que no soy culpable. Esta acusación habla de diez personas y yo solo conozco a tres de ellas».

En 4 de junio de 1963, Cohen fue condenado por malversación de los fondos del sindicato. Ahora quedaban despejadas las dudas sobre el sueño del Acuerdo Sectorial de Transportistas. Cohen sería destituido como presidente de la agrupación local 107 e iría a la cárcel, desde donde le

resultaría imposible tramar en secreto contra las negociaciones entre Hoffa y las compañías de transportes de Filadelfia.

La misma tarde de la sentencia contra Cohen, un jurado de acusación en Chicago presentaba una acusación contra Jimmy Hoffa por uso fraudulento del fondo de pensiones de los Estados Centrales para su propio enriquecimiento. La principal acusación contra Hoffa se relacionaba con la entrega en garantía de cuatrocientos mil dólares de fondos sindicales sin intereses para asegurarse un préstamo personal para el desarrollo inmobiliario de Sun Valley, en Florida. Se presumía que James R. Hoffa recibía secretamente un 22 % en concepto de intereses a la propiedad en todas las ganancias de aquella empresa. Hoffa negó recibir ninguna clase de intereses secretos.

«Justo después de que metieran a Cohen en chirona, fui con Jimmy a una sesión de negociación contra la administración en un motel en Arlington, Virginia, a las afueras de Washington. Cogí a unos cuantos chicos que salían de la escuela y les di cincuenta dólares a cada uno para que se encerrasen en los baños del establecimiento y para que mantuvieran los ascensores ocupados. Luego eché laxantes en una de las dos jarras de café. Los que formábamos parte del sindicato nos servimos café de la jarra sin laxante. Entre los de la administración, una mitad bebió de nuestra jarra y la otra mitad tomó del café adulterado. Al poco, uno de los tipos se levanta, sale corriendo al baño de la sala de negociaciones y no vuelve a salir de allí. Otros cuantos, al sentir los efectos, se volvieron locos, corriendo por las escaleras del hotel en busca de un baño que estuviera libre. Esos quedaron fuera de la negociación, para poder descansar y cambiarse de ropa. Con eso conseguí reducir a una parte del ganado. Ya era más fácil negociar contra un grupo más pequeño. Pese a toda la presión que tenía encima, nunca había visto a Jimmy reírse tanto como cuando volvimos a nuestro cuarto.

Durante ese verano y el otoño que siguió, no lo vi mucho. Se reunía continuamente con sus abogados por las nuevas acusaciones. El primer juicio era por lo que llamaban manipulación del jurado. Estaba

programado para octubre en Nashville. Yo tenía planeado ir por allí y aprovechar para asistir a los conciertos de música country del Grand Ole Opry. El caso del fondo de pensiones en Chicago, relacionado con el tema de Sun Valley, estaba programado para la primavera de 1964. Yo era capaz de encontrar la excusa que fuera con tal de ir de visita a Chicago.

El abogado Frank Ragano sostiene en un libro, así como en una emisión del Canal de Historia, que Jimmy Hoffa le dio un mensaje para Santo Trafficante y Carlos Marcello: que le diesen un beso al presidente John F. Kennedy. Según dice, eso ocurrió en la oficina de Jimmy, en Washington, mientras estaban trabajando en la preparación del juicio. Yo no veo a Jimmy enviando un mensaje así, con ese mensajero y con esas palabras.»

En 1994 Frank Ragano escribiría unas memorias que tituló, de forma apropiada, *Mob Lawyer* (El abogado de la mafia). En ellas, Ragano sostiene haber oído una discusión entre Jimmy Hoffa, Joey Glimco y Bill Bufalino a comienzos de 1963, cuando los grandes jurados se estaban reuniendo en Nashville y Chicago, aunque antes de que se hubiesen presentado formalmente las acusaciones. Mientras jugaba al Gin con Glimco, Hoffa le preguntó a Bufalino:

—¿Tú qué crees que pasaría si le ocurriera algo a Bobo? (Hoffa siempre se refería a su archienemigo como Bobo.)

El consenso alcanzado en la discusión era que, si algo le ocurría a Bobby, Jack soltaría los perros. Pero si algo le sucedía a Jack, entonces el vicepresidente Lyndon Jonson se convertiría en presidente, y era un secreto a voces que Lyndon odiaba a Bobby. Los tres estuvieron de acuerdo en que no había duda de que Lyndon despediría a Bobby de su puesto de fiscal general. Según lo recuerda Frank Ragano, Jimmy Hoffa comentó entonces:

—Vaya que si lo haría. ¡Si lo odia tanto como yo!

Poco después, el martes 23 de julio de 1963, cuatro meses antes del asesinato del presidente Kennedy, Ragano afirma haber estado reunido con Hoffa para tratar las nuevas acusaciones que habían sido presentadas en

mayo y junio. Hoffa estaba fuera de sí de rabia. Según Ragano, en ese momento le dijo:

—Hay que hacer algo. Ha llegado el momento de que tu amigo y Carlos se deshagan de él, de que maten a ese hijo de puta de John Kennedy. Es algo que hay que hacer. Asegúrate de comunicarles lo que te acabo de decir. Basta de seguir dando por culo. Se nos está acabando el tiempo y hay que hacer algo.

«Vale, lo que entiendo es que Frank Ragano no estaba al corriente sobre Partin. Durante el juicio en Nashville, Jimmy estaba bastante seguro de que había un espía entre ellos. Sé que todos los que formaron parte del equipo del hotel Andrew Jackson eran sospechosos a los ojos de Jimmy. Por aquel entonces, él hacía poco que había conocido a Frank Ragano. No es como con Bill Bufalino; Jimmy y él se conocían desde hacía años y ya habían cerrado tratos juntos. Entre ellos existía una base de respeto mutuo. Jimmy contaba con un jet privado que estaba a su disposición todo el tiempo. Si hubiera querido enviar un mensaje tan serio como ese, él mismo hubiese volado a Florida. Por lo demás, Jimmy tenía un sitio en Miami Beach que estaba muy bien. Y si había alguien que supiese concertar una reunión por teléfono, ese era Jimmy. Fue así como yo lo conocí: a través de una llamada al local de Skinny Razor. No me malinterpretes, dicen que Frank Ragano es buena persona, y Santo Trafficante y Carlos Marcello confiaban mucho en él como abogado. Si Frank Ragano afirma que eso es lo que recuerda, tendré que inclinarme ante su memoria. Pero me estás hablando de algo que nadie en su sano juicio dice de la forma en que supuestamente se lo habría dicho Jimmy. Si Jimmy se lo soltó así a Ragano y este, a su vez, se lo retransmitió a aquella gente, tendrían que haberse preguntado si Jimmy estaba de verdad en sus cabales al despotricar de esa forma. Por no hablar de la posición en la que queda la persona que escucha algo así. Carlos tenía en su despacho un cartelito que decía que entre tres personas se puede guardar un secreto, si dos de ellas están muertas.

Por si no había suficiente jaleo ya en 1963, comenzó a correr el rumor por los pasillos de que el FBI había logrado la colaboración de un soldado llamado Joseph Valachi. Valachi fue el primero en cambiarse de bando. En realidad, no era más que un soldado de la familia Genovese, en Nueva York. Hablamos de la familia que comenzó cuando Lucky Luciano y Meyer Lanski se juntaron hace años. Valachi no era íntimo de ninguno de los grandes. Yo nunca había oído su nombre ni lo había llegado a conocer a través de Russell. Si no me equivoco, tampoco Russell había oído hablar jamás de él hasta que no se destapó todo el asunto. Pero este Valachi conocía todos los viejos cuentos. Sabía quién se había cargado a quién y por qué. Contó, por ejemplo, que Vito Genovese había arrojado desde el tejado a un ciudadano para casarse con su esposa, cosa que luego hizo. Conocía a todas las familias y cómo estaba todo montado en la organización entre los italianos.

Valachi había nacido para chivato y camello. Su propio jefe, Vito Genovese, quiso darle el beso cuando estuvieron juntos en la prisión federal por sospechar que se trataba de un traidor y un soplón carcelario. Cuando dudes, que no te quepa duda.

Joe Valachi acabó matando a un prisionero inocente creyendo que le iba a dar el beso, tras lo cual empezó a contarle a todo el mundo lo que sabía. Describió cómo uno era iniciado cuando se convertía en un hombre de honor. Descubrió secretos italianos de los que yo ni me había enterado. Contó pequeñas anécdotas, como por ejemplo que Carlos Marcello no permitía que nadie, de ninguna de las familias, fuese de visita a Nueva Orleans, ni siquiera para el martes de Carnaval, sin que él lo autorizara antes. Carlos Marcello era uno de esos jefes que no le da ninguna oportunidad al azar; el hombre comandaba un barco muy ordenado.

Un par de semanas antes de que fuese fijado el juicio a Jimmy por manipulación del jurado, Bobby Kennedy mostró al Joe Valachi este por televisión en uno de esos procesos de McClellan. Era como el uso de la propaganda durante la guerra, como la publicidad que había para vender bonos de guerra. Joe Valachi hacía las veces de Bob Hope. Pero ya se podía prever que, tras la publicidad causada por las declaraciones de Valachi, el movimiento contra el llamado crimen organizado realmente iba

a extenderse aún más. Había muchas partes interesadas pegadas a la pantalla en distintos clubes y baños termales italianos repartidos por todo el país.»

En septiembre de 1963, casi un mes antes de juicio programado contra Hoffa por manipulación del jurado, Joseph Valachi apareció en televisión ante la comisión McClellan y desveló para el público todos los detalles de lo que Bobby Kennedy llamó «la mayor fuga de inteligencia en la historia del crimen organizado en Norteamérica».

La odisea de Joe Valachi, desde su posición como sicario de poca monta y delincuente habitual hasta convertirse en uno de los rostros de la campaña publicitaria de Bobby Kennedy, había comenzado un año antes, en el verano de 1962, en la prisión federal de Atlanta. Valachi cumplía condena por tráfico de drogas al mismo tiempo que su jefe, Vito Genovese. Para humillar a Valachi y hacer que pareciese un colaborador, los agentes de la Oficina Federal de Narcóticos solían visitarlo en su celda con regularidad. La idea era que Genovese cayese en un estado de paranoia con respecto a Valachi. Eso le metería el miedo en el cuerpo a Valachi y, bajo esa presión, acabaría haciendo cualquier cosa. Este truco sería empleado infructuosamente por el FBI más tarde, en la prisión de Sandstone, contra el propio Frank Sheeran para obligarlo a hablar sobre la desaparición de Hoffa. En el caso de Valachi y Genovese, sin embargo, dio resultado.

Vito Genovese se acercó con calma a su soldado, Joe Valachi, y, de acuerdo con el testimonio de este último, le dijo lenta y concienzudamente:

—Ya sabes que si alguna vez tengo un cajón con manzanas y una de ella está un poco tocada... no totalmente podrida, sino un poco tocada..., hay que deshacerse de ella o, de otro modo, acabará estropeando el resto de las manzanas.

Genovese habría cogido a su soldado con ambas manos y le habría dado el «beso de la muerte» en la boca.

Cuando Valachi se acercó a otro presidiario con una cañería de plomo y lo mató a golpes, se dieron cuenta de que el truco había funcionado. Para

evitar la pena de muerte, y a cambio de tener que cumplir cadena perpetua, Joseph Valachi le dio otra razón más a Hoffa y a sus amigos para que odiasen a Bobby Kennedy.

El primer testigo citado a declarar por el senador McClellan, antes de la declaración de Joseph Valachi en septiembre de 1963, fue Bobby Kennedy. Ante la comisión y las cámaras de televisión para todo el país, Bobby Kennedy anunció:

—Gracias a los datos de inteligencia reunidos por Joseph Valachi... sabemos que La Cosa Nostra está gobernada por un comité, y qué líderes de La Cosa Nostra de la mayoría de las ciudades son responsables ante dicho comité... Y sabemos quiénes son los miembros en activo del comité al día de hoy.

«Justo después de la declaración de Valachi, los abogados de Jimmy consiguieron postergar el juicio por manipulación del jurado hasta enero de 1964. Y entonces, por alguna razón, el juez decidió cambiar de recinto a Chattanooga porque algo pasaba en Nashville. Nos íbamos a pasar el Año Nuevo bailando al ritmo de “Chattanooga Choo Choo”.»

El 8 de noviembre de 1963, el mismo oficial de policía de Nashville que había informado sobre Tommy Osborn durante el caso de Test Fleet en Nashville, volvió a informar sobre Osborn al equipo para atrapar a Hoffa en relación con un intento de manipular a un potencial miembro del jurado de Nashville para el próximo juicio por manipulación, programado para comienzos de 1964. Esta vez, el equipo para atrapar a Hoffa consiguió grabar en secreto una cinta que hizo llegar al juez Miller, el principal juez en la sala.

El juez Miller llamó entonces a Tommy Osborn a sus dependencias y lo confrontó con la alegación interpuesta por la policía de Nashville, según la cual Osborn había solicitado a un oficial de su cuerpo que localizase y sobornase a un potencial miembro del jurado con una oferta de diez mil dólares por un voto de absolución. El potencial miembro obtendría cinco

mil dólares si era finalmente seleccionado para integrar el jurado que participaría en el juicio, y recibiría otros cinco mil dólares cuando el jurado avisara de encontrarse bloqueado sin salida. Inicialmente, Osborn negó estas alegaciones. Pero entonces el juez Miller le hizo saber que el oficial de policía que había informado al equipo para atrapar a Hoffa de la inconveniente propuesta había grabado secretamente una cinta que corroboraba la conversación con Osborn. En ese momento, el abogado recibió una orden judicial para que se explicase por escrito y así evitar su inhabilitación. Osborn informó del asunto a Bill Bufalino y a Frank Ragano antes de volver a entrevistarse con el juez, ante el cual admitió que era su voz la que aparecía en las grabaciones, pero que todo había sido una idea del oficial de policía y que él no pretendía seguir ese camino. En otras palabras, Osborn solo se había estado tirando un farol, fanfarroneando. En un juicio aparte, Osborn acabaría siendo condenado y pasó una temporada en prisión. En 1970, poco después de salir en libertad, víctima de la desesperación, acabó con su vida de un disparo en la cabeza. Pero a finales de 1963, el principal abogado de la defensa de Jimmy Hoffa en el juicio por manipulación del jurado se preparó para esperar el siguiente comunicado en relación con su inhabilitación, para ver si incluía nuevos casos de manipulación del jurado.

Tomando en consideración que la ciudad de Nashville se encontraba contaminada de forma irremediable, el juez aceptó la solicitud de la defensa de trasladar el juicio a Chattanooga en enero de 1964.

«Una mañana, unos días antes del 22 de noviembre de 1963, recibo una llamada de Jimmy para que vaya a la cabina pública. Una vez allí, Jimmy me llama y solo dice:

—Ve a ver a tu amigo.

Cogí el coche y me fui a casa de Russell. Cuando llego, sale a recibirme a la puerta y todo lo que me dice es:

—Ve a ver a tus amigos de Brooklyn. Tienen algo que quieren que lleves a Baltimore.

Ese no era el Russell que yo conocía, lo cual ya era una indicación de lo que se me venía encima.

Di la vuelta y enfilé hacia el restaurante Monte's, en Brooklyn. Era un lugar frecuentado por la gente de la familia Genovese. Es el restaurante italiano más antiguo de la ciudad de Nueva York y está al sur de Brooklyn, cerca de Gowanus Canal. Excelente comida. A la izquierda del restaurante tienen su propio aparcamiento. Dejé ahí el coche, entré y me senté en la barra. Tony Pro se levantó de su mesa, se fue a la parte de atrás y regresó con un bolso grande. Me lo pasó y me dijo:

—Ve a Cementos Campbell, en Baltimore, adonde fuiste aquella vez con el camión. El piloto de nuestro amigo estará esperándote.

No era necesario haber pasado mucho tiempo en combate para saber que dentro de aquel bolso alargado había tres fusiles. Yo sabía que eran fusiles, aunque no sabía de qué se trataba todo eso.

Cuando llegué allí, el piloto de Carlos, Dave Ferrie, me estaba esperando junto con otro tipo que yo había conocido en el restaurante Monte's y que formaba parte de los Genovese. Ya no está vivo, pero tiene una estupenda familia. No hay por qué mencionar su nombre ahora. De inmediato, me preguntó:

—¿Cómo está tu amigo?

—Le van bien las cosas —respondí yo.

—¿Tienes algo para nosotros? —continuó.

Después del tono que había empleado Russell, preferí no bajarme del coche. Le pasé entonces las llaves y él abrió el maletero, sacó la bolsa, nos despedimos y partí de regreso a casa.»

Cuando este intercambio tenía lugar en el Monte's, Provenzano se encontraba en libertad provisional, tras haber apelado el 13 de junio de 1963 a una condena por fraude laboral. Su encargado de realizar los sobornos y compañero de acusación, Michael Communale, un antiguo fiscal de Hudson County, también resultó condenado. La condena de junio de 1963 serviría para enviar a Provenzano a la prisión de Lewisburg por un espacio de cuatro años y medio, y como se trataba de una infracción a la

ley laboral, quedaría inhabilitado para ejercer cualquier actividad sindical durante cinco años una vez cumplida su condena. A lo largo del juicio, el redactor del *New York Post*, Murray Kempton, identificó a Provenzano como «el jefe sindical mejor pagado de toda Norteamérica». En aquel momento, gracias a sus tres puestos en los Camioneros, Provenzano ganaba más que Jimmy Hoffa e incluso más que el presidente de Estados Unidos.

Bobby Kennedy era la fuerza visible detrás de la condena impuesta a Provenzano por fraude laboral, ampliamente difundida en la prensa. A su vez, Provenzano condenó la táctica del fiscal general, consistente en enviar a investigadores para interrogar a sus amigos, vecinos y, lo más imperdonable, a sus hijos. El *New York Times* informaba de que Provenzano había acusado a Kennedy «en términos tan obscenos que las grabaciones hechas por la televisión no se pudieron emitir y los periodistas fueron incapaces de encontrar una cita directa de sus palabras que pudiera imprimirse».

En Nashville, el día 20 de noviembre de 1963 el juez Miller inhabilitaba a Tommy Osborn.

Dos días más tarde, el presidente Kennedy era asesinado en Dallas.

Entre las llamadas telefónicas que un afligido Bobby Kennedy realizó para hablar sobre los que consideraba sospechosos del asesinato de su hermano, hay una dirigida a Walter Sheridan. En ella, Bobby Kennedy le pide a Sheridan que verifique una posible participación de Jimmy Hoffa.

«En aquella época, la sede del sindicato en Wilmington, Delaware, estaba cerca de la estación de tren. Todavía era parte de la agrupación local 107 de Filadelfia. Yo tenía allí algunos negocios sindicales que me obligaron a hacer una parada en un par de terminales de carga por el camino. Cuando entré en la sede sindical, la radio anunciaba que habían disparado a Kennedy. En cuanto oí las noticias que llegaban de Dallas me pareció fatal, como a todo el mundo. Aunque no era uno de mis personajes favoritos, yo no tenía nada personal contra él, además de que tenía una bonita familia. Incluso antes de que Ruby se cargase a Oswald, se me pasó por la cabeza

si todo aquello tenía alguna relación con el asunto de Monte's. No hace falta decir que no había nadie a quien pudiera hacer semejante pregunta.»

En Washington, todas las banderas fueron arriadas a media asta a medida que la noticia del asesinato se expandía y todos los que trabajaban con o para el gobierno fueron enviados a casa. Cuando Jimmy Hoffa supo que el vicepresidente de la Fraternidad Internacional, Harold Gibbons, de St. Louis, había arriado la bandera de la sede central de los Camioneros a media asta y había cerrado el edificio, le entró un ataque de rabia.

«Jimmy nunca perdonó a Harold Gibbons por poner la bandera a media asta. Yo le dije a Jimmy:

—¿Y qué otra cosa iba a hacer? Todos los edificios están con la bandera así.

Pero Jimmy no quería saber nada. Más tarde, cuando Jimmy iba de camino a la trena, le sugerí que pusiese a Harold Gibbons a cargo de los asuntos del día a día, en lugar de a Fitz. En todo el sindicato no había persona más dedicada ni más correcta que Harold Gibbons. Pero la única respuesta que me dio Jimmy fue:

—Que le den por saco.»

El mismo día del funeral del presidente Kennedy, mientras todo el mundo lloraba la pérdida del joven comandante en jefe de Estados Unidos de América, Jimmy Hoffa acudió a los estudios de televisión de Nashville para criticar con dureza al gobierno por acorralar a Tommy Osborn y deshabilitarlo.

—Tengo la impresión de que este juicio no es más que una farsa — exclamó Jimmy—, que el gobierno, los oficiales locales y los jueces han buscado tenderle una trampa para así despojarme de un abogado competente que me represente en mi caso.

A continuación, ante la audiencia televisiva de Nashville, se permitió deleitarse añadiendo algo que resulta siniestramente importante en aquel conmovedor y solemne día de funeral:

—Ahora Bobby Kennedy no es más que un abogado.

XIX

Manipulando el alma de la nación

Ya el 9 de diciembre de 1963, cuando tan solo habían pasado diecisiete días del asesinato de su hermano, Robert Kennedy conversó brevemente con Arthur M. Schlesinger Jr. sobre la posibilidad de que la mafia estuviese involucrada. Schlesinger, un historiador ganador del premio Pulitzer y antiguo profesor de Harvard, había sido asistente especial del presidente Kennedy. En su biografía en dos tomos titulada *Robert Kennedy and His Times* escribió que había pasado la noche del 9 de diciembre con Robert Kennedy y le había preguntado, «tal vez sin mucho tacto, sobre Oswald. Él me confesó que no había dudas de peso sobre la culpabilidad de Oswald, pero que seguía siendo discutible si había actuado por su cuenta o si era parte de una trama más extensa organizada por Castro o por los gánsters».

Dos años después de que la comisión Warren publicase su informe de 1964, Bobby Kennedy le dijo las siguientes palabras al antiguo ayudante de su hermano Jack en la Casa Blanca, Richard Goodwin: «Nunca pensé que fuesen los cubanos. Si alguien podía haber estado involucrado era el crimen organizado. Pero no hay nada que pueda hacer al respecto. Ya no».

Cuando hizo esas declaraciones a los antiguos oficiales de la Casa Blanca que eran sus amigos, Bobby Kennedy conocía el funcionamiento interno del crimen organizado mejor que cualquier otra persona que no integrase La Cosa Nostra. Con certeza Bobby Kennedy sabía que, de no

haber guerra entre distintas facciones de la mafia, los jefes no iban a eliminar a los subalternos de otras familias porque eso implicaba grandes venganzas. Cuando querían poner en marcha una determinada política, los jefes de la mafia tradicionalmente eliminaban al jefe de la facción opuesta, no a los vicejefes. A escala internacional esto se denomina cambio de régimen. Para los jefes italianos solo era una cuestión de seguir la vieja máxima siciliana que decía que para matar a un perro no le cortas la cola, le cortas la cabeza.

Aquel doloroso día en que su hermano resultó asesinado en Dallas, Robert Kennedy se encontraba en Washington, encabezando una reunión de dos días con los fiscales federales sobre el crimen organizado. Los fiscales acudían de los distintos distritos judiciales del país para reunirse en el Ministerio de Justicia en este encuentro clave. El propósito era resolver los detalles de la siguiente fase de la campaña de la fiscalía general contra el crimen organizado.

Al segundo día, cuando se encontraba en una pausa para comer, la dramática noticia proveniente de Dallas llegó a oídos de Robert Kennedy.

El jefe de la sección para el crimen organizado de la División Criminal del Ministerio de Justicia era el fiscal William Hundley. Según sus palabras, «en el minuto en que la bala dio en la cabeza de Jack Kennedy, se acabó todo. En ese mismo instante. El programa para el crimen organizado simplemente se detuvo».

Dejar al descubierto el crimen organizado y liberar al país de él había sido la apasionada obsesión de Bobby Kennedy. Había supuesto una campaña muy personal que él, además, había convertido en algo muy personal también para los que trabajaban con él y para sus enemigos del crimen organizado. Bobby Kennedy imprimió a la campaña un sesgo claramente competitivo.

Durante los tres primeros años contra el crimen organizado, de una campaña que al final duraría seis años en total, Bobby fue el abogado principal de la comisión McClellan. En ese período se dedicó a interrogar, hostigar y burlarse de muchos de los hombres más despiadados y vengativos de Norteamérica. Kennedy soltaba una pregunta cargada tras otra e invariablemente recibía la misma respuesta: «Me niego a contestar,

dado que podría llegar a incriminarme». Durante uno de esos interrogatorios, Bobby había mirado a los ojos a Sam Giancana, «Momo», y le había dicho:

—Tú eres el principal asesino del grupo que sucedió a la mafia de Capone.

Bobby Kennedy había interrogado al colega de Frank Sinatra y socio en el negocio del Casino Cal-Neva para saber si se deshacía de sus víctimas metiendo sus cuerpos en el maletero del coche. Cuando Giancana se rio y volvió a acogerse a la Quinta Enmienda, Kennedy le respondió con tono despectivo:

—Y yo que creía que solo a las niñas pequeñas les entraba la risita, señor Giancana.

Al hacer aquel comentario, Bobby Kennedy era consciente de que Sam Giancana, «Momo», era alguien que empleaba métodos particularmente sádicos a la hora de realizar sus asesinatos. En diciembre de 1958, Giancana había dado orden de mutilar brutalmente al señor y la señora Greenbaum en su casa de Phoenix, Arizona. Después de ser torturados, ambos acabaron degollados. Gus Greenbaum era uno de los socios de Meyer Lansky y había reemplazado a Bugsy Siegel como director del hotel Casino Flamingo en Las Vegas, después de que Siegel fuese asesinado. En el momento de ser degollado, Greenbaum dirigía el hotel Casino Riviera en Las Vegas. Giancana sospechaba que le estaba robando. Con la tortura y muerte de Greenbaum junto a su mujer, que era completamente inocente, Giancana quería enviar un mensaje a todos los que trabajaban para él, para que no se apartasen de las reglas.

En 1961, Giancana volvió a enviar otro mensaje a su gente. William Jackson, «Action», era un usurero extorsionador de más de ciento treinta kilos de peso que trabajaba para Giancana. Se sospechaba que Jackson actuaba como informante para el gobierno. Por esa razón, lo llevaron a una planta procesadora de productos cárnicos, lo colgaron de un gancho metálico de quince centímetros y lo torturaron durante dos días. Jackson fue sistemáticamente golpeado, mutilado, quemado, le dispararon en las rodillas y recibió descargas eléctricas con una picana para el ganado hasta que acabó muriendo. Después tomaron fotos del cuerpo. A todos los

hombres que trabajaban para Giancana en su vasto imperio criminal, que abarcaba desde Chicago hasta Las Vegas, Dallas, Hollywood y Phoenix, se les pidió que echasen una atenta mirada a esas fotografías.

Como colofón a sus tres años con la comisión McClellan, Bobby Kennedy escribió un superventas que añadía leña a su temeraria campaña. En su libro, Kennedy dejaba al descubierto en detalle el crimen organizado, ofreciendo nombres y hechos concretos al público general. Bobby Kennedy puso en evidencia al crimen organizado con el simple título de su libro, *El enemigo en casa*.

Durante los siguientes tres años de su campaña contra el crimen organizado, Kennedy actuó como fiscal general, el principal cargo oficial que vela por el cumplimiento de la justicia: era a él a quien debía entregar sus informes el director del FBI, J. Edgar Hoover. Bobby Kennedy elaboró una lista de los gánsters que tenía como objetivo, los persiguió y los encarceló. Gracias a él, se expandió el uso de informantes y de micrófonos secretos. Prácticamente todos los días impartía lecciones a Norteamérica y al gobierno federal —especialmente a Hoover, el director del FBI— sobre la existencia del crimen organizado, sobre la necesidad de proteger al país de los hampones organizados y sobre cómo emplear el enorme y, hasta entonces, inutilizado poder del gobierno federal para llevar a cabo todo eso.

En el corazón y en la mente de Bobby Kennedy no había objetivo más personal y peligroso para el país que el mismísimo Jimmy Hoffa. Pero hasta entonces, Hoffa siempre había encontrado un agujero para escapar de la red.

Sin embargo, después de lo ocurrido en Dallas la fuente de poder de Bobby Kennedy había quedado desconectada. Ante cualquier acto ilegal en el que Jimmy Hoffa y sus amigos incurriesen en el futuro, Bobby Kennedy ya no contaría con el ingente poder que le concedía su puesto de fiscal general para el gobierno de su hermano y mejor amigo.

Sin embargo, frente a los pecados cometidos por Hoffa en el pasado y por los cuales estaba acusado, Bobby Kennedy continuaba siendo casi como el fiscal general de Estados Unidos.

De algún modo, Bobby Kennedy y Lyndon Johnson consiguieron dejar a un lado sus diferencias durante suficiente tiempo como para que Kennedy siguiese en el puesto de fiscal general hasta que los juicios contra Hoffa finalizaron. El equipo para atrapar a Hoffa se mantuvo intacto y su supervisor y estratega en jefe permaneció al mando. Los juicios con jurado a los que debía hacer frente Jimmy Hoffa estaban programados para comienzos de 1964. El juicio por intentar sobornar al jurado comenzaría en Chattanooga el 20 de enero, mientras el juicio por el fondo de pensiones en el caso Sun Valley comenzaría en Chicago el 27 de abril de 1964. El equipo para atrapar a Hoffa esperaba que esta sesión judicial continua acabase con Jimmy Hoffa en prisión.

«A mediados de enero me encontraba en Chicago con Jimmy para la firma definitiva del Acuerdo Sectorial de Transportistas. Yo trabajaba para la Fraternidad Internacional, que aquel día estaba bien representada en Chicago. Había cuatro distritos o conferencias en aquella ocasión, cada uno de los cuales tenía un vicepresidente, y todos ellos estaban allí. Era un paso histórico para el movimiento sindical, algo muy industrioso. Las agrupaciones locales aún tenían que validar el tratado, pero en Chicago básicamente consistía en un trato cerrado. Cada agrupación tenía autonomía sobre los asuntos locales y sus conferencias podían negociar un anexo al acuerdo nacional, por su parte o según las necesidades especiales de su propia administración. Las agrupaciones locales podían negociar mejoras en temas concretos, pero nadie podía pactar por debajo de lo que el Acuerdo Sectorial ofrecía a los trabajadores. Desgraciadamente, después de eso siguió habiendo chanchullos. Nueva York era conocido por rebajar los derechos de los trabajadores. El pacto regía como parte del acuerdo nacional, pero dependía de los líderes de la agrupación que se hiciera valer. A Tony Pro los miembros de su agrupación nunca iban a ofrecerle una velada especial en su honor. Muchos de ellos cobraban menos o simplemente no trabajaban, mientras Pro recibía dinero bajo cuerda.

Cuatro días después de firmar el Acuerdo Sectorial de Transportistas, Jimmy volvía a estar en su trinchera en Chattanooga para la selección del jurado. Una vez que comenzó el juicio, fui a Chattanooga para sentarme en la sala con Bill Isabel y Sam Portwine. Habían conseguido un nuevo abogado local para reemplazar al que había sido inhabilitado. Bill Bufalino y Frank Ragano también volvían a estar allí. Asimismo contaban con abogados para defender a los restantes acusados. Allen Dorfman, que gestionaba el fondo de pensiones, era uno de los que había sido acusado de ayudar a Jimmy a sobornar al jurado. Chuckie O'Brien se encontraba junto a Jimmy para vigilar por si surgía algún otro chiflado con pistola de entre el público.

Y vaya si había gente en Chattanooga; la sala del tribunal estaba repleta. Después de pasar allí un par de días, me hicieron saber que mi presencia no era necesaria en la sala, así que me fui y me reincorporé al trabajo. Cuando salí de Tennessee, todo el mundo creía que el gobierno tenía varias causas contra algunas personas, pero no tenía testigos que pudieran involucrar a Jimmy en todo el asunto. Todo indicaba que se estaban preparando para enviar más paracaídas a Bobby Kennedy. Sin embargo, aún no sabían nada de Partin. El gobierno se había reservado a Partin para el final: era el testigo sorpresa.»

No existía ninguna disposición judicial que exigiese al gobierno identificar a los testigos de antemano. Edward Grady Partin fue mantenido en la sombra en una cabaña en Lookout Mountain, Tennessee.

El juicio por manipulación del jurado siguió su curso mientras el abogado del gobierno, James Neal, llamaba a los testigos a aportar, uno tras otro, datos para el caso contra los cómplices de Hoffa, es decir, contra todos aquellos que habían llevado a cabo el trabajo sucio durante el juicio en Nashville. Hoffa sonreía con cordialidad y derrochaba confianza.

Pero entonces, el último día, tres meses después del inicio del juicio, cuando la victoria parecía asegurada para Hoffa, el gobierno llamó a su último testigo a declarar. Edward Grady Partin entró en la sala y se produjo una batahola. De inmediato, los abogados de la defensa objetaron

que era antirreglamentario. Se presentó una moción para excluir del juicio cualquier declaración que Partin tuviese que ofrecer. El gobierno fue acusado de infiltrar un topo entre el sector de la defensa, lo que violaba el derecho constitucional de Hoffa a una defensa justa. Si podía probarse, el testimonio de Partin tendría que ser excluido del jurado y Jimmy Hoffa podría abandonar la sala, habiendo ganado otra vez.

No obstante, el gobierno mantenía la posición de que Edward Grady Partin no había sido infiltrado por la parte querellante, sino que él mismo se había ofrecido voluntariamente a participar en el juicio. Partin no había dado información a los abogados del gobierno, simplemente se había puesto en contacto con el antiguo agente del FBI, el señor Walter Sheridan, que no era abogado, quien le había solicitado que prestase atención por si detectaba alguna prueba de los constantes intentos de sobornar al jurado. Partin comunicó a Sheridan las pruebas de manipulación, quien a su vez avisó a los abogados querellantes que, a continuación, informaron al juez. Partin jamás había discutido con Walter Sheridan nada de lo que hubiese podido oír en Nashville en relación con el caso Test Fleet o con la defensa de Hoffa en dicho caso.

La declaración de la defensa duró cuatro horas. El juez, sin embargo, aceptó la versión dada por el gobierno y Edward Grady Partin fue autorizado a testimoniar ante el jurado, que volvió a ser llamado para que tomase asiento en la sala. Jimmy Hoffa tomó asiento en su sitio con la vista clavada en Partin, pero este no se mostró intimidado. De inmediato, procedió a vincular a Jimmy Hoffa con alusiones específicas a la manipulación del jurado al repetir ante sus miembros que Hoffa había alardeado en su presencia de determinados intentos de sobornar a los jurados antes de comenzar los juicios o mientras tenían lugar. Con cada una de sus frases, quedaba cada vez más claro que Jimmy Hoffa había sido el titiritero que había tirado de los hilos en Nashville.

Durante la siguiente pausa, Jimmy Hoffa cogió una pesada silla en la sala de la defensa y la arrojó hasta el otro extremo del cuarto.

Partin testificó a petición del gobierno y luego la defensa procedió a interrogarlo. La sesión de preguntas duró casi cinco días y, en lugar de derrumbarse, con cada jornada que transcurría Partin se hizo cada vez más

fuerte. En un momento dado, un abogado de la defensa acusó a Partin de memorizar y ensayar su testimonio, a lo que Partin respondió:

—De haberlo ensayado, habrían ustedes oído mucho más, pero he olvidado algunas cosas.

Una noche, en la etapa inicial del testimonio de Partin, la casa del agente de negocios y amigo de Partin en Baton Rouge recibió un disparo de escopeta.

Durante las pausas en el testimonio de Partin, Jimmy Hoffa comenzó a increpar a Walter Sheridan cada vez que se cruzaba con él. En una ocasión, Hoffa le hizo la inexplicable observación a Sheridan de que le habían dicho que tenía cáncer, lo cual no era cierto, y enseguida le preguntó:

—¿Cuánto tardará en hacer efecto?

En otra oportunidad, Hoffa le soltó a Sheridan:

—No tienes ni el menor asomo de agallas.

Asimismo, empezó a vociferar contra sus propios abogados en público. Los reporteros que permanecieron a la escucha mientras Hoffa se desgañitaba contra sus abogados informaban de comentarios como «No me importa si tienes que pasar toda la noche despierto». Este tratamiento por parte de Hoffa llevó al menos a uno de los abogados a interrumpir el juicio a menudo y de forma ruidosa, hasta el punto que llegó a ser acusado de desacato. Durante una pausa, Jimmy Hoffa amenazó al abogado querellante, James Neal, en los siguientes términos:

—Te voy a perseguir por el resto de tus días, Neal. No vas a estar siempre en el gobierno.

Una vez que Partin terminó de prestar testimonio, Jimmy Hoffa ocupó el estrado. Sin embargo, con todo lo ocurrido, se hallaba atemorizado. No sabía si el gobierno contaba con la grabación de algo de lo que le hubiera hablado a Partin en Nashville. De hecho, estaba convencido de que el gobierno tenía dichas grabaciones en su poder. Como consecuencia de sus temores, fue incapaz de negar directamente muchas de las imputaciones en su contra. Sus respuestas eran parciales e intentaban soslayar los comentarios, en lugar de negarlos tajantemente. Por desgracia, todos estos comentarios se referían a casos concretos de manipulación del jurado que habían quedado en evidencia por los testimonios de los propios jurados

sobornados. Ningún tipo de explicación podía ayudarlo contra eso. El único esclarecimiento posible que Hoffa hubiera podido ofrecer para satisfacer al jurado habría sido afirmar de manera inequívoca que jamás había hecho esa clase de comentarios a Edward Grady Partin. No obstante, el temor ante los medios de vigilancia electrónicos acabó disipando esa opción. La aclaración ofrecida por Hoffa desde el estrado de Chattanooga no fue uno de sus típicos discursos agresivos y punzantes.

El resto de la defensa se mostró aún más débil. Quedaba claro que Hoffa y sus abogados habían sido cogidos con la guardia baja ante el bombazo del testigo sorpresa.

Frank Fitzsimmons testificó a petición de Hoffa y declaró que él había enviado al agente de negocios negro Larry Campbell a Nashville para llevar a cabo ciertos asuntos de organización sindical. Resultaba un testimonio poco convincente para asegurar que Campbell no había acudido con el propósito de sobornar al jurado. Hasta cierto punto, lo que pretendía era refutar el testimonio de Partin, según el cual Hoffa le habría dicho «Tengo al miembro de color del jurado en el bolsillo. Uno de mis agentes, Larry Campbell, estuvo en Nashville antes del juicio y se encargó de todo».

Otro testigo de la defensa fue llamado a declarar para que afirmara que Edward Grady Partin era un adicto a las drogas. Si ya de entrada parecía una prueba bastante poco convincente, al final acabó reforzando la postura de la parte querellante al ser desmentida por el gobierno. Los fiscales sometieron a Partin a una evaluación por parte de dos expertos en drogas, médicos encargados del tratamiento de adictos, quienes testificaron en el tribunal que no existía ninguna prueba de que Partin estuviese utilizando narcóticos en aquel momento o que tan siquiera lo hubiese hecho alguna vez en su vida.

En su desesperación, y víctima de un alto grado de paranoia, la defensa presentó una moción por proceso viciado, acusando al gobierno de emplear medios de vigilancia electrónicos y no electrónicos contra el equipo legal de la defensa. La moción fue respaldada con la declaración jurada de expertos en vigilancia electrónica y fotografías de supuestos seguimientos por parte de miembros del FBI. Solo una de las imágenes

mostraba efectivamente a un agente del FBI, pero resultó ser alguien que pasaba casualmente en moto por la escena. Todas las restantes fotos contenían a ciudadanos ordinarios de Chattanooga tratando de retratar a los abogados famosos. Durante una de las discusiones de la moción, uno de los abogados de la defensa, Jacques Schiffer, desafió al fiscal James Neal a un duelo.

—No vuelvas a decir nada —le espetó— a menos que puedas probarlo. Podemos encontrarnos donde tú quieras con lo que tú quieras y veremos quién de los dos es el primero en ponerse amarillo.

Finalmente, el juez rechazó la moción por proceso viciado, basada en la supuesta vigilancia del equipo defensor por parte del FBI, calificándola de «claramente infundada».

El siguiente paso de la defensa fue presentar una moción por proceso viciado alegando que el jurado había oído a través de las paredes al mismo abogado de la defensa, Jacques Schiffer, discutiendo en voz alta un punto legal, y que varios de los miembros del jurado fueron oídos por casualidad realizando críticas de las tácticas ruidosas y agresivas de Schiffer. Este supuesto incidente habría tenido lugar cuando el jurado se hallaba recluido en la sala contigua destinada al jurado, en momentos en que no le estaba permitido oír los argumentos legales que se desarrollaban en la sala. Sin embargo, pese al tono estentóreo de la discusión del abogado de la defensa, el jurado aseguraba no haber escuchado nada de lo que había dicho Schiffer. Para darle credibilidad a la moción presentada, la defensa alegó que el abogado Frank Ragano, en mitad de la sonora argumentación de Schiffer, se había levantado de la mesa del equipo defensor para entrar en la sala contigua del jurado con el fin de escuchar y comprobar si era posible oír desde allí. Con expresión de incredulidad, el juez señaló a Ragano que lo que acababa de hacer era una profanación del carácter inviolable de la sala del jurado y que, en lugar de presentar pruebas de un proceso viciado, bastaba con haberle señalado a su colega que bajase la voz, tal como el propio juez se lo había estado pidiendo a lo largo de todo el juicio.

En su recapitulación de cierre, el fiscal del gobierno, James Neal, expresó ante el jurado que lo que había ocurrido en Nashville era «uno de

los mayores asaltos al sistema jurídico que hubiese visto la humanidad». En cuanto a la veracidad de las declaraciones de su testigo estrella, Neal se dirigió al jurado con pocas palabras:

—La razón por la que el gobierno sostiene que Partin dice la verdad es porque ha comprobado que todo aquello que nos dijo estaba teniendo lugar y aquello que nos contó que sucedería efectivamente sucedió.

James Haggerty, el abogado principal de Jimmy Hoffa, se refirió a lo ocurrido como una «vil y sucia trampa». Haggerty empleó a continuación la carta de Bobby Kennedy: al mencionar su nombre y escoger palabras que evocasen la esclavitud, Haggerty trató de apelar al reconocido prejuicio sureño contra Bobby Kennedy por haber comprometido al Ministerio de Justicia en la causa de la integración y darle apoyo al reverendo Martin Luther King. Haggerty acusó al hombre que se encontraba sentado al fondo de la sala, Walter Sheridan, que no había testificado en el juicio, de ser el «arquitecto de una trama diabólica» contra Jimmy Hoffa y de no ser más que «el sirviente de su amo, Robert Kennedy».

En la siguiente recapitulación de la defensa también se atacó a Robert Kennedy y a su «asesino del hacha, Walter Sheridan».

El jurado no fue distraído de la verdad. Allen Dorfman, el veterano combatiente de la guerra del Pacífico, cuyo papel en el juicio por manipulación del jurado había sido mínimo, fue declarado inocente. Jimmy Hoffa, junto a otros tres que lo habían ayudado a realizar sus ofertas de soborno, fueron hallados culpables. En dos juicios separados, otros dos hombres que habían actuado a las órdenes de Hoffa fueron declarados culpables.

Al pronunciar la sentencia el 12 de marzo de 1964, el abogado de la defensa, Jacques Schiffer, fue condenado a sesenta días de prisión por desacato al tribunal. El abogado Frank Ragano recibió una amonestación pública por colocarse fuera de la sala del jurado con el oído pegado a la puerta para escuchar lo que decían dentro.

Los tres implicados con Hoffa, declarados culpables en su juicio, recibieron penas de tres años. Al leer la sentencia de uno de los juicios que se celebraron por separado, la persona a la que Hoffa había encargado

sobornar al jurado fue condenada a cinco años. En el otro juicio celebrado por separado, el abogado de Nashville, Tommy Osborn, que había cruzado la línea en el terreno de la manipulación del jurado a petición de su cliente, Jimmy Hoffa, fue condenado a tres años y medio.

Jimmy Hoffa, el arquitecto de todo y la única persona que iba a sacar provecho del montaje, recibió una condena de ocho años.

Al dictar la sentencia, el juez Frank W. Wilson dijo lo siguiente:

Señor Hoffa, es la opinión de este tribunal... que en los incidentes mencionados [de manipulación del jurado] por los cuales se le condena... actuó usted con pleno conocimiento y de forma corrupta, [incluso] una vez que el juez del tribunal le informó respecto a un presunto intento de sobornar a un miembro del jurado... Dadas esas circunstancias, resulta difícil para esta corte imaginar una violación más deliberada de la ley. La mayor parte de los acusados que se hallan ante esta corte a la espera de sentencia han violado los derechos de propiedad o los derechos personales de otros individuos.

Comparece usted como condenado por haber intentado manipular la mismísima alma de esta nación.

XX

El club de la comedia de Hoffa

«El cadáver de Partin no les servía para nada. Lo necesitaban vivo. Tenía que poder firmar una declaración jurada. Necesitaban hacerlo jurar que todo lo que había dicho contra Jimmy en el juicio eran mentiras que había sacado de un guión que le había pasado la gente de Bobby Kennedy que trabajaba en el equipo para atrapar a Hoffa. Partin tenía que afirmar que todo lo que había hecho se debía a que tenía una serie de cargos por secuestro que ponían en riesgo su cabeza, no a que Jimmy hubiese amenazado con cargarse a Bobby. Esa era la mejor opción de Jimmy en el tema de la manipulación del jurado. Partin sabía que nadie le iba a dar el beso mientras pudiese engañarlos, así que entregó a los abogados de Jimmy varias declaraciones juradas parciales que no servían de gran cosa y una declaración completa. Al final, nunca lograron que declarase que lo que había hecho era condenar injustamente a Jimmy Hoffa. Las únicas notas que consiguieron sacarle sobre la condena fueron las de la famosa canción: “Partin, mi niño, ¿no es eso que suena el tren de Chattanooga Choo Choo?”»

Otra razón por la que Hoffa necesitaba que Partin viviese muchos años guardaba relación con las opciones que le restaban antes de poder solicitar la libertad condicional o la absolución presidencial. En su autobiografía,

Jimmy Hoffa escribió que el 27 de marzo de 1971, Partin le había facilitado a sus abogados una declaración completa que formaba «una confesión de veintinueve páginas». A cualquier conocedor de estas materias le basta con leer la versión escrita de Hoffa para comprender que no se trataba de una «confesión» que reconociese haber provocado una condena injusta por parte de Partin o del gobierno. Es más, independientemente de lo que se la considere, dicha declaración completa fue obtenida en un intercambio entre el sector de Hoffa y Partin, en el que se le concedía la participación en un negocio potencialmente lucrativo con Audie Murphy, el actor de cine y el «héroe más condecorado de la segunda guerra mundial».

Todavía aquejado de pesadillas producto de la guerra, Murphy estaba pasando por momentos duros. Se había declarado en bancarrota en 1968 y había sido acusado de asalto con intento de homicidio en 1970. Con todo, para un sureño como Partin, aquel condecorado soldado de Tennessee seguía siendo una estrella deslumbrante. Descaradamente, Hoffa escribió que, para que el trato resultase beneficioso para Audie Murphy y para Partin, era necesario un favor no especificado. Al poco de obtener la declaración completa, Hoffa escribía: «El senador [republicano por California y antiguo actor de cine] George Murphy le hizo llegar en persona [la declaración completa] al fiscal general John Mitchell y Audie Murphy se la entregó al presidente Nixon».

«Nunca conocí a Audie Murphy, ni con Jimmy ni durante la guerra. Allí participamos en las mismas operaciones, aunque en divisiones distintas. Después de la guerra se convirtió en un bebedor consumado, como yo. Había oído que tenía negocios con Jimmy, pero nunca supe de qué se trataba. Murió en un accidente al estrellarse en una avioneta. Jimmy había participado en el negocio del carbón durante una temporada, aunque no creo que Audie Murphy estuviera metido en eso.

Mientras tanto, en Filadelfia, en la primavera de 1964, los rebeldes de la Voz amenazaron con denunciar a la Fraternidad Internacional si se gastaba más dinero para pagar la defensa legal de Jimmy. Ya se había

destinado más de un millón en el juicio por soborno al jurado en Chattanooga. Y ahora el juicio en Chicago por lo de Sun Valley estaba a la vuelta de la esquina. Era más que seguro que también habría que pagar allí salarios y gastos, con todo lo que estaba en juego. Jimmy había reservado toda una planta en el hotel Sherman House en Chicago y tenían contratado a un chef a tiempo completo para que les cocinase todos los días. El juicio de Chicago se iba a desarrollar durante meses. Allí también contaban con un pelotón de abogados. Y nada de eso era gratuito: había que desembolsar pasta por todo.

Jimmy les dijo a la junta directiva de la Fraternidad Internacional que no se preocupasen por los de la Voz. Les explicó que el abogado de la Fraternidad, Edward Bennett Williams, le había confirmado que incluir las facturas de los abogados era un gasto sindical totalmente legal. Edward Bennett Williams era el abogado que Jimmy había usado en el juicio en Washington por intentar sobornar al investigador de la comisión McClellan, cuando Joe Louis apareció en la sala del tribunal y después de ganar le enviaron un paracaídas a Bobby Kennedy. Jimmy le dio a Edward Bennett Williams el puesto en el sindicato de Camioneros como recompensa por ganar el juicio y pensaba que ahora Williams no tendría problemas en secundar sus palabras. Sin embargo, en esta ocasión la junta de la Fraternidad decidió preguntar a Williams y él les contestó que nunca le había dicho nada semejante a Jimmy y que pagar sus gastos una vez que había sido condenado no era algo legal, de acuerdo con la constitución del sindicato.

Yo sé que a mí me reembolsaban los gastos siempre que lograba evitar ser procesado, pero cuando perdía, no me quedaba otra que pagar mis propias cuentas. O más bien, alguien salía beneficiado y a mí me llegaban luego los sobres. Llegué a juntar una cantidad importante de dinero privado para ayudarme a pagar mis abogados y los gastos legales en los dos casos que perdí. Al final, siempre te acabas quedando corto cuando pierdes.

El juicio en Chicago comenzó un mes después de que Jimmy fuese sentenciado a ocho años y pico en Chattanooga. Me tocó estar en Chicago durante parte del juicio, así que hice una parada por allí y esperé en el

vestíbulo a que se produjera la pausa. Le deseé buena suerte a Jimmy y divisé una gran cantidad de gente que salía de la sala, miembros de los Camioneros en su mayoría, pero no vi a ninguna de las supuestas figuras de la mafia, ni siquiera a Joey Glimco, que también era de los Camioneros. Estuve charlando un rato con Barney Baker. Era un tío que medía dos metros y pesaba cerca de ciento sesenta kilos. Le gustaba comer. Por increíble que parezca, era boxeador de peso medio. Se supone que estaba relacionado con la aparición de Joe Louis en el juicio de Jimmy en Washington. Jimmy le tenía aprecio. Barney vendía corbatas. Siempre disponía de una gran variedad de corbatas a la venta. Era un tío con huevos y en todo momento se mostraba dispuesto a echar una mano. Era un buen hombre para ayudar con su fuerza. Fue investigado por la comisión Warren porque descubrieron que se habían producido varias llamadas entre él y Jack Ruby pocos días antes de que sucediera todo lo de Dallas.

Bill Bufalino estaba también en el juicio como espectador, mientras Frank Ragano se encontraba allí como representante de otro de los inculpados. Por lo general, Jimmy no prestaba atención a los abogados. Simplemente les decía lo que quería que hicieran. Y Jimmy tenía buena memoria. Podía repetir a los abogados lo que los testigos habían declarado dos semanas antes con más detalles de los que los propios abogados podían recordar a través de sus notas. Si un abogado le decía a Jimmy algo que él no quería oír, se limitaba a responder: “Entonces tú lo arreglas”. Pero esta vez, en el vestíbulo, me pareció que podía estar haciendo un poco más de caso a lo que le decían.

Jimmy me pidió que nos encontrásemos en las oficinas del sindicato en Chicago. Una vez allí, sin ninguna clase de preámbulos, Jimmy me pidió que hablase con nuestros amigos del este para que no le sucediese nada a Partin. Me comentó también que contaba con una buena defensa para lo que estaba pasando en Chicago y que aún continuaban intentando conseguir una declaración jurada de Partin para lo de Chattanooga.

Aparte de eso, disponían de un congresista en Chicago, de nombre Roland Libonti. Nunca lo llegué a conocer, pero oí hablar de él. Estaba con Sam Giancana. Después salió publicado en los periódicos que el yerno de Giancana, Anthony Tisci, estaba incluido en la nómina salarial del

congreso de Libonti. El caso es que tenían a Libonti a cargo de las resoluciones en una investigación del congreso sobre Bobby Kennedy. La idea era que Bobby había violado los derechos constitucionales de Jimmy Hoffa al llevar a cabo la vigilancia y las grabaciones ilegales, y la infiltración de Partin en sus dependencias en el hotel Andrew Jackson de Nashville. Jimmy intentaba mirar hacia el futuro con el objeto de revertir la situación con Bobo, pensando que ahora le tocaría a él acogerse a la Quinta Enmienda durante la audiencia organizada por el Congreso. Jimmy afirmaba que poseía cintas en las que aparecían Bobby Kennedy y Marilyn Monroe practicando el acto sexual. Johnny Roselli y Giancana habían instalado micrófonos en casa de la actriz. Aunque nunca me mostró las cintas, me dio la impresión de que su plan era hacerlas públicas, quizás durante la audiencia organizada por el Congreso... si es que realmente las tenía.

Me fui de Chicago y regresé a la diversión y el juego en Filadelfia, sin olvidarme de hacerles llegar el mensaje sobre Partin a nuestros amigos. En la agrupación 107 aún estábamos batallando con los rebeldes y con las otras secciones del AFL-CIO. Teníamos un bar en Delaware Avenue donde solíamos guardar nuestras camisas para ir a cambiarnos. Cuando aparecían los polis buscando a una persona con camisa verde, yo ya estaba sentado en la barra con una camisa azul. Entonces les enseñaba la cuenta de lo que había tomado. Parecía que hubiera estado allí sentado bebiendo todo el día, aunque era capaz de beberme todo eso en una hora.»

El juicio en Chicago a Jimmy Hoffa y otros siete implicados dio comienzo el 27 de abril de 1964, cinco semanas después de que Hoffa recibiese una demoledora sentencia de ocho años en Chattanooga. Tal como había ocurrido allí, las identidades de los posibles jurados no fueron reveladas a ninguna de las dos partes en litigio hasta la mañana en que se procedía a la selección de los miembros del jurado.

La selección tuvo lugar sin incidentes y el gobierno procedió a exponer el caso de fraude al fondo de pensiones durante trece extenuantes semanas de testimonios en directo, presentando una prueba consistente en más de

quince mil documentos para ser sopesados por el jurado. Era un caso federal en todo el sentido de la palabra.

El fraude al fondo de pensiones se centraba en la recalificación de una extensión de terreno en Florida, destinada para un desarrollo inmobiliario para aquellos camioneros que buscasen invertir a título personal en dicho desarrollo mediante la compra de parcelas, ya fuese con vistas a su jubilación o para construir una vivienda de vacaciones. El proyecto pasaría a ser conocido como Sun Valley Village. Aunque la venta de parcelas a los camioneros, incluido Jimmy Hoffa, dio comienzo, el terreno nunca fue urbanizado por parte del promotor y desde entonces, el encargado de esa labor había fallecido. El proyecto Sun Valley Village se declaró en bancarrota y las parcelas sin urbanizar perdieron su valor.

Por desgracia para Jimmy Hoffa, antes de que Sun Valley fuese a la quiebra en 1958, él había autorizado el depósito de cuatrocientos mil dólares en una cuenta sin intereses en un banco de Florida como garantía para asegurarse un préstamo a beneficio del promotor de Sun Valley, con el objeto de que construyese las carreteras y se efectuase el equipamiento urbano en el terreno. Jimmy Hoffa tomó los cuatrocientos mil dólares que había ofrecido directamente del fondo de pensiones de su propia agrupación local en Detroit. Cuando Sun Valley presentó la quiebra, el banco retuvo la cantidad presentada como garantía de la inversión, y antes de que Hoffa pudiese recuperar el dinero, debía hacer frente a una deuda total de quinientos mil dólares contraída por el promotor con el banco en el momento de morir.

Para reunir el medio millón que necesitaba, de acuerdo con el gobierno, Hoffa comenzó a tomar sin escrúpulos dinero prestado del fondo de pensiones entre 1958 y 1960. Hoffa y los otros siete implicados se pusieron a prestar dinero de las pensiones a diestro y siniestro a distintas inversiones especulativas, cobrando intereses extras y comisiones, desviando parte de ese dinero para que Hoffa pagase las deudas contraídas con el banco de Florida. Hacia 1960 habían logrado su misión y Hoffa no solo había conseguido saldar la deuda con el banco de Florida, sino que, además, había contribuido con cuarenta y dos mil dólares a fondo perdido

para la agrupación local 299 al devolver los cuatrocientos mil dólares al fondo de pensiones de la agrupación.

Lo que convertía todas estas operaciones en un fraude, sostenía el gobierno, era el hecho de que Jimmy Hoffa había buscado su enriquecimiento personal cuando alentó a los camioneros a invertir en las parcelas de Sun Valley Village, que había buscado su enriquecimiento personal cuando ofreció en garantía el dinero del fondo de pensiones de la agrupación local 299 y que había buscado su enriquecimiento personal cuando realizó todo el tejemaneje con el fondo de pensiones de los Estados Centrales para inyectar dinero suficiente que le permitiese devolver lo que debía a la agrupación local 299. El gobierno afirmaba que la demostración de que Hoffa buscaba su enriquecimiento personal se hallaba en un documento que él mismo había firmado. Según exponía el gobierno, Jimmy Hoffa había firmado un convenio secreto con el promotor, por el cual le correspondía recibir el 22 % de todos los beneficios generados por el proyecto inmobiliario, una vez que se encontrase totalmente acabado.

La defensa de Jimmy Hoffa era simple: no aceptaría que aquella firma fuese la suya. El promotor estaba muerto y no podía ser llamado a atestiguar que la firma en el convenio correspondiese, efectivamente, a la de Hoffa. El socio de Jimmy Hoffa, Owen Bert Brennan, había fallecido y tampoco podía dar testimonio de que aquella era la firma de Hoffa. Tal vez el propio Bert Brennan había firmado en nombre de Hoffa y pretendía quedarse con el 22 % de beneficios para sí mismo. Quizás el promotor había firmado en nombre de Hoffa para ganar credibilidad ante otros inversores al presentar a Hoffa, con su poderoso fondo de pensiones, como la persona que estaba detrás del proyecto.

El gobierno mostró que el tejemaneje ocurrido entre 1958 y 1960 para obtener el dinero que cancelara la deuda con el banco incluyó cosas como un pellizco de trescientos treinta mil dólares a un préstamo de tres millones trescientos mil dólares para la construcción del hotel Everglades en Miami. En otra pasada, seiscientos cincuenta mil dólares fueron destinados a la compañía constructora Black. Dicha compañía no existía: Cecil Black era un peón que ganaba ciento veinticinco dólares a la semana y que jamás vio un centavo de todo aquel dinero.

Pero lo que hacía este caso particularmente mortificante para Jimmy Hoffa era el hecho de que todas estas oscuras maniobras, que supuestamente había realizado entre 1958 y 1960, las había llevado a cabo, desde su perspectiva, en defensa propia. Todas las operaciones destinadas a devolver el dinero a la agrupación de Detroit eran el resultado directo de la presión ejercida por Bobby Kennedy durante las audiencias de la comisión McClellan y del sesgo negativo infundido por Kennedy a ese depósito de cuatrocientos mil dólares sin intereses ofrecido en garantía.

El principal testigo contra Jimmy Hoffa en el juicio de Chicago era un experto en análisis caligráfico del FBI que había testificado que la firma «J. R. Hoffa» que aparecía en el convenio era muy parecida a las muestras de escritura manuscrita de Jimmy Hoffa.

El gobierno terminó de exponer su caso y Jimmy Hoffa ocupó el estrado. Como era de esperar, Hoffa negó que la firma que figuraba en el convenio fuese la suya. Lo que no se esperaba es que Hoffa fuese un paso más allá y negase haber firmado nunca en toda su vida un documento legal como «J. R. Hoffa». Jimmy Hoffa juró que siempre había firmado los documentos legales como «James R. Hoffa».

Aunque el gobierno no contaba esta vez con un testigo sorpresa, se puso a rebuscar entre sus propios montones de documentos para encontrar un documento sorpresa. Durante la sesión de preguntas se interrogó a Jimmy Hoffa sobre si había arrendado un ático en Miami Beach, en Blair House. Confiando en que el arriendo del ático pudiese ser justificado como un gasto apropiado del sindicato, Hoffa contestó que sí. Cuando le preguntaron si él, personalmente, había firmado el contrato, Hoffa volvió a responder afirmativamente. Llegados a ese punto, el fiscal preguntó a Hoffa si reconocía como auténtica la firma y le pasó el contrato de arrendamiento. Para su completa consternación, comprobó que había firmado el contrato como «J. R. Hoffa».

El problema de fondo en el caso de Chicago contra Jimmy Hoffa consistía en que, tal como lo expresó Walter Sheridan, «Hoffa estaba usando fondos reservados para las pensiones de los miembros del sindicato de Camioneros para salvarse de una situación en la que ya había hecho un mal uso de los fondos que pertenecían a los Camioneros en su

propio beneficio». Jimmy Hoffa había sustraído cuatrocientos mil dólares contantes y sonantes del sindicato de sus hermanos camioneros y, para devolver ese monto antes de que se convirtiese en un problema legal, había sustraído otros quinientos mil dólares a los mismos hermanos del sindicato.

El 26 de julio de 1964, el jurado no tardó en resolver que Jimmy Hoffa y sus siete subalternos eran culpables de fraude al fondo de pensiones. El 17 de agosto de 1964, Jimmy Hoffa recibió una condena adicional de cinco años que debía cumplir de forma consecutiva a la condena de ocho años recibida en Chattanooga.

La desafortunada suma de trece años en sentencias en una prisión federal para Jimmy Hoffa fue seguida, una semana más tarde, de la dimisión de Bobby Kennedy, el día 25 de agosto de 1964, como fiscal general, junto con el anuncio de que se presentaría como candidato al Senado de Estados Unidos por Nueva York. Walter Sheridan también renunció a su puesto en el Ministerio de Justicia para ayudar a Bobby Kennedy en su campaña senatorial.

«Uno estaba tan acostumbrado a ver a Jimmy ganar que era difícil imaginárselo perdiendo contra Bobby en dos ocasiones seguidas. Ya sabías que nunca se iba a dar por vencido.

Pese a todo, la forma en que llevó las cosas en el primer juicio en Tennessee acabó por convertir una palmadita por mala conducta en un largo período en la cárcel. Él seguía insistiendo en realizar ofertas de dinero para sobornar al jurado, a pesar de que ya lo habían pillado. Era como si un canguro le arreara golpes en la cabeza por detrás y, al no haberse enterado, volvía a enfrentarse con él de la misma manera.

Algunos de nuestros amigos comenzaron a dudar del discernimiento de Jimmy por parlotear así con un hombre al que apenas conocía, Ed Partin. En nuestro mundo hay que mantener las cosas guardadas si quieres que confíen en ti. No quieres que la gente luego deje de respetarte.

Después me contó Harold Gibbons que, tras lo ocurrido en Chicago, Jimmy se preocupó siempre de firmar todos los papeles como “James R.

Hoffa”.»

Cuando anunció que se presentaría como candidato al Senado de Estados Unidos, Bobby Kennedy ya llevaba tres años y medio persiguiendo a Hoffa y a los camioneros. Los esfuerzos de Kennedy habían llevado a presentar cargos contra 201 oficiales del sindicato de Camioneros y a la condena de ciento veintiséis de ellos.

Gracias a Bobby Kennedy, los mafiosos quedarían hasta tal punto bajo escrutinio público que, a partir de entonces, ya no podrían reunirse en un restaurante sin sufrir una redada. El 22 de septiembre de 1966 fue arrestado un grupo de mafiosos provenientes de todo el país que se habían reunido para comer en una mesa en el restaurante La Stella, en Forest Hills, Queens, Nueva York. Entre los que fueron arrestados, hostigados y después soltados sin cargos, se encontraban Carlos Marcello, Santo Trafficante, Joe Colombo y Carlo Gambino. Un mes más tarde, en abierta señal de desafío, el mismo grupo organizó otra reunión en La Stella, aunque en esta ocasión se preocuparon de llevar a su abogado, Frank Ragano.

La campaña de Bobby Kennedy contra el crimen organizado y, sobre todo, la metodología que puso en marcha —es decir, recopilar datos, concentrarse en objetivos concretos, llegar a acuerdos con los informantes, utilizar sofisticados medios de vigilancia electrónica e insistir en reunir la información dispersa entre diversas agencias del gobierno, muchas de ellas enfrentadas entre sí— preparó el escenario para cada una de las acciones emprendidas a partir de entonces por el gobierno federal contra el crimen organizado. Hoy en día, nadie niega la existencia del crimen organizado ni el celo empleado por el gobierno federal y el FBI para lograr su erradicación. Hoy, gracias a Bobby Kennedy, el crimen organizado ha dejado de ser considerado como un problema local de la policía. Puede que se haya logrado cortarle la cabeza, aunque el perro aún no ha muerto. El daño causado por Bobby Kennedy al poder del crimen organizado y a los mafiosos involucrados en los Camioneros resultó algo irreversible.

«A Jimmy Hoffa no le importaba el dinero; lo regalaba. Pero sí que le gustaba el poder. Y con o sin cárcel, no estaba preparado para ceder ese poder. En primer lugar, tendría que hacer todo lo posible para evitar cumplir la condena. Si acababa entre rejas, igualmente seguiría mandando desde allí mientras encontraba la forma de salir. Una vez que saliera libre pretendía recuperar el control de todo. Y yo tenía que ayudarlo.»

En 1965 la defensa presentó en Chattanooga una moción para celebrar un nuevo juicio basándose en el hecho de que varios miembros del jurado mantenían relaciones sexuales con prostitutas. Según la moción, dichas prostitutas habían sido preparadas y ofrecidas por el cuerpo de alguaciles de Estados Unidos como una forma de inducir al jurado a alinearse con el gobierno. La petición iba acompañada de declaraciones juradas de cuatro prostitutas de Chattanooga. Una de ellas, una tal Marie Monday, afirmaba que el juez de Chattanooga le había confesado que «iba a por Hoffa». Solo hay que imaginar las risas que este pequeño pasaje «improvisado» generó en las sagradas salas de tribunales de Chattanooga. El juez rechazó la moción entre carcajadas. El gobierno llevó a una de las prostitutas a juicio y la condenó por perjurio, en vista de lo cual, Marie Monday rápidamente corrigió su declaración jurada.

En la Convención de Camioneros de Miami Beach celebrada en julio de 1966, Jimmy Hoffa modificó la constitución de la Fraternidad Internacional de Camioneros para crear una nueva oficina: la oficina del vicepresidente general. Ese cargo oficial reunía todo el poder necesario para dirigir el sindicato en caso de que el presidente acabase en la cárcel. Hoffa instaló en el puesto al que consideraba su marioneta, Frank Fitzsimmons, y acto seguido, se otorgó un aumento a sí mismo, pasando de cobrar setenta y cinco mil dólares anuales a cien mil, el mismo salario que el presidente de Estados Unidos, solo que el de Hoffa estaba sujeto a una cláusula que le aseguraba que seguiría recibiendo el dinero en caso de acabar en la cárcel.

Según se les explicó a los delegados, la razón por la cual Hoffa debía continuar percibiendo su sueldo mientras estuviera encarcelado se basaba en que la prisión equivalía a un viaje de descanso para recuperar la salud de Hoffa, algo similar a los gastos en que incurría para ir de pesca en alta mar. Hoffa obtuvo la aprobación de los delegados para que fuesen pagados todos los costes y gastos de su equipo legal en el pasado, sin importar que hubiese perdido el caso. Dichos gastos ascendían a 1.277.680 dólares el día de la convención. Hoffa consiguió que los delegados autorizaran también el pago de sus futuros gastos legales, sin importar lo que pudiesen suponer.

Mientras tanto, la apelación presentada por Hoffa en Chattanooga llegó a instancias de la Corte Suprema de Estados Unidos. La Corte Suprema resolvió dar audiencia a la apelación porque presentaba un nuevo asunto en referencia al derecho constitucional de Hoffa a obtener una defensa justa y había que determinar si este derecho había sido menoscabado por la presencia de Partin en el hotel Andrew Jackson. A esta apelación se le daba audiencia en el momento culminante de la «revolución de la ley criminal», correspondiente a la década que se extiende entre 1961 y 1971, cuando los derechos criminales comenzaban a ser formulados sin que previamente hubiesen sido considerados. La apelación de Hoffa era llevada de forma competente por Joseph A. Fanelli, un experimentado especialista en apelaciones que se acababa de incorporar al equipo legal de Hoffa. En su libro, Walter Sheridan deja constancia de que, una vez oídas las argumentaciones orales en la Corte Suprema, el equipo de fiscales no estaba «para nada cierto de lo que dictaminaría la Justicia».

Sin embargo, para ir sobre seguro, el club de la comedia de Hoffa decidió emplear la mano dura con el miembro liberal de la Corte Suprema de Justicia, William Brennan. Walter Sheridan escribió sobre este peculiar acto de supuesta «improvisación»: «Un oficial de los Camioneros se acercó al hermano del miembro de la Corte Suprema de Justicia William Brennan. El hombre, que era propietario de una cervecería, fue advertido de que si su hermano juez no votaba correctamente en el caso de Hoffa, la cervecería tendría que cerrar y nunca volvería a abrir».

A pesar de las tácticas de mano dura empleadas, la Corte Suprema falló en contra de la apelación presentada por Jimmy Hoffa. El magistrado Brennan se alineó con la opinión mayoritaria, que fue redactada por el magistrado Potter Stewart. El presidente de la Corte Suprema, el juez Earl Warren, redactó una recomendación minoritaria para revertir la condena a Hoffa. El uso clandestino que se hizo de Partin por parte del gobierno fue calificado por Warren de «afrenta a la calidad y equidad en la aplicación de la ley federal».

Nueve días después de que el magistrado Potter Stewart dictaminase su opinión, recibía una carta de un viejo camarada de la universidad intercediendo a favor de Jimmy Hoffa. La carta había sido enviada por William Loeb, propietario y editor del influyente rotativo de New Hampshire, el *Manchester Union Leader*. Loeb informaba a su amigo el magistrado Stewart de que un alto oficial del gobierno, cuyo nombre no aparecía mencionado, le habría asegurado que Bobby Kennedy había empleado grabaciones ilegales en su afán por perseguir a Hoffa. Un importante elemento que Loeb no consignaba en su carta era la promesa de recibir un enorme préstamo de dinero por parte del fondo de pensiones de los Camioneros, que posteriormente obtendría. De haberse probado que los abogados de Hoffa pidieron a Loeb que escribiese esta misiva, habrían tenido que enfrentarse a una causa por falta a la ética profesional. Sin embargo, nadie indagó en la materia.

El equipo de abogados de Hoffa presentó una moción para una segunda audiencia con el fin de tratar la decisión del magistrado Potter. Dichas mociones suelen presentarse de forma rutinaria, aunque rara vez resultan concedidas, ni siquiera cuando se reciben cartas inapropiadas enviadas por hombres influyentes.

Mientras la petición para una segunda audiencia permanecía pendiente, el club de Hoffa presentó ante la Corte Suprema algo que suponía una novedad para la ley: lo que llamaron «moción de sobreseimiento por grabaciones secretas del gobierno, escuchas electrónicas y otras intrusiones». Esta nueva moción venía apoyada por la declaración de un instalador autónomo de aparatos para pinchar conversaciones y experto en escuchas mediante medios electrónicos cuyo nombre era Benjamin

Nichols, «Bud». En su declaración, Nichols afirmaba haberse reunido con Walter Sheridan en Chattanooga justo antes del inicio del juicio por manipulación del jurado. Nichols sostenía que Sheridan le había pagado por pinchar los teléfonos de la sala del jurado y que, siguiendo sus instrucciones, había procedido a hacerlo. Solo había un pequeño inconveniente en la nueva moción presentada por Hoffa: en la sala del jurado de Chattanooga no hay teléfono, como no lo hay en ninguna otra sala del jurado en todo el país.

Las risas se extinguieron a las 15.30 del 7 de marzo de 1967 cuando, tres años y tres días después de haber sido condenado por manipular al jurado, Jimmy Hoffa entró en la Penitenciaría Federal de Lewisburg, Pensilvania. El número de la revista *Life* del 17 de marzo de aquel año traía un fotorreportaje titulado: «Prisionero 33298-NE: James Riddle Hoffa: Un hombre insolente frente a un largo y frío paseo». Uno de los fotógrafos incluyó un corazón de san Valentín con la imagen de Jimmy Hoffa en el centro y las siguientes palabras alrededor: «Pensando siempre en ti». Durante años, Walter Sheridan adornó la puerta de su despacho en el Ministerio de Justicia con el corazón. La fecha de celebración de san Valentín, el 14 de febrero, era también el día de la masacre de san Valentín en el Chicago de Al Capone y el cumpleaños de Jimmy Hoffa. El reportaje cerraba con un interrogante: «¿Estaremos ante el fin del poder de Hoffa dentro de un enorme sindicato o solo se trata de una pausa? En estos momentos no son muchos los hombres del sindicato que se atreverían a apostar en contra del regreso de Hoffa».

XXI

Todo lo que hizo por mí fue colgar

La encarcelación de Hoffa el 7 de marzo de 1967 ¿era, como sostenía la revista *Life*, «el fin del poder de Hoffa dentro de un enorme sindicato o solo se trata de una pausa»? La transferencia del liderato a Fitzsimmons ¿era un simple traspaso de título o significaba un importante cambio que traía el viento? Desde su perspectiva en la línea de frente de los combates sindicales y la violencia en Filadelfia en 1967, Frank Sheeran fue probablemente el primero de los líderes de los Camioneros, el primer «hombre de Hoffa», que se dio cuenta de que soplaban vientos de cambio.

«La noche antes de que Jimmy entrase en chirona conduje desde Wilmington a Washington para verlo. Me pasó veinticinco mil dólares para que se los entregase a los abogados de Johnny Sullivan y a los otros dos tíos que habían sido acusados de disparar en 1964 a John Gorey y a su novia Rita en la sala de la agrupación 107. Gorey estaba con la Voz y el FBI intentaba probar que se lo habían cargado porque era un rebelde. En cuanto a la chica, simplemente se encontraba en el sitio equivocado en el momento equivocado y con el hombre equivocado: una baja civil.

Es verdad que Gorey estaba con la Voz pero, si se hubiese tratado de eso, había gente más importante a la que cargarse. Charlie Meyers habría sido el primero en caer, no Gorey. Gorey no era nadie en la Voz. ¿Qué

clase de corrupción iba a quedar en evidencia? Ninguna. Todo el mundo estaba ya al tanto de la corrupción.

Gorey era un jugador. La mayor parte de las veces, si alguien debía dinero por el juego, se negociaba con él en lugar de hacer algo drástico. Pero todo depende de las circunstancias. Tal vez el tipo los había desafiado y no les había mostrado respeto. O tal vez debía demasiado dinero como para negociar. O tal vez habían estado negociando y negociando con el pavo y se les había acabado la paciencia. O quién sabe si necesitaban enviar un mensaje a otros clientes que comenzaban a endeudarse, en caso de que la situación económica estuviese chungueta o algo así. Aunque lo más habitual era que le diesen un par de hostias al tipo. A menos que la cosa se les fuese de las manos.

Pero lo que había sucedido con Gorey estaba causando problemas innecesarios. Gorey no le importaba a nadie. Bastaba con haberle dado un empujoncito. Había sido un error, y lo de la chica, más. Una cosa que hoy ha mejorado es que, si dejas de pagar tus deudas, ya no cogen tus apuestas: simplemente hacen correr la voz y nadie acepta tus apuestas hasta que no has pagado.

Sé que intentaban endosárselo a Jimmy. Pero puedo afirmar, sin ninguna clase de duda, que Jimmy Hoffa nunca le pediría a nadie algo así: cargarse a un tío con su chica en mitad del salón del sindicato. Sin embargo, ¿por qué me pasaba el dinero para pagar a los abogados de los que habían disparado? Lo único que sé es lo que me dijo: “He hecho una promesa”. Para mí, con eso bastaba. No era asunto mío preguntar por qué me entregaba los veinticinco mil dólares para los abogados. Una cantidad así no representaba nada para Jimmy si se trataba de hacer un favor. Es posible que le pidieran una donación y esa fuera su aportación. Cuando ya todo había sucedido, la persona que le había pedido la contribución le debió de decir, además, que, en todo caso, Gorey era un picapleitos de la Voz. Yo no sé lo que ocurrió, pero no se lo cargaron por orden de Jimmy. Gorey era un irlandés discreto que no destacaba. Estoy seguro de que Jimmy ni siquiera sabía quién era aquel tío.

Todo el mundo en el centro de la ciudad se había enterado de que yo iba de camino a la sede de los Camioneros en Washington para recoger la

donación de Jimmy para los abogados de Sullivan y los demás. Cuando regresé a Filadelfia, Big Bobby Marino me preguntó por el dinero y me prometió que él se lo entregaría de mi parte a los abogados. De inmediato le dije si pensaba que yo había nacido ayer. Trece años más tarde fui acusado de haberme cargado a Big Bobby, aunque el jurado me declaró inocente.

El siguiente que se me acercó a ofrecirme “ayuda” para entregar la suma a los abogados fue Harry “el Jorobado” Riccobene. Mi respuesta fue: —Ni hablar. Los únicos que van a tocar este dinero son los abogados.

A tipos como Harry “el Jorobado” y Big Bobby les importaban un carajo los que tenían que ir a juicio, simplemente querían quedarse con la pasta. Siempre existió mucha deslealtad entre cierta gente del centro de la ciudad.

Cuando a mí me arrestaron por el asesinato de DeGeorge en 1967, poco después de que Jimmy fuese a chirona, Big Bobby Marino partió a Washington a pedirle a Frank Fitzsimmons dinero para pagarme la fianza, pero Fitzsimmons se negó. En realidad, Marino no fue a Washington a ver a Fitz por mi causa. No compartíamos ningún negocio ni éramos amigos que salíamos juntos. Big Bobby estaba allí por su propio interés. Intentaban llenarse los bolsillos con nuestra miseria. De ese tipo de gente estamos hablando. Me tiré cuatro meses en el centro de detenciones de Filadelfia hasta que un juez me permitió pagar mi propia fianza. Cuando salí, me fui en busca de Big Bobby. Andaba por los dos metros y debía de pesar unos ciento sesenta kilos fácil. Pero no quería tener problemas conmigo.

Cuando salí de la prisión, le pedí a Fitz dinero para cubrir mis gastos, aunque no me hizo caso. Jimmy no lo hubiese dudado ni un segundo. Tuve que llamar a Russell y él se encargó de hacer una llamada para que Fitz me pasase mi dinero. Fitz me pasó treinta y cinco en Washington. Me lo dejó en el Market Inn: un caladero.

Un caladero era un lugar donde se podía esconder dinero. Era como una guarida que te consigues por un tiempo sin que nadie sepa dónde está. En este caso, un caladero es un sitio para dejar la pasta. Una guarida es como cualquier casa normal en una calle cualquiera pero sin estar

conectada con nadie. Un caladero podía ser temporal, hasta que el dinero era descubierto. El Market Inn era el lugar indicado. Servía tanto como caladero, como lugar para dejar paquetes. Simplemente, entregabas el paquete con el dinero al *maître* hasta que la otra parte pasaba a recogerlo. El *maître* nunca podía saber lo que había dentro del paquete. Resultaba un lugar seguro hasta que alguien se enteró y metió las narices. Estoy convencido de que el Market Inn continúa en la calle E, en Washington, pero no sé si lo seguirán usando para lo mismo.

Los senadores y congresistas, así como otra gente, acudían allí a recoger pequeños paquetes que alguien les había remitido. Con este sistema nunca dejabas una suma importante: nada de medio millón, ni nada parecido. Digamos que eran cifras menores, como mucho cincuenta mil. El Market Inn era un lugar tranquilo en los viejos tiempos. Me tocó pasar por allí a recoger mis treinta y cinco y luego seguir a Nueva York para pillar otros quince, lo que hacían cincuenta. El paquete con los quince me lo entregó un abogado del bufete de Jacques Schiffer.

Lo que sucedió con DeGeorge fue, como mucho, homicidio involuntario, pero Arlen Specter, antes de convertirse en senador de Estados Unidos, era el fiscal de distrito en Filadelfia y estaba empeñado en labrarse una reputación. Specter había sido el abogado de la comisión Warren y atrajo algo de atención con su teoría de la bala única que, según él, explicaba todas las heridas de bala causadas en Dallas al presidente Kennedy y al gobernador Connelly.

Lo que ocurrió con DeGeorge es lo siguiente. Yo era el director de una agrupación en Delaware. Cerca de un año antes de ir a chirona, Jimmy dividió la agrupación local 107 en tres, pensando que así reduciría la violencia. A mí me concedió los estatutos para una nueva agrupación en Wilmington, Delaware: la agrupación local 326. Me convertí así en presidente en funciones de la agrupación 326 hasta que se celebrasen elecciones y las bases de aquella agrupación pudieran votar por mí. Lo primero que Jimmy quería que yo hiciese era viajar a Filadelfia y despedir a cinco organizadores que estaban armando líos y a los que el presidente, Mike Hession, no se atrevía a echar a la calle. Cogí la interestatal I-95 y, nada más llegar, despedí a Johnny Sullivan, que era de los que estaba con

McGreal y que se encontraba en libertad por haber apelado en el caso Gorey. También despedí a Stevie Bouras, que solo había conseguido el puesto porque pegó un tiro al techo que asustó a Hession. Despedí igualmente a otro tipo, pero no me acuerdo de su nombre. Pasaban tantas cosas en aquellos días que cuesta recordarlo todo. Lo que sí recuerdo es lo que Jimmy me encomendó que hiciese allí. Despedí a Big Bobby Marino y a Benny Bedachio. Tenían amigos, por lo que me convertí en alguien no muy popular, aunque en mi caso nadie apareció para soltar un tiro al techo.

Después de despedirlos a todos, me quedé un tiempo en Filadelfia para asegurarme de que no se produjera un contraataque. Entonces regresé a Delaware, que se encuentra a menos de cincuenta kilómetros al sur. Estaba aprendiendo lo que tenía que hacer en mi nuevo puesto. Quería justificar la fe que había mostrado Jimmy en mí al ponerme a la cabeza. Me pasé dos semanas conduciendo un camión para el transporte de coches en la planta de Chrysler en Newark, Delaware, para Anchor Motors. Los transportistas de coches tienen problemas distintos a los transportistas en general, y como yo solo había trabajado como transportista general, no quería que nadie se quejara de que no entendía del transporte de coches. Aprendí a conducir los coches sobre los remolques para enterarme de los motivos de queja que me iba a encontrar.

En la agrupación 326 visitaba a todas mis compañías de camiones cada mañana. Me ponía en marcha y no paraba quieto nunca. Me gustaba estar con la gente. Me preocupaba de indagar con los hombres para ver cómo iban las cosas. Eso les hace sentirse respetados. El respeto no se compra; el respeto se gana. Yo me aseguré de que las compañías contribuyesen con el fondo de pensiones y de que estuviesen a la altura de su propósito. Si las compañías no contribuían con el fondo y tú no te preocupabas de revisarlo, podían denunciarte.

Con eso no quiero decir que no fuera posible sacar beneficios propios. Si organizabas una nueva compañía, le podías conceder una exención durante un año de la contribución que debía ir al fondo de pensiones. De esa forma, la compañía podía adaptarse a todo el sistema, tal vez subiendo las tarifas a sus clientes o lo que fuera, y así tener tiempo para preparar el aporte extra indirecto que significaban las contribuciones al fondo de

pensiones. Digamos que la compañía tenía que contribuir con un dólar por hora por cada empleado. En una semana de cuarenta horas de trabajo, supone cuarenta dólares. Si la compañía cuenta con cien empleados, son cuatro mil a la semana. Si le concedías una exención de pago de seis meses, se ahorra más de cien mil dólares. Solo que hay que aclarar que es más de un dólar por hora. El director de la compañía pone entonces sus ahorros sobre la mesa, aunque los acaba compartiendo contigo por debajo: todo el mundo se encarga de hacer así las cosas. Nadie sale herido. Porque todas las pensiones de los Camioneros son retroactivas al día en que comenzaste con la compañía, incluso aunque la compañía no estuviera contribuyendo en ese primer momento. Consiguen exactamente la misma pensión, independientemente de que hayan pedido la exención o no.

Después de todos los despidos en Filadelfia, la tensión comenzó a subir. Joey McGreal y su equipo de forzudos decidieron que querían apoderarse de la agrupación 107 de una vez para siempre, para quedarse ellos con todos los trabajos del sindicato y así exprimir a las compañías de transportes y engrosar sus bolsillos. De ese modo, una noche de septiembre de 1967 montaron una gran concentración frente a la sede de la agrupación 107, en la calle Spring Garden. Debía de haber unas tres mil personas de las diversas facciones, mezcladas unas con otras. Había gente que se paseaba a un lado y al otro frente al edificio sin parar de dar gritos y se produjeron unas cuantas peleas a puño limpio. Joey McGreal se hacía acompañar por los forzudos que venían del centro de la ciudad, no los italianos encabezados por Angelo, sino los forzudos. Robert DeGeorge, “Lonnie”, y Charles Amoroso estaban entre ellos. Lo que querían era tomar el edificio. Estaba intentando asustar a los organizadores, a los agentes de negocios y a los oficiales locales para que diesen marcha atrás. Aquella noche la policía montada estaba demasiado ocupada.

Yo no me encontraba allí porque tuviera nada que ver. Simplemente, esa noche recibí una llamada de Fitz cuando estaba en casa. Era para pedirme que me presentase allí a la mañana siguiente porque, después de una manifestación como aquella, solo puedes pensar que las cosas irán todavía peor al día siguiente y que volverán en busca de más leña. Fitz me pidió:

—Mantén las cosas bajo control.

Yo sabía muy bien lo que significaba eso si Jimmy me lo decía. Llamé entonces a Angelo Bruno y tomé prestados algunos de sus forzudos italianos. Me enviaron a Joseph Ciancaglini, “Chickie”, a Rocco Turra y a unos cuantos más. Teníamos a los más forzudos. Coloqué a unos hombres en el edificio para que pudieran ver a través de los ventanales y a varios más en la calle. Yo estaba de espaldas al edificio de la sede. Había dos grupos que caminaban al encuentro desde los dos extremos de la calle Spring Garden: por un lado estaba la gente de McGreal, y por el otro, la gente que era leal a la agrupación.

Inesperadamente, comenzó el tiroteo. El primer tiro fue disparado a mis espaldas y pasó rozándome la cabeza. Dicen que fui yo el que di la señal para comenzar a disparar. Dicen que apunté a DeGeorge con el dedo y que uno de los nuestros le disparó. Pero había tantos tiros que nadie era capaz de decir quién disparaba a quien o quién había sido el que había comenzado. Los polis a caballo habían estado allí la noche anterior, pero aquella mañana no habían vuelto a aparecer. Chickie se llevó dos balazos en el estómago. Lo cogí y lo arrastré hasta un coche y me lo llevé donde vivía el hermano de mi madre, que era médico. El doctor John Hansen me aconsejó que llevara a Chickie a un hospital en el acto porque, con las heridas que tenía, lo más seguro era que acabase muriendo. Me fui directo al hospital St. Agnes, justo enfrente de la oficina de mi tío. Dejé a Chickie recostado en la entrada y me puse a hacer ruido con los basureros de metal hasta que apareció alguien a recogerlo.

Conduje entonces hasta Newport, Delaware, para esconderme en un apartamento que tenía encima de un bar hasta que las cosas se calmasen. Llamé a Fitz y le dije:

—Uno abatido, dos cojeando.

A Fitz le entró el pánico y me colgó. Fue la primera vez que supe que las cosas iban a ser muy diferentes con Fitz. Pese a todo, aún ni sospechaba que el hombre sería capaz de rechazar mi solicitud por gastos cuando fui arrestado a causa de esto, después de encargarme de lo que él me había pedido. No me podía imaginar que iba tener que acudir a Russell

para que él se encargara del tema. “Uno abatido, dos cojeando” y Fitz me colgó el teléfono.

El fiscal de distrito emitió una orden de captura contra mí. Arrestaron también a Chickie, a un tío negro llamado Johnny West y a Black Pat, un blanco. Yo permanecí un tiempo en Delaware, aunque no quería que luego me cobrasen también un billete de avión. Así que le pedí a Bill Elliot, que había sido un gran tirador en el Departamento de Policía de Wilmington, que me llevase en coche a Filadelfia. Me puse un vestido de abuelita y una boina y me entregué a un periodista del *Philadelphia Bulletin* llamado Phil Galioso, que me llevó ante el comisionado de la policía, Frank Rizzo. [Resulta divertido pensarlo pero, cuando Rizzo era alcalde en 1974, acudió a la velada en honor a Frank Sheeran.]

Chickie sobrevivió. Tenía una salud de hierro. Trataron de que Johnny West, el tío negro, nos incriminase a los tres. Le dijeron que yo lo había denunciado y él respondió:

—Si fuese cualquier otra persona, podría creerlo. Pero no él, así que no voy a abrir la boca.

Los juzgaron a los tres en un plazo de seis semanas y el jurado los halló inocentes. Mientras tanto, yo seguía en la cárcel. Mi abogado, Charlie Peruto, estaba de vacaciones en Italia mientras yo me pudría en mi celda durante cuatro meses y Fitz ni siquiera levantó un dedo. Probablemente estaba demasiado ocupado jugando al golf y bebiendo. A mí me costó perder las elecciones sindicales en la agrupación local 326 de Wilmington. No pude hacer campaña porque estaba en la cárcel. A pesar de todo, solo perdí por unos pocos votos. Finalmente, el juez me permitió firmar mi propia fianza y salí.

Por aquella época, la sede de la agrupación 107 fue convertida en cenizas. Nos imaginamos que habían sido los de la Voz o la facción de McGreal, aunque nunca llegamos a averiguarlo. Inmediatamente después, Mike Hession dimitió como presidente. Hession era el tipo de persona capaz de enfrascarse a golpes en una pelea callejera sin problemas, pero me imagino que la contraparte se puso demasiado pesada para él.

Mientras, Arlen Specter intentó disponer de su mejor abogado querellante, Dick Sprague, para que me llevase a juicio por homicidio en

primer grado. Sprague repuso que ni siquiera tenía suficiente como para presentar un caso por homicidio involuntario y que mejor se buscara a alguno de sus charlatanes para hacer el trabajo. Specter intentaba ascender en el mundo político montado sobre las espaldas del sindicato de Camioneros.

Había más de tres mil personas en el lugar y los disparos venían de todas partes. ¿Cómo podías decir que alguien le había disparado a algo? Nadie encontró ningún tipo de armas de fuego. Los cargos contra mí languidecieron en el sistema desde 1967 a 1972. Finalmente, me llevaron a tribunales para escoger un jurado y dar inicio al juicio. Allí estaban mis testigos, dispuestos a declarar a mi favor. Eran todos gente de la clase trabajadora: uno que trabajaba en las fundiciones de acero, mi compañero John McCullough, del sindicato de aparejadores, al que se cargaron justo antes de mi juicio en 1980, y otra gente más. Antes de que escogiésemos un jurado, el juez me hizo subir al estrado y me preguntó cuántas veces había solicitado la comunidad la postergación del juicio y yo respondí “sesenta y ocho”. Entonces el juez me preguntó que cuántas veces había pedido yo el aplazamiento y mi respuesta fue “ninguna”. A continuación, dijo que era una vergüenza y anunció que la moción estaba en marcha.

Mi nuevo abogado, Jim Moran, consiguió que el juez arrancara la primera moción para un juicio “exprés” en Pensilvania. Mientras aquella moción seguía su curso, la comunidad intentó imponerme una *nolle prosequi* y yo repuse que se la metieran por donde quisieran. Está claro que *nolle prosequi* significa un sobreseimiento de los cargos, pero siempre pueden volver a acusarte. Mi consejo es aceptar la desestimación del juez si logras obtenerla, pero no una *nolle prosequi* de un fiscal de distrito. Y eso fue lo que conseguí.

Después de perder aquellas elecciones en 1968 por haber pasado cuatro meses en prisión, comencé a trabajar como agente de negocios para cubrir lo que quedaba del semestre. Es un buen trabajo. Le das un servicio a la gente, preocupándote de que la compañía cumpla su contrato. Tienes que encargarte de unas cuantas empresas de camiones. Te encargas de llevar las quejas y defiendes a las personas que la compañía intenta despedir. Si un sindicato es administrado correctamente, no hay muchos casos de

despido. Si se trata de robos o de accidentes por negligencia, entonces no hay nada que hacer. Las compañías también tienen sus derechos, claro.

Recuerdo a un polaco al que tuve que defender que tenía un problema de ludopatía. La compañía lo había sorprendido robando jamones Holland. Cuando le tocó presentarse a la correspondiente audiencia, yo le mandé cerrar la boca y que me dejase hablar a mí. El gerente de la compañía subió al estrado y testificó que había visto al polaco llevarse diez cajas de jamón del muelle para cargarlas en su propio camión. El polaco me echó una mirada y me dijo en voz alta:

—Frank, ese tío es un puto mentiroso. Solo fueron siete.

No tardé en presentar una moción para retirar la queja formal y tuve una conversación aparte con el representante de la gerencia para acordar los términos de una carta de renuncia en la que dijese que el polaco se retiraba de la compañía por razones personales.

Si lo piensas un momento, yo fui el primero, incluso antes que el propio Jimmy, en darme cuenta de cómo iban a ser las cosas bajo la administración de Fitz. Fui el primero en sentir lo que Jimmy sentiría más tarde, cuando Fitz lo traicionó. Fue algo menor, comparado con lo que le hizo a Jimmy, pero me sigue pareciendo mal. Perdí las elecciones y perdí mi agrupación local por estar en prisión. Y los cuatro meses que me tiré en la cárcel se los debo a Fitz. Cuando salí, ya no tenía un cargo sindical. Aquel hombre no me mostró ningún respeto, y eso que había sido él quien me había metido en el embrollo. Yo solo intentaba hacerme cargo de un trabajo en beneficio suyo, arriesgando mi vida en una pelea con armas, tras lo cual resulté acusado, y al final todo lo que hizo por mí fue colgar el teléfono.»

XXII

Dando vueltas en su jaula

Extracto del folleto *Preguntas y respuestas sobre las instituciones correccionales federales*:

«Pregunta 41: ¿Cómo puedo hacerme cargo de mi negocio mientras estoy recluso?»

Respuesta: Debes nombrar a alguien que se ocupe de llevar tu negocio mientras estás recluso.»

Jimmy Hoffa vivía con sus propias reglas y pronto desarrollaría su propia respuesta a la Pregunta 41.

La institución correccional federal de Lewisburg, Pensilvania, en la que ingresó Jimmy Hoffa el 7 de marzo de 1967, fue cómicamente descrita en la película *Goodfellas* como un lugar en el que los mafiosos italianos podían pasarse los días con toda clase de comodidades, con sus propias instalaciones para cocinar y un suministro interminable de comida de calidad, buenos vinos y habanos caros. Su grito de batalla era: ¡A comer! Seguramente, en un lugar así Jimmy Hoffa no hubiese tenido mayor problema para abrirse paso y encontrar la forma más eficiente de tirar de los hilos que se extendían desde las praderas del centro de Pensilvania hasta su regimiento de marionetas, con el nuevo vicepresidente general Frank Fitzsimmons a la cabeza, e incluso más allá de él, hasta alcanzar a

sus antiguos colaboradores, escogidos a dedo e instalados en el «palacio de mármol», la sede central de los Camioneros en Washington, D.C.

El reglamento de la prisión permitía un total de tres horas de visita al mes extraídas de una lista en la que no podían figurar abogados. La agenda de visitas estaba restringida exclusivamente a miembros de la familia. En aquellos días, los reclusos carecían de todo privilegio para hablar por teléfono y solo se permitía escribir cartas a siete personas que constaran en un listado de familiares y abogados. Todas las cartas enviadas y recibidas eran revisadas. A Jimmy Hoffa no se le permitía la visita de ningún cargo oficial del sindicato, aunque no había restricción de visitas para aquellos abogados que estuvieran involucrados en casos vigentes. El hijo de Hoffa era un abogado del sindicato y, por lo tanto, no estaba restringido solo a la lista de familiares. En la práctica podía ver a su padre una vez por semana.

Aunque las apelaciones presentadas en el caso por manipulación del jurado habían caducado, aún continuaban pendientes las apelaciones en el caso de Chicago. Justo en esos momentos, Jimmy Hoffa entraba a Lewisburg para ser despiojado, fotografiado, imprimir sus huellas dactilares y recibir el uniforme de lona azul. Por otra parte, Hoffa podía solicitar la libertad condicional pasados los dos años y medio, en noviembre de 1969. Toda esta actividad legal significaba que Hoffa podía recibir visitas de una serie de abogados. Frank Ragano era uno de los que visitaba a Hoffa para consultar distintos asuntos y llevar mensajes, tanto al sindicato como a las figuras de la mafia. El letrado Morris Shenker representaba a Hoffa en las maquinaciones de su estrategia para solicitar la libertad condicional y en otro asunto: las delicadas maniobras para asegurarse el indulto presidencial de una Administración que, posteriormente, demostraría ser tan corrupta como la del presidente Richard M. Nixon. También Bill Bufalino visitaba a Hoffa con regularidad en calidad de abogado y consejero.

Las fuertes restricciones del régimen de visitas maniataban a aquellos reclusos que no contaban con los recursos financieros, los cuantiosos abogados y el poder de que disponía Jimmy Hoffa. Muchos jóvenes no tenían parientes que pudiesen costearse el viaje a Pensilvania y no podían

hacer uso de las tres horas para visitas que les correspondían. Para ellos, Jimmy Hoffa se encargaría de concertar «entrevistas de trabajo» con Frank Sheeran, en las que el joven recluso se encontraba con Sheeran en el comedor que hacía las veces de sala de visitas. Se sentaban en una mesa al lado de Jimmy Hoffa, quien se encargaba de realizar consultas con uno de sus muchos abogados.

«Yo me estiraba la camisa y el chaval sabía que era la señal para que se retirase un momento a la sala de los encuentros íntimos, de manera que Jimmy y yo pudiésemos avanzar un poco con nuestro negocio. El guardia hacía la vista gorda. Hacían como si fuese Navidad, aquellos guardias. En aquellos tiempos, daba la impresión de que algunos de ellos estaban de fiesta todos los días. Pero luego, cuando me tocó ir a la trena, en los ochenta y los noventa, pude ver cómo las cosas se habían vuelto bastante más estrictas con el paso de los años. Creo que fue por la publicidad que le dieron y el nuevo tipo de reclusos, especialmente los camellos y traficantes, como los jamaicanos y aquellos cubanos que Castro había expulsado.

Había un chico llamado Gary. Jimmy me pidió que le ayudase a conseguir un empleo en la construcción. Si contaban con un trabajo que los esperase, tenían muchas probabilidades de conseguir la condicional. Gary debería haberse quedado; cuando salió, alguien se lo cargó. Era amigo de Tommy Barker, el que luego iba a declarar en mi juicio en 1980 que yo le había pedido que se cargase a un tío llamado Fred Gawronski por derramarme una botella de vino encima en un bar en Delaware.

Joey McGreal estuvo allí encerrado durante un tiempo. Se había calmado bastante y era un buen acompañante. Tony Pro ya estaba dentro y esperaba a Jimmy. Por aquel entonces, cuando Jimmy ingresó en Lewisburg, ambos eran bastante amigos todavía. También estaba Charlie Allen, el chivato, encerrado por robar un banco. Su verdadero nombre era Charlie Palermo, pero él lo cambió por Charlie Allen. Era sobrino de “Blinky” Palermo, el tío que controlaba el boxeo en Estados Unidos.

Charlie Allen fue el tipo que el FBI empleó para tenderme una trampa con micrófonos ocultos a finales de los setenta, cuando estaban intentando capturar a todos los que aparecían en su pequeña lista con cualquier excusa, con el fin de obtener información sobre la desaparición de Jimmy. Llegaron a un trato con Allen para cogerme, pese a que sabían que negociaban con un violador de niños, alguien que había sodomizado a su propia hija adoptiva desde que la chica tenía cinco años. Sin embargo, nos ocultaron esa información, a mí y a mi abogado. Charlie Allen está ahora en la cárcel, en Luisiana, por eso. Te puedes imaginar cuánto querían cogerme si llegaron a usar a un tipo así para atraparme.

En mi juicio de 1980, en el de 1981 y en el de 1982 alegaron que Charlie Allen era el guardaespaldas de Jimmy en la cárcel y que acabó con un corte al defender a Jimmy de un intento de violación. Si Jimmy estaba siguiendo el juicio desde el cielo, debe de haber llorado de la risa al oír algo semejante. Allen recibió un corte cuando lo pillaron intentando robarle unos caramelos a un tío negro. Y en lo de quién cuidaba a quién, era justamente al revés: Jimmy era el que velaba por Charlie Allen. Era uno de esos tipos que le despertaban lástima y me pidió que le ayudase a encontrar trabajo para que pudiera recibir la condicional. ¡Si hasta llegué a conseguirle un trabajo! Le permití que me acompañase y me sirviera de chófer. Más tarde, logré darle una nómina en la agrupación local 326 en el papel de organizador. Lo empleé como perro guardián y, en cuanto lo cogieron de nuevo por fabricar metanfetamina, lo primero que hizo fue volverse en mi contra. Al final se salvó de esa acusación, pero no lo dejaron escapar por lo de la violación infantil porque eso ya no era un delito federal.

Por tres dólares, uno podía reunirse con los reclusos a la hora de comer. Los miércoles servían espaguetis con albóndigas. A Jimmy le encantaban las dos cosas. Yo le regalaba mis albóndigas para que disfrutase. También le encantaban los helados. A veces mis visitas solo se debían a razones sociales; no teníamos ningún negocio que tratar. Una vez volvió sobre el tema de la cantidad de sandía que Bill Isabel y yo solíamos comer cuando estábamos en la suite del hotel Edgewater, en Chicago. Jimmy no sabía que habíamos perforado la fruta para rellenarla en dos

cuartas partes con ron antes de volverla a tapar. Fue en Lewinsburg donde se enteró del truco, cuando vio a alguna gente de Brooklyn que estaba con Tony Pro hacer lo mismo.

Por entonces, afuera sucedían demasiadas cosas relacionadas con sus apelaciones y todo eso como para que Jimmy encontrase tiempo de hablar conmigo. Una vez que Jimmy salió en libertad, dejé unos cuantos paquetes para el fiscal general John Mitchell, aunque mientras estuvo en Lewisburg, también le envió dinero para conseguir la libertad condicional o el indulto. La gente se encargaba de conseguir el dinero del negocio en Las Vegas, una parte, o bien del propio dinero de Jimmy. Russell era alguien muy importante en Las Vegas, en lugares como el Caesar o el Desert Inn. Cuando metieron a Jimmy entre rejas, todo el mundo intentó echar una mano para sacarlo: Russ, Fitz, Carlos, Santo, todos. Jimmy se quejaba de que tal vez Fitz parecía arrastrar los pies, aunque al comienzo no sospechaba que fuese un traidor; como mucho, alguien que no actuaba con la agresividad necesaria, que se pasaba el día sin mover el trasero, disfrutando demasiado de su trabajo.

Justo cuando metieron a Jimmy en prisión, alguien hizo llegar un mensaje a Allen Dorfman. Mientras estaba aparcando el coche frente a su casa, aparecieron unos con escopetas y le dispararon a la carrocería de su Cadillac. Nada de darle el beso a alguien, no: eso sí que es un mensaje directo.

Dorfman era un tipo con huevos. Estaba a cargo del fondo de pensiones. Nadie iba a asustarlo para obligarlo a nada. Lo más probable, pensamos Jimmy y yo, era que se tratase de un mensaje dirigido a Fitz de parte de alguna gente.

Todos sabían que Fitz no tenía cojones. Si soltaban unos cuantos tiros de escopeta al coche de Fitz, podía reaccionar con pánico y acabar corriendo a los brazos de los federales. En cambio, de esta forma, Fitz recibía el mensaje a través de Dorfman. Muchas veces, cuando le dan el beso a alguien, en realidad se trata de un mensaje dirigido a otra persona.

Después de eso, Fitz dejó de mantener su vigilancia sobre el fondo de pensiones y permitió que algunas personas lo utilizaran a sus anchas. Los préstamos eran concedidos sin la seguridad necesaria para respaldarlos. En

muchos casos, bajo la tutela de Fitz, ni siquiera se preocupaban de cobrar el dinero debido. ¿Por qué iba Dorfman a preocuparse si tampoco contaba con el apoyo de Fitz?

Años después, cuando yo fui a la cárcel, a comienzos de los ochenta, me llegaron algunas malas noticias sobre Allen Dorfman. Jackie Presser era el director de los Camioneros y le tendió una trampa a Dorfman. Presser era un chivato legal que trabajaba para el FBI, un soplón al que mantenían en la sombra. No iba con un micrófono oculto ni se presentaba a testificar, pero transmitía a los federales todo lo que oía y luego difundía lo que los federales le ordenaban. Empezó a decir que Dorfman era un chivato y que, para no ir a la cárcel, había comenzado a cooperar con los federales. Mientras Dorfman se encontraba en el aparcamiento al aire libre de un hotel de Chicago, a plena luz del día, usaron silenciadores. Lo que no me cabe en la cabeza es cómo en Chicago se tragaron la idea de que Dorfman era un chivato. Cuando yo había estado en Chicago, veinte años antes, todo el mundo allí sabía que Presser era un chivato. Supongo que debió de ser uno de esos casos en los que, si te entran dudas, no lo dudas. Pero fue un golpe bajo. No estoy diciendo que fuesen los de Chicago los que lo dieron, aunque está claro que no podría haber sido realizado allí sin contar con su correspondiente aprobación. Allen Dorfman vivió su vida a su manera y no era un chivato. Fue alguien muy leal a Jimmy.»

El abogado de Allen Dorfman afirmaría lo siguiente sobre el antiguo veterano de combate del cuerpo de Marines: «La idea de que aceptase capitular o arrojar la toalla era un anatema, algo imposible». El fiscal de Estados Unidos a cargo de los casos pendientes contra Dorfman confirmaría que «Dorfman no llevaba a cabo ningún tipo de cooperación con nosotros».

«En la trena, Jimmy no dejaba de hablar sobre Partin. Se suponía que Frank Ragano estaba encargado de obtener su declaración jurada sobre cómo el gobierno le había tendido una trampa a Jimmy. Había un fiscal de

distrito de Nueva Orleans que había arrestado a Partin y se suponía que se lo iban a sacar de encima a cambio de una nueva declaración. El mismo fiscal de distrito había arrestado a Walter Sheridan por soborno, lo cual se suponía que podía ayudar a Jimmy al proyectar una mala imagen de Sheridan en los periódicos. Pues toda esa ayuda vino del buen amigo de Russell y de Jimmy, Carlos Marcello, el jefe de Nueva Orleans, adonde pertenecía el fiscal de distrito.

Por otra parte, se trataba del mismo fiscal que estaba arrestando a todo el mundo por el asesinato de JFK. A veces, un fiscal de distrito amigo puede actuar como un perro de caza que ayuda a que los chivatos salgan de los matorrales. Cuando los chivatos salen de su escondite para cooperar con el fiscal de distrito, entonces la gente sabe a qué atenerse. No sé cómo sería con ese fiscal en concreto. Nunca participé en ninguna conversación sobre él. Pero es un hecho que arrestó a Partin y a Sheridan durante aquel período.

Cuando Jimmy debía de llevar cerca de un año dentro, Bobby Kennedy anunció que iba a presentarse para presidente. Yo pensaba que eso no afectaría a Jimmy para nada porque él ya estaba dando su apoyo a Nixon desde la cárcel: le hacía llegar sus paquetes en efectivo para Mitchell y la campaña de Nixon. Jimmy, simplemente, se alegraba de que Bobby ya no fuese el fiscal general.

Todo el mundo dio su aprobación al nuevo fiscal general de Lyndon Johnson, Ramsey Clark. Era todo lo contrario a Bobby Kennedy. No se metía con nadie. Le llamaban “Pamsey” Clark por su buen carácter. Y se oponía a las escuchas telefónicas.

Un par de meses más tarde, Bobby Kennedy cayó abatido por el terrorista. Sé que a Jimmy no le quitó el sueño ni nada, aunque escasamente comentara lo sucedido. Creo que toda su energía estaba concentrada en salir. Se mantenía al día de lo que sucedía a través de los periódicos que leía, pero no gastaba saliva sobre lo que ocurría allí fuera a menos que guardase relación con su propia liberación. Estoy convencido de que Jimmy odiaba la cárcel mucho más de lo que nunca llegó a odiar a Bobby.

Cuando ya llevaba un tiempo en el que cada noche era encerrado en una pequeña celda donde no tenía otra cosa que hacer que dedicarse a pensar, Jimmy sintió en las entrañas hasta qué punto estaba siendo traicionado por Fitz. A partir de entonces, comenzó a odiarlo. Pero no podía decirle nada porque aún necesitaba su ayuda para salir.

El mayor problema que Jimmy acabaría teniendo en la cárcel fue con Tony Pro. Pro estaba dentro por extorsión. Según oí, se trataba del dueño de una compañía de transportes, que estaba teniendo problemas con sus hombres porque cada vez trabajaban con más tardanza. El tipo le pagó entonces a Pro y los trabajadores volvieron a trabajar a toda velocidad. Era la clase de arreglo que se veía de vez en cuando. Sin embargo, algo salió mal y Pro acabó en la cárcel.

Un día, Jimmy y Pro estaban sentados en el comedor. Pro insistía en que Jimmy lo ayudase con su pensión, aunque Jimmy no podía hacer gran cosa. Tenía algo que ver con los distintos cargos que ostentaba cada uno de ellos. Según la ley de pensiones, si acabas tras las rejas por problemas de extorsión, se te añadían ciertos cargos, mientras que, si era por problemas como los de Jimmy, eso no ocurría. Pro no podía entender por qué Jimmy iba a poder cobrar su pensión y él, no. Era incapaz de comprender por qué Jimmy no podía hacer nada para resolver el asunto de su pensión. Una cosa llevó a la otra y, según parece, Jimmy se refirió a “tu gente”», como dando a entender que él era mejor que Pro. En respuesta, Pro comentó algo de “arrancarle las entrañas” a Jimmy. Por lo que me contaron, tuvieron que intervenir los guardias para separarlos. Desde entonces y hasta el día en que ambos murieron, Jimmy odió a Pro y Pro odió a Jimmy todavía más.

A mí nunca me gustó Pro. Sus hermanos, Sam y Nunz, eran buena gente. Cada vez que Pro no podía cumplir con las funciones de su cargo debido a alguna condena o cualquier otra cosa, designaba a uno de sus hermanos. Pese a todo, Pro siempre fue un partidario decidido y leal de Jimmy Hoffa. Antes del juicio de Jimmy por manipulación del jurado, Pro lo ayudó a obtener numerosos billetes para cubrir gastos. Jimmy contaba cuando quisiera con el voto de Pro en el comité ejecutivo. En todos sus discursos, Pro siempre alababa a Jimmy.

Pro estaba con la familia Genovese y, de vez en cuando, Russell quedaba al mando como jefe de aquella familia. Pro se encontraba mucho más abajo en el escalafón; ni se le acercaba. Así que supongo que Jimmy debió de pensar que, como Russell estaba con él y ambos eran tan amigos, no había motivos para preocuparse por lo ocurrido con Pro. Russell sentía un auténtico y profundo aprecio por Jimmy. No era simple apariencia, sino algo sincero. Russell respetaba a un hombre que era duro pero justo, como él mismo. Lo que unía a Jimmy y a Russell era el valor de su palabra. Una vez que te decían algo, podías contar con ello. Ya fuese a tu favor o en tu contra, no cabía duda de que podías contar con ello.

Yo no estaba cuando ocurrió el pique con Pro, pero sí cuando Bill Bufalino dejó a Jimmy solo en la habitación. Bill viajaba con regularidad desde Detroit a Lewisburg solo para que Jimmy lo pusiera a caldo. Un día, a la hora de comer, estaban hablando sobre Partin y Bufalino acabó hartado. Lo oí decir:

—No, no estoy despedido. Soy yo el que renuncio.

Y se marchó sin más. Que yo sepa, nunca volvió a la cárcel para visitar a Jimmy. En todo caso, Bill seguía siendo un abogado del sindicato que dirigía Fitz. Pero, desde ese momento, ya no estaba con Jimmy; estaba con Fitz. Bill sabía que podía arreglárselas sin Jimmy. Presidía una agrupación local dedicada a las gramolas y tenía otros negocios. Se trataba de alguien con mucho dinero. Russell era el padrino de la hija de Bill.

Transcurrido un tiempo, Jimmy comenzó a parecerse a uno de esos tigres que se ven en el zoo de Filadelfia, que se pasan el día dando vueltas en su jaula, de un lado a otro, mirando a la gente.»

La primera petición de Jimmy Hoffa para obtener la libertad condicional fue rechazada en noviembre de 1969. En ese período, tras haber derrotado a Hubert Humphrey en 1968, Richard M. Nixon estaba cerca de completar su primer año como presidente, al igual que John Mitchell como fiscal general. En el momento en que realizaba su solicitud de libertad condicional, la apelación presentada por Hoffa en contra de la pena que le habían impuesto en Chicago aún seguía pendiente. Como la sentencia de

Chicago a una condena de cinco años todavía colgaba sobre la cabeza de Hoffa, el comité que decidía otorgar la libertad condicional rechazó la solicitud de Hoffa. De todos modos, es poco probable que el propio Hoffa tuviese expectativas de obtener la libertad condicional en la primera ocasión, independientemente de la gran influencia que creyese tener en la nueva administración.

La siguiente fecha para solicitar la libertad condicional era marzo de 1971. Si Hoffa conseguía obtener la condicional en esa oportunidad, podría dejar la celda a tiempo para estar presente en la Convención de Camioneros de Miami Beach, que se celebraba en julio de ese mismo año. Eso pondría las cosas a tiro para ser reelegido como presidente de la Fraternidad Internacional. Ya no necesitaría seguir tirando de los hilos desde la distancia. Además, recuperaría el poder en circunstancias favorables, algo que nunca había conocido hasta entonces. En 1971, Hoffa podría ganar cómodamente y servir durante un período de cinco años, mientras que Nixon sería reelegido con facilidad en 1972 por otros cuatro años. Jimmy Hoffa controlaría el sindicato más poderoso del país contando con un aliado en la Casa Blanca, cuyo fiscal general, en lugar de perseguirlo, aceptaba el dinero que él le enviaba. Un aliado con el que podría hacer negocios y con el que obtendría muchos logros para su sindicato y sus camaradas.

Muy a comienzos de 1971, Frank Fitzsimmons anunció que se presentaría a presidente si Jimmy Hoffa no obtenía la libertad condicional en marzo. Eso constituía un desafío directo a Jimmy Hoffa porque este estaba en todo su derecho de presentarse a presidente desde la cárcel. Los crímenes por los que había sido condenado no estaban incluidos en la lista de la Ley Landrum-Griffith, que menciona las faltas que impiden que un convicto pueda ejercer un cargo así durante cinco años. Mientras Hoffa ocupase algún cargo oficial en el sindicato en el momento de las elecciones, estaba capacitado para presentarse a presidente. Aun recluido en la cárcel, Hoffa seguía manteniendo varios cargos en el sindicato, incluido el de presidente de la Fraternidad Internacional. Una vez hecho su anuncio, Fitzsimmons buscó el apoyo condicionado del comité ejecutivo en su reunión de enero de 1971 en Palm Springs, California. Fitzsimmons

buscaba un voto de aprobación a su candidatura presidencial en caso de que Hoffa no obtuviese la libertad condicional, pero el comité ejecutivo se negó a brindar su apoyo a Fitzsimmons, ni siquiera de manera condicionada.

En marzo de 1977, representando a Hoffa ante el comité encargado de resolver su libertad condicional, estaban su hijo abogado, James P. Hoffa, y el abogado Morris Shenker. Hoffa contaba con una declaración que Partin había entregado a sus abogados y que acababa de salir de imprenta. Esta es la «confesión de veintinueve páginas» de la que Hoffa hablaba en su autobiografía. El equipo legal de Hoffa, sin embargo, decidió no hacer caso a su cliente y no empleó la declaración. La única explicación es que los abogados entendían que todos los comités encargados de resolver la libertad condicional ven con desconfianza que un recluso alegue su inocencia. En lo que se refiere a un comité de esta naturaleza, el asunto de la culpabilidad ya ha sido previamente establecido por un jurado, y el recluso que continúa proclamando su inocencia es alguien que no ha sido rehabilitado por su experiencia en prisión y que no muestra arrepentimiento por las faltas cometidas. Un solicitante de la libertad condicional de este tipo es considerado incorregible. Tal vez el propio hijo de Hoffa, a diferencia de los abogados precedentes, tenía mayores posibilidades de que el hombre aceptase un consejo legal prudente.

De cualquier manera, Hoffa perdió ante el comité que tenía que concederle la libertad condicional y se le comunicó que no podría volver a presentarse hasta junio de 1972. Hoffa no podría asistir a la convención de Camioneros de julio de 1971. Si se presentaba a las elecciones, tendría que hacerlo desde prisión.

Durante la audiencia que se llevó a cabo para resolver su libertad condicional, el comité dio la impresión de ver con malos ojos el hecho de que Hoffa siguiese siendo presidente de los Camioneros. Según sus normas, al cabo de noventa días se podría volver a solicitar una nueva audiencia basándose en nuevas pruebas. Eso le daba a Hoffa un destello mínimo de esperanza de alcanzar la libertad condicional antes de la convención de julio. Pero ¿cómo podía Hoffa presentar nuevas pruebas?

¿Tendría que hacer su campaña presidencial desde la cárcel? ¿O tendría que postergarlo todo para la convención internacional de 1976?

El 7 de abril, Hoffa consiguió un permiso de cuatro días sin vigilancia para pasar la Semana Santa con su esposa, Jo, que estaba recuperándose de un repentino ataque al corazón en el centro médico de la Universidad de California, en San Francisco. Hoffa se alojó en el Hilton de San Francisco y, en un claro desafío a las reglas que le imponía su permiso, sostuvo importantes reuniones con Frank Fitzsimmons y con otros oficiales y asesores de los Camioneros, incluido su inquebrantable compañero de los «chicos de las fresas» y colega en su agrupación local, la 209, Bobby Holmes. Todo lo que Hoffa haría en los meses posteriores a estas reuniones en San Francisco habría de reflejar lo ocurrido en aquellos cuatro días.

XXIII

Nada sale barato

«En mayo recibí una llamada de John Francis para decirme que tenía un regalo bien envuelto para traer a la fiesta. John era el nuevo chófer de Russell. Era muy buen tipo. Nos hicimos amigos de verdad. John también hacía de chófer para mí en varias ocasiones en las que me encargaba de asuntos para Russell. Era alguien en quien podías confiar. Y siempre acertaba con el tiempo. En ciertos asuntos, te dejaba en una esquina para entrar en un bar mientras él se daba una vuelta a la manzana con el coche. Dentro del bar, ibas al baño y al salir, le dabas el beso a la persona correspondiente y volvías fuera, y ahí estaba siempre John.

El sobrenombre de John era el Pelirrojo. Era de Irlanda, donde había participado en algunos golpes con el IRA. John vivía en un suburbio de Nueva York. El Pelirrojo conocía a muchos de los que vivían al oeste, una banda de rufianes irlandeses de la zona de Hell's Kitchen, en la parte oeste de Nueva York. Las drogas pesaban sobre aquel clan, y la violencia innecesaria también. Son dos cosas que van de la mano. John, de forma ocasional, tenía relación con las drogas, lo justo para sacar algo de dinero, aunque se lo ocultaba a Russell. De lo contrario, nunca habría llegado a ser su chófer.

No sé quién recomendó a John a Russell por primera vez. Debió de ser alguien de Nueva York. Russell tenía muchos negocios en esta ciudad y, durante veinticinco años, mantuvo una suite de tres habitaciones en el

hotel Consulate. Yo diría que iba a Nueva York unas tres veces por semana. Era él quien cocinaba para nosotros en su suite. Todavía puedo oírlo, fustigándome:

—Vaya, irlandés pobretón, ¿qué sabes tú de cocina?

A menudo iba a la ciudad para tratar de negocios de joyas con ladrones de guante blanco. Solía llevar consigo una de esas lupas de joyero, que se colocaba en su ojo bueno. Pero Russell tenía toda una gama distinta de negocios funcionando en Nueva York: empresas de ropa que confeccionaban partes de vestidos o los vestidos completos, compañías de camiones, algunos sindicatos, restaurantes, lo que quisieras. Sobre todo solía estar en el restaurante Vesuvio, en la calle Cuarenta y cinco, en el distrito de los teatros. Russ era dueño de una discreta parte, así como de una parte del restaurante Johnny's, que se hallaba al cruzar la calle.

Cuando recibí la llamada de John Francis en mayo para decirme que tenía un regalo para una persona, cogí el coche y me fui al restaurante Branding Iron, en el número 7600 de Roosevelt Boulevard. John me entregó un maletín negro que debía de pesar cuarenta y cinco kilos. No estoy seguro de si ese medio millón que me habían encargado era el dinero de Jimmy que había conseguido a través de Allen Dorfman del fondo de pensiones; podrían haber sido los puntos que Dorfman estaba juntado para Jimmy mientras este seguía encerrado y que estaba apartando a partir de préstamos tomados del fondo. Tal vez la pasta viniese de Russ y Carlos y, finalmente, de la gente de Las Vegas. Pero eso no era de mi incumbencia.

Dejé la bolsa en el asiento de atrás de mi gran Lincoln. Ya me había preocupado de llenar el tanque de 280 litros que había puesto en el maletero, de modo que si a los federales les daba por seguirme, en algún punto tendrían que detenerse a repostar, mientras que a mí me bastaría con darle un botón para conectar el tanque extra y seguir con mi ruta.

Enfilé hacia el Milton, en Washington. Desde Washington a Filadelfia son unos doscientos cincuenta kilómetros en línea recta por la I-95, pasando por Delaware y Maryland. Todo el rato llevaba encendida una radio de banda ciudadana que me pusiera en alerta sobre los controles de velocidad de la pasma, aunque con un paquete de ese tamaño prefería tomármelo con calma.

Cuando llegué allí, aparqué y bajé mi propia bolsa al vestíbulo sin necesidad de la ayuda de un botones. Me senté en una cómoda butaca que había en la entrada. Pasado un rato, entró John Mitchell por la puerta principal. Echó una mirada alrededor, me vio allí, descansando, y vino a sentarse en la butaca contigua. Se puso a hablar sobre el tiempo y me preguntó qué tal había sido mi viaje por carretera. No era más que parloteo para que la cosa no resultase tan obvia. Me preguntó si estaba en el sindicato y le contesté que era el presidente de la agrupación local 326 de Wilmington. (Para que veas, ya en aquella época había ganado las elecciones de 1970 y recuperado mi local. Con tiempo para hacer campaña fuera de la cárcel, gané por un margen de tres a uno.) Me preguntó en qué parte de Wilmington y respondí que nuestra oficina estaba junto a la estación de tren. Me deseó un feliz viaje de regreso al sindicato y luego remarcó:

—Nada sale barato.

Se puso de pie, con el maletín en la mano, y yo le pregunté:

—¿No quiere usted que vayamos a alguna parte para contarle?

—Si tuviese que contarle, no te habrían enviado a ti.

Aquel hombre sabía lo que hacía.

Oí que Mitchell también estaba presionando a Partin. El Ministerio de Justicia lo estaba coaccionando en relación al asunto. Sin embargo, tengo la impresión de que aquel dinero era por la libertad condicional o por el indulto, que no guardaba relación con Partin. Técnicamente, el medio kilo se destinaba a la reelección de Nixon.

Lo que Jimmy no sabía en aquellos momentos, y que solo saldría a la luz más tarde, era que Sally Bugs también le había llevado medio kilo, enviado por Tony Pro en nombre de Fitz. Ni siquiera Russ lo sabía. Era asimismo para sacar a Jimmy de la cárcel, aunque mediante una libertad condicional restringida que evitaba que Jimmy pudiese dirigir el sindicato hasta que no hubiera cumplido la totalidad de su condena, en marzo de 1980.

Si esperaba hasta 1980, Jimmy tendría que pasar un total de trece años alejado de la gestión del sindicato. En ese período de tiempo, los antiguos partidarios de Jimmy habrían sido reemplazados y, para entonces, él

tendría sesenta y siete años. En aquellos días, las bases no votaban para elegir al presidente de la Fraternidad ni a ningún otro oficial, sino que el voto era emitido por los delegados en la convención en una sesión abierta. Los delegados escuchaban a las bases en sus lugares de origen pero, sobre todo, escuchaban a Jimmy o a quienquiera que los hubiese colocado en su puesto. Para 1980, Fitz podía eliminar a muchos de los delegados de Jimmy, muchos otros ya se habrían jubilado y Fitz habría colocado a sus partidarios en su lugar, gente como su hijo Richard Fitzsimmons, que todavía estaba con la agrupación 299, en Detroit. Hoy en día, las bases votan directamente para elegir a los oficiales que los representan mediante voto secreto.

O sea, que Mitchell y Nixon estaban recibiendo por los dos lados.»

El 28 de mayo de 1971, Audie Murphy murió en una avioneta que se estrelló mientras sobrevolaba la localidad en la que estaba llevando a cabo un negocio con las fuerzas de Hoffa. Cualquier clase de ayuda que Jimmy Hoffa hubiese podido esperar de Audie Murphy para que intercediese ante Ed Partin se desplomó junto con la avioneta.

Seis días después del accidente de Murphy, cuando ya habían pasado un par de semanas desde que Mitchell le dijese a Frank Sheeran que «nada sale barato», Frank Fitzsimmons, acompañado del joven James P. Hoffa, dio una rueda de prensa en el hotel Plaza Playboy, en Miami Beach. Fitzsimmons anunció que había recibido una carta de Jimmy Hoffa en la que declaraba que no era candidato a la reelección y que apoyaría la candidatura de su viejo amigo de la agrupación local 299 de Detroit, el vicepresidente general, Frank Fitzsimmons, para el cargo de presidente de la Fraternidad Internacional de Camioneros.

Dos semanas más tarde, el 21 de junio de 1971, Fitzsimmons se dirigió al comité ejecutivo en la reunión trimestral celebrada en Miami. A los periodistas no se les permitió el acceso a la sala pero, por algún extraño motivo, Fitzsimmons sí permitió la entrada de los fotógrafos. Ante el comité, Fitzsimmons anunció que Jimmy Hoffa había renunciado como presidente y que lo había designado a él como presidente en funciones

hasta la próxima convención. En aquel momento, el presidente Richard M. Nixon entró en la sala y tomó asiento junto a Fitzsimmons. Los fotógrafos congelaron aquel instante.

Dos días después, el 23 de junio de 1971, siguiendo el nuevo plan de acción para tratar con el panel a cargo de decidir la libertad condicional, James P. Hoffa escribía una carta al comité ejecutivo para explicar que su cliente había renunciado como presidente de la Fraternidad Internacional de Camioneros, como presidente de la agrupación local 299 de Detroit, como presidente de la Junta Sindical 43, como presidente de la Conferencia de Camioneros de Michigan y como director de la Conferencia de Camioneros de los Estados Centrales. Basándose en nuevas pruebas, James P. Hoffa solicitó una segunda audiencia ante el panel. En la carta, James P. Hoffa señalaba que su padre tenía intenciones de acogerse a la jubilación para vivir de su pensión y poder dedicarse a impartir algunas clases y conferencias en la universidad.

El día 7 de julio de 1971 se celebró una audiencia preliminar ante el panel que decidía sobre la libertad condicional. De acuerdo con las «nuevas pruebas» contenidas en la carta y presentadas en la audiencia preliminar, el panel decidió conceder una segunda audiencia cabal que tendría lugar el 20 de agosto de 1971.

«Cuando llegué a la Convención de Miami Beach en julio de 1971, vi una gran foto de Jimmy desplegada fuera, sobre la pared del centro de convenciones. Entré y ya no vi ninguna foto más de Jimmy en ninguna parte. Era como lo que hacían en Rusia: cogían a un tipo y lo borraban de la foto. Conseguí la ayuda de un par de chicos y salimos fuera, arrancamos la foto de Jimmy y la llevamos dentro para colgarla. La coloqué en un sitio tan importante como el de la foto de Fitz. Mi intención, en realidad, era coger la foto de Fitz y arrancarla para colgarla fuera y poner la foto de Jimmy en el lugar que había quedado libre, pero eso no se podía hacer. Las hostilidades corrían por detrás del escenario. Aún no habían brotado en público y yo no iba a hacer algo así a menos que contase con el visto bueno de Jimmy.

Jo, la esposa de Jimmy, habló en aquella convención de julio de 1971. Se encargó de transmitirles a todos los mejores deseos de parte de Jimmy. De inmediato, la sala estalló en aplausos. Le dedicaron una ovación cerrada: sin duda, se trataba de una multitud de seguidores de Hoffa. Fitz tuvo suerte de que no lo abucheasen.

Los del FBI intentaron colarse en la convención disfrazados de encargados de la limpieza, pero yo me percaté y los eché fuera. Sabías que no te habías equivocado cuando veías que nunca regresaban, acompañados de su jefe, para demostrar que realmente trabajan haciendo la limpieza.

Yo no sé qué tenía en la cabeza por aquel entonces pero, por alguna razón, no me había enterado hasta ese momento de que Jimmy seguía siendo el presidente cuando lo encerraron en 1967. Debí de entender mal lo que estaba sucediendo. Creía que Jimmy había renunciado al puesto y colocado a Fitz en su lugar como presidente en funciones hasta que él volviese a salir. Pensaba que Fitz tenía dos cargos, de vicepresidente y de presidente. Durante todo ese tiempo, era evidente que Fitz había actuado como si fuese el presidente por la forma en que me había tratado. Yo estaba convencido de que, cuando me envió al tiroteo aquel en la calle Spring Garden, él era el presidente. ¿No es sorprendente? Las cosas que acabas pasando por alto cuando estás demasiado ocupado.»

El 19 de agosto de 1971, el día anterior a la segunda audiencia concedida a Jimmy Hoffa ante el panel que determinaría si procedía o no otorgarle la libertad condicional, Frank Fitzsimmons convocó una rueda de prensa en la que elogió el paquete de medidas económicas introducido por el presidente Nixon como algo bueno para el país y para los trabajadores. Todos los restantes líderes sindicales del país que habían asumido una posición, especialmente el presidente de la AFL-CIO, George Meany, se habían mostrado claramente contrarios a los planes económicos de Nixon.

Al día siguiente, 20 de agosto de 1971, James P. Hoffa y su cliente no recibieron la acogida que pensaban que el panel les debía dedicar. La renuncia de Jimmy Hoffa a sus cargos fue bienvenida con un bostezo. James P. Hoffa fue interrogado sobre el trabajo que realizaba para la

Fraternidad Internacional de Camioneros, como si su empleo tuviese alguna importancia para los planes de vida que Jimmy Hoffa podía desarrollar si le concedían la libertad condicional. A continuación, James P. Hoffa fue cuestionado sobre el papel de su madre en el comité de acción política DRIVE (Educación para el Votante Democrático, Republicano, Independiente, por sus siglas en inglés) de la Fraternidad Internacional de Camioneros. Cuando el recientemente retirado Jimmy Hoffa estableció su futura pensión mensual al valor actual, se hizo con un monto total de un millón setecientos mil dólares. Igual que esa cifra sin duda le provocaría urticaria al jefe de Sally Bugs, Tony Pro, después de haberle pedido ayuda en la cárcel, la magnitud de ese monto también provocó urticaria en el panel que decidía la libertad condicional. Fue un tema en el que el panel indagó con lenguaje y tono hostiles. Finalmente, les llevó a estudiar en detalle las conexiones de Jimmy con el crimen organizado y el panel quedó consternado, completamente consternado. Tras haber concedido en la votación de julio una segunda audiencia para revisar las “nuevas pruebas” sobre el retiro de Jimmy Hoffa de todos sus cargos sindicales, así como las “nuevas pruebas” sobre sus planes para impartir clases y conferencias, el panel votó de forma unánime la denegación de la libertad condicional. A Hoffa se le hizo saber que podría volver a elevar una solicitud el siguiente año, en junio de 1972, coincidiendo con el mes y el año en que el robo de Watergate acabó con Richard Nixon y envió a prisión al fiscal general John Mitchell, junto con otros miembros de la Casa Blanca.

¿Qué clase de lúgubres perspectivas debió de afrontar y barajar el “equipo para liberar a Hoffa”»? ¿Había orquestado y elaborado Frank Fitzsimmons un plan para engañar a Hoffa y llevarlo a renunciar a cada uno de sus numerosos cargos sindicales, de manera que no pudiese presentarse a las elecciones para presidente de la Fraternidad Internacional de Camioneros en julio de 1971? ¿Habían hecho creer a Jimmy Hoffa que, mediante su renuncia a los cargos en el sindicato, tanto el panel que concedía la libertad condicional como la Administración Nixon podrían esgrimir la excusa necesaria para concederle finalmente la libertad condicional? ¿Acaso Jimmy Hoffa, un hombre famoso por su

intransigencia, había caído en esta trampa por el simple deseo de volver a los brazos de sus añoradas esposa y familia, a las que dedicaba toda su devoción? ¿Cayó en esta trampa porque confiaba y creía que, al recuperar su libertad, podría reacomodarse en los puestos del sindicato con el tiempo y recuperar la presidencia en la convención de 1976 o incluso antes, si un débil y cobarde Fitzsimmons era literalmente forzado a dejar el cargo? El ingenio de Jimmy Hoffa ¿había sido claramente superado por el de gente como Frank Fitzsimmons ante todo el mundo? Tanto Nixon, como Fitzsimmons y Mitchell parecían estar jugando la misma mano. Y todos parecían tener sus ases.

¿Qué iba conseguir Jimmy Hoffa después de todo el dinero y apoyo brindado al presidente Nixon, ahora que el panel que decidía su libertad condicional, bajo el gobierno de Nixon, le acababa de dar un portazo, pillándole los dedos?

En una concentración en Detroit para el Día del Trabajador, el presidente Frank Fitzsimmons alentó públicamente a su nuevo amigo, el presidente Richard M. Nixon, a conceder el indulto a Jimmy Hoffa.

El 16 de diciembre de 1971, sin grandes aspavientos y dejando de lado todos los canales normales de comunicación, el abogado Morris Shenker presentó una petición para obtener el indulto ante la Casa Blanca. En lugar de canalizar la petición a través del Ministerio de Justicia para obtener respuesta y para que se procediera a su revisión por parte de los fiscales y del personal del FBI, así como para que los dos jueces que dictaron sentencia pudieran realizar las observaciones pertinentes como parte de un procedimiento que hacía años se realizaba, la solicitud fue simplemente sellada con el «concedido» por el fiscal general John Mitchell.

«Fui a Lewisburg a ver Jimmy justo antes de Navidad. Morrie Shenker estaba allí con los papeles para el indulto que Nixon firmaría. Yo me encontraba en otra mesa con un chaval. Cuando el guardia miró hacia otra parte, me pasaron los papeles por cortesía y les eché un vistazo. Allí ponía que Jimmy podría salir con la condena cumplida en noviembre de 1975, pero que Nixon le estaba concediendo la libertad ahora. No había nada que

proclamase que Jimmy estuviera incapacitado para presentarse a las elecciones hasta 1980. Puedo asegurar que yo lo habría detectado al instante. Jimmy ya estaba planeando presentarse en 1976. Puede que yo no tenga mucha instrucción, pero durante años me he ganado la vida leyendo contratos sindicales y documentos legales. Había leído cientos de documentos mucho más complicados que aquel indulto. Y todo lo que decía era que Jimmy podía salir libre, finalmente. Todos en el comedor nos pusimos contentos: después de numerosas deslealtades entre Partin, Fitzsimmons, Nixon y Mitchell, por fin Jimmy iba a obtener aquello por lo que había pagado. Saldría para Navidad. Lo único que hacíamos era hablar sobre las vacaciones en Florida que Jimmy se iba a coger por unos cuantos meses para recuperar la forma física antes de volver a entrar en acción. Aquel día en Lewisburg no hubo polémica de ningún tipo.

La polémica vino más adelante, cuando Jimmy salió libre y se fue a Detroit, donde le entregaron los papeles definitivos firmados por Nixon y recibimos la lección al ver, en un inglés muy claro, que la traición se había consumado. Jimmy no podría presentarse a las elecciones hasta 1980 y se perdería las de 1976. Si se hubiese quedado dentro para cumplir condena, habría salido en libertad en 1975 y habría tenido tiempo de sobra para prepararse para la convención de 1976. Todo esto era antes de Watergate, así que teníamos muy claro con qué clase de ladrones estábamos tratando.»

El 23 de diciembre de 1971, Richard Nixon firmó en un tiempo récord una concesión ejecutiva de clemencia que reducía la sentencia de Hoffa de trece a seis años y medio. Con lo que llevaba cumplido de su pena, la reducción a seis años y medio le garantizaba a Hoffa la liberación inmediata. El mismo día en que salió de la penitenciaría de Lewisburg, Pensilvania, cogió un vuelo a casa de su hija Barbara, en St. Louis, para pasar la Navidad con su familia. Después regresó a su casa, en Detroit, para registrarse en la oficina federal encargada de supervisar la libertad condicional, ya que Hoffa seguiría sujeto «en el papel», es decir, en condicional, hasta que se cumpliera, en marzo de 1973, el período

probatorio que le correspondía por su condena de seis años y medio. Desde Detroit, Hoffa iría a Florida para tomarse un descanso de tres meses, pero estando allí, Hoffa y sus seguidores, incluido Frank Sheeran, leyeron los siguientes términos incluidos en el indulto concedido por Richard Nixon:

... el mencionado James R. Hoffa no participará directa ni indirectamente en la gestión de ninguna organización sindical con anterioridad al día 6 de marzo de 1980. De no cumplirse esta condición, la conmutación de la pena será revocada e invalidada en su totalidad...

El 5 de enero de 1972, Jimmy Hoffa voló a Florida para quedarse en su apartamento de Blair House, en Miami Beach. En el aeropuerto fue recibido por Frank Ragano en señal de respeto por parte de Santo Trafficante y Carlos Marcello quienes, por muchas razones, no podían dejarse ver por allí. Tal vez una de las razones más importantes era que una persona a la que el sistema federal ha concedido la libertad condicional no está autorizada a permanecer en compañía de figuras del crimen organizado o criminales condenados. El 12 de febrero de 1972, en el programa *Issues and Answers* (Problemas y respuestas) de la cadena ABC, Jimmy Hoffa declaró que brindaría su apoyo personal a Richard Nixon en 1972. Hasta que acabase su período probatorio, en marzo de 1973, él iba a seguir con la pantomima para salir adelante, aunque a esas alturas ya acumulaba suficientes experiencias como para confiar en que la Administración de Richard Nixon jugase limpio con él en caso de que intentase provocarlos al atacar a Fitzsimmons. Jimmy Hoffa no los provocaría.

El 17 de julio de 1972, un mes después del robo de Watergate, el comité ejecutivo de Frank Fitzsimmons ofreció su apoyo formal al presidente Richard M. Nixon para su reelección en noviembre tras una votación de 19 a 1. Ese único voto pertenecía a Harold Gibbons, el vicepresidente que había enfurecido a Hoffa por enarbolar la bandera a media asta en honor del presidente caído, John F. Kennedy. La señora Fitzsimmons, esposa de Frank, fue designada por Nixon para ocupar un puesto en el comité artístico del Centro Kennedy para las Artes Escénicas.

Una vez elaborado, el plan de ataque de Jimmy Hoffa se concentraría en una disputa constitucional a las condiciones establecidas en su indulto. Sus abogados a cargo de la parte civil debían argumentar que el presidente

había excedido su autoridad al agregar una condición para el perdón. Según la Constitución, un presidente tiene poder para conceder el indulto o denegarlo, pero no tiene poder, ni expreso ni implícito, para indultar de tal forma que dicho perdón pueda ser posteriormente revocado y el favorecido deba regresar a prisión. Un indulto condicional otorgaría al presidente más poder del planteado por los fundadores de la nación americana.

Es más, esta restricción particular sumaba el castigo de no permitir la gestión de un sindicato. Ni siquiera en la cárcel Hoffa había sufrido una restricción así. Aunque las normas de prisión hacían difícil el desempeño de tal cargo, no estaba prohibido. Este nuevo castigo no le había sido impuesto a Hoffa con ninguna de sus dos condenas y el presidente no tenía poder alguno para incrementar la pena decretada por una sentencia judicial.

Además, esta condición violaba el derecho de Hoffa, contenido en la Primera Enmienda, que garantiza la libertad de expresión y de reunión, al prohibir la celebración válida y legítima de estas libertades en un foro público.

No obstante, por odio a la cárcel y ante el temor de que la Administración Nixon vigilase su libertad condicional de manera más meticulosa si se le ocurría presentar una demanda así, Hoffa se desentendió hasta el final de su período probatorio, en marzo de 1973, momento en el que también habría de quedar libre «en los papeles». Hasta ese momento, Fitzsimmons podía estar relajado.

En la Casa Blanca de Nixon se produjo una importante cantidad de alegatos y acusaciones con el dedo en el tema de cómo la restricción había acabado incluida en el indulto. John Dean, abogado de la Casa Blanca y testigo en Watergate contra los confederados, testificó que había sido idea suya añadir el texto de la restricción en el último minuto. Según declaró, él solo se había limitado a ser un buen abogado porque, cuando Mitchell le pidió que preparase los papeles, mencionó por casualidad que Hoffa se había mostrado verbalmente de acuerdo en mantenerse alejado de la actividad sindical hasta 1980.

El otro abogado de la Casa Blanca y futuro delincuente en el caso Watergate que era sospechoso de complicidad en el texto de la restricción

era el abogado Charles Colson, consejero especial del presidente y hombre a cargo de la tristemente famosa lista de enemigos de Nixon. John Dean testificó que Colson le pidió que abriese una investigación del Servicio de Impuestos Internos sobre las finanzas de Harold Gibbons, el único miembro del comité ejecutivo de los Camioneros que no dio su voto para apoyar a Nixon en la reelección. Apareció una nota de Colson a Dean solicitando la auditoría en la que Gibbons era tildado de «enemigo declarado». En su declaración, Jimmy Hoffa testificó que «hay un hombre al que considero culpable [de la restricción impuesta en mi indulto]... Charles Colson». Durante las audiencias del caso Watergate, Colson se acogió a la Quinta Enmienda cuando salió este tema, pese a que sí admitió haber discutido sobre el indulto con Fitzsimmons antes de que fuese concedido. Cuesta creer que no discutiesen entre ellos algo tan importante como la restricción introducida.

¿Era, entonces, la restricción el resultado del buen desempeño de Dean como abogado? ¿Era una forma de hablar empleada por Colson y Mitchell que luego hizo pensar a Dean que había sido idea suya introducir la restricción? Si el tema de la restricción hubiese sido formulado de manera adecuada por su superior, cualquier joven abogado lo hubiese incluido en la formulación redactada por él. John Mitchell había sido abogado en Wall Street: sabía muy bien cómo manipular a un colega.

Poco después de que Colson renunciase a su puesto en la Casa Blanca y antes de ir a parar a la cárcel, regresó al trabajo en el sector privado. Frank Fitzsimmons despojó a Edward Bennett Williams del lucrativo contrato como representante legal de la Fraternidad Internacional de Camioneros para cedérselo a Charles Colson, asegurándole así una cuota anual de cien mil dólares, como mínimo.

Desde aquellos turbulentos días, Charles Colson ha cambiado de vida y, tras fundar una organización cristiana, se dedica a fomentar las visitas a la cárcel, alentando a los prisioneros a seguir la senda espiritual hacia la redención. Mientras me encontraba en la mayor prisión de Delaware para entrevistar a Frank Sheeran o a otros clientes, pude ver a un arrepentido y digno Charles Colson que salía del recinto penitenciario con la Biblia en la mano tras visitar a algunos de los reclusos.

Jimmy Hoffa, mientras tanto, esperaba su momento. No iba a correr ni el menor riesgo de ser enviado de nuevo a prisión. Tal como dejó escrito en su autobiografía, «pasé cincuenta y ocho meses en Lewisburg y puedo jurar sobre una pila de Biblias que las prisiones son agujeros infernales arcaicos, brutales, inútiles para regenerar y masificados, donde los reclusos son tratados como animales sin la menor consideración humana sobre lo que harán el día que sean liberados. Eres como un animal en una jaula y te tratan como tal».

XXIV

Necesitaba un favor y eso bastaba

«Durante su primer año en libertad, Jimmy tenía que pedir permiso para ir a cualquier sitio. Aunque no le dejaban asistir a las conferencias del sindicato, podía conseguir autorización para ir a California o a cualquier otro lugar por la razón que fuese. Normalmente, se alojaba en el mismo hotel que el resto de los participantes y se los iba encontrando en el vestíbulo. Supongo que se podría decir que Jimmy estaba dando clases.

Jimmy estaba llevando a cabo un importante trabajo de campaña a escondidas, aunque no fuese necesario. Realizaba muchas gestiones por teléfono. Más bien se trataba de mantener a todo el mundo alineado, haciéndoles saber que iba a regresar, para que no les entrase la tentación de pasarse al lado de Fitz.

Volé a Florida para ver a Jimmy un par de días en su urbanización. Lo llamé desde el aeropuerto mientras esperaba el coche que había alquilado. Me explicó que Jo no estaba con él y que pillase por el camino en Lums unos cuantos perritos calientes con chile para darnos un festín.

Después de comérmolos, hablamos sobre la dimisión de John Mitchell para unirse a la campaña de reelección de Nixon. Con aquel CREEP [Comité para la Reección del Presidente] que habían montado, esos chicos iban a acabar obteniendo una licencia para imprimir dinero.

Jimmy me dijo que iba a poner las cosas en su sitio con Fitz y Tony Pro por aquella restricción. Me dejó claro que nada iba a impedir su

regreso. De hecho, ya había comenzado a darle forma a una demanda contra la restricción que le habían impuesto. Le dije a Jimmy que quería participar en la demanda. Le conté que John McCullough, junto con el sindicato de aparejadores y otra gente de Filadelfia, estaban organizando una cena para homenajearme. Le pregunté si quería ser el orador invitado y entonces me pidió que les dijese que retrasasen un poco el homenaje hasta que él estuviese libre en los papeles y que entonces sería para él un honor tomar el micrófono.

En aquella época, Jimmy daba por hecho que tenía mucha fuerza en la presunta mafia. Le apoyaban Russ, Carlos, Santo, Giancana, Chicago y Detroit. Estando en Lewisburg, se había hecho amigo de Carmine Galante, «el Puro», de Queens, el jefe de la familia Bonnano. Galante era muy duro: no capturaba prisioneros.

Jimmy pensó que el único problema que tenía con aquella cultura era con Tony Pro, debido al pollo que habían montado en la trena. Suponía que Pro apoyaba a Fitz como forma de obtener el monto total del fondo de pensiones y así conseguir su millón. “Lo pagarán”, me comentó Jimmy, refiriéndose a Pro y a Fitz, sobre todo. Me contó que le iba a enviar un mensaje a Fitz y que haría que se encargaran de Pro. No especificó, pero asumí que el hacerse cargo de Pro iba a ser el mensaje para Fitz.

—Hay que hacer algo con Pro —me dijo.

—Dame el visto bueno y me encargo de su casa —le propuse—. Tengo un buen chófer que me puede llevar, el Pelirrojo.

—Yo conduciré —me contestó Jimmy—. Quiero que se entere de que fui yo.

Cuando afirmó que él conduciría, dejó de lado la parte seria de la cuestión. Pensé que estaba resoplando para dejar escapar su rabia. Uno no emplea un chófer con una cara tan conocida como la de Milton Berle.^[10]

El Pelirrojo ya había dado pruebas de ser un tío en el que se podía confiar cuando había que conducir. Días antes de sentarme con Jimmy en Florida aquella primavera de 1972 a comer perritos con chile, el Pelirrojo me había llevado para solucionar un asunto.

Ya era tarde cuando una noche recibí una llamada de Russ para que cogiera a mi hermanito y me fuese a ver al Pelirrojo. El hermanito era un revólver. Para un encargo como este se necesitaban dos hermanitos. Yo llevaba uno en la cintura y una pieza de recambio en la pistolera sujeta a la pantorrilla. Puedes usar algo como un 32 y un 38 porque quieres más poder de parada del que consigues con un 22. Seguro que no vas a utilizar un silenciador porque solo encajan con un 22. Además, había que hacer ruido con unos cuantos tiros a voleo para que los testigos corriesen a ponerse a cubierto, aunque tampoco tanto como con un 45, que se podía oír desde el coche patrulla a varias manzanas de distancia. Por eso no usabas un par de 45, pese a que un 45 tiene un poder de parada de primer nivel. Además, un 45 pierde precisión más allá de los diez metros.

Cuando colgué el teléfono y me subí al coche, no sabía a quién tenía Russ en mente, pero él necesitaba un favor y eso bastaba. Nunca te avisan con mucha antelación. Tienen a gente siguiendo a un tipo y a gente que llama para dar avisos. Hay otra gente que se encarga de pincharles el teléfono y que saben cuándo es probable que se encuentre en la calle en situación vulnerable. No quieren que haya mucho personal entre el tipo y la calle.

Un par de días antes de la convención de julio de 1971, en la que puse el cartel con la imagen de Jimmy dentro del recinto, Crazy Joey Gallo se consiguió a un loco de Harlem para que le diese el beso al jefe de la familia Colombo, Joe Colombo. Ocurrió durante una manifestación de la Liga Italoamericana de Derechos Civiles en Columbus Circle. El pobre Joe Colombo aguantó en coma varios años. Pero, además de todo eso, fue abatido delante de su propia familia y de sus parientes. Hacer las cosas de esa manera viola el protocolo. Sin duda, Gallo contaba con la aprobación para darle el beso a un jefe como Colombo, pero no de esa forma, no delante de toda su familia. Supongo que por eso le llamaban Crazy Joey, “el Loco Joey”.

Según entiendo, el asunto tuvo lugar porque Joe Colombo estaba atrayendo demasiada atención sobre la presunta mafia convocando todas aquellas manifestaciones, con toda la publicidad que despiertan. Cada vez que le decían que no continuase, él se hacía el sordo, así que había que

eliminarlo. Si Russell hubiese sido parte de la comisión, estoy seguro de que habría votado en contra. Él mismo tenía participación en una sección de la Liga Italoamericana de Derechos Civiles de Colombo al norte de Pensilvania. De hecho, ellos me dieron el premio al hombre del año. Todavía tengo guardada la placa en mi habitación.

Entonces aparece el tipo que hizo la chapuza al darle el beso a Colombo, circulando por Nueva York con todos los peces gordos del negocio del espectáculo. No deja de aparecer todo el tiempo en los periódicos. Se le ve con aquella estrella de cine o con aquel escritor o cuando acude al teatro, en medio de la gente de la farándula de Nueva York, mientras los fotógrafos hacen su agosto retratándolo. Crazy Joey estaba despertando la mayor atención y publicidad posible, justamente lo que no querían. En lo que se refiere a publicidad, estaba poniendo la situación mucho peor de lo que jamás llegó a ponerla el propio Joe Colombo. A Colombo le gustaba llamar la atención, pero a Gallo le gustaba mucho más. Y por si fuera poco, me entero de que estaba montando una estafa en un restaurante de Little Italy para poder pegarse el estilo de vida de los ricos y famosos con los que le gustaba codearse, como si fuese el propio Errol Flynn. Pues fastidiar en Little Italy era algo que estaba completamente descartado.

John Francis, “el Pelirrojo”, tenía un montón de fotos de Crazy Joey Gallo sacadas de los periódicos de Nueva York. Yo nunca había conocido al hombre, aunque ahora iba a verle la cara. John tenía un plano del restaurante Umberto’s Clam House, incluyendo el acceso de la esquina, la puerta de entrada de la calle Mulberry y la ubicación del baño de hombres. Aquel lugar era propiedad de un jefe muy destacado que había puesto a su hermano menor a gestionarlo. Aunque hoy se ha trasladado de lugar, sigue estando en Little Italy.

Gallo iba a salir a celebrar su cumpleaños y, por alguna razón, la persona que había hecho el encargo sabía bien que el tipo acabaría la noche en el Umberto, y sabía dónde se sentaría: entrando por la puerta de la calle Mulberry, a la izquierda. Tal vez alguien lo había invitado para acabar allí la noche. De todos modos, era el único garito abierto a esas horas de la madrugada.

El plan estaba bien montado, pero requería un tirador de precisión. Crazy Joey Gallo iba a estar con su guardaespaldas y varias mujeres de la familia, incluidas su esposa y su hermana. Disparar a Gallo es una cosa, pero disparar a un par de mujeres es algo muy distinto. Por eso se necesitaba precisión; porque lo más cerca que se podía estar era a unos cinco o seis metros y no querías acabar dándole a una de las mujeres.

Resultaba imposible acercarse a más de cinco metros al hombre sin que el guardaespaldas empuñase su arma. Gallo debía de sospechar que alguien lo estaba buscando. Sabía muy bien que le había pisado los pies a mucha gente y sabía de qué clase de personas se trataba. Ahora tenía que ir de puntillas. Pero no iba a ser él quien llevase un arma: era un criminal condenado y no podía permitirse ese riesgo. En Nueva York regía una estricta ley de posesión de armas, la Ley Sullivan. Tampoco las mujeres llevarían armas para Gallo en sus bolsos porque no eran amantes, sino miembros de la familia. Y tampoco habría otra persona sentada en el restaurante, disimulando, para protegerlo, porque ya le habrían comentado a John Francis que iba a haber otro hombre de la partida en las inmediaciones aquella noche. Todo lo cual significaba que, seguramente, el único en llevar un hierro era el guardaespaldas. Es, entonces, el primero al que hay que tumbar. No había motivo para herirlo de muerte: bastaría con dispararle en la parte baja de la espalda o en el trasero, evitando las arterias del cuello o el corazón. Solo se trataba de dejarlo fuera de combate. Por eso, era imprescindible contar con un buen tirador que mostrase habilidad en estas materias. Y había que entrar solo, si no querías provocar un tiroteo como los del viejo Oeste. Entrar solo significaba que no habría nadie más que te pudiese ayudar.

Yo no tenía aspecto amenazador ni de alguien reconocible. Tenía la apariencia de un camionero de pocas perras, con la gorra en la cabeza, que había entrado para usar el aseo, no lejos de la puerta. Tengo la piel muy clara y no guardaba semejanza con un pistolero de la mafia.

Otro aspecto a tener en cuenta es que uno no abate a un hombre delante de su familia. No obstante, así es como Gallo lo había hecho con Colombo: justo en medio de toda su familia, dejaron al hombre convertido

en un vegetal. De modo que había que hacerlo de esa misma manera con Crazy Joe: se había portado como un crío insolente.

Todo esto era antes de que existiesen los teléfonos móviles, así que cuando fuimos hacia el lugar, sabíamos que todo podía haber cambiado a nuestra llegada: el lugar podía estar lleno o el tipo se podía haber marchado. Sin embargo, aún estaba por ahí, celebrando su cumpleaños, bebiendo sin prestar atención. Los luchadores, cuando beben, pierden reflejos. Hasta donde yo sabía, Gallo era alguien al que le gustaba la fiesta. En cualquier momento podía abrirse. Estaba claro que allí la gente le invitaba a copas para evitar que se marchase a otra parte. Más tarde, cuando los parroquianos calcularon que nosotros no tardaríamos en llegar, dieron las buenas noches y se esfumaron. Para entonces, Gallo tenía una botella de champán y varias copas esperándolo, aparte de la comida.

Crazy Joey Gallo debía de sentirse bastante seguro y cómodo en Little Italy. Se supone que nadie da un golpe en Little Italy porque siempre puede haber algún socio observando en silencio en un rincón del restaurante. En concreto, este restaurante italiano de pescado y marisco era propiedad de gente muy importante y acababan de abrir. Y es malo para el turismo en Little Italy cuando la gente piensa que no se trata de un lugar seguro para ir a comer. Aparte de que los turistas no siempre saben cómo ser buenos testigos y puede que carezcan de la prudencia necesaria como para decirle a la poli que todo había sido obra de ocho enanos de un metro veinte encapuchados.

De cualquier manera, la gente tiene sus reglas, aunque siempre las va dejando atrás poco a poco. Supongamos que estuviese en su poder abolir las reglas. En ese caso, no verían con malos ojos dar un golpe en Little Italy si fuese necesario. Aparte de que era cerca de la hora de cierre. En Nueva York, por ley, los bares cierran a las cuatro la mayoría de las noches, y estamos hablando de que esa hora ya había pasado o casi, así que no habría muchos turistas de Idaho de los que preocuparse. Gallo no era un hombre al que fuese fácil abatir a cualquier otra hora del día porque, adonde quiera que fuese, en las horas normales siempre había un fotógrafo de algún periódico al loro, tratando de sacar una buena foto. Quizás por

eso buscaba tanta publicidad y celebridad: le daba protección. Todos esos fotógrafos eran mejor que tener guardaespaldas.

John Francis me dejó en el Umberto's Clam House, en la esquina de la calle Mulberry con Hester, en Little Italy. El funcionamiento de este tipo de operaciones consiste en que John me deja en el lugar y, mientras yo voy al baño, el Pelirrojo da una vuelta a la manzana. Luego yo salgo justo cuando él viene a recogerme. Si no salgo, él tiene que esperar un par de minutos y, si pasado ese tiempo sigo dentro, quedo abandonado a mi propia suerte. Si llegasen a atraparme, todo lo que John podría decir es que él se limitó a dejarme allí para que yo fuese al baño. El Pelirrojo no habría visto lo sucedido en el interior; solo sabría lo ocurrido hasta cierto momento.

A veces de verdad ibas al baño, siempre que no tuvieses que pasar junto a la persona para llegar. Es una forma de comprobar que no hay nadie siguiéndote y también te permite revisarlo todo. Es, además, una manera de comprobar que no hay nadie en el baño de quien debas ocuparte. Por último, es una oportunidad para ir al baño. No es agradable tener que huir de un par de coches patrulla de la policía con la vejiga a reventar.

Sin embargo, en una situación como esta, con los testigos allí mismo, alrededor de la mesa, puedes arriesgarte a asumir que no habrá nadie en el baño. También puedes pensar que los testigos no verán nada si todo sucede lo suficientemente rápido y si todo sale bien, después te puedes ir tranquilo a la oficina. En un lugar así, el camarero y el tío de la barra ya sabrán lo suficiente como para no ver nada o, de otro modo, no estarían a las órdenes del propietario. A esa hora, todos los turistas de Idaho estarán en la cama.

Llegado el caso, todo lo que John podría decir es que yo había entrado para ir al baño. Si te toca encargarte de un asunto al aire libre, en plena calle, tu chófer tiene que estar allí aparcado, esperándote, y puede ver lo que pasa. A veces necesitas que esté al lado, junto a la acera, para deshacerse del hierro o para asustar a los testigos. Pero puertas adentro, como cuando asaltas una casa, es preferible trabajar en solitario. De esa manera, si las cosas salen mal, siempre se puede recurrir al argumento de

la defensa propia. Durante todo el tiempo que pasé con esta gente nunca llegué a confiar lo suficiente en alguien como para encargarme de un asunto con otra persona en la misma habitación. Un chófer solo sabe lo que sabe y eso es bueno para todos, incluso para él mismo. Un tío que debe enfrentarse a la silla eléctrica es susceptible de venirse abajo y ablandarse. Si lo haces tú solo, eres el único chivato posible.

Había unas cuantas figuras de la supuesta mafia que lo esperaban en la esquina cuyo trabajo era felicitar a Crazy Joey y a los suyos al llegar. Eso disminuiría las sospechas de Joey si alguien entraba por la puerta. Al ver los faros de nuestro coche se dispersaron: ya habían hecho su papel. Ninguna de esas personas de Little Italy, como tampoco Crazy Joey ni su gente, me habían visto antes. Cuando veníamos a Nueva York, Russell y yo íbamos por la parte norte, al Vesuvio o al Monte's, en Brooklyn, con los Genovese.

Entré por la puerta de la calle Mulberry. Me fui derecho al bar, dándole la espalda a la parte del local que daba a Mulberry, donde estaba Gallo. Me di la vuelta y me quedé frente a la mesa, con la gente allí reunida. Me desconcertó ver a una niña pequeña entre ellos, pero ya me había tocado verlo varias veces en Europa. Un microsegundo después de situarme frente a ellos, el chófer de Crazy Joey recibió un disparo por la espalda. Las mujeres y la niña se escondieron bajo la mesa. Crazy Joey se giró sobre su silla y salió en dirección a la puerta de la esquina, hacia la derecha del pistolero. Era posible que intentase atraer los disparos lejos de la mesa o que, simplemente, intentara ponerse a salvo, aunque lo más probable era que estuviese haciendo ambas cosas. Era fácil cortarle la salida, enfilando desde el bar directamente hacia la puerta para perseguirlo. Salió por la puerta de la esquina del Umberto's. Crazy Joey recibió tres disparos fuera del restaurante, un poco más allá de la puerta. Tal vez tenía su pipa en el coche y se dirigía hacia allí, pero no tuvo ninguna opción de llegar. Crazy Joey Gallo se fue a "Australia" el día de su cumpleaños en una ensangrentada acera de la ciudad.

Las historias que circulan por ahí hablan de tres pistoleros, aunque no es lo que yo cuento. Tal vez el guardaespaldas añadió otros dos hombres para no quedar él tan mal. Tal vez hubo tanta confusión con los disparos de

las dos pistolas que pareció que hubiese más de un pistolero. Pero yo no añadido a nadie más en la historia que no sea yo.

Lo importante es que John Francis estaba siempre en su lugar y jamás le entraba el pánico. Él ya tenía su experiencia con la mafia irlandesa en Londres. John no era alguien que tuviese un trabajo concreto ni nada. El hombre vivía de su ingenio. Y no le faltaba.

John enfiló de regreso a Yonkers por el camino más largo, no sin antes asegurarse de que nadie nos seguía y después de haber cambiado de coche. Como es natural, el siguiente paso fue deshacerse de las pipas en el río, en un lugar que él ya conocía. Hay un sitio similar en el río Schuylkill, en Filadelfia: si alguna vez se sumergiesen allí a bucear, encontrarían armas como para montar el arsenal de un país pequeño.

Más tarde, me enteré de que le habían adjudicado a un italiano el crédito de abatir a Gallo. Por mí, ningún problema. Quizás el tipo estaba buscando transformarse en una celebridad. Seguro que luego se convirtió en un chivato o algo así. Los chivatos suelen inflar su currículum para el que gobierno los trate con más respeto. Al gobierno le encantan los chivatos que ofrecen la oportunidad de resolver los grandes casos, incluso si el chivato no es más que un camello de poca monta incapaz de distinguir un gran caso de su huevo izquierdo.

Luego supe por una buena fuente que, cuando el Pelirrojo agonizaba de cáncer, me implicó en catorce golpes que según él habíamos cometido juntos, incluido el de Crazy Joey Gallo. Eso fue en los ochenta y mientras él se estaba muriendo, yo estaba en la cárcel. No sé qué pensar; tal vez tendieron una trampa a John. Pero si habló mientras deliraba, no tiene importancia. John se estaba muriendo de cáncer y, como sufría unos dolores espantosos, lo tenían lleno de medicamentos. Y no quería morir en la cárcel. El Pelirrojo no estaba en sus cabales como para testificar la verdad ante nadie. John era buena gente. No puedo culpar a un hombre que ansiaba conseguir tranquilidad.

Russell nos confió importantes encargos a John y a mí, como el del crío insolente. Los restantes jefes no querían que un golpe como ese quedase vinculado a sus familias. Es así como empiezan las guerras entre clanes. Las familias de Nueva York eran muy italianas, aunque la comisión

sabía que Russell tenía una actitud muy liberal respecto a los no italianos. Dos curtidos irlandeses con amplia experiencia en combate resultaban un beneficio que Russell podía ofrecer para resolver importantes asuntos, como el de Gallo. La comisión siempre le pasaba asuntos cuando se trataba de algo realmente gordo. Además, Russell era amigo de Colombo y apoyaba a la Liga Italoamericana de Derechos Civiles.

Fue en aquel período cuando Jimmy comenzó su actividad política al margen. No tardó en convertirse en alguien importante en la lucha por la reforma del sistema carcelario. Era algo que hacía con sinceridad pero, al mismo tiempo, le ofrecía la oportunidad de llevar adelante su campaña. Una vez Jimmy empleó a Charlie Allen para algo relacionado con una campaña que quería reunir fondos para la reforma carcelaria. Era para comprar a alguien.

Charlie Allen salió de Lewisburg después de Jimmy y este me pidió que me preocupase de él. Yo lo conocía un poco de haberlo visto en el centro de la ciudad. La primera vez que me lo encontré fue cuando yo acababa de salir de la trena, tras lo sucedido con DeGeorge. Yo conducía un camión para Crown Zellerbach. Allen había llevado a cabo un atraco a mano armada y necesitaba largarse de Filadelfia, de modo que cogí el camión y lo llevé a Scranton, donde lo dejé con Dave Osticco. Dave había estado muchos años con Russ y lo acogió en un lugar seguro hasta que las cosas en Filadelfia se pusieron tan feas que Allen decidió regresar y entregarse. Si no me equivoco, aquel robo a mano armada fue lo que acabó con él en Lewisburg. Así que cuando Jimmy me pidió que lo cuidase, contraté a Allen como chófer para que me acercase a los sitios. A esas alturas yo había alcanzado un estatus en el que tenía chófer y gente que hacía cosas para mí y me mostraba cierto respeto.

Lo que Charlie Allen sí que hizo y luego testificó en mis juicios fue llevar a cabo una entrega a John Mitchell, de parte de Jimmy Hoffa, a cuenta del Comité para la Reección del Presidente. Jimmy seguía manteniendo abiertas todas las líneas de comunicación con Nixon. Jimmy se encontraba en una función para recaudar fondos para la reforma carcelaria; el oficial que vigilaba su libertad condicional le había permitido viajar a Washington para acudir a ese tipo de eventos. En estas

ocasiones, Jimmy invitaba a gente con la que quería hacer negocios, además de a gente con la que había estado en la trena, con la que podía hablar sobre la vida en prisión. A este evento en particular, Jimmy se aseguró de que asistiesen Charlie Allen y su socio, Frank del Piano. También había llamado a Alan Cohen, un analista político de Filadelfia. Jimmy y Alan entregaron cuarenta mil dólares en efectivo a Charlie Allen para que se los hiciese llegar a Mitchell, destinados a la campaña de Nixon. Después salió a la luz que Mitchell solo había entregado diecisiete mil dólares en efectivo como contribución al Comité para la Reección del Presidente. Como ya he dicho, este hombre sabía lo que hacía.

Tres o cuatro años más tarde, los federales cogieron a Charlie Allen para hablar con él. En una de las primeras conversaciones, Allen les contó lo que de verdad sucedió en este incidente con Mitchell. Esta conversación con los del FBI ocurrió cerca de un año antes de que aceptase llevar un micrófono oculto para atraparme a mí. Al principio, probablemente no se daba cuenta de que querían que él actuase en mi contra en relación con la desaparición de Hoffa. Al menos al principio, todavía daba la cara por mí en el caso Hoffa aunque, de cualquier modo, alguien con un estatus tan bajo en la cadena no estaba en absoluto enterado de mis asuntos. Yo había cuidado muy bien de Charlie Allen desde el momento en que quedó en libertad hasta el día en que lo pillé con el micrófono escondido, en 1979.”»

Extracto de un informe oficial del FBI conocido por la referencia 302, presentado por el gobierno en los juicios contra Frank Sheeran en cumplimiento de las Normas Federales de Tribunales (el error de Allen sobre el año aproximado en que llevó a cabo la entrega de dinero a Mitchell aparece borrado del extracto y fue eliminado en un siguiente informe 302, fechado el 4 de noviembre de 1977):

HOFFEX

El 22 de septiembre de 1977, PH 5125-OC [Charlie Allen] hizo saber al AE [agente especial] HENRY O. HANDY, JR. y al AE THOMAS L. VAN DERSLICE lo siguiente:

Al preguntarle sobre la última vez que vio a AL COHEN, la fuente indicó: «Cuando me entregó el maletín lleno de dinero para hacérselo llegar a JOHN MITCHELL». La fuente recuerda haber asistido a una cena de homenaje en Washington, D.C., en un «hotel muy

grande y bonito» ubicado en Washington, D.C. El propósito de esta cena era recaudar fondos para la reforma de prisiones, tema de gran interés para JIMMY HOFFA. HOFFA estaba presente en dicha cena... Durante la cena, FRANK DEL PIANO, también conocido como TONTO, y la fuente fueron interpelados por HOFFA y AL COHEN. HOFFA le dijo a la fuente: «Llévale este dinero a John Mitchell». En ese momento Cohen le entregó un maletín a la fuente, que lo describe como un portafolios negro de aproximadamente sesenta centímetros de largo y treinta centímetros de ancho. La fuente no miró en su interior porque «no le haces algo así a Jimmy». Sin embargo, recuerda que el maletín era muy pesado. Al recibir el portafolios, la fuente y DEL PIANO salieron del hotel y se habrían subido a una limusina que ya los esperaba, sin saber adónde iban. El automóvil los condujo a una «casa muy grande y bonita» a las afueras de Washington, en cuyas puertas la fuente se encontró con John Mitchell. La fuente se dirigió a MITCHELL en los siguientes términos: «Me envía JIMMY». MITCHELL cogió el portafolios, dijo «gracias» y cerró la puerta. La fuente volvió a subirse a la limusina y regresó al hotel.

«Si miro atrás, de todos los distintos trabajos y cosas que hice, mi parte favorita fue ser presidente de la agrupación local 326. Cuando fui encarcelado, la agrupación me nombró presidente honorario de por vida. No era que tuviese que caerles bien, pero sí que me respetaban y respetaban el trabajo que había hecho por ellos. Les conseguí sus propios estatutos a través de Jimmy. Antes de eso, era una agrupación gestionada por Filadelfia. En 1979 les conseguí un nuevo edificio que, hasta el día de hoy, es su sede central. Me preocupé de ellos día a día, de sus alegatos y de que se respetasen sus contratos. Cuando me enviaron a la cárcel, contábamos con más de tres mil miembros. Hoy andan por los mil.

Antes de 1979, nuestras viejas oficinas se encontraban en el 109 de la calle East Front, en un barrio venido a menos cercano a la estación de tren. Toda el área ha mejorado hoy. Hacia finales de 1972, en aquel viejo edificio recibí la visita de un abogado muy destacado, alguien muy importante en el Partido Demócrata. El hombre quería hablarme de las próximas elecciones para el Senado de Estados Unidos que tendrían lugar en 1972.

Con anterioridad, aquel mismo año, el senador en funciones, el señor Caleb Boggs, había pasado a verme para pedirme que le permitiese dirigirse a los miembros del sindicato. Yo le comenté a Boggs que se oponía demasiado a los sindicatos, pero él negó estar en su contra. Él era republicano, dijo, y dado que los Camioneros habían brindado su apoyo a Nixon para ser reelegido, estaba obligado a tener una oportunidad de

hablarle a las bases. Boggs había sido gobernador y congresista antes de convertirse en senador. Creo que nunca perdió unas elecciones. Le caía bien a todo el mundo. Era una persona muy cálida y con buena reputación aunque, hasta donde yo sabía, se trataba de alguien que apoyaba a las empresas en Delaware. Yo presenté su propuesta al comité ejecutivo y decidimos no invitarlo.

Cuando su oponente, Joe Biden, preguntó si podía dirigirse a los miembros del sindicato, presenté su solicitud al comité ejecutivo. Tras plantearlo con ellos, como nadie se opuso, le dije que sí a Biden. Biden estaba en el gobierno del condado y era demócrata. En el gobierno del condado había gente muy favorable para el sindicato. Joe Biden, que era un niño pequeño comparado con Boggs, vino y soltó su discurso, demostrando que era un buen orador. En aquel encuentro con los miembros enumeró muchas cosas positivas a favor del sindicato. Respondió también a una sesión abierta de preguntas de la audiencia y se comportó como alguien mucho mayor de lo que era. Finalmente, afirmó que su puerta siempre estaría abierta para los Camioneros.

De ese modo, cuando apareció ese importante abogado en mi oficina poco antes del día de las elecciones, yo ya me había pasado al bando de Biden. El abogado venía acompañado de otro tipo que trabajaba para el *Morning News* y para el *Evening Journal*. Estamos hablando de dos periódicos que eran publicados por la misma compañía. Básicamente, se trataba del mismo periódico y eran los únicos dos publicados a diario en Wilmington.

Wilmington se encuentra en el extremo norte del estado y era más liberal que la parte sur. En aquella época Delaware, un estado muy pequeño, debía de andar por los seiscientos mil habitantes. Algo más de la mitad vivían en el condado norte y el resto, en los dos condados del sur. La línea Mason-Dixon^[11] pasa justo por la mitad de Delaware. En los dos condados del sur existieron durante años los colegios con segregación racial. También había algunos sectores recalcitrantes en el norte donde se aplicaba la segregación, aunque la mayor parte del norte tenía costumbres parecidas a las de ciudades norteamericanas como Filadelfia. En aquella época, y

puede que incluso hoy, casi toda la gente que compraba el periódico en el estado, leía el periódico de Wilmington.

El abogado me explicó que el senador Boggs había reunido unos cuantos anuncios que iba a incluir en un inserto publicitario que saldría todos los días con el periódico durante la última semana de las elecciones. Boggs sostenía que Joe Biden había distorsionado el historial de votaciones de Boggs y los anuncios en el periódico iban a poner en evidencia lo que Biden había afirmado sobre Boggs, mostrando las verdaderas votaciones obtenidas por este en el pasado y no sé qué más. El abogado no quería que aquellos periódicos fuesen distribuidos. El abogado, como he dicho, era muy buen tipo, realmente inteligente. Ya tenía experiencia y sabía que, en unas elecciones, cada parte usaba sus trucos. Las empresas habían empleado cantidad de tejemanejes a lo largo de los años, indicando a sus trabajadores a quién votar y tirando de los hilos por detrás.

El tipo que acompañaba al abogado y que trabajaba en el periódico declaró que quería montar allí una línea de piquete informativo, pero que no contaba con gente preparada a la que pudiera confiar esa tarea. Creo que ellos tenían un sindicato, aunque este piquete iba a ser organizado por un sindicato distinto. Yo le dije que conseguiría a alguna gente para que los ayudasen a montar la línea de piquete, gente con la que nadie se atrevería a meterse.

La idea que subyace detrás de un piquete informativo es que estás intentando organizar sindicalmente una compañía o que la compañía no te trata con justicia y no se sienta a negociar con el sindicato, o bien que la compañía está ejerciendo presión sobre los trabajadores para evitar que firmen las tarjetas de afiliación sindical. Puede que estés intentando forzar unas elecciones para reemplazar un sindicato organizado por la propia compañía, como hicieron Paul Hall y los Trabajadores Marítimos contra Jimmy Hoffa. Cada vez que ves las palabras «injusticia sindical» en un piquete, se trata de un piquete informativo. No puedes sacar las pancartas para anunciar que estás en huelga porque todavía no has sido reconocido como sindicato y eso supondría una violación de las reglas del Comité Nacional de Relaciones Sindicales.

Contesté a mi amigo el abogado y al tipo que lo acompañaba que podían contar conmigo para manejar el asunto. Siempre sentí un gran respeto por ese abogado y, además, estaba convencido de que Biden era mejor para el sindicato. Le prometí que, una vez que levantáramos el piquete, me encargaría de supervisar que ningún camión cruzase la línea. Los Camioneros respetarían el piquete informativo de otro sindicato, sin importar su nombre.

El piquete se montó y los periódicos fueron impresos, aunque se tuvieron que quedar en el almacén y nunca llegaron a ser distribuidos. La compañía dueña del periódico me llamó por teléfono porque quería que mis hombres regresaran al trabajo. Yo les expliqué que respetaríamos la línea de piquete. Me preguntaron, entonces, si yo tenía algo que ver con un vagón de tren que había saltado por los aires y que trasladaba el material que iba a ser usado para imprimir el periódico: ya fuera papel, tinta o alguna otra clase de producto, no lo sé. Nadie salió herido en la explosión. Yo volví a repetir que respetaríamos el piquete y que, si querían contratar a guardias de seguridad para mantener vigilados sus vagones de tren, que mirasen en las Páginas Amarillas.

Al día siguiente de las elecciones, el piquete informativo fue desmontado y el periódico volvió a la normalidad; Delaware ya tenía un nuevo senador de Estados Unidos. Cuesta creer que eso fuera hace más de treinta años.

Se han escrito varias historias sobre este incidente y yo siempre aparezco mencionado. Dicen que, gracias a esta maniobra, Joe Biden resultó elegido senador. Los republicanos, sobre todo, afirman que si aquellos insertos en el periódico hubiesen sido distribuidos, habrían dejado muy mal parado a Joe Biden. De haber aparecido los anuncios de Boggs durante la última semana, Biden no habría tenido tiempo para reparar un posible daño. No tengo manera alguna de saber si Joe Biden estaba al tanto de que aquel piquete fue montado a propósito para su causa. Si llegó a enterarse, nunca me dijo nada.

Lo que sí sé es que, cuando se convirtió en senador de Estados Unidos, el hombre mantuvo su palabra: tal como había prometido a los miembros

del sindicato, siempre podías acercarte a su oficina y él te escucharía con atención.»

XXV

No era la forma de hacer las cosas de Jimmy

El tiempo que Jimmy Hoffa permaneció encapsulado llegó a su fin en marzo de 1973, cuando acabó su período de libertad condicional. Ya no estaba en los registros. Ahora volvía a ser libre como una mariposa y podía viajar donde quisiera y decir lo que le viniera en gana.

En abril de 1973, en un banquete en Washington, Jimmy Hoffa subió al estrado y anunció que iba a entablar una demanda legal contra la restricción impuesta por el presidente Nixon en su indulto. Al comunicar su anuncio, Jimmy Hoffa no sorprendió a nadie cuando afirmó que tenía la intención de desafiar a Frank Fitzsimmons para el cargo de presidente de los Camioneros en la convención de 1976.

La planificación de Jimmy Hoffa era la correcta en otro aspecto: Fitzsimmons ya no contaría con la amistad y el respaldo de un presidente consolidado como Richard Nixon. El mismo mes del anuncio de Hoffa fue especialmente lúgubre para Nixon a medida que el escándalo de Watergate seguía su curso. Como resultado de todo ello, Nixon tenía más preocupaciones que Jimmy Hoffa. El círculo íntimo de Nixon se encontraba en mitad de un enloquecido trasiego para controlar el asunto del robo de Watergate. Al finalizar el mes en que Hoffa había anunciado que interpondría su demanda legal a la restricción impuesta con su indulto,

el jefe de gabinete de Nixon en la Casa Blanca, H. R. (Bob) Haldeman presentaba su dimisión. Haldeman acabaría posteriormente en la cárcel. Un mes antes, Charles Colson, el abogado especial, había dejado la Casa Blanca para dedicarse a la práctica profesional privada y sacarle jugo al negocio legal de los Camioneros antes de ir a parar a prisión. El embargo petrolero árabe no tardaría en oprimir al país, dándole otra preocupación más a Nixon.

Tras el anuncio de Hoffa sobre la demanda legal y sus planes para presentarse a la carrera presidencial en 1976, Frank Sheeran ofreció a su amigo y mentor un elocuente respaldo: «Seré un hombre de Hoffa hasta que me golpeen la cara con una pala y me arranquen los gemelos de las muñecas».

«Era imposible que Jimmy perdiera en 1976. No se trataba solo de un tema de delegados que apoyasen a Jimmy; también las bases del sindicato estaban volcadas en él. Pero, por si eso no fuera suficiente, en el sindicato no eran muchos los que podían decir algo a favor de Fitz. Era una persona débil y por eso Jimmy lo había nombrado. Lo que Jimmy nunca llegó a pensar era que esa debilidad era una característica muy atractiva para cierta gente en la presunta mafia.

Los partidarios de Jimmy le ofrecieron una cena en su honor para su sesenta cumpleaños, en febrero de 1973. La celebraron en el Latin Casino, en Cherry Hill, Nueva Jersey, el mismo lugar en el que se celebraría la cena en mi honor casi un año más tarde. Yo estaba ahí, al frente, en la parte central, y apareció mucha gente pese a que Fitzsimmons no quería que fuese nadie. Harold Gibbons fue el único miembro del comité ejecutivo que se presentó. Tal como se hizo luego en mi cena, había un fotógrafo profesional. Jimmy me pidió que posase en una serie de fotos junto a él, incluida una en la que nos estamos dando la mano y que, hasta el día de hoy, guardo con aprecio.

Acudí a visitar a Jimmy al lago Orion justo después de que tuviera aquel problema en Miami en una reunión privada con Tony Pro. En aquella reunión en Miami, Jimmy quería obtener el apoyo de Pro para 1976. En

lugar de ello, lo que obtuvo fue la amenaza de que secuestraría a la nieta de Jimmy y le arrancaría a Jimmy las entrañas con sus propias manos. En Miami, después de la reunión, Jimmy declaró que le iba a pedir a Russell que me permitiese hacer lo que había que hacerle a Tony Pro. Esta vez, sin embargo, no comentó nada de acompañarme como chófer en el golpe. Ahora Jimmy hablaba en serio. Jimmy y Pro se odiaban mutuamente y los dos eran capaces de hacerle al otro lo que tanto decían. Solo era cosa de ver quién sería el primero.

Me acerqué, pues, al lago Orion para continuar hablando de lo sucedido en Miami. Jimmy dijo que había que hacer algo respecto a Pro, aunque no me pidió que hablase con Russell ni que hiciera nada. A continuación, Jimmy afirmó que Fitz no era un hombre de honor y que no necesitaba el permiso de nadie para encargarse de él. Jimmy me contó que ya estaba haciendo arreglos con un “vaquero” para que, llegado el caso, hiciese lo que había que hacer con Fitz.

Yo sabía que Jimmy había estado en contacto con Charlie Allen no hacía mucho y le pregunté:

—No estarás pensando en usar a Allen, ¿no?

—Qué va —me contestó—. El tío es un bocazas, no hace más que hablar.

—Lo sé. Me alegra que lo sepas.

(Ninguno de los dos mencionó a Lloyd Hicks en aquel momento, pero yo sí que pensé en él. Lloyd Hicks era un oficial de una agrupación en Miami y formaba parte de la facción de Rolland McMaster, uno de los que abandonó a Jimmy para irse con Fitz. McMaster era la clase de persona que Jimmy odiaba por desertor. Cuando Jimmy y Pro se encontraron en Miami, Lloyd Hicks puso micrófonos en el cuarto para que McMaster oyera la conversación. Hicks salió al bar, se metió unos cuantos tragos y se puso a fanfarronear sobre que iba a tener una cinta de la reunión entre Jimmy y Pro, algo que en ese momento le interesaba a Fitz... y que después haría flipar a Jimmy.

Aquella misma noche encontraron a Hicks con no sé cuántas balas en el cuerpo; más de las que entran en el cargador de una pistola, seguro. Era como si hubiesen sido dos pistoleros los que se encargaron de hacerle la

casa al hombre. Si Hicks había tenido una cinta, ya no era así. En aquel preciso momento, el Pelirrojo y yo nos encontrábamos en Miami para acompañar a Jimmy en sus asuntos.)

En el lago Orion, Jimmy me contó que estaba trabajando en la demanda legal para anular la restricción; la iba a presentar cuando hubiera reunido cierta munición. Le comenté que yo participaría como demandante en la parte de la querrela que iban a presentar los Camioneros que querían ver a Jimmy de regreso. Jimmy me dijo que me dejaría caer algo de dinero en un par de meses para dárselo a Mitchell, tan pronto como enderezase sus enredos. Me pidió que le recordara cuándo estaba programada la velada en mi honor porque quería asistir, pasase lo que pasase. Le contesté que había estado retrasando la cena para ver cuándo le iba mejor a él. Entonces me agradeció mi apoyo leal. Sabía que yo me presentaba a las elecciones de la agrupación 326 y me ofreció su ayuda. Yo le dije que no iba a tener problemas con mi agrupación.

Más tarde, en octubre de ese mismo año, recibí una llamada de Jimmy para que fuese a ver al Pelirrojo. Me fui al Branding Iron, donde había otro maletín esperándome. Aunque no era tan pesado como el último, abultaba lo suyo. Dentro había doscientos setenta mil dólares. Conduje hacia el Market Inn. Ni siquiera me había tomado un trago. Nada más llegar, se me acercó un tipo al que yo no conocía y me dijo que me llevaría adonde tenía que ir. Nos subimos a su coche y llegamos a una casa impresionante. Me bajé y toqué el timbre y salió Mitchell a abrir la puerta. Le entregué el maletín y él me devolvió un sobre con una declaración jurada dentro. Esta vez no hubo charla ni comentarios. Luego regresé a Filadelfia y me encontré con Russell en un restaurante, donde leyó la declaración jurada que me había entregado Mitchell en el sobre, y después se hizo cargo de eso.»

YO, JOHN W. MITCHELL, solemnemente juro y declaro que:

1. Ni yo, como fiscal general de Estados Unidos, ni ningún otro oficial del Ministerio de Justicia de quien tenga yo conocimiento, durante mi desempeño como fiscal general, dimos curso o sugerimos la inclusión de restricciones en la conmutación de la pena de James R. Hoffa.

2. El presidente Richard M. Nixon no dio curso ni me sugirió a mí, ni a ningún otro oficial del Ministerio de Justicia de quien tenga yo conocimiento, durante mi desempeño como fiscal

general, la aplicación de ninguna clase de restricción a las actividades del señor Hoffa en el movimiento sindical en la conmutación de la pena que le afectaba.

John W. Mitchell (firma)

Jura ante mí el día 15 de octubre de 1973

Rose L. Schiff

Notario público, estado de Nueva York

Cuando había transcurrido poco más de un año y mientras esta declaración se encontraba en los pasillos del sistema judicial, impulsada por el hombre que la había comprado, John W. Mitchell, que había jurado sobre la veracidad de su contenido, acabaría condenado por perjurio y obstrucción a la justicia como resultado de las flagrantes mentiras que realizó bajo juramento para encubrir el caso Watergate.

Con la declaración jurada en la mano, cuando aún estaba limpio de la condena por perjurio que afectaría a su firmante, Jimmy Hoffa puso en marcha su campaña.

El 16 de febrero de 1974 Hoffa acusó a Fitzsimmons de «viajar por todo el país a cada maldito campeonato de golf existente, en circunstancias en que ser presidente de los Camioneros era un trabajo que exigía dieciocho horas al día».

En una entrevista televisiva, Hoffa señaló que «Fitzsimmons está loco. Dos veces por semana va a visitar a un psiquiatra y ¿se hace cargo de un sindicato con más de dos millones de camioneros?».

Hoffa comenzó a referirse a Fitzsimmons como un «loco» y un «mentiroso» de forma habitual.

En respuesta, Fitzsimmons despidió a la esposa de Hoffa, Josephine, de su puesto en el sindicato y la mujer perdió su salario de cuarenta y ocho mil dólares anuales. Del mismo modo, Fitzsimmons eliminó el ingreso anual de treinta mil dólares que correspondía a James P. Hoffa en conceptos legales. Chuckie O'Brien, que había crecido en casa de los Hoffa como hijo adoptivo y llamaba a Hoffa «papá», mantuvo su trabajo en el sindicato. O'Brien se fue haciendo cada vez más cercano a Fitz, al mismo tiempo que se alejaba de Hoffa. Como severo hombre de familia que era, Jimmy Hoffa manifestó abiertamente su decepción sobre el divorcio de O'Brien y le reprochaba su ludopatía y su gusto por el

despilfarro. Cuando O'Brien se presentó a presidente de la agrupación local 299 de Chicago, Hoffa le negó su apoyo y la separación entre ambos se hizo cada vez mayor.

El 13 de marzo de 1974, Hoffa interpuso su tan anunciada demanda. Esta vez, en lugar de servirse de su equipo habitual de letrados, que le daban siempre la razón, prefirió los servicios del renombrado abogado de derechos civiles, Leonard Boudin. En su demanda, Hoffa alegaba que él no había tenido conocimiento alguno de la restricción en el momento de salir de prisión, el 21 de diciembre de 1971, y que jamás se había mostrado de acuerdo con dicha imposición. Es más, aunque hubiese estado de acuerdo con dicha restricción, el presidente no contaba con la autoridad constitucional para restringir su indulto o el de cualquier otra persona de la manera que lo había hecho.

Hay una vieja máxima que los abogados jóvenes suelen aprender: «Si no los puedes derrotar usando la ley, hazlo con los hechos». En este caso, el argumento presentado por Boudin en nombre de su cliente era un alegato que, tanto él como muchos expertos constitucionalistas, consideraban irrefutable. Eso solo dejaba al gobierno la oportunidad de cuestionar los hechos, y Jimmy Hoffa, mediante sus acciones, les ofreció, sin darse cuenta, un argumento que se atenía a los hechos.

Hoffa y sus amigos especiales proporcionaron a Boudin los hechos para incluirlos en la demanda como una forma de reforzar el alegato legal. De acuerdo con ello, la demanda alegaba que la restricción no surgía de una fuente autorizada, como era el fiscal general, por lo que «no se originaba y derivaba de un procedimiento de clemencia regular, sino que había sido añadida a la conmutación de la pena por Charles Colson, consejero especial del presidente, en vistas a un acuerdo y con ánimo conspirativo».

En una entrevista televisiva después de presentar el recurso, Hoffa se explayó sobre dicha parte de la demanda: «Estoy totalmente convencido de que fue él quien intervino y estoy totalmente convencido de que fue él el arquitecto de la formulación... Lo hizo para quedar bien con Fitzsimmons. Gracias a ello, obtuvo el trabajo como representante de los

Camioneros. Y Fitz actuó a través de Colson para conservar la presidencia del sindicato internacional».

A lo cual Fitzsimmons respondería: «Yo no sabía nada sobre la restricción».

Colson, después, añadiría: «Eso no son más que bobadas... Yo le expliqué al señor Fitzsimmons, me parece que el día antes de que Hoffa fuese liberado, que saldría libre en unas condiciones que parecían atender al interés del movimiento y del país en aquel momento. Nunca le conté de qué restricciones se trataba».

Si se puede creer a Colson, Fitzsimmons no demostró mayor curiosidad y jamás llegó a preguntar: «¿Restricciones? ¿Qué restricciones?». Pero con todo este asunto que los abogados llaman «la palabra de uno contra la de otro», el gobierno tendría la oportunidad de argumentar que excedía la cuestión. El 19 de julio de 1974, el juez John H. Pratt, de la corte de distrito de Estados Unidos en Washington, D.C., respondió a las alegaciones basadas en hechos presentadas por Hoffa y resolvió en su contra. El juez Pratt sostuvo que, incluso si hubiera sido posible probar la conspiración Colson-Fitzsimmons, la firma del presidente en la restricción impuesta seguía siendo efectiva «por la misma razón [por la que] uno no puede atacar la validez de una ley del Congreso basándose en que los congresistas que la votaron, lo hicieron por motivos impropios».

Esta derrota dejaba a Hoffa sin más opción que apelar a la siguiente instancia judicial, en la que el argumento habría de enfocarse sobre el carácter legal y en los alegatos constitucionales subrayados por Boudin. Hoffa y Boudin eran muy optimistas y pensaban que sus argumentos prevalecerían al nivel de apelación. Sin embargo, la apelación llevaría al menos un año, si no más. La decisión no se conocería hasta finales de 1975.

El 9 de agosto de 1974, cuando aún no había pasado un mes desde que Hoffa perdiera el primer asalto legal en el tribunal del juez Pratt, Nixon tiró la toalla y renunció a la presidencia para ser reemplazado por el vicepresidente Gerald R. Ford, que a su vez había sido seleccionado por Nixon tan solo unos meses antes para reemplazar a Spiro T. Agnew. Este

último había dimitido al descubrirse que, pese a desempeñar el cargo de vicepresidente, había continuado en nómina por trabajos públicos realizados por contratistas fraudulentos en Maryland, estado del que había sido gobernador. Al día siguiente de que Nixon renunciara, Gerald R. Ford, el nuevo presidente escogido a dedo, uno de los siete miembros que habían formado la comisión Warren, concedió un indulto a Nixon por cualquier delito del que se le pudiera acusar. En dicho indulto, Ford no impuso ninguna restricción.

Todo lo que Jimmy Hoffa tenía que hacer entonces era confiar en la apelación presentada.

«No cabe duda de que Jimmy esperaba ganar ese caso en los tribunales y todo el mundo esperaba que lo hiciese a tiempo para recuperar el sindicato, prácticamente el mismo día de la celebración del bicentenario de Estados Unidos. Jimmy podía haberse quedado sin hacer nada un par de años y haber dejado la apelación en manos de sus abogados para después recuperar su puesto sin mayores contratiempos. Pero esa no era la forma de hacer las cosas de Jimmy. No, la forma de actuar de Jimmy era luchar siempre, incluso aunque no tuviera con quién hacerlo.»

XXVI

Se va a desatar un auténtico infierno

En su libro *The Teamsters*, Steven Brill señala que, hacia 1974, el fondo de pensiones de los Estados Centrales del sindicato de Camioneros tenía más de mil millones de dólares en préstamos concedidos a operaciones comerciales inmobiliarias, incluyendo casinos. Esto solo era un 20 % menos que los préstamos otorgados por la financiera Chase Manhattan Bank. «En pocas palabras —sostiene Brill—, la mafia tenía el control de una de las mayores instituciones financieras del país y una de las fuentes privadas de inversión de capital en el sector inmobiliario más grande del mundo.»

El control de la presidencia de los Camioneros aseguraba el control del fondo de pensiones, así como un trato favorable en los contratos sindicales. Muchos años después de que Hoffa hubiese desaparecido y Fitzsimmons se retirase, la mafia continuó dominando el cargo de presidente de la Fraternidad Internacional de Camioneros mediante el control de los delegados que votaban en las elecciones. En 1986 el miembro de la comisión y jefe de la familia Genovese, Anthony Salerno, «Tony el Gordo», fue condenado por la elección fraudulenta del presidente de los Camioneros Roy Williams. El FBI había escondido micrófonos en el club social Parma Boys de Nueva York y Tony el Gordo acabó condenado por culpa de sus propias palabras. Frank Sheeran y Tony el Gordo serían reclusos en el mismo hospital de la prisión federal en

Springfield, Misuri, a finales de los años ochenta, cuando Tony el Gordo se estaba muriendo de cáncer.

Junto con Sheeran y Tony el Gordo había también un motorista delincuyente, tatuado y musculoso llamado Sailor. Al igual que Tony el Gordo, Sailor se encontraba afectado por un cáncer terminal y, debido a que solo le quedaban unos pocos meses de vida, se le conmutó la pena. De acuerdo con Sheeran, Tony el Gordo organizó la entrega de veinticinco mil dólares que le hicieron llegar a Sailor cuando salió en libertad. A cambio del dinero, el motorista condujo hasta Long Island, donde asesinó a los civiles que habían testificado en contra de Tony el Gordo. Mientras a Russell Bufalino se le permitía contar con un oficio religioso en el hospital de la prisión de Springfield, como una forma de preparación a la otra vida, Salerno no contó con ese tipo de ritos.

En el momento de desaparecer Jimmy Hoffa, en 1975, Tony el Gordo era el jefe de la misma familia del crimen a la que pertenecía Tony Pro: los Genovese.

«La velada en honor a Frank Sheeran tuvo lugar el 18 de octubre de 1974. Unos seis meses antes de mi banquete se empezaron a oír rumores que decían que, de cara al futuro, Jimmy tal vez no se mostrara tan bueno para los préstamos del fondo de pensiones. Estos rumores procedían sobre todo del sector de Tony Pro, que había iniciado una campaña contra Jimmy. Yo conversé con Russell sobre lo que había llegado a mis oídos por aquí y por allá, y Russell me explicó que, de todos modos, solo había determinada cantidad de dinero de los Camioneros para conceder préstamos y que pronto el pozo se iba a secar, independientemente de quién estuviese a cargo. Jimmy era alguien con quien siempre se podía contar para negociar. Russell me contó que había problemas con Tony Pro y con otra gente de Kansas City, pero que Jimmy contaba con un gran apoyo entre sus viejos amigos. Russell estaba del lado de Jimmy y me prometió que, después del juicio, me llevaría a ver a Tony Salerno, “el Gordo”, el jefe de Tony Pro. Tony Pro tenía el control de dos o tres agrupaciones locales al norte de

Jersey, pero Tony el Gordo tenía muchísimo más que eso en lo que se refería a influencia sobre los delegados.

Mientras tanto, Russell tenía que ganar su propio juicio en la parte norte de Nueva York. Allí alguna gente de Russell tenía el control sobre la venta de las máquinas expendedoras de tabaco, pero había surgido una gran competencia con otra compañía en Binghamton, Nueva York. La gente de Russell intentó conversar con los dos dueños de la compañía en Binghamton sobre la posibilidad de poner las ganancias encima de la mesa. A los dueños de la otra compañía no les pareció atractiva la idea de convertir a la gente de Russell en socios en la sombra. Entonces, una noche, parece que los dos propietarios de la otra compañía recibieron lo suyo. Lo siguiente de lo que me enteré fue de que Russell y cerca de una docena de otros miembros de su familia habían sido arrestados por extorsión. Varios de los arrestados quedaron en libertad sin cargos por falta de pruebas, pero a Russell y a otra media docena los sometieron a juicio. Yo acudí al juicio todos los días para darle mi apoyo a Russell y para que el jurado viese que Russell tenía amigos en la sala de tribunales. El 24 de abril de 1974, Russell y los demás fueron declarados no culpables. Eso ocurría durante la misma primavera en la que Jimmy presentaba su demanda. La primavera de 1974 fueron buenos tiempos para los amigos de este irlandés.

Después de su victoria, Russell me llevó con él a Nueva York y nos encontramos con Tony Salerno, “el Gordo”, en el Vesuvio. Russell y yo le contamos que Tony Pro y Jimmy habían tenido una bronca con el tema de la pensión de Tony Pro, pero que agradeceríamos cualquier ayuda que él pudiera darnos para apoyar a Jimmy más adelante, en la convención de 1976. Tony el Gordo, que siempre llevaba un puro colgado de la boca, dijo que no se interpondría en el camino de Jimmy. Aunque no iba a intentar decirle a Pro lo que debía hacer, él no lo apoyaba en este asunto. Jimmy había hecho muchas cosas buenas en el pasado.

Alrededor de mayo o junio de 1974 recibí una visita sorpresa en la oficina de mi agrupación local, ubicada cerca de la estación de trenes. Quien se dejaba caer no era otro que el propio John Mitchell. No le pregunté cómo había dado conmigo o cómo sabía siquiera quién era yo. Él

declaró que solo tenía un minuto y que solo quería saludarme y decirme algo:

—Avísale a Jimmy de que lo he estado buscando. Dile que disfrute de su pensión y que se olvide de presentarse a las elecciones.

—Gracias por pasar a verme —le contesté—. La próxima vez que lo vea le diré lo que me acaba de comentar.

En ese momento, la situación comenzaba a complicarse en Detroit en la agrupación local 299. El viejo colega de Jimmy de sus años mozos, Dave Johnson, aún estaba de presidente de la agrupación. El plan era que Dave no se retirase hasta que Jimmy estuviera listo para asumir la presidencia de la Fraternidad Internacional. Sin embargo, Fitz estaba presionando a Dave para que anticipase su jubilación; así podría designar a su propio hijo Richard para que ocupase el puesto de presidente de la agrupación. Jimmy necesitaba a su propio hombre allí dentro hasta que pudiera sacarse de encima la restricción. Se supone que, cuando la restricción quedase sin efecto, Dave nombraría a Jimmy agente de negocios del 299; de esa forma, Jimmy sería un delegado en la convención de 1976 y eso, según la constitución, lo convertía en alguien cualificado para enfrentarse a Fitz y ocupar el cargo de presidente de la Fraternidad Internacional.

Dave Johnson comenzó a recibir llamadas a casa en las que se oía a una persona riéndose al otro lado de la línea. Alguien disparó una escopeta contra la ventana de su oficina en la sede del sindicato. Cerca de una semana antes de que Jimmy perdiese su primer alegato ante los tribunales por la demanda que había presentado contra la restricción, alguien hizo estallar la lancha de Dave, de catorce metros de eslora. Era un claro mensaje de parte de Fitz y su gente.

Richard, el hijo de Fitz, anunció que iba a presentarse a presidente de la agrupación 299 contra Dave. Sostenía que el propio Jimmy había sido responsable de la explosión que hizo volar la lancha por los aires. Pero esta clase de cosas solo hacían que un hombre como Dave Johnson saliese más fortalecido. Dave era buena gente. Al final siguió como presidente y llegó a un trato con Richard para que fuese vicepresidente. Más tarde, alguien hizo estallar el coche de Richard. Jimmy nunca hubiese hecho

explotar el coche del hijo de Fitz porque tampoco quería poner a su propio hijo en el frente de batalla, expuesto a las represalias.

Jimmy comenzó a decir que él se iba a presentar sin importar lo que acabasen diciendo los jueces. Si perdía la apelación, simplemente desafiaría la restricción. Y si querían volver a enviarlo a prisión otra vez, ahora la pelota estaría en su tejado. Pasara lo que pasara, Jimmy se presentaría en 1976. Hubo un grupo de gente que montó una organización con el nombre HOFFA, es decir, How Old Friends Feel Active (“Cómo los viejos amigos se sienten activos”).

Jimmy no era un soplón, pero sí que podía resoplar. Comenzó a decir cosas como que iba a pedir cuentas a todos los préstamos malos concedidos por Fitz, “el viejo gordo”. Muchos de aquellos préstamos habían ido a parar a la construcción de casinos para supuestos mafiosos, pero con Fitz no se preocupaban mucho de pagar sus cuotas. Con Jimmy, las cuotas de devolución de los préstamos siempre se habían hecho a tiempo. Por extraño que parezca, el propio Jimmy había empezado a afirmar en público que iba a dejar al descubierto las conexiones de Fitz con la supuesta mafia. Jimmy declaró que iba a sacar todo a la luz una vez que recuperase su puesto y pudiera echar manos a los registros. Parecía que Jimmy fuera a confiscar algunos de esos préstamos y a quedarse con algunos casinos, tal como había hecho Fidel Castro.

Yo no dejaba de repetirle a Russell que esa era, precisamente, la forma de actuar de Jimmy, que no eran más que bravatas. Russell me pidió que hablase con Jimmy para que se relajase y dejase de llamar la atención de sus amigos. En una ocasión Russell mencionó que ya se había hablado mucho sobre si Jimmy se había chivado ante la comisión McClellan para conseguir que acusaran a Dave Beck y así quitárselo de en medio y poder ocupar el cargo. Dave Beck era presidente de la Fraternidad Internacional justo antes de mi llegada. Yo no sabía si creer o no eso que decían sobre Jimmy, pero me parecía dudoso. Con todo, Jimmy iba a tener serios problemas si seguía hablando tanto sobre dejar en evidencia a sus amigos.»

En el curso de su campaña, Jimmy Hoffa a menudo atacó como un enjambre de abejas. Habían aparecido unas declaraciones suyas en la prensa en las que acusaba a Fitzsimmons de «vender a los mafiosos y permitir la entrada al sindicato de Camioneros a reconocidos hampones». Emitía crudas acusaciones contra Fitzsimmons y contra el crimen organizado que reflejaban el lenguaje empleado por Hoffa en su autobiografía, cuya publicación estaba programada para seis meses antes de las elecciones de 1976: «Lo acuso de permitir al hampa hacerse con el establecimiento de un seguro sindical... Habrá más y más avances a medida que pase el tiempo y pueda echarle mano a alguna información adicional».

Para mantener sus manos limpias y evitar aparecer como alguien con sus propios conflictos de interés, Jimmy Hoffa negociaba su propia salida de los intereses mineros que tenía en el noreste de Pensilvania. Si continuaba ocupando un cargo en la gestión ante los camioneros que transportaban el carbón, Jimmy Hoffa no aparecería de aquel blanco inmaculado que necesitaba exhibir si iba a continuar enlodando a Fitzsimmons y sus «hampones».

«Para la velada en honor a Frank Sheeran cerraron el Latin Casino. El Latin era donde yo solía ir en los viejos tiempos con Skinny Razor y la peña del centro de la ciudad los domingos por la noche. Frank Sinatra cantaba habitualmente allí. En todos esos años, las grandes estrellas habían pasado sobre ese escenario: Al Martino, Dean Martin, Liberace. Las mismas estrellas que tocaban en Las Vegas habían estado en el Latin. Era el único club nocturno que había.

John McCullough, del sindicato de aparejadores, había montado el banquete. Había allí tres mil personas comiendo chuletón o langosta y el bar estaba abierto. Era viernes por la noche y todavía muchos católicos comían pescado los viernes, de modo que tenían la opción de comer langosta, pero el chuletón estaba excelente. Los invitados incluían a

hombres de distintas agrupaciones locales de Camioneros, mis viejos compañeros de guerra y alguna gente de la administración; gente muy variada. El presidente de la agrupación 676, John Greely, me entregó una placa como Hombre del Año del sindicato de Camioneros. John McCullough enumeró a todos los mandamases que se encontraban en aquella sala y mencionó a los agentes del FBI, que estaban fuera entre los árboles, con sus binoculares. Incluso aunque tuvieses una entrada para aquella noche, no te dejaban acceder a menos que conocieras a alguien. En caso contrario, se te devolvía el dinero y te confiscaban la entrada.

Jimmy Hoffa era el orador invitado y me regaló un reloj de oro macizo con diamantes alrededor. Jimmy hizo un fantástico discurso en el que explicó a todo el mundo lo buena que había sido mi labor a favor de los trabajadores y trabajadoras de Pensilvania y Delaware. Jimmy echó una mirada al estrado y comentó:

—No sabía que fueses tan poderoso.

El alcalde Frank Rizzo estaba allí sentado. También ocupaba su lugar Cecil B. Moore, el director del NAACP^[12] de Filadelfia. El antiguo fiscal de distrito Emmett Fitzpatrick también estaba en el estrado, donde además había numerosos dignatarios del mundo de la política y de los sindicatos.

Mi esposa Irene y mis cuatro hijas estaban también en la mesa presidencial. En aquel momento, la pequeña Connie solo tenía once años. Dolores tenía diecinueve, Peggy, veintiséis, y Mary Ann, veintiocho. Todas parecían muy orgullosas de mí aquella noche. Jimmy le pidió a Irene que subiera al escenario y le entregó una docena de rosas. Como a ella le daba mucha vergüenza subir, Jimmy tuvo que convencerla hasta que cedió.

Había una mesa a la derecha de donde estaban Irene y mis hijas: la mesa de Russell. Su esposa Carrie era la única mujer. También lo acompañaban Dave Osticco y Guf Guarnieri, los mandamases de la familia de Russell. Angelo Bruno y un par de sus hombres se encontraban asimismo en esa mesa. Todos los del centro de la ciudad estaban en otra mesa.

Russell me había apostado que iba a estropear mi discurso. Al final, acabé con las siguientes palabras: “Gracias a todos desde el fondo de mi corazón. Sé que no merezco todo esto que me habéis preparado esta noche,

pero tengo artritis y tampoco me la merezco. Ves, Russ, no he estropeado mi discurso”. Russell me hizo un gesto con la mano y todo el mundo se echó a reír.

Como atracción principal, John McCullough había contratado al cantante italiano Jerry Vale, quien cantó su famoso repertorio de viejas canciones italianas, como “Sorrento” y “Volare”. A continuación, cantó unas cuantas canciones irlandesas que le había pasado McCullough. Hizo una versión especial de la canción favorita de Russell y mía en aquel momento, “Spanish Eyes”. Si no sabías quién era el que cantaba, podrías haber pensado que se trataba de Al Martino.

Como parte del show, también habían traído a las bailarinas Golddigger, con esas largas piernas que les llegaban hasta los hombros. Eran todas muy guapas. Todo el mundo empezó a bromear para que subiera yo al escenario y me mezclara con ellas. El Latin estaba repleto y no tenía pista de baile; de otro modo, habría bailado con las chicas más bonitas del lugar: mis hijas.

Todos posamos para el fotógrafo contratado para la ocasión y, cuando nos estaban sacando una foto juntos, Jimmy me repitió:

—De verdad que no sabía que fueses alguien tan poderoso, amigo mío. Quiero que sepas que te agradezco todo el apoyo que me has brindado en todos estos años. Me alegra que estés de mi lado. Frank, cuando recupere mi puesto, tú vas a venir conmigo. Te necesito cerca. Si estás dispuesto a hacerlo, te voy a nombrar coordinador de la Fraternidad Internacional, con acceso a una cuenta de gastos ilimitada.

—Sé que lo dices en serio, Jimmy —le respondí yo—. Sería un honor para mí servir algún día como coordinador de la Fraternidad Internacional.

Lo cierto es que habría sido mi sueño hecho realidad.

John McCullough había alquilado un par de limusinas para llevar a mi familia de regreso a casa y yo me encargué de llevar a Jimmy de vuelta al hotel Warwick. Ni se me pasaba por la cabeza que Jimmy regresase solo a su hotel en una limusina. Por el camino no hablamos de nada importante. Todo lo importante había sido dicho la noche anterior.

La noche anterior habíamos tenido nuestra propia fiesta privada en el Broadway Eddie’s. El Broadway Eddie’s era un pequeño bar con unas

cuantas mesas que se encontraba en la esquina de la calle Diez con Christiansen. El bar aún sigue allí, pero ha cambiado de nombre. Aquella noche, el local cerró al público y se necesitaba una invitación especial para entrar. Todos mis buenos amigos del centro de la ciudad y de la parte norte del estado aparecieron por allí para mostrar su aprecio a Frank Sheeran. Naturalmente, Jimmy también tenía que participar en este evento privado. Cualquiera que hubiese visto el lugar podría haber dicho que parecía que lo hubiesen montado todo en torno a mí. En realidad, las cosas habían sido dispuestas para celebrar una reunión y que Russell y Angelo hablasen con Jimmy.

Jimmy me preguntó:

—¿Es importante para ti que lo haga?

—Sí —le contesté yo.

Y así fue organizado todo el negocio en el Broadway Eddie's.

Jimmy acababa de llegar a Filadelfia desde Detroit aquella tarde. Supongo que debió de ir en avión, aunque ya no tenía un jet privado a su disposición; era Fitz quien lo tenía ahora. Pasé a recoger a Jimmy al hotel Warwick y lo puse al día de la reunión que habíamos tenido Russell y yo con Tony Salerno, “el Gordo”. Jimmy se mostró contento. Nos subimos entonces a mi gran Lincoln y conduje hasta Jersey para ver a John Greely, en la agrupación local 676. Greely era uno de sus hombres y Jimmy quería pasar a saludarlo y tratar algún asunto con él. Yo esperé fuera mientras permanecían reunidos. Después de eso, nos fuimos al Broadway Eddie's.

Aquella noche debía de haber unas sesenta personas en el Broadway Eddie's. Los únicos que estábamos sentados comiendo en una mesa éramos Angelo, Russell, Jimmy y yo. El resto de la gente estaba en el bar. De la cocina no dejaban de salir bandejas con comida para los que se encontraban junto a la barra. Jimmy pidió un plato de espaguetis y albóndigas, y yo comí ravioles. Estábamos los cuatro sentados en fila, en el mismo lado. Cuando alguien quería comentar algo, tenía que inclinarse hacia delante. Angelo se hallaba en un extremo de la fila, junto a Russell, y Jimmy estaba entre Russell y yo.

En todo ese tiempo, Angelo no dijo nada, ni yo tampoco. Ellos sabían que yo estaba con Hoffa. Tenía pegatinas de Hoffa por todas partes en mi

Lincoln. No hubo ninguna conversación que se extendiese sobre el motivo por el cual estaban allí. Me imagino que Jimmy tenía claro por qué le habían pedido que acudiese, pero yo no.

—¿Para qué quieres presentarte? —le preguntó Russell.

—Es mi sindicato —contestó Jimmy.

—Solo tienes que esperar cuatro años. Podrías presentarte en 1980. Eso sería lo más lógico.

—Podría presentarme ahora. Hay gente que me apoya.

Jimmy no trataba de ser insolente, pero sí que se mostraba firme. Russell no comentó nada sobre la forma en que Jimmy estaba llevando su campaña ni sobre lo que Jimmy iba diciendo por ahí sobre la supuesta mafia. Pero Jimmy tenía que saber que una conversación de ese tipo en público intranquilizaba a Russell. Jimmy estaba al tanto sobre Joe Colombo y toda la atención que había atraído y sobre Crazy Joey Gallo. Jimmy sabía que todos los problemas de Russell comenzaron con la publicidad que despertó la reunión de Apalachin. Seguro que Jimmy debía de estar preguntándose qué había hecho que Russell pasase de darle su apoyo y reunirse con Tony el Gordo para ayudarlo en 1976 a hablar ahora de la forma que lo estaba haciendo.

—Pero ¿para qué quieres presentarte? —le preguntó Russell—. Tú no necesitas el dinero.

—No tiene nada que ver con el dinero —respondió Jimmy—. No voy a dejar que Fitz se quede con el sindicato.

Russell permaneció un minuto sin decir nada. Simplemente, parecía concentrado en comer en silencio. La gente no le decía que no a Russell y, por lo general, nunca tenía que pedir algo dos veces.

Jimmy soltó entonces:

—Me voy a encargar de la gente que me ha estado dando por culo.

Russell se giró hacia Jimmy y se quedó mirando hacia nosotros dos.

—Hay gente que está más arriba que yo que considera que no estás mostrando el debido agradecimiento —y lo dijo en voz tan baja que tuve que leer sus labios— por Dallas.

Jimmy no repuso nada a eso.

Entonces Russell se dio la vuelta hacia el otro lado y le comentó algo en voz baja a Angelo, lo que significaba que la reunión se daba por terminada. Mientras acabábamos de comer, yo pensaba que hasta ahí llegaba todo. La gente había conversado y ahora Russell hablaba en su nombre. Ellos estaban en contra de que Jimmy se presentase, lo mismo que Russell. Tony Pro se había ganado sus mentes y corazones. Me dio la impresión de que no era el hecho en sí de que Jimmy se presentase lo que le había costado perder el apoyo de sus amigos, sino la forma en la que lo estaba haciendo.

Yo no sabía lo serias que se habían puesto las cosas para Jimmy hasta el momento en que ya nos preparábamos para salir del bar. Entonces Russell me apartó a un lado y me pidió:

—Hay gente que está teniendo serios problemas con tu amigo. Habla con él. Hazle ver cómo son las cosas.

—Haré todo lo que pueda. Tú mismo lo sabes, Russ: no es fácil hablar con él.

—No le queda otra alternativa.

—Pero Jimmy es alguien con bastante peso —le dije yo.

—Estás soñando, amigo mío. Si se hicieron cargo del presidente, no les costará hacerse cargo del presidente de los Camioneros.

A Jimmy le gustaba el hotel Warwick. Estaba cerca de la esquina de la Diecisiete con Walnut; se tardaba poco en llegar desde el Broadway Eddie's en mi Lincoln cubierto con pegatinas de Hoffa. Subí a la habitación de Jimmy para conversar con él, pero fue Jimmy el que comenzó a hablar primero.

—Todo el mundo se echa atrás ante Hoffa. Tienen miedo por lo que yo sé. Mira, tengo aquí un paquete que quiero que lleves al Market Inn.

Jimmy me pasó un pequeño portafolios que no pesaba mucho. No tenía ningún nombre puesto. Quienquiera que fuese el destinatario debía de estar al tanto para pasar a recogerlo.

—Eso me recuerda —le comenté a Jimmy— algo que quería haberte contado antes. Mitchell pasó a hacerme una visita a la sede la primavera pasada y me pidió que te dijera que no te presentases. Me aconsejó que te dedicaras a disfrutar de tu pensión y de los nietos.

—No me sorprende. El puto Mitchell ya me lo dijo: «Ni se te ocurra usar lo que crees que sabes».

—Yo no estaba al tanto de lo que quería decirte Russell esta noche —le expliqué—, pero me queda claro que iba en serio, Jimmy. Hace un momento, cuando salíamos, me pidió que te hiciese ver cómo son las cosas.

—Si a Hoffa le sucede cualquier cosa fuera de lo normal, te puedo asegurar que se va a desatar un auténtico infierno. Tengo más registros y listados de los que puedas imaginarte preparados para ser enviados a los medios de comunicación. En mi vida ya he tenido suficientes hijos de puta en los que pensé que se podía confiar. Lo que yo necesito es más gente como tú. Y ahora cuento con ellos. Ahora sé quiénes son mis amigos.

—Jimmy, vas por ahí diciendo demasiadas cosas que luego acaban preocupando a la gente.

—Eso no es más que la punta del iceberg, sí, la punta del iceberg. Déjame decirte algo: ¿no has oído la palabra “Dallas” esta noche? ¿Recuerdas aquel petate que llevaste a Baltimore? Yo entonces no lo sabía, pero resulta que eran fusiles de alta potencia para asesinar a Kennedy en Dallas. Esos estúpidos cabrones perdieron sus propios fusiles en el maletero de un Thunderbird que acabó estrellándose cuando el conductor se emborrachó. Aquel piloto de Carlos estuvo envuelto en la entrega de los fusiles de reemplazo que tú llevaste. Esos mierdas nos usaron a ti y a mí en aquel asunto. Nos usaron como monigotes. ¿Qué te parece eso? Tenían a policías falsos y auténticos involucrados. Se suponía que los polis de Jack Ruby debían cuidar a Oswald, pero Ruby metió la pata, por eso tuvo que intervenir y finalizar el trabajo con Oswald. Si no se hubiese encargado de Oswald, ¿qué crees tú que le habrían hecho? ¿Colgar a Ruby en un gancho de carnicero? Vamos, despierta. Santo, Carlos, Giancana y algunos de sus elementos estaban todos metidos en lo de Kennedy. Eran los mismos personajes que habían participado en lo de Bahía de Cochinos. Si hasta tenían un plan montado para matar a Castro con Momo y Roselli. Tengo suficiente información como para los cuelguen a todos. Y si me pasa cualquier cosa fuera de lo normal, va a salir todo al aire. Las pagarán. Todos los que me dieron por culo me las van a pagar.

Yo me quedé ahí sentado, con el portafolio en las rodillas. A Jimmy a veces le daba por algo y no había forma de detenerlo. No te quedaba otra que escucharlo. Pero yo nunca lo había visto así antes. Nunca había visto a nadie así. Esta vez era increíble. No había nada que pudiera decir, por muchas ganas que tuviese de hablar. Si habían colocado micrófonos en aquel cuarto, yo no quería que mi voz quedase registrada. Recoger fusiles de alta potencia... ¡Joder!

—No sabes ni la mitad de lo sucedido. La estupidez de Fitz solo es sobrepasada por su arrogancia. Pensaron que Hoffa iba a desaparecer de la faz del planeta; pues ninguno de ellos tiene ni un cuarto de los cojones que se necesitan para hacerme frente. Ay, amigo Irlandés, hay cosas que no te puedo contar porque saberlas te costaría la vida. Hay secretos que sé, que he visto y que he apoyado que serían capaces de remover a todo el país.

En ese momento, Jimmy continuó contándome cosas que supuestamente les habían sucedido a nuestros buenos amigos, pero que no se relacionaban con el tema. Cosas que no son para ser publicadas. No puedo afirmar que yo las supiera todas, aunque conocía buena parte de ellas, y algunas de las que no, ya las sospechaba. Nada de todo eso era asunto mío, ni de él. Había llegado el momento de marcharme de allí. En caso de que la habitación tuviese micrófonos, comenté:

—Por lo que he oído, nada de eso es verdad, Jimmy.

—No te preocupes. Tengo registros en manos de la gente adecuada y esos hijos de puta saben que lo tengo todo registrado. Está todo en lugares seguros.

—Jimmy, hazme un favor, consíguete unos cuantos guardas para que te acompañen por la calle.

—Los guardaespaldas te vuelven descuidado.

—No me refiero a guardaespaldas. Basta con que haya gente que te acompañe. Has venido hasta este evento en Filadelfia tú solo.

—No voy a tomar ese camino o acabarán buscando a mi familia.

—Como quieras, pero no te conviene ir por la calle solo.

—Hoffa no le tiene miedo a nadie. Voy a por Fitz y voy a ganar esas elecciones.

—Sabes bien lo que eso significa, Jimmy —le advertí con voz tranquila—. El propio McGee me pidió que te lo hiciese ver.

—No se atreverán —replicó Jimmy Hoffa en voz alta.

Cuando ya caminaba hacia la puerta, Jimmy me dijo:

—Vigila tu culo.»

XXVII

30 de julio de 1975

«Informé de vuelta a Russell de que Jimmy seguía convencido de presentarse a las elecciones de 1976. También le conté lo que había dicho Jimmy de los registros y listados que saldrían a la luz pública en caso de que le sucediese algo fuera de lo normal. No me entretuve con los detalles y con la sarta de salvajadas que Jimmy había pronunciado. Eran cosas que yo no necesitaba saber. Russell comentó algo sobre la manera “distorsionada” de pensar de Jimmy.

—No lo entiendo —dijo Russell—. No entiendo por qué no se retira.

Realicé la entrega en el Market Inn como me había pedido Jimmy y luego lo llamé para hacérselo saber. De verdad que no puedo decir si lo que había en el paquete era dinero. No miré dentro. Después de lo que había pasado, me asustaba tener demasiadas conversaciones con Jimmy porque tendría que repetírselas a Russell. Me daba la sensación de que Jimmy se estaba dejando llevar por su ego y por su deseo de venganza. Supongo que debió de pensar que, si esperaba hasta 1980 para presentarse a las elecciones, Fitz ya se habría retirado y él nunca tendría la oportunidad de humillarlo en una convención, de restregarle todo en la cara. Me imagino que Jimmy no debía de estar muy feliz con el panorama que se le presentaba con nuestros amigos. Tras la reunión en el Broadway Eddie’s y la postura adoptada por Russell —de que no se presentase a las

elecciones—, Jimmy debió de asumir que Tony Pro estaba haciendo importantes avances en esa parte de la campaña.

Después de que ocurrió todo, yo nunca pude entender que quisieran herir a Jo y a los chicos con la desaparición de Jimmy. Si bien hacían lo que había que hacer, personas como Russell y Angelo no eran partidarios de lastimar a la familia directa. Hacerlos sufrir al no saber nada ni poder celebrar un funeral decente, y tener que esperar tantos años ante la ley para declarar a Jimmy muerto antes de que pudiesen reclamar su dinero. A menos que Tony Pro tuviese la última palabra y obtuviera el visto bueno de Tony el Gordo. Eso es algo que nunca sabremos con certeza. Pro ya había amenazado con matar a la nieta de Jimmy. ¿Quién puede hablar así sobre los nietos de una persona?»

En abril de 1975 circularon rumores en la convención de Camioneros de que Jimmy Hoffa estaba cooperando con el FBI. En un artículo del 20 de diciembre de 1992, el *Detroit Free Press* atribuía estos rumores a Chuckie O'Brien, el supuesto conductor del coche en el que Jimmy Hoffa se encontraba en el momento de su desaparición. El informe 302 del archivo del FBI sobre la desaparición de Jimmy Hoffa, el llamado informe HOFFEX, confirma la existencia de dichos rumores y sugiere una razón por la cual dichos rumores podrían haber sido considerados verdaderos: «Se ha rumoreado entre distintas fuentes que, mientras intentaba hacerse con el control de los Camioneros, Hoffa pudo haberle proporcionado información al gobierno a cambio de una decisión favorable sobre la revocación de las restricciones que pesaban en su contra».

- El 15 de mayo de 1975, a Jimmy Hoffa le corresponde testificar ante un jurado de acusación encargado de investigar la existencia de «trabajos ficticios» en su antigua agrupación local 299 de Detroit. Hoffa se acogería a la Quinta Enmienda. Con posterioridad, cuando un periodista le preguntó por ello, Hoffa dijo que se sentía «muy orgulloso». Ese mismo día Jimmy Hoffa asiste a una reunión en el bufete de su hijo en la que participan su hijo y el mafioso de Detroit

Anthony Giacalone, «Tony Jack». Este último intentó concertar un encuentro entre Hoffa y Tony Pro, pero Hoffa se negó a acudir. A continuación, Giacalone solicitó la ayuda de Hoffa para obtener una serie de archivos que iban a ser empleados en su contra por el gobierno en una acusación por presunta estafa contra una aseguradora. Hoffa rechazó la solicitud de Giacalone.

- A finales de mayo, Frank Fitzsimmons amenaza con convertir la agrupación 326, antiguo local de Hoffa y su centro de poder, en un fideicomiso gestionado por un supervisor que se encargaría de informar a la sede central de los Camioneros en Washington.

- El 19 de junio de 1975, el aliado y gran amigo de Jimmy Hoffa, Sam Giancana, es asesinado en su casa de Chicago cinco días antes de su cita para prestar testimonio ante la comisión Church sobre el papel de la mafia en la trama organizada por la CIA para asesinar a Fidel Castro.

- El 25 de junio de 1975, un partidario de Frank Fitzsimmons de la agrupación local 299 llamado Ralph Proctor es atacado por la espalda cuando salía de un restaurante después de comer. Proctor nunca vio qué lo golpeó. Tras el golpe, cayó inconsciente a plena luz del día. El jefe de Proctor, del sector de Fitzsimmons, declararía: «Es la clase de mierda que a veces pasa. He puesto investigadores a trabajar en el tema, pero no han encontrado nada».

- La tarde del 10 de julio de 1975, Richard Fitzsimmons, el hijo de Frank Fitzsimmons, estaba pasando un rato en el bar Nemo, en Detroit. Richard era el vicepresidente de la agrupación local 299 y, como tal, se le había cedido un Lincoln Continental blanco modelo 1975 para el desempeño de sus labores sindicales. Después de finalizar su última copa en el Nemo, Richard salió del bar y cuando caminaba en dirección al Lincoln, el coche estalló. Pese a sufrir algunas heridas, Richard salió con vida, pero el vehículo quedó reducido a unas cuantas piezas retorcidas.

- En la tarde del 30 de julio de 1975, Jimmy Hoffa desaparece.

«Todo ocurrió en torno a la boda. La hija de Bill Bufalino se casaba el viernes 1 de agosto de 1975, es decir, dos días antes de que Jimmy desapareciera. Acudiría gente de todas las familias del país. Se reunirían más de quinientas personas. Russell y yo, junto con nuestras esposas y la cuñada de Russell, iríamos en coche, siguiendo una línea recta a través de Pensilvania para llegar casi hasta Ohio y entonces virar hacia el norte en dirección a Detroit, Michigan.

Debido a la boda, Jimmy se inclinaría a pensar que Toni Pro y Russell Bufalino se hallaban en la zona de Detroit, de modo que pudieran reunirse con él la tarde en que desapareció. Lo de Tony Pro y su pensión de un millón de dólares no era más que un señuelo. A Pro no le importaba tanto su pensión. Simplemente, se trataba de usar la cuestión de la pensión para atraer a Jimmy.

El 30 de julio de 1975, Jimmy tenía que asistir a una reunión concertada por Tony Giacalone a las 14.30 en el restaurante Machus Red Fox en Telegraph Avenue, a las afueras de Detroit. Se suponía que Tony Pro llegaría allí a las 14.30 con Tony Jack. La idea de Tony Jack era que Tony Pro y Jimmy hiciesen las paces. Jimmy acudió a la reunión y fue visto en el aparcamiento del restaurante, pero nunca regresó a casa tras la reunión.

Cuando se celebró la boda, todo el mundo hablaba de la desaparición de Jimmy. Yo conversé con los antiguos colegas de Jimmy de la agrupación 299, Dave Johnson, el presidente al que le volaron la lancha, y Bobby Holmes, el viejo “chico de las fresas” que había sido minero en Inglaterra. Los dos me preguntaron prácticamente lo mismo: si creía que lo había hecho Tony Pro.»

XXVIII

«Pintar una casa»

«El piloto ni se bajó del avión. Yo me subí y él giró la cabeza hacia el otro lado, pese a que ya nos conocíamos: hacía ya mucho que iba por el barrio con nuestros amigos, así que no le costaría reconocer mi cara. Miré por la ventana hacia el césped de la pista de Port Clinton, Ohio, y divisé mi Lincoln negro con Russell sentado en el asiento de copiloto. Russell ya había comenzado a quedarse dormido.

Port Clinton está en la punta sur del lago Erie. Es un pueblo de pescadores justo al este de Toledo, a unos ciento sesenta kilómetros de la ciudad de Detroit. En aquel entonces, dar la vuelta en coche alrededor del lago para llegar hasta el Georgiana Motel en Detroit podía llevarte unas tres horas, sin grandes prisas y haciendo un camino con algunos desvíos. Si volabas sobre el lago para aterrizar cerca de Detroit, tan solo tardabas una hora.

Si quieres saber lo que sentí en el asiento de aquel avión, lamento admitirlo, pero no sentí nada. No era como si fuese a entrar en combate. Se había tomado la decisión de pintar la casa y no había más. Claro, si lo pienso ahora, no me siento bien. Ya tengo más de ochenta años. En aquel entonces, si te daba por sentir demasiado, no importaba cuánta firmeza tuvieses porque te entraban los nervios y acababas confundíendote. Incluso podías empezar a hacer estupideces. La guerra me había enseñado a controlar mis sentimientos cuando era necesario.

Lo triste es que Jimmy habría podido evitar todo eso en el momento en que él lo hubiese querido. Pero insistió en navegar hacia la tormenta. Podía haber acabado hundiendo a mucha gente en aquel barco si continuaba en la misma dirección. Todos le dijimos cómo estaban las cosas. Creyó ser intocable. Hay gente así. Como mi padre, cuando me atizaba con los guantes de boxeo.

Pero todos sangramos.

¿Me preocupé por mi integridad y por la de Irene cuando me presentaron la opción aquella última noche en el Brutico, en el momento en que Russell me dijo que iba a ser aquel mismo día? Ni en lo más mínimo. Tenían dos alternativas: o me mataban o me involucraban en el trato. Si me involucraban en el trato, tenían una oportunidad de asegurarse de que podían confiar en mí. Si participaba del arreglo, ya no podría hacerles nada a ellos porque también estaría yo metido. Sería una manera de demostrar, de la mejor forma posible, que nunca había sido mi intención ir a darle el beso a Tony Pro o a Fitz de parte de Jimmy. Russell entendía estas cosas; me había salvado la vida una y otra vez. Yo tenía siete contratos encima, acumulados con los años, y Russell siempre fue capaz de arreglar cada uno de los marrones.

Aunque fuera jefe, Russell también tenía que hacer lo que había que hacer; de lo contrario, alguien se encargaba de los jefes. Aquella noche en el Howard Johnson no dormí nada pensando en estas cosas, aunque siempre llegaba a la misma conclusión. Si no hubiesen decidido usarme a mí para llevar a cabo el trato, Jimmy igualmente hubiese acabado muerto y, sin duda, yo habría sido un cadáver a su lado. Más tarde me lo hicieron saber.

El vuelo se me pasó en un abrir y cerrar de ojos y me bajé del avión del mismo modo en que me había subido: solo y con el piloto mirando hacia otra parte.

Mi esposa Irene y Carrie, la esposa de Russell, junto con su hermana mayor, se habían quedado en un restaurante de Port Clinton tomando café y fumando, creyendo que Russell y yo habíamos salido a hacer otro de los negocios de Russell. De hecho, ya habíamos hecho negocios por el camino y todavía nos detendríamos a hacer varios más de camino a casa. Entre

otras cosas, ellas sabían que Russell siempre llevaba encima su lupa para mirar joyas con diamantes. Cuando volvimos a reunirnos, tres horas más tarde, nunca se les ocurrió pensar que había podido ir a Detroit y regresar en tres horas, porque eso es lo que se tarda en conducir hasta allí a nuestro motel.

Aunque no era algo que se me pasase por la cabeza, no me entraron dudas al subirme al avión de vuelta sano y salvo, una vez que había realizado el encargo. Era imposible que involucrasen a las mujeres en la investigación si algo inesperado me sucedía a mí en Detroit. Simplemente, volvería a recoger mi Lincoln negro y a Russell en Ohio y juntos pasaríamos a buscar a las mujeres. Una forma de analizarlo es considerar que, mientras las mujeres esperaban en Port Clinton, fueron como un seguro de vida y me proporcionaron una forma de alivio psicológico, aunque esa manera de pensar nunca fue la mía.

Aparte, llevaba una pistola a la espalda, sujeta al cinturón. Incluso hoy, a mi edad y en una residencia de ancianos, mi dedo índice sigue funcionando de maravilla sobre el gatillo.

Aterrizamos en el aeródromo de Pontiac, una pequeña pista justo al norte de donde sucedió todo. Ahora ya no existe; si no me equivoco, lo convirtieron en una urbanización. En aquellos días no se necesitaba un plan de vuelo ni tampoco guardaban registro de las salidas y llegadas.

Había dos o tres coches en el aparcamiento. Uno de ellos era un Ford con unas llaves sobre el tapete del suelo, tal como había dicho Russell. Era un coche gris y sobrio, un poco sucio. En una situación como esta, nunca debías esperar un coche llamativo que pudiese atraer la atención. Era un coche de reemplazo. A veces robaban un coche de un aparcamiento y los dueños nunca llegaban a enterarse. Los hoteles eran un buen sitio para hacerlo; los aparcamientos de larga duración de los aeropuertos también. Un experto en el tema hasta hubiera podido ganarse unos buenos billetes ofreciendo coches de reemplazo para clientes con pasta.

Russell me había pasado la dirección y las indicaciones para llegar. Conocía Detroit bastante bien por haber trabajado para Jimmy, pero las indicaciones que tenía eran realmente simples. Bastaba con llegar a Telegraph Road, pasando por la Ruta 24, una de las arterias principales de

acceso a Detroit. Era un día soleado y hacía suficiente calor como para poner el aire acondicionado. En Telegraph Road pasé junto al restaurante Machus Red Fox, a mi derecha. Doblé a la izquierda para salir de Telegraph Road y seguir por Seven Mile Road. Continué otros ochocientos metros por esa calle, pasando por un pequeño puente sobre otra carretera. Avancé entonces por la derecha y, un poco más adelante, volví a pasar por un puente que cruzaba sobre otro camino. A continuación, un puente peatonal y luego doblé a la izquierda, y allí estaba la casa, con sus tejas de color marrón, una valla alta rodeando el jardín y el garaje a un lado. Las casas de aquel barrio no estaban muy distantes entre sí, pero tampoco estaban una encima de la otra. Comprobé la dirección. Solo había conducido unos cuantos kilómetros.

Como ya he dicho, de camino a la casa, bajando por Telegraph Road, pasé junto al restaurante Machus Red Fox, donde Jimmy estaría esperando en vano que apareciese yo para nuestra cita de las 14.00. El restaurante estaba emplazado al fondo del aparcamiento. Al pasar a su lado, no sentí ninguna inquietud ante la posibilidad de que Jimmy pudiese verme. Debido a mi altura y a la postura erguida que mantenía en aquellos días, antes de que la artritis me obligara a encogerme, cuando me sentaba en el coche mi cabeza casi tocaba el techo y la gente tenía que acercarse para poder ver mi cara. De esta forma, nunca nadie llegó a reconocerme.

Se suponía que yo tenía que estar ya en el restaurante para cuando apareciesen los dos Tonys para su cita de las 14.30 con Jimmy, pero Tony Jack estaba en esos momentos recibiendo un masaje en su club de Detroit y Toni Pro ni siquiera estaba en Michigan: se encontraba en Nueva Jersey, en la sede de su sindicato, jugando al rummy griego, con más de un agente del FBI vigilándolo desde la acera de enfrente del local.

La casa solo se encontraba a unos cuantos kilómetros del lugar donde acabarían los restos de Jimmy. Todo estaba muy cerca, los distintos lugares quedaban a tiro. Por ningún motivo quería recorrer cierta distancia en coche, cogiendo curvas y desvíos con el cuerpo de Jimmy en el coche. Los escritores que sostienen que trasladé el paquete en un tambor de doscientos litros a un vertedero de Nueva Jersey o que lo llevé a enterrar bajo la zona de anotación del estadio de los Giants, jamás han tenido un

cuerpo en sus manos. ¿Qué persona en sus cabales transportaría un paquete de tanto estatus unos metros más de lo estrictamente necesario, por no hablar de lanzarse a atravesar el país?

En cuanto a la otra teoría de que alguien habría golpeado a Jimmy dentro del coche del hijo de Tony Jack es, sencillamente, una locura. Cuando le das el beso a alguien en un coche, nunca más se vuelve a sacar el olor del interior. Se convierte en un coche cadáver. Todas las sustancias químicas del cuerpo y los excrementos se liberan dentro de un espacio reducido. El olor a muerte se queda en el vehículo. En ese sentido, un coche no es como una casa. Una casa no retiene el olor a muerto.

La casa de tejas marrones era otro lugar que, como el coche, había sido tomado prestado. Puede que una ancianita viviese allí y nunca se enterase de que su casa fue tomada prestada por una hora. Hay gente, como los fisioterapeutas, que saben cuándo los moradores se encuentran fuera de la ciudad y así los cacos pueden entrar y desvalijar las casas. Incluso puede que alguien del clan de Detroit tuviese un fisioterapeuta que estuviese tratando a la ancianita que vivía allí sola. De ese modo, podrían estar al tanto de que la mujer no iba a estar en casa, conscientes de que sus ojos ya no veían un carajo, de modo que, cuando regresase, no notaría nada, ni mucho menos sentiría ningún olor. La casa sigue allí, en el mismo sitio.

Cuando me aproximé a la casa, pude ver un Buick marrón aparcado al fondo de esa calle de un solo carril. Me acerqué y aparqué mi Ford detrás del Buick.

Me dirigí a la entrada de la casa y subí los escalones. La puerta no tenía pestillo y entré. Sally Bugs ya estaba en el pequeño vestíbulo frente a la puerta de entrada, mirándome a través de sus gafas de culo de vaso. Tenía una rizada y espesa cabellera negra. Cerré la puerta a mis espaldas y nos dimos la mano.

Todos los libros escritos sobre el caso dicen que participaron los hermanos Steve y Tom Andretta, de Nueva Jersey. Oí que uno de ellos ya está muerto y que el otro continúa vivo. Dos apuestos jóvenes italianos estaban en la cocina, en la parte de atrás de la casa. Ambos me hicieron un gesto con la mano en señal de saludo y volvieron a lo suyo. Uno de aquellos chicos era el Andretta que ya está muerto. No es necesario que

diga quién era la otra persona. En cualquier caso, ambos tenían buenas coartadas.

Tal como lo recuerdo, a la izquierda del pasillo de la entrada había una escalera que subía al piso de arriba. A la derecha estaba el salón y un comedor con alfombras en el suelo. En el vestíbulo no había alfombras, ni en el largo pasillo que conducía desde la entrada hasta la cocina: solo había un pedazo de linóleo. No tengo ni idea de cómo llegó allí.

Yo había oído hablar de esta gente porque eran parte del grupo de Pro, pero jamás los había conocido hasta ese día. No eran amigos míos con los que salía por ahí. No había ninguna razón para hablar. Después, durante las diferentes reuniones del jurado de acusación por el caso Hoffa, llegamos a vernos unas cuantas veces. Avancé por el pasillo en dirección a la cocina y eché una mirada al patio de atrás de la casa para tener una idea. La valla alta y el garaje daban una sensación de intimidad.

Regresé por el corredor y fui a ver a Sally Bugs al salón. Estaba espiando a través de las cortinas.

—El Chuckie este viene con retraso —dijo con su acento del norte de Jersey.

El hijo adoptivo de Jimmy Hoffa, Chuckie O'Brien, y yo íbamos a ser la carnada para atraer a Jimmy al coche donde estaría Sally Bugs, el hombre que hacía de mano derecha de Tony Pro. Sally Bugs era un retaco pequeñajo que ni siquiera con una pistola en la mano hubiera sido capaz de hacerme frente. Aunque nadie me lo había dicho, yo sabía que la única razón por la que Sally Bugs iba en el coche de Chuckie era para vigilarme, para asegurarse de que no advertía a Jimmy en el momento de subirse al coche. Se suponía que, conmigo, Jimmy se sentiría seguro en el coche de Chuckie, así que nos acompañaría a aquella casa de tejas de color marrón y entraría por la puerta de delante conmigo como respaldo.

—Aquí llega un coche. ¿Es Chuckie?

Chuckie O'Brien tenía largas patillas, una camisa con estampado de cachemira de amplio cuello y varias cadenas de oro que le colgaban sobre el pecho. Parecía sacado de la película *Saturday Night Fever*. Chuckie era un participante inocente. Si hubiese sabido algo que pudiese implicar a alguien, al día siguiente lo habrían mandado a "Australia"; de ningún

modo lo habrían puesto en esa posición. Chuckie era conocido por sus cuentos y fanfarronadas. Solía creerse mucho más grande de lo que realmente era y para presumir de huevos tenía que rebuscar entre sus piernas. No se le podía confiar ninguna información de valor. Si hubiese sospechado algo, se habría mostrado demasiado nervioso al recoger a Jimmy y este lo habría notado. Así que todo lo que sabía era que nos iba a llevar en su coche a recoger a Jimmy, el hombre que lo había criado y al que llamaba “papá”, para luego acudir todos a una reunión con gente importante. Se mostraría relajado con Jimmy, como si todo fuese normal. Siempre sentí lástima por lo que le tocó a Chuckie O’Brien en todo este asunto, y aún me pesa. Si alguien merecería ser perdonado, ese es Chuckie.

Mi presencia con ellos sería lo que le daría tranquilidad a Chuckie, de modo que actuaría con normalidad ante Jimmy. Chuckie conducía el Mercury de color granate del hijo de Tony Jack: no era el tipo de coche que fuese a traernos problemas. Aquel coche familiar tranquilizaría a Jimmy y a Chuckie. Y como Jimmy estaba esperando a Tony Jack, parecía normal que apareciese el coche del hijo de este. El hecho de que Chuckie pasase a recogerme a la casa a la que luego debíamos regresar para la reunión también lo tranquilizaba.

Era importante que todo el mundo estuviese tranquilo porque Jimmy era el más astuto a la hora de oler un peligro, tras años de sangrientas batallas del sindicato y el tipo de gente con la que tenía que lidiar. Se suponía que tenía que encontrarse con Tony Jack y Tony Pro en un restaurante público con un aparcamiento público. Era poca la gente capaz de cambiarle a Jimmy Hoffa una reunión en un lugar público por una casa privada, incluso aunque estuviera yo en el coche, o su “hijo” Chuckie al volante.

—Es él —confirmé.

Chuckie aparcó en la calle, frente a la puerta. Los dos jóvenes apuestos se quedaron en la parte de atrás de la casa, en la cocina, al fondo del pasillo. Sally Bugs se subió al asiento trasero del Mercury cuatro puertas de color granate, se presentó y le dio la mano a Chuckie. Yo me senté delante, en el asiento del copiloto. Jimmy tendría que sentarse detrás de mí: de ese modo, Sally Bugs podría vigilarnos a los dos.

¿Qué iba a pasar con Chuckie una vez que todo hubiese acabado? Nada de nada. Mantendría la boca cerrada sobre lo poco que sabía por miedo y por vergüenza. Chuckie no era alguien conocido por destacar. Simplemente, era un miembro de la familia de Hoffa que mantendría su trabajo bajo el período de Fitz.

—¿Qué coño es esto? —preguntó Sally Bugs, apuntando al suelo de la parte de atrás—. Aquí está todo mojado.

—Llevaba ahí un pescado congelado —contestó Chuckie—. Es que acabo de pasar a dejarle el pescado a Bobby Holmes.

—¿Un pescado? Pero ¿cómo se te ocurre? —exclamó Sally Bugs—. El puto asiento ahora está mojado.

Sally Bugs sacó un pañuelo y se limpió las manos.

Llegamos al sitio en menos de quince minutos.

El aparcamiento comenzaba a vaciarse. La mayoría de la peña había terminado de comer y ya se había marchado. Vimos el Pontiac verde de Jimmy a nuestra izquierda según entrábamos. En aquellos días había árboles a lo largo de Telegraph Road, lo que le daba un poco de intimidad al aparcamiento.

—Aún debe de estar dentro —comentó Chuckie—. Iré a buscarlo.

—No te molestes. Mira, allí hay un hueco, al otro lado —señaló Sally Bugs.

Chuckie condujo al sitio indicado. Desde allí podríamos ver a Jimmy y acercarnos a él antes de que llegase a su coche. Se decía que había comenzado a llevar un hierro en la guantera.

—Dejemos que acabe lo que esté haciendo —añadió Sally Bugs—. Mantén el motor en marcha. Cuando regrese andando a su coche, lo recogemos.

Nos detuvimos allí y esperamos un minuto. Entonces Jimmy apareció por la parte de atrás del restaurante, donde había una ferretería, caminando en dirección a su coche. Iba vestido con una camisa informal de manga corta y unos pantalones oscuros. Miraba impaciente a un lado y a otro mientras caminaba, buscándome a mí o a los dos Tonys. Estaba claro que no llevaba un hierro encima; no con la ropa con la que iba vestido.

Chuckie se acercó lentamente a Jimmy y este se detuvo. Tenía los ojos encendidos de rabia, con esa mirada que hacía que cualquiera lo respetase.

Chuckie se disculpó:

—Lo siento, llego tarde.

Jimmy comenzó a gritar, señalándolo con el dedo.

—¿Y tú qué mierda haces aquí? ¿Quién cojones te ha invitado?

Entonces Jimmy echó una mirada a Sally Bugs, que estaba sentado detrás de Chuckie.

—¿Y quién cojones es este?

—Vengo de parte de Tony Pro —contestó Sally Bugs.

—Pero ¿qué coño está pasando aquí? Se supone que tu puto jefe tenía que haber venido a las 14.30 —Jimmy comenzó a apuntar con el dedo a Sally Bugs.

Algunas personas que regresaban a sus coches en el aparcamiento comenzaron a mirarnos.

—La gente nos está observando, Jimmy —dijo Sally Bugs y, acto seguido, me señaló—: Mira quién está aquí.

Jimmy se agachó y echó un vistazo al otro lado del coche. Yo bajé la cabeza para que pudiera verme y le hice un saludo con la mano.

Sally Bugs añadió entonces:

—Su amigo quería estar en este asunto. Nos están esperando en la casa.

Jimmy bajó los brazos y se quedó allí, con los ojos entornados. Al verme a mí, Jimmy pensaría de inmediato que Russell Bufalino estaría ya sentado en la mesa de la cocina, esperándolo en alguna casa de Detroit. A ojos de Jimmy, el hecho de que mi amigo Russell quisiese participar también explicaría el cambio de planes de último minuto. Russell Bufalino no era la clase de hombre que se sentaría a negociar en un lugar público que no conociese, como el Red Fox. No, Russell era chapado a la antigua, una persona muy reservada. Solo se encontraba con alguien en lugares públicos si ya los conocía y le inspiraban confianza.

Russell Bufalino era la última carnada para atraer a Jimmy al coche. Si fuese a haber alguna violencia, algo inesperado, Russell no estaría allí.

Jimmy creería que era seguro subirse al vehículo. Estaría demasiado nervioso por su rabieta como para pensar en no subirse al Mercury con nosotros; demasiado nervioso como para insistir en conducir su propio Pontiac con el hierro en la guantera. Todo el aspecto psicológico del asunto había sido planeado a la perfección. Sabían muy bien cómo ponerse en el pellejo del hombre. Jimmy Hoffa había sido obligado a esperarme durante una larga media hora, desde las 14.00 a las 14.30, solo porque tenía que hacer tiempo hasta su reunión de las 14.30. A partir de entonces, se puso a esperar a los dos Tonys durante los quince minutos que concedía como norma. Cuarenta y cinco minutos de espera habían sacado a Jimmy de sus casillas, como era de suponer, y a continuación, para compensar por toda la mala leche que había sacado, se mostró dispuesto a cooperar, algo que también habían supuesto.

Por no mencionar que ahora estaba tan impaciente como solo él sabía estarlo. Jimmy rodeó el coche y se sentó en la parte de atrás, a mi espalda. Según supe, el pelo de Jimmy, que posteriormente habría utilizado el FBI para hacer un análisis de ADN, había sido localizado en el maletero. Pues Jimmy jamás estuvo en el maletero, ni vivo ni muerto.

No había ningún indicio de que Jimmy llevase un hierro encima cuando se subió al coche. Conmigo como elemento de respaldo, tal como se suponía, y ahora que todos íbamos a reunirnos con Russell Bufalino, habría sido una gran falta de respeto por su parte que Jimmy hubiese ido a su coche a coger la pistola, si es que tenía una. Además, sobre Jimmy pesaba una condena criminal y no iba a llevar un arma a menos que realmente la necesitase.

—Pensaba que me ibas a llamar anoche —me increpó Jimmy—. Te he estado esperando frente del restaurante desde las 14.00. Supuestamente, ibas a estar conmigo en el coche para cuando apareciesen. Luego, iba a hacerlos entrar en el vehículo para conversar.

—Acabo de llegar —le expliqué—. Hubo un retraso en los planes —en realidad, no le mentía—. McGee tuvo que reorganizar las cosas para que pudiésemos llevar a cabo este encuentro como corresponde, no sentados en un coche.

—Y Pro, ¿quién cojones cree que es? —chilló Jimmy en dirección a Sally Bugs, volviendo a sacar su mala leche—. ¿Qué pretende, enviándome a su puto chico de los recados?

—En dos minutos estaremos allí —intervino Chuckie, tratando de calmar los ánimos. Incluso de niño, a Chuckie jamás le gustó pelear. No era capaz de luchar ni para calentarse las manos.

—Llamé a Jo —me dijo Jimmy—. Podrías haber dejado un mensaje.

—Ya sabes cómo es McGee para estas cosas con el teléfono —le respondí.

—Alguien podría haberme avisado para quedar a las 14.30 —insistió él—. Es lo mínimo. Con todo el debido respeto a McGee.

—Ya casi estamos —dijo Chuckie—. Tuve que hacer un encargo. No es culpa mía.

Dejamos atrás el puente peatonal y nos detuvimos frente a la casa, donde todo parecía normal para celebrar una reunión. Los mismos dos coches seguían allí, el Buick marrón y el Ford gris, para dar a entender a Jimmy que la gente ya estaba dentro, esperando. Ver los dos coches me decepcionó porque, si hubiese faltado uno de ellos, habría significado que todo el asunto había sido cancelado.

Ni la casa ni el barrio tenían el más mínimo aspecto amenazador. Era el sitio en el que a uno le gustaría ver crecer a sus hijos. En la parte de atrás, el garaje estaba separado de la casa, lo que era un agradable detalle. Nadie le estaba pidiendo a Jimmy que entrase en aquella casa a escondidas a través de un garaje incorporado a la casa, no. Jimmy y yo caminaríamos directamente hasta la puerta principal a plena luz del día, con dos coches aparcados ahí enfrente.

El tiempo era lo esencial: todo tenía que ser realizado según el plan. Había que tener en cuenta las coartadas que luego se emplearían. Tony Jack no se podía tirar horas cortándose el pelo y recibiendo un masaje. Además, yo tenía que volver con Russell y las mujeres, que esperaban en Ohio.

Chuckie subió el coche al acceso y se detuvo a poca distancia de los escalones de ladrillo que conducían a la puerta de entrada.

Jimmy Hoffa bajó de la parte de atrás del Mercury granate. Yo me apeé al mismo tiempo. Sally Bugs no tenía la categoría suficiente como para asistir a una reunión así, de modo que se bajó del Mercury, lo rodeó y fue a sentarse en el asiento del copiloto. Jimmy y yo nos encaminamos hacia los escalones mientras el Mercury retrocedía para volver por el camino que habíamos venido. Chuckie se alejó con Sally Bugs sentado en el asiento del tirador. Y eso es todo lo que Sally Bugs podría decir: solo supo lo que sucedió hasta ese momento. Cualquier otra cosa que creyera saber no son más que habladurías.

Russell me contó después que Chuckie dejó a Sally Bugs en la oficina de Pete Vitale, un viejo conocido de la Banda Púrpura de Detroit, dueño de una planta procesadora de carne donde se podía cortar un cuerpo y de un incinerador industrial donde se podía quemar.

Jimmy Hoffa siempre iba al frente, bastante adelantado de la gente con la que caminaba. Daba pasos cortos, pero era rápido. Le di alcance y me puse inmediatamente detrás, de la misma forma en que acompaño a un prisionero al que llevas tras la línea, y cuando abrió la puerta de entrada, me encontraba justo a su espalda, bajo el umbral para entrar al pequeño vestíbulo y cerrar la puerta detrás de nosotros.

En la casa no había nadie, excepto aquel hermano Andretta y el tipo que lo acompañaba, ambos bastante distantes al final del pasillo que daba a la cocina. Desde el vestíbulo no era posible verlos. Estaban allí como limpiadores, para recoger el linóleo que habían puesto en el vestíbulo y realizar la limpieza que fuese necesaria, además de llevarse las joyas y el cuerpo de Jimmy en una bolsa para ser incinerado.

Cuando Jimmy vio que la casa estaba vacía, que nadie salía de ninguna de las habitaciones, supo al instante de qué se trataba. Si hubiese llevado su pistola consigo, le habría echado mano. Jimmy era un luchador. Se dio la vuelta rápidamente, aún pensando que estábamos juntos en todo aquello, que yo era su respaldo, y chocó contra mí. Si vio la pistola que llevaba yo en la mano, debió de pensar que era para protegerlo. Dio un rápido paso al lado para esquivarme y alcanzar la puerta. Cuando fue a coger el pomo, Jimmy Hoffa recibió dos disparos a una distancia decente —no demasiado

cerca o te salta la pintura encima— en la nuca, detrás de su oído derecho. Mi amigo no sufrió.

Eché una rápida mirada al pasillo y me detuve un momento a escuchar para asegurarme de que nadie viniese a hacerse cargo de mí. Entonces dejé caer el hierro sobre el linóleo, salí por la puerta principal con la cabeza baja, me subí al coche prestado y conduje al aeropuerto de Pontiac, donde me esperaba el piloto de Russell.

Los planificadores habían calculado que la operación de Detroit llevaría una hora de principio a fin.

Russell me contó que los dos tipos que se encargaron luego de hacer la limpieza de la casa metieron a Jimmy en una bolsa para cadáveres. Protegidos por la valla y el garaje, lo sacaron por la puerta trasera y lo introdujeron en el maletero de un Buick. A continuación, se llevaron a Jimmy para incinerarlo. Russell me explicó que los dos limpiadores recogieron a Sally Bugs en la planta procesadora de carne y condujeron a otro aeropuerto, no sé cuál, desde donde los tres cogieron un vuelo a Jersey para informar a Tony Pro.

Nuevamente, el piloto esquivó mi mirada. Fue un vuelo rápido, despegar y aterrizar.

En el pequeño aeródromo de Port Clinton, Russell estaba durmiendo en mi gran Lincoln negro. Recogimos a las señoras y llegamos a Detroit poco antes de las 19.00. Nos encontramos con un control de policía justo al entrar en el perímetro de la ciudad. Debido a la boda, estaban a la búsqueda de gente como nosotros, en grandes Lincolns y Cadillacs con matrículas de otros estados.

Lo único que comentamos Russell y yo en toda la noche sobre el tema concreto fue a mi llegada al aeródromo de Port Clinton, cuando me puse al volante y arranqué mi Lincoln.

Russell se despertó y parpadeó con su ojo bueno, mirándome antes de decirme en voz baja y carrasposa:

—De cualquier forma, amigo Irlandés, espero que hayas tenido un buen vuelo.

—Y yo espero que hayas dormido bien —le contesté.»

XXIX

Todos sangramos

El 4 de agosto de 1975, cinco días después de la desaparición de Jimmy Hoffa, el FBI emitió una nota sobre una reunión que había tenido lugar en el restaurante Vesuvio, en el número 168 de la calle Cuarenta y cinco de Nueva York. En aquella reunión estaban Anthony Salerno, «Tony el Gordo»; Russell Bufalino; Frank Sheeran; Anthony Provenzano, «Tony Pro»; y Salvatore Briguglio, «Sally Bugs».

«Nueva York se había desentendido. Aunque no dieron su aprobación, tampoco se opusieron. La típica actitud de “si lo haces, es cosa tuya”. No podría haberse llevado a cabo sin la aprobación de Detroit porque tuvo lugar en su territorio. Lo mismo con Chicago, porque estaban cerca y existían numerosos vínculos entre Chicago y Detroit. El propósito de esa reunión en el Vesuvio, cinco días después de la desaparición de Jimmy, era informar a Tony Salerno, “el Gordo”, y contarle cómo había sucedido. Tony el Gordo se mostró muy satisfecho. Si Nueva York hubiese decidido participar, Tony el Gordo ya estaría al tanto de cómo se había desarrollado todo y no habríamos tenido que reunirnos allí para informarle. Además, siempre querías hacerle saber si habían quedado flecos colgando. No es que se hable mucho; lo justo para ver que, si se necesitara otra cosa, Tony el Gordo, que estaba en lo más alto, pudiese dar la orden necesaria. Los

detectives de homicidios estaban por todas partes. Tratan de dar la impresión de que la cosa no va con ellos, pero no pueden evitar delatarse: se nota que están al loro. Charlie Allen me llevó hasta allí y esperó en otra zona del restaurante, tomándose un café. Sally Bugs se sentó en aquella misma zona, pero en una mesa distinta.

La primera reunión en el Vesuvio transcurrió sin problemas y entonces Tony Pro solicitó otra justo después. Esa siguiente reunión iba sobre mí. En este segundo encuentro, Tony Pro sostuvo que yo siempre supe que Jimmy quería cargárselo. Pro alegaba que había oído que Jimmy me había pedido a mí que les diera el beso a él y a Fitz. Tony Pro me miró y dijo:

—Si por mí fuera, también te habría liquidado.

—En eso estamos iguales —contesté yo—: todos sangramos.

Tony Pro también se quejó de que yo había estado diciéndole a la gente en la boda que él era capaz de matar a Hoffa. Tony Pro y yo nos levantamos entonces de la mesa. Me fui a esperar junto a Charlie Allen y Pro se sentó junto a Sally Bugs, mientras Russell hablaba con Tony el Gordo sobre todo el asunto. Cuando Russell salió del sector en donde estaban reunidos vino hacia mí, dejando a Tony Pro allí sentado. Antes de volver a la mesa con Tony el Gordo, Russell me ordenó: “Niégalo”. Yo volví a entrar y Tony Salerno, “el Gordo”, empezó a decirme que él no creía que yo estuviese pensando en darle el beso a un hombre de honor por Jimmy Hoffa y eso fue todo. Russell Bufalino había vuelto a proteger a su Irlandés. Entonces llamaron a Tony Pro y le hicieron saber que no pasaba nada.

En ese momento, Tony Pro se puso a hablar de una ocasión en que yo lo había mirado mal. Unos meses antes de que Jimmy desapareciera, había tenido lugar un banquete para la convención de la junta del consejo. Hablamos de la junta del consejo de Pro. Supuestamente, Fitz debía ser el orador en aquella comida dedicada a Pro, pero acabó cancelando su asistencia. No iba a ir a Atlantic City porque me tenía miedo. Pro habló acaloradamente sobre eso con Russell y Tony el Gordo, sin quitarme los ojos de encima mientras lo hacía. Pro exclamó:

—Me hiciste quedar mal. No estaba el presidente. A todos los banquetes de las juntas de consejo del país acude el presidente, excepto al

mío. Fitz me comentó que se había enterado de que, si se dejaba ver por Atlantic City, tú le ibas a dar el beso de parte de Jimmy Hoffa.

Yo le respondí:

—Si hubiese querido darle el beso a Fitz de parte de cualquiera, hace ya rato que lo habría liquidado. Yo no soy tu chulo; no puedo ir por ahí arreglando tus asuntos. No es cosa mía si Fitz es un marica y no confía en que lo protejas en Atlantic City con tus fuerzas.

Russell nos mandó que nos estrechásemos la mano de inmediato, lo que no resultó nada fácil. Pero si alguna vez le hubiera dicho que no a Russell, no estaría hoy aquí. Nos dimos la mano, pero sentí un odio profundo por Pro después de todo lo ocurrido.

Seguidamente, como si hubiesen decidido atacarme por todos lados, Russell y yo nos fuimos del Vesuvio y, mientras caminábamos por la calle Cuarenta y cinco en dirección al sitio de Johnny, tropezamos con Pete Vitale. Él venía en dirección contraria procedente del local de Johnny, de camino a su reunión con Tony el Gordo en el Vesuvio. Pete Vitale sabía que yo lo consideraba poca cosa y siempre pensó que me burlaba de él cuando tartamudeaba. Vitale me echó una mirada rencorosa y se detuvo. Le llevó un tiempo hablar porque quería evitar tartamudear.

—Si por mí fuera —soltó—, la próxima vez me gustaría veros a ti y a tu amigo durante la siguiente tormenta de nieve de Detroit.

Yo sabía lo que quería decir. Antiguamente, cuando aún se usaba mucho el carbón, durante las tormentas de nieve tirábamos cenizas bajo las ruedas para aumentar su tracción. Yo me eché a reír al oír esa vieja amenaza. Me puse entonces a hablar rápido y a tartamudear:

—L-L-Lo mismo le acabo de decir a tu amigo el enano: eso vale para los dos. Todos sangramos.

Russell nos dijo que lo dejáramos ya y seguimos nuestro camino. De pronto, acordándome del incinerador industrial de Pete Vitale en Detroit, le comenté:

—Tal como dijiste: “Polvo al polvo”.

En ese momento Russell me susurró que sabía lo que yo estaba pensando, pero que el incinerador de Pete Vitale resultaba demasiado obvio. Adujo que sería el primer sitio en el que irían a buscar, y así fue.

Me contó que habían incinerado a Jimmy en una funeraria de Detroit que la *gente* de allí tenía cerca. Durante la investigación, leí que el FBI había buscado en la funeraria de Anthony Bagnasco en Grosse Pointe Shores, porque solía ser utilizado por la *gente* de Detroit. No sé si cuando Russell me contó lo de la funeraria lo dijo solo porque quería que me sacase de la cabeza a Pete Vitale, para no tener que arreglar otro marrón como acababa de hacer con Tony Pro. No quería que le soltase alguna estupidez sobre Pete Vitale a los amigos de Jimmy. O bien podía ser que sí llevaran a Jimmy a una funeraria. No sé si tenían a alguien que pudiese ocuparse de Jimmy y lo introdujera en el crematorio, metiéndolo quizás en el mismo ataúd de otra persona a la que fueran a incinerar. Lo que sí sé es que ese tipo de detalles no eran de mi incumbencia y el que afirme que sabe algo más al respecto —excepto por el limpiador, que aún está vivo— no hace más que insistir en una broma cruel.

Aquel día, antes de la reunión en el Vesuvio con Tony Pro, tuve un encuentro aún peor. Había pasado a ver a mi exesposa, Mary, a su casa de Filadelfia para pasarle algo de dinero. Cuando entré en la cocina mi segunda hija, Peggy, estaba allí de visita. Por entonces ella tenía veintiséis años. Estamos hablando de hace veintiocho años.

Peggy y yo siempre habíamos estado muy unidos. De pequeña, le gustaba acompañarme a cenar al club. Luego, más tarde, empezó a venir cuando yo salía a cenar con Russell y Carrie. En una ocasión, el fotógrafo de un periódico le sacó una foto a Russell entrando con Peggy en un restaurante en Bristol, Pensilvania, pero tuvieron que recortarla a ella porque era menor de edad.

Peggy era capaz de leerme como un libro. Cuando entré en la cocina, Mary y Peggy estaban viendo un programa en televisión sobre la desaparición de Hoffa. En ese momento, Peggy levantó la vista y vio algo en mí que no le gustó. Tal vez yo parecía tenso, más que preocupado. O quién sabe si pensó que tenía que haberme quedado en Detroit para ayudar a buscar a Jimmy. Peggy me pidió que me fuera de casa y me dijo:

—No quiero saber nada de una persona como tú.

Eso fue hace veintiocho años y sigue sin querer saber nada de alguien como yo. No he vuelto a verla ni a hablar con ella desde aquel día, 3 de agosto de 1975. Sé que tiene un buen trabajo y que vive a las afueras de Filadelfia. Aquel día, mi hija Peggy desapareció de mi vida.»

XXX

«Los responsables no han quedado impunes»

El FBI puso a doscientos agentes a trabajar en la desaparición de Hoffa, gastando millones y millones de dólares. Al final, se logró reunir setenta volúmenes con archivos que suman las dieciséis mil páginas de lo que pasó a ser conocido como el archivo HOFFEX.

Al principio, el FBI se concentró en un grupo reducido de personas. En la tercera página de un comunicado incluido en el HOFFEX se identifican a los siguientes siete hombres: Anthony Provenzano, «Pro», de cincuenta y ocho años; Stephen Andretta, de cuarenta y dos años; Thomas Andretta, de treinta y ocho años; Salvatore Briguglio, «Sal», de cuarenta y cinco años; Gabriel Briguglio, «Gabe», de treinta y seis años; Francis Joseph Sheeran, «Frank», de cuarenta y tres años; y Russell Bufalino.

Si añadimos a Tony Giacalone y a Chuckie O'Brien en la lista, el FBI contaba con un total de nueve sospechosos.

Como si dispusieran de cierta información confidencial, el FBI se mostró incansable al insistir en que el grupo de conocidos sospechosos que aparecían en la tercera página del comunicado del HOFFEX había raptado y asesinado a Jimmy Hoffa. Wayne Davis, antiguo jefe del FBI en Detroit, llegaría a afirmar que «sabemos quién es responsable y qué sucedió».

Kenneth Walton, otro antiguo jefe del FBI en Detroit, declaró: «Estoy tranquilo, sé quién lo hizo».

Seis semanas después de la desaparición de Jimmy Hoffa, se convocó un jurado federal de acusación en Detroit. Los nueve sospechosos comparecieron, representados por Bill Bufalino. Todos se acogieron a la Quinta Enmienda. Frank Sheeran se acogió a la Quinta Enmienda ante cada una de las preguntas que le fueron formuladas, incluso cuando se le preguntó si el bolígrafo amarillo del fiscal era de color amarillo. Después de acogerse a la Quinta Enmienda, a Stephen Andretta se le concedió inmunidad limitada y fue obligado a testificar. Como se negó a responder las preguntas, pasaría sesenta y tres días en prisión por desacato a la autoridad judicial antes de aceptar finalmente contestar a las preguntas del fiscal. Stephen Andretta estableció un récord al abandonar la sala del jurado acusador en más de mil ocasiones para ir a consultar con su abogado, Bill Bufalino. Chuckie O'Brien fue convocado y se acogió a la Quinta Enmienda, representado también por Bufalino. Cuando al abogado le preguntaron cómo podía representar a todos esos hombres, reacios a cooperar y sospechosos de asesinar a su antiguo cliente, Bill Bufalino contestó que Jimmy Hoffa «así lo habría querido».

Hoy en día, el FBI se muestra bastante satisfecho por haber logrado castigar a los culpables involucrados. El antiguo director adjunto de investigaciones criminales para el FBI, Oliver Rendell, sostuvo:

—Aunque no haya sido resuelto el caso, puedo asegurarle que los responsables no han quedado impunes.

El actual director de la oficina del FBI en Detroit, el agente especial John Bell, afirmó en relación a los sospechosos del caso Hoffa:

—Recuerde, el gobierno no condenó a Al Capone por contrabando. Al final lo condenaron por evasión de impuestos.

- En 1976, un año después de la desaparición de Jimmy Hoffa, Tony Provenzano y Sal Briguglio fueron acusados por el asesinato en 1961 del tesorero de la agrupación local 560, Anthony Castellito, «Tres

dedos», un hombre que había crecido con Tony Provenzano al sur del East Side, en Nueva York. El asesinato había sido ordenado por Provenzano y cometido por Sal Briguglio, junto con un matón joven llamado Salvatore Sinno y el exboxeador K. O. Konigsberg. Al día siguiente del asesinato, Tony Provenzano contraía matrimonio con su segunda esposa en una capilla de Florida.

- La importancia del caso Hoffa para el FBI no pasó desapercibida para los reclusos de Norteamérica. Todo el que supiese algo sobre los que se encontraban en la lista de nueve sospechosos, cuyos nombres aparecieron en los periódicos con regularidad, era consciente de que el gobierno haría maravillosas ofertas de indulgencia a cambio de obtener información. Como resultado directo de la investigación Hoffa, Salvatore Sinno salió a la luz, admitió su papel en el asesinato cometido quince años antes y delató a sus cómplices. Sinno confesó que Sal Briguglio había sido premiado con el puesto en el sindicato de Castellito y que Konigsberg había recibido quince mil dólares. Tony Provenzano, condenado por el asesinato de Castellito en 1978, fue enviado a Attica. El *New York Times* citó a una fuente del FBI que habría asegurado que «todo esto es resultado indirecto de nuestra investigación en el caso Hoffa». El *Times* citaba a continuación a O. Franklin Lowie, director de la oficina del FBI en Detroit: «No me importa cuánto tiempo dure esto. Seguiremos investigando. Si le pisamos los pies a suficiente gente, alguien acabará soltando algo. Aún estamos a la espera de esa pista que necesitamos». Aunque se habían pisado muchos pies, Provenzano no dijo nada y murió en Attica diez años después de su condena, a la edad de setenta y dos años.

- En 1976 Tony Giacalone fue condenado por delito de evasión fiscal y cumplió diez años de sentencia. Dos meses después de ser condenado, el gobierno reveló ante los medios de comunicación una serie de vergonzosas grabaciones secretas, obtenidas entre 1961 y 1964, en las que quedaba de manifiesto que mientras Jimmy Hoffa ayudaba a Tony Giacalone a sobornar a un juez con diez mil dólares, Tony Jack, junto a su hermano Vito Giacalone, «Billy Jack», y la madre de Chuck O'Brien, Sally Paris, tramaban emborrachar a Josephine Hoffa durante

un viaje de su marido para robarle la caja fuerte llena de dinero que tenía en su urbanización de Florida. El plan fue abortado cuando Hoffa regresó a casa de forma inesperada y halló a los ladrones dentro junto a su esposa, desvanecida. Todos alegaron que estaban cuidando a la mujer. En 1996 Tony Giacalone fue condenado por fraude laboral. Pero su frágil estado de salud provocó la repetida postergación de varios juicios. Giacalone murió en 2001 a la edad de ochenta y dos años, con los cargos por fraude laboral todavía pendientes. Los titulares del obituario de Giacalone publicados por Reuters decían: «Famoso mafioso de Estados Unidos se lleva a la tumba el secreto de Hoffa».

- En 1977 Russell Bufalino fue condenado por extorsión. Un estafador llamado Jack Napoli había obtenido veinticinco mil dólares en joyas a crédito de un joyero de Nueva York ligado a Russell Bufalino. Para conseguir las joyas, Napoli se hizo pasar por un amigo de Bufalino, pese a que este último jamás había oído hablar de él. Bufalino sostuvo una reunión con Napoli en el Vesuvio en la que el propio Bufalino, de setenta y tres años de edad, amenazó con estrangular a Napoli con sus propias manos si no le devolvía los veinticinco mil dólares que le había robado. A raíz de la investigación del caso Hoffa, Napoli llevaba un micrófono oculto.

- Bufalino pasó cuatro años en prisión. Al salir en libertad en 1981, se reunió con otros dos hombres y juntos planearon el asesinato de Napoli. Antes de llevarlo a cabo, uno de ellos, Jimmy Frattiano, «la Rata», llegó a un acuerdo con el FBI y acabó delatando a Bufalino. Frattiano testificó que en una reunión en California para hablar de Napoli, Bufalino afirmó: «Queremos despacharlo». Russell Bufalino, que a esas alturas ya tenía setenta y nueve años, recibió una sentencia por quince años. Estando en prisión sufrió un severo infarto y fue trasladado al hospital de la prisión de Springfield, donde se volcó en la religión. Murió a los noventa años de edad en una residencia de ancianos, siempre vigilado por el FBI.

- Lo máximo que el FBI pudo imputarle a Chuckie O'Brien fue haber recibido un coche de una compañía de transportes con la cual su

agrupación tenía un contrato y falsificar una solicitud de préstamo bancario. Cumplió una sentencia de diez meses en prisión en 1978.

- Thomas y Stephen Andretta cumplieron cada uno condenas de veinte años por una acusación de fraude laboral. Durante mucho tiempo habían estado exprimiendo dinero en efectivo de una de las mayores compañías de transporte a cambio de mantener la paz en el ámbito laboral. Tony Provenzano fue condenado junto con ellos, pero ya se encontraba entre rejas y habría tenido que vivir diez vidas enteras para cumplir la pena que le habían impuesto. Una nota interesante al respecto es que el abogado de la defensa citó a comparecer a Steven Brill, autor del libro *The Teamsters*, ansioso por saber qué le había contado un testigo que cambió de bando, pese a que Brill jamás llegó a entrevistar a dicho testigo.

- Gabriel Briguglio pasó siete años en prisión por fraude laboral y extorsión.

- Basándose en dos casos presentados por el Ministerio de Trabajo de Estados Unidos y el FBI, en 1982 Frank Sheeran fue sentenciado a un total de treinta y dos años.

En medio de todos estos esfuerzos por pisar los pies para obtener algo, James P. Hoffa llegó a decir: «Solo ahora la investigación parece arrojar frutos y queda el consuelo de las causas judiciales iniciadas. Es una señal de que el FBI lo está intentando. Espero, sin embargo, que redoble su empeño en resolver el caso de la desaparición de mi padre y no piense que se ha hecho justicia después de haber puesto a determinados sospechosos entre rejas por otras causas».

¿De dónde provenía esa certeza meridiana del FBI sobre esta lista con nueve sospechosos a los que estaban metiendo «entre rejas por otras causas»? Con todos sus recursos y su capacidad para investigar en cualquier lugar del territorio, ¿por qué todos los recursos del FBI y del Ministerio de Justicia se concentraban en un grupo tan reducido de «determinados sospechosos»? ¿Por qué la totalidad de la energía del gobierno, incluidos los investigadores y contables del Ministerio de Trabajo, estaba concentrada en un grupo tan pequeño? Después de haber

trabajado como fiscal, solo se me ocurre formular la pregunta obvia: ¿quién estaba informando al FBI?

«Tenían los edificios de los federales bajo vigilancia. Si te veían entrar en uno de ellos y tú no habías informado a nadie, estabas en problemas. Incluso a veces creo que tenían a gente dentro, secretarios, aunque nunca me contaron exactamente cómo funcionaba todo eso. Lo único de lo que me advirtió Russell fue de que, si alguna vez entraba en un edificio de los federales, incluso aunque fuera para comparecer por una citación, más valía que se lo hiciese saber a alguien de la familia lo antes posible. Cuando entras en un sitio así, no vas precisamente a tomar el té.

De alguna forma se enteraron de que Sally Bugs había estado frecuentando un edificio de los federales sin decírselo a nadie. Él lo debía de saber muy bien. Cuando se enfrentaron a él, admitió que había estado yendo a ver a los del FBI, pero negó que les hubiese contado nada. Enfrentarse a Sally así haría que los del FBI retrocedieran un poco. Si llevaba un micro encima, se lo quitarían. Y si lo estaban siguiendo, quitarían al agente.

Yo había oído que, al parecer, Sally Bugs se puso un poco nervioso con la acusación por el asesinato de Castellito, además de la investigación en curso por lo de Hoffa. Sally tenía problemas de hígado, puede que eso le confiriera ese aspecto amarillento a su cara. Me dijeron que tenía miedo de padecer cáncer, lo que provocaría preocupaciones entre cierta gente sobre su estado mental. Quizás Tony estaba de mal humor porque estaba siendo enjuiciado por aceptar una comisión sobre un préstamo.»

Provenzano estaba siendo sometido a juicio por aceptar una comisión de trescientos mil dólares en un préstamo de dos millones trescientos mil dólares al hotel Woodstock, situado en el distrito de los teatros de Nueva York. El préstamo procedía de la reserva en efectivo de su agrupación local. El periodista del *New York Post* Murray Kempton comentó: «La agrupación local 560 es una caja registradora». Cuando la acusación a

Provenzano fue presentada, Victor Riesel, el valiente periodista de asuntos sindicales al que Johnny Dioguardi había cegado con ácido veinte años antes, informó en su columna, publicada en todo el país, de que Provenzano planeaba presentarse a presidente de la Fraternidad Internacional en 1981, cuando Fitzsimmons se retirase, y para eso necesitaba quitarse de en medio al popular Jimmy Hoffa. Hacerse con el poder: esa había sido la misma razón por la que había necesitado quitarse de en medio al popular Anthony Castellito, «Tres dedos», en 1961. Y para lograrlo, había empleado en ambas ocasiones a Sal Briguglio.

«A mí no me contaron mucho. Solo nos dijeron, a John Francis y a mí, dónde teníamos que estar. Por el tema del ruido, los dos teníamos un calibre 38 bajo el cinturón, a la espalda. Ya por entonces confiaba en el Pelirrojo para trabajar juntos en cualquier momento y en cualquier lugar. El 21 de marzo de 1978, Sally Bugs salía andando del club social Andrea Doria, situado a una manzana del Umberto's Clam House, en Little Italy. Iba solo. Cómo habían sabido que saldría solo de aquel sitio en aquel momento era algo que nunca me explicaron, pero tenían sus formas de estar al tanto. Sally Bugs llevaba unas gruesas gafas, por eso le habían puesto el nombre "Sally Bugs":^[13] porque, con esas gafas, parecía que los ojos se le iban a salir. Yo no lo conocía muy bien, pero era imposible confundir a alguien de un metro setenta y pico con esas grandes gafas. Me acerqué a él y le dije:

—Hola, Sal.

Él me respondió:

—Hola, Irlandés.

Entonces le echó una mirada a John, porque no conocía al Pelirrojo. Mientras tenía la vista puesta en él, esperando ser presentado, Sally Bugs recibió dos tiros en la cabeza. Cayó muerto, pero John Francis le metió otras tres balas para armar barullo y dar la impresión de que se estaba produciendo un tiroteo, para así ahuyentar a cualquiera que estuviese por allí cerca con la idea de asomarse a mirar por la ventana después de los dos disparos.

En algo tan bien planeado como esta acción, donde hay que tener en cuenta que podría haber agentes en las inmediaciones, tienes a alguien esperando en un coche para sacarte de allí y deshacerse de las armas. El tiempo es lo esencial y, antes de que el cuerpo caiga derribado, ya te has largado. Suelen tener muchos respaldos en el lugar. Contar con un respaldo es fundamental. Necesitas que haya gente en automóviles que se crucen en la calzada si los coches del FBI inician una persecución.

En los periódicos apareció que dos encapuchados golpearon a Sally Bugs y lo tumbaron en el suelo antes de dispararle. Cómo conseguirían dos encapuchados acercarse lo suficiente a Sally Bugs para dispararle, era algo que la noticia no explicaba. Sally Bugs no estaba ciego. Seguro que veía bien con esas grandes gafas. ¿Por qué los encapuchados malgastarían el tiempo golpeándolo hasta derribarlo, tal como decía la prensa? ¿Acaso esos asaltantes querían darle la oportunidad a Sally Bugs, una vez en el suelo, de sacar su propia pipa y dispararles? Es muy probable que los testigos pensaran que Sally Bugs había sido golpeado y cayó porque, cuando lo haces bien, se desploman rápido, sin ningún tipo de sufrimiento. Lo más seguro es que los testigos presenciales prefiriesen encapuchar a los asaltantes para que nadie pudiese luego empezar a dudar de ellos.

De cualquier modo, Sally Bugs fue otro caso de esos en los que, si te entran dudas, no lo dudes. Tal vez ahora Tony Pro se daría cuenta de que le acababa de hacer un favor y de que estábamos empatados por la bronca aquella que tuvimos. Pero eso no puedo saberlo.»

Por mi experiencia en ambos lados del proceso, sé que cuando un sospechoso propone llegar a un acuerdo, la parte querellante le pide que proporcione una prueba de lo que pretende demostrar, un indicio de lo que el sospechoso podría ofrecer. Lo que pueda contar el sospechoso a las autoridades debe ser puesto sobre la mesa antes de que estas estén en condiciones de saber si la información que se insinúa merece cerrar un acuerdo o no. Desde el principio de la investigación en el caso Hoffa, Salvatore Briguglio daba indicios de ser un hombre que se quería quitar un peso de encima.

En 1976, durante la espera entre las ruedas de reconocimiento de sospechosos para el jurado acusador de Detroit, un detective de la policía estatal de Michigan llamado Koenig se dedicó a vigilar a los hermanos Andretta y a los Briguglio. Sal Briguglio atrajo su atención. Más adelante, Koenig declararía: «Se notaba que tenía la cabeza revuelta y que tenía dificultades para sobrellevar la situación. Todos estuvimos de acuerdo en que nos concentraríamos en él».

En 1977 la necesidad que sentía Sal Briguglio se hizo manifiesta en las discusiones con Steven Brill, autor de *The Teamsters*. Brill lo recoge en una nota a pie de página: «Salvatore Briguglio y yo nos reunimos para hablar en 1977, partiendo de la base de que lo que dijésemos no sería revelado a nadie. El 21 de marzo de 1978 [Briguglio] fue asesinado. Nuestras conversaciones, conducidas de forma privada, fueron dispersas y solo se refirieron al homicidio en forma ocasional. Incluso así, solo confirmó con un pasivo gesto de cabeza ciertos aspectos relativamente menores del crimen que yo le presenté. Briguglio no ofreció ninguna clase de detalles y nunca llegó a revelar lo suficiente como para implicar a nadie, excepto a sí mismo.»

En 1978, unos cuantos días antes de que Sal Briguglio fuese asesinado, su necesidad de hablar llevó a una entrevista grabada con Dan Moldea, autor de *The Hoffa Wars* (Las guerras de Hoffa). Moldea describe a Briguglio como «cansado y abatido, exhibiendo la tensión de la enorme presión federal a la que estaba sometido». Moldea cita a Briguglio, que confiesa: «No me arrepiento de nada, excepto de haberme involucrado en este enredo con el gobierno. Si van a por ti, te tienen en sus manos. Ya no tengo aspiraciones; he ido cuan lejos he podido en este sindicato. Ya no me queda nada».

¿Llegó Sal Briguglio a contarle al FBI todo lo que, desde su posición, sabía de la trama? ¿Le permitió el FBI a Briguglio circular con libertad por la calle para obtener una confesión del sospechoso de asesinato mediante un micrófono oculto?

¿Por qué los encargados de velar por el cumplimiento de la ley desviaron inmediatamente la atención de los periodistas de Provenzano, como sospechoso, y de la traición, como motivo? Así, por ejemplo, Carl J.

Pelleck, del *New York Post*, informaría al día siguiente: «Los investigadores sostienen que la mafia probablemente ordenó el asesinato para conseguir el control de la agrupación local 560 de Provenzano, una de las mayores del país, y de sus lucrativos fondos de pensiones y bienestar, que a continuación emplearían para realizar inversiones en juego y apuestas legales en Atlantic City». ¿Por qué las autoridades de la ley propusieron a otro sospechoso que ya se encontraba en prisión? Pelleck escribe: «Asimismo, no descartan la posibilidad de que la mano del jefe mafioso Carmine Galante esté detrás de la trama que asesinó a Briguglio».

¿Por qué motivo el FBI no abrió sus archivos al público al que presta sus servicios, el mismo que paga sus cuentas? ¿No se avergüenza el FBI de ello?

En 2002, tras intensas presiones de los medios de comunicación y de los hijos de Hoffa, quienes habían presentado infructuosas demandas legales para acceder a los archivos del FBI sobre Hoffa, llegando incluso hasta la Corte Suprema de Estados Unidos, el FBI hizo público un sumario de trescientas cuarenta y nueve páginas del caso Hoffa. El 27 de septiembre de 2002, el periódico *Detroit Free Press* escribía lo siguiente: «El *Free Press* ha tenido acceso a la nueva información sobre Hoffa como resultado de una década de batallas legales. Se trata de la primera revelación pública del propio sumario del FBI sobre el caso. Sin embargo, el informe ha sido ampliamente censurado: se han omitido nombres; partes de las entrevistas con potenciales testigos han sido borradas; faltan páginas del informe».

En marzo de 2002 el FBI, que seguía aferrado al archivo de dieciséis mil páginas, permitió la aparición de un extracto de mil cuatrocientas páginas en el *Free Press*. En la última frase del artículo que el periódico dedicaba a este extracto se hacía la observación de «que los documentos sugieren que las pistas más importantes del FBI se extinguieron en 1978».

Ese fue el año en que Sal Briguglio fue silenciado.

XXXI

Bajo voto de silencio

«No puedo achacar mi afición a la bebida a la desaparición de Hoffa. En aquel entonces no necesitaba una excusa para beber, aunque lo hacía de manera copiosa; lo sé.»

El 18 de febrero de 1979, siete meses antes de ser acusado por la ley federal contra la corrupción y el crimen organizado, el *Philadelphia Bulletin* ofrecía un perfil de Frank Sheeran. En el titular decía: «Un tipo duro en serios aprietos». Se incluía, además, una imagen de Sheeran, con el pie en el que se leía: «Historia de la violencia». El artículo afirmaba que Sheeran era «un hombre conocido por usar tan bien sus manos que no necesitaba llevar pistola... Un hombre tan grande que en una ocasión la policía no consiguió esposarlo con las manos a la espalda». En la única otra foto del artículo aparecía Jimmy Hoffa y debajo se leía: «Lazos cercanos con Sheeran». El reportaje enfatizaba que «el FBI considera a Sheeran sospechoso de la desaparición de Hoffa en 1975». Los periodistas citaban, sin revelar su identidad, a un abogado de Filadelfia que comentaba que Sheeran no se fijaba nunca en la cosecha del vino: «Bastaba con que estuviera hecho de uva. Nunca vi a un hombre tan grande capaz de meterse dentro de una botella de vino: es alguien que bebe sin cesar».

El 27 de octubre de 1979, un mes después de la acusación de Sheeran y varios meses antes de su juicio por la ley federal contra la corrupción y el crimen organizado, el *New York Times* también publicó un perfil en el que incluía una foto de Sheeran en un bar con un whisky delante. El artículo citaba a Sheeran: «Todo lo que tengo se lo debo a él. Si no fuera por Hoffa, hoy no estaría donde estoy».

El informe 302 del FBI cita a Charlie Allen en los años inmediatamente posteriores a la desaparición de Jimmy Hoffa: «Sheeran es un bebedor empedernido y se pasa borracho casi todos los días de la semana».

El informe también contiene la opinión de Charlie Allen sobre la clase de persona que estuvo capacitada para matar a Jimmy Hoffa: «Tuvo que ser alguien a quien él conociera para poder engañarlo, ¿sabes? Tuvo que ser una persona a la que conocía muy bien para que aceptase subirse al coche. Jimmy era un hombre poderoso y no era cosa de acercarse a él y atraparlo sin más, ¿sabes? Tuvo que haber sido alguien a quien él realmente conociese para que acabase subiéndose al coche y luego le hiciesen lo que sea que le hayan hecho».

«En 1977 me llevaron ante otro jurado de acusación, esta vez en Siracusa. El FBI me aconsejó que había llegado el momento de comenzar a hacer de chivato. El juez federal me concedió la inmunidad limitada, de manera que tenía que responder a las preguntas del jurado de acusación. Los hermanos Andretta también estaban allí y me preguntaron si los conocía. Contesté que no dejaba de encontrármelos en cada jurado de acusación. El fiscal me preguntó si Russ me había ordenado disparar a alguien en alguna ocasión. Poco después, esa misma semana, le preguntaron a Russ si Frank Sheeran tenía algo que ver con cargarse a alguien y Russell les respondió: “No que yo sepa. Hasta donde sé, el Irlandés no es más que un enorme gatito”.

Me hicieron preguntas sobre el taco de notas que tenía Jimmy en su casa del lago Orion, donde aparecía escrito “Russ y Frank”. Me preguntaron sobre el Pad, un club privado de Endicott, Nueva York, para la

familia de Russ. Les comenté que había ido al Pad a jugar *amore*, el juego de manos italiano, para ver quién salía elegido para ser jefe y vicejefe y decidir quién se bebía el vino. Me preguntaron sobre asuntos que yo había tratado con un tipo llamado Lou Cordi. Tenían detalles. Después del jurado de acusación, Russ me contó que, para morir en paz, Lou Cordi había realizado una confesión en su lecho de muerte. Igual que sucede con John Francis, nadie puede culpar a Lou Cordi por hablar en el momento de morir y bajo medicación, para conseguir la paz.

En Siracusa me tuvieron nueve horas. Allí pudieron oír muchas de las lecciones que había aprendido de Jimmy a la hora de testificar: “Si usted pudiera refrescar mi memoria en el tema, yo podría ser capaz de recordar lo que usted quiere que yo recuerde, pero en este momento no consigo recordar los detalles de ese asunto en particular”.

Cerca de un año más tarde estaba yo en el Cherry Hill Inn, en Jersey, preparándome para irme después de haberme tomado unos cuantos tragos, cuando mi chófer, Charlie Allen, se me acercó y me preguntó: “¿Fuiste tú quien mató a Jimmy Hoffa?”. Yo le respondí: “Chivato hijo de puta” y los del FBI aparecieron de debajo de las mesas para rodear a Allen y protegerlo. El restaurante estaba petado de agentes que habían estado escuchando por el micro que Allen llevaba encima. Creyeron que me lo iba a cargar allí mismo.

Siempre que alguien te pregunta “¿Fuiste tú...?”, es el momento de pedir la nota y largarse. La única razón por la que Charlie Allen realizó esa pregunta concreta en ese momento concreto fue porque los federales habían decidido que ya era hora de que la hiciera.

Yo tenía un 38 así que, mientras rodeaban a Allen, corrí hacia mi Lincoln y salí por la rampa de la Ruta 72 en medio del tráfico. Cuando llegué al Branding Iron, le pasé mi pipa a una amiga que conocía. Ella la echó en su bolso y cuando entraron los federales, la mujer salió caminando entre ellos y se perdió tras la puerta.

Me pidieron entonces que los acompañase a su coche. Así lo hice y uno de los agentes dijo que me iban a caer dos sentencias a cadena perpetua y ciento veinte años más.

—¿Y en cuánto podrían rebajar mi condena por buen comportamiento?
—pregunté.

El agente me contestó que, si aceptaba llevar un micro oculto para usar contra Russ y Angelo, me garantizaban que podría estar fuera al cabo de diez años.

—Este debe de ser otro caso en el que se equivocan de identidad.

El agente me explicó que ya me tenían totalmente acorralado por dos asesinatos, cuatro intentos de homicidio y una larga lista de otros delitos; y que si me negaba a cooperar y rechazaba su protección, acabaría muerto a manos de la mafia o moriría en prisión. “Que sea lo que tenga que ser”, dije yo.

La primera vez que me atraparon fue porque pillaron a Charlie Allen manejando un laboratorio de metanfetamina en Nueva Jersey. Como era natural, Allen no quería que Angelo o Russell supieran que estaba manejando meta. Como también es natural, Allen no quería ir a prisión eternamente a causa del laboratorio de metanfetamina y, como es normal, Allen sabía que los federales harían cualquier cosa por atraparme por el caso Hoffa. Al final, terminaron dándole a Allen dos años de cárcel. Pero entonces el estado de Luisiana lo condenó de por vida por violación infantil de su hijastra.

Yo tenía una acusación de la ley federal contra la corrupción y el crimen organizado en mi contra en la que se nombraba a veinte conspiradores asociados conmigo que aún no habían sido acusados, incluyendo a Russell y a Angelo. Angelo ya había sido liquidado en el momento en que el caso finalmente pasó a tribunales, pero había muchas otras personas importantes que no querían verme condenado por el gobierno por delitos que supuestamente yo habría cometido con ellos, para evitar ser ellos los siguientes en caer. El primer día de mi juicio por la ley federal contra la corrupción y el crimen organizado, en febrero de 1980, el FBI se acercó a mi abogado, F. Emmett Fitzpatrick, para advertirle de que habían conseguido una declaración de una de sus fuentes que afirmaba que aquellos conspiradores asociados a mis delitos que aún no habían sido acusados estaban tan preocupados de que fuese a delatarlos al ser condenado que ya habían encargado mi liquidación. Le pedí a Emmett que

les preguntase a quién le habían encargado liquidarme, de manera que, cuando lo viese, yo fuese el primero en atacar.

Uno de los asesinatos que me achacaban era el tiroteo de Fred Gawronski, a quien Tommy Barker ya había pegado en defensa propia. Según Charlie Allen, fui yo el que ordené el golpe porque Gawronski me había derramado el vino encima. Emmett se encargó de darle una paliza a Charlie Allen durante la sesión de preguntas.

Durante una pausa en el juicio, observé que un agente llamado Quinn John Tamm se había puesto a conversar con Connie, mi hija adolescente. Le pregunté entonces al fiscal:

—A ver, Courtney, ¿cuántos asesinatos me achacan?

—Dos. ¿Por qué?

—Si Tamm vuelve a dirigirle la palabra a una de mis hijas otra vez —solté—, van a ser tres.

Días después, alguien se encargó de saltar desde detrás de un arbusto para echarse encima de Tamm con una manta. Echarle la manta encima a alguien era un mensaje que servía para demostrarle al tipo lo vulnerable que era. La persona queda totalmente aturdida y, para cuando logra quitarse la manta de encima, la persona que se la tiró ya ha desaparecido hace rato. Tamm apareció luego en los tribunales y me llamó “hijo de puta”. Yo me limité a sonreír.

Una vez que Emmett llamó al último testigo citado por la defensa, irrumpí yo y dije:

—Hay un testigo más.

—¿Quién? —preguntó Emmett.

—Francis.

—¿Qué Francis? —volvió a preguntar.

—Yo, Francis —contesté.

Siempre he creído que hay que testificar y establecer contacto visual con el jurado, especialmente si el gobierno se dedica a pintar una imagen de ti en la que eres capaz de mandar matar a un tipo porque te derramó unas gotas de vino encima. ¿Puedes imaginarte lo que deben de estar pensando cuando te miran a los ojos?

“El jurado absuelve a Sheeran de todos los cargos”, ponía en los titulares del *Philadelphia Bulletin*.

Mi gran problema eran un par de delitos menores. Tenían mi voz grabada con el micro que llevaba encima Charlie Allen cuando estaba en nómina en la agrupación local 326.

Yo tenía entonces problemas con una compañía de grúas. El administrador había despedido a dos de mis representantes sindicales y se negaba a negociar conmigo. Se acercaba el momento en que se llevaría a cabo la audiencia para presentar los alegatos y yo no quería que el administrador este se dejase ver allí. Según ellos, yo le habría dicho a Charlie que le diese un repaso al tío. En la grabación de Allen se me oía decir: “Pártele las dos piernas. A ese tío lo quiero tumbado. Quiero que acabe en el hospital”. Después de haber grabado eso en secreto, el FBI le puso una escayola falsa en la pierna al tipo y lo hicieron aparecer en la audiencia con muletas. Los federales me pillaron con eso en un juicio estatal en Delaware.

El FBI también me cogió en ese estado por mangar dinamita de Medico Industries, un fabricante de municiones de Pensilvania que tenía grandes contratos con el gobierno. Russell era un socio en la sombra en Medico. La dinamita la quería para volar la oficina del tipo con la falsa pierna rota. Me cayó un total de catorce años por eso.

Mi otro gran problema era que el FBI tenía la matrícula del enorme Lincoln negro que llevaba en Detroit cuando desapareció Jimmy. Los federales descubrieron que le había comprado el coche a Eugene Boffa, quien se encontraba a cargo de la compañía que ofrecía conductores de camiones a las empresas de transportes y luego les pagaba salarios por debajo de lo oficial. Yo había pagado un precio inferior al del mercado por el coche y no guardaba todos los recibos por los pagos mensuales que había realizado en efectivo. Según ellos, obtuve el Lincoln negro como soborno para permitirle a Boffa continuar pagando salarios por debajo de lo oficial y poder despedir a varias personas. Según decían, al año siguiente me compré un Lincoln blanco y Boffa me pasaba doscientos dólares por semana. Tenían una grabación de Charlie Allen en la que yo

decía que me dividiría los doscientos dólares con Russell y “a la mierda con mi sindicato”. A esas alturas, sin Jimmy todo era diferente.

Después de esa condena, el 15 de noviembre de 1981 le comenté al *Philadelphia Inquirer* que “el único hombre que había sido perfecto acabó clavado en la cruz”.

El agente Quinn John Tamm tuvo la oportunidad de reír el último cuando le dijo a un periodista que yo tenía “más vidas que un gato... hasta ahora”.

Ya tenía sesenta y dos años y me había caído una condena de dieciocho años más otra de catorce, lo que sumaba treinta y dos. Mi artritis estaba bastante avanzada y parecía que iba a morir en la cárcel.

Primero cumplí mi condena federal. Me pasé los años de Reagan como huésped del presidente. Me enviaron a la penitenciaría de Estados Unidos que se hallaba en Sandstone, Minnesota. Está al norte, cerca de la frontera con Canadá, y sopla un viento infernal. En el invierno, el viento helado puede hacer bajar las temperaturas hasta los cincuenta y cinco grados bajo cero.

Cada cierto tiempo aparecían los del FBI y me llamaban en mitad de la noche. Es la hora en que llaman a los soplones, cuando los demás están durmiendo. El FBI te espera en otro edificio, alejado de la población de reclusos. Para llegar desde tu bloque tienes que caminar medio kilómetro a la intemperie. Hay tendida una cuerda amarilla para agarrarse a ella y evitar que el viento te lleve. El viento helado cala a cualquiera, pero si encima tienes artritis y avanzas realmente despacio, es toda una experiencia.

Mi viejo colega en el ejército, Diggsy Meiers, jura que cogió su artritis porque, cuando dormíamos en una madriguera en Monte Cassino, yo le robé la manta. Aquellas madrigueras se llenaban de agua de lluvia cuya superficie estaba congelada y tenías que dar un par de patadas para romper la capa de hielo y meterte dentro, y así evitar ser alcanzado por la metralla. Creo que fue allí donde comenzó nuestra artritis, la de los dos. Ya en la cárcel empecé a encorvarme más y más a medida que la enfermedad iba devorando la parte baja de mi espalda y haciendo presión sobre mi espina dorsal. Entré en la cárcel midiendo uno noventa y cinco y

salí midiendo uno ochenta y dos. Cuando los del FBI te llamaban, no tenías que hablar con ellos, pero sí tenías que acudir. Me dijeron que, si cooperaba, me trasladarían a un lugar más cerca de mis hijas para que pudieran visitarme con mayor facilidad. Llevo un anillo en la mano derecha con las piedras de nacimiento de cada una de mis cuatro hijas. Me decían que, si cooperaba, tendría las llaves de la prisión en el bolsillo, pero yo me daba la vuelta y regresaba a mi bloque agarrado de la cuerda amarilla. Al día siguiente llamaba a mi abogado para dejar constancia de que había tenido una visita de los federales, de manera que nadie tuviese dudas después.

Conocí a buena gente en la prisión de Sandstone. Había un viejo de Boston que estaba allí por haber llevado a cabo el gran robo alrededor del año 1950. En su día, fue el mayor atraco jamás realizado. Sacaron millones de la caja. Tardaron siete años en resolver el caso, pero acabaron pillándolos. De inmediato hicieron una lista de sospechosos, como con nosotros. Durante siete años los acosaron a preguntas, sacudiéndolos una y otra vez hasta que uno de ellos se vino abajo y hundió a todos los demás.

El hermano de Sally Bugs, Gabe, estaba también en Sandstone. Debía de andar por el metro cincuenta y ocho de altura. Gabe no tenía nada que ver con lo que le sucedió a Jimmy. Ni siquiera había estado allí, pero el FBI lo tenía en la lista porque suponían que, al estar Sally Bugs colaborando con los federales, iba a dejar fuera a su hermano. Por eso ellos prefirieron mantenerlo dentro.

Cuando las cosas se pusieron realmente feas con el tema de mi artritis, el alcaide de Sandstone decidió mandarme a Springfield, en Misuri. Estamos hablando de una prisión hospital. Tony Salerno, “el Gordo”, estaba allí, muriéndose de cáncer. No podía controlar su orina. Russell también estaba allí, en una silla de ruedas debido a su infarto. Tener de nuevo cerca a Russell era como volver a manos de mi profesor, y él era el mejor profesor que había. El viejo jugaba a las bochas en su silla de ruedas. Era entonces más viejo de lo que soy yo ahora y todavía a su edad podía dar el pego. Cada cierto tiempo, cuando lo derrotaba jugando al Gin, me daba un pequeño trago. A McGee le encantaba comerse su helado y yo me aseguraba de que no le faltase ni un día, pese a que solo te permitían

acceder una vez por semana al economato. Cada día, yo pagaba al que tuviese acceso al economato con el fin de conseguir un helado para Russ. Cuando estaba en Springfield, mi hija Connie tuvo su primer bebé: Russell fue quien salió a la pista de bochas para darme la buena nueva. A Russ se lo había contado su mujer, Carrie.

En un par de ocasiones, cuando estábamos a solas, conversamos sobre Jimmy. Pude así enterarme de algunos detalles de todo aquello. Ninguno de los dos quiso que las cosas llegaran a ese extremo. Ambos teníamos la sensación de que no era algo que Jimmy se mereciese. Era un buen hombre con una familia respetable.

Un domingo iba yo a la pista de bochas cuando vi a uno de los guardias empujando a Russell en su silla en dirección a la capilla.

—¿Adónde vas, McGee? —le pregunté.

—A la iglesia —me contestó Russell.

—¿A la iglesia? —yo solté una carcajada.

—No te rías, amigo mío. Cuando tengas mi edad, te darás cuenta de que hay algo más allá de todo esto.

Esas palabras me siguieron dando vueltas durante todos estos años.

Hacia 1991 tenían que operarme o me quedaría parálítico, así que por razones médicas me adelantaron la libertad condicional para dejarme salir. Yo tenía ya setenta y un años. Aún estaba bajo condena en los papeles y el FBI seguía intentando que yo violase mi libertad condicional. Contactaron entonces con un tipo que solía negociar con entradas para eventos deportivos. Su mujer acababa de dejarlo y se había quedado con todo el dinero. Ella había solicitado el divorcio, pero él quería verla muerta antes de que se hiciera efectivo para evitar que la mujer se quedase con todo. El tipo me ofreció veinticinco mil dólares de entrada y otros veinticinco mil cuando ella hubiese sido liquidada. Además, una vez que pudiese recuperar su patrimonio, se ofrecía a cuidar de mí.

—Le sugiero que vaya a ver a un buen consejero matrimonial —fue lo que le dije.

Finalmente consiguieron acusarme de incumplimiento de la libertad condicional por tomar sambuca con el supuesto jefe de la mafia de Filadelfia, John Stanfa. En el sambuca se echan a flotar tres granos de

café: uno por el día de ayer, otro por hoy y uno más por el día de mañana. No me quedaba mucho del mañana, pero el FBI no quiso dejar de perseguirme. Durante la audiencia, pusieron las cintas del tipo del divorcio y dijeron que debía haberlo delatado por querer cargarse a su mujer. A mis setenta y cinco años, me enviaron a prisión por otros diez meses. El día en que violaron mis derechos convoqué una rueda de prensa para hacerle saber a todo el mundo, así como a cierta gente del centro de la ciudad y de la parte norte del estado, que yo no era un chivato. No iba a doblegarme y comportarme como tal solo porque me envasen a la cárcel a mi edad y en el estado de salud en el que me encontraba. Quería que toda la gente con la que colaboré a lo largo de esos años supiese que no me estaba volviendo débil pese a mis años, tal como les pasó a John Francis y a Lou Cordi antes de morir. Y quería que el FBI me dejara en paz mientras me hallaba en prisión: no más visitas en mitad de la noche. Comunicué a los periodistas que iba a escribir un libro para probar que Richard M. Nixon se lo hizo a Jimmy.

Cuando estaba en prisión recibí una carta de una de las hijas de Jimmy, Barbara, en la que me pedía que le contase lo que le había sucedido a Jimmy “bajo voto de silencio”.

El 10 de octubre de 1995 salí en libertad; mi esposa Irene moría de cáncer de pulmón el 17 de diciembre. Fui empeorando más y más hasta tener que caminar encorvado, con el pie derecho sostenido por un aparato, y no pasó mucho tiempo antes de que se me hiciese imposible llegar muy lejos sin mis dos bastones. Tenía que usar un andador dondequiera que fuese. A las tres de mis hijas que mantenían relación conmigo les preocupaba que, si moría, no iban a poder enterrarme en un cementerio católico. Me vino la imagen de Russell yendo a la capilla en Springfield y diciéndome que “hay algo más allá de todo esto”. Mis hijas me organizaron una audiencia privada con monseñor Heldufor en la iglesia de St. Dorothy, en Springfield, Pensilvania. Me encontré con él, conversamos sobre mi vida y me concedió el perdón por mis pecados. Adquirí un ataúd verde y las chicas me compraron una cripta en un cementerio católico. Las mayores están felices de que Mary, su madre, sea enterrada en la cripta conmigo cuando fallezca de Alzheimer.

Tengo una pequeña habitación en una residencia de ancianos, con la puerta siempre abierta. No aguanto tener la puerta cerrada.»

Colofón

En una ocasión oí a Emmett Fitzpatrick, el abogado de Frank, que le decía en una de sus fiestas de cumpleaños: «Frank, con un teléfono en la mano eres una bestia. Qué más te da si te envían a prisión; con tal de que te dejen tener un teléfono en la celda estarías feliz. Ni siquiera sabrías que estás en la cárcel».

Durante los años que dediqué a este proyecto, Frank Sheeran me llamaba por teléfono varias veces al día, casi todos los días, para hablar prácticamente de cualquier cosa. Se refería a casi todas las personas de las que solía hablar como «buena gente». La mayoría de nuestras conversaciones al teléfono las acababa diciendo: «Todo está perfecto». Siempre sabía cuándo había comenzado a darle vueltas a algo que había admitido: el número, el volumen y la nerviosa energía de sus llamadas aumentaba. En ocasiones intentaba desdecirse de lo que había afirmado, pero luego se le pasaban los nervios y comenzaba a encontrarse más cómodo, incluso a gusto, por lo que había admitido y por habérselo contado a alguien.

Frank se puso especialmente nervioso a medida que se acercaba el día en que habíamos planeado nuestro viaje a Detroit para dar con la casa en la que Jimmy Hoffa había sido liquidado.

En febrero de 2002 fuimos en coche con Frank a Detroit. Por aquel entonces, él estaba viviendo solo en un apartamento de un suburbio de Filadelfia. Me contó que había empezado a tener frecuentes pesadillas en

las que se mezclaban incidentes ocurridos en la guerra con otros momentos y otra gente de su vida dentro de la mafia. Comenzó a «ver» a esas personas cuando estaba despierto, a las que había empezado a llamar «gente química» porque pensaba que no era más que un desequilibrio químico que se arreglaría cuando revisaran su medicación. «Hay dos de esas personas químicas en el asiento trasero. Ya sé que no son reales, pero ¿qué están haciendo en el coche?»

La ruta en dirección oeste a través de Pensilvania y Ohio hasta Michigan fue una pesadilla para mí mientras Frank estuvo despierto. Cuando no estaba hablando sobre la «gente», se dedicaba a criticar mi forma de conducir. En determinado momento le solté: «Frank, lo único bueno de tenerte aquí conmigo en el coche es que no me estás llamando por teléfono». Afortunadamente, se lo tomó con una gran risotada.

Nos llevó dos días conducir hasta allí. La primera noche que pasamos en el motel me hizo dejar la puerta abierta entre nuestras dos habitaciones. Desde que había estado en la cárcel, no quería estar solo en una habitación con la puerta cerrada. Al día siguiente, durmió bastante en el coche y su humor mejoró de forma considerable. Comencé a pensar que lo único que necesitaba era un descanso reparador, cosa que rara vez conseguía solo en su apartamento.

Cuando divisé la ciudad de Detroit en el horizonte, le di un ligero codazo para que se despertase. Echó una mirada a la silueta de los edificios y me preguntó en tono brusco:

—¿Tienes una pipa?

—¿Qué?

—Una pipa —insistió.

—¿Qué quieres decir con una pipa?

—U-NA PI-PA.

Entonces hizo un gesto con la mano imitando una pistola e hizo como si la disparase contra el suelo del coche.

—¿Y para qué querría yo una pipa?

—Los abogados llevan una. Tenéis un permiso para llevarla.

—No, no tengo una pipa —grité yo—. Soy la última persona que verás con una. ¿Para qué quieres una pipa?

—Jimmy tenía amigos aquí. Ellos saben que estuve metido en esto.

—Frank, ¿qué intentas hacer? ¿Pretendes asustarme? Nadie sabe que estamos aquí.

Emitió entonces un gruñido y yo me puse a calcular la edad aproximada de los antiguos aliados de Jimmy en Detroit. A medida que me iba calmando, me hacía una imagen de los «amigos» de Jimmy, si aún quedaba alguno vivo, sentados en sus sillas de ruedas, acechándonos.

Cuando llegamos a nuestro motel, sentí un alivio al ver y conocer al antiguo compañero de prisión de Frank, el hombre que en 1995 iba a escribir el libro en el que se culpaba a Nixon de la muerte de Hoffa, John Zeitts. Había conducido hasta allí desde su casa de Nebraska para encontrarse con Frank y demostrarle su respeto. Él pasaría la noche en la habitación de Frank y se encargaría de cambiarle los vendajes de su úlcera. Esa noche, durante la cena en un restaurante de carnes, Frank me miró a los ojos y me hizo un guiño.

—¿Tienes una pipa? —preguntó y los dos colegas se echaron a reír.

Frank me contó que John había sido prisionero de guerra en Vietnam. Aquella noche quedé fascinado con la historia de la fuga de John del Viet Cong. Me mostró las largas cicatrices que tenía en el torso. Al Viet Cong le gustaba hacer profundos cortes a los prisioneros porque cierta clase de mosca ponía sus huevos sobre la carne abierta. Muchos años después, John seguía hallando larvas que emergían de su piel.

Esa noche, en la soledad de mi habitación, comencé a pensar que tal vez había esperado demasiado para realizar este viaje a Detroit. Sabía lo suficiente como para no tener que depender de la ayuda de Sheeran para hallar la casa. A la mañana siguiente le pedí a John que nos ayudase, pero él no sabía dónde se encontraba la casa. No había participado en nada, como sostenía aquella versión fantasiosa inventada por Frank en 1995. Yo tenía mis notas y, con ellas, las indicaciones generales que Frank me había proporcionado durante una reunión editorial que sostuvimos con Fox News. Sorprendentemente, resultaron tan consistentes en el año 2002 como lo habían sido en 1975. Lo único que no figuraba en mis anotaciones era el giro que había que dar al final hacia la izquierda para coger la calle que había frente a un puente peatonal del que se hablaba. Resultó que el

puente peatonal estaba dentro de un campo de golf, a la derecha. Tuve que pasar por allí varias veces antes de verlo: al final lo divisé desde una calle paralela al otro lado del campo de golf que estaba elevada y permitía ver el cruce. Conduje de vuelta al camino original y de inmediato me di cuenta de la situación.

En todos esos años habían levantado una alambrada que hacía más difícil ver el puente, a diferencia de las instrucciones que Sheeran me había dado tiempo atrás. Mientras nos detuvimos en las inmediaciones del puente en una bocacalle, me bajé del coche y eché una mirada a mi izquierda hasta localizar la parte trasera de una casa, al final de aquella manzana, a la derecha, que tenía el tipo de patio descrito por Sheeran. Por supuesto, pensé, al estar en un campo de golf, el puente no era relevante en las instrucciones, excepto para indicar que había que doblar a la izquierda. Doblé entonces y conduje hasta llegar frente a aquella casa. La férrea tensión en el rostro de Sheeran me indicó de inmediato que era esta. Después de observarla un momento, lo confirmó, asintiendo con la cabeza y emitiendo un gruñido. Era una calle muy tranquila; una casa perfecta en la calle perfecta. Lo único que me incomodaba es que se trataba de una casa de ladrillos y Sheeran la había descrito como una vivienda de tejas de madera marrón. Solo cuando regresé a casa y revelé las fotos que había sacado caí en la cuenta que la casa estaba cubierta de tejuelas de madera marrón por la parte de atrás y por el lado que se ve cuando uno se aproxima a ella desde el puente peatonal.

En nuestro viaje de vuelta desde Detroit era evidente que Sheeran se había calmado. Ya no veía a «gente química» por ahí y las quejas sobre mi forma de conducir habían cesado. Encontramos el aeródromo de Port Clinton, sacamos algunas fotos y volvimos aquel mismo día a casa. Poco después de aquel viaje, ayudé a una de sus hijas a conseguirle un alojamiento que contaba con asistencia. También acompañé a Frank y a su hija Dolores al médico, que le recetó una medicación para controlar a la «gente química», y nunca volví a oír hablar del tema. Nunca más volví a verlo en el estado de tensión y nerviosismo que había mostrado de camino a Detroit sin una pipa, «U-NA PI-PA».

El siguiente viaje que hicimos juntos fue a las instalaciones de la compañía de Baltimore donde había pasado a recoger el material de guerra para la invasión de Bahía de Cochinos y donde había hecho entrega de los fusiles justo antes del asesinato de John F. Kennedy. Antes de bajar a Baltimore, me contó que el nombre del sitio era la fábrica de ladrillos Campbell. Tenía una idea general del lugar donde se hallaba, pero no pudimos encontrarlo. Finalmente, fuimos a la planta cementera Bonsal para preguntar si alguien sabía algo de la fábrica de ladrillos. Cuando llegamos, a Sheeran le sonaba conocido. Ya dentro de la oficina me enteré, gracias a una empleada de la planta, de que, cuando el padre de ella había trabajado allí, Bonsal se llamaba entonces Compañía de Cementos Campbell, aunque ella no estaba al tanto de ninguna fábrica de ladrillos Campbell. Dimos una vuelta en coche por el lugar. Habían construido varios edificios nuevos. De pronto, Sheeran señaló una vieja edificación y dijo:

—De allí salieron los soldados que estaban en el camión.

Saqué una foto y regresamos a Filadelfia.

Ciertas cosas no habían ido tan bien como nuestro viaje a Baltimore.

En mi experiencia, cuando un adulto que ha desarrollado su conciencia moral en la infancia quiere sacarse un peso de encima, la forma de hacer confesión suele ser sinuosa, un constante tira y afloja, con atascos y pistas falsas, con indicios y sugerencias de la verdad. A menudo, la persona dejar caer una sugerencia y busca que el interrogador se haga una idea. Un buen ejemplo de dicha interrogación es el famoso caso de Susan Smith, que ahogó a sus dos hijos en su coche al arrojarlo a un lago y luego culpó al «asaltante de coches negro». Durante nueve días, el *sheriff* Howard Wells desplegó toda su paciencia para sortear los escollos y poder mantener la comunicación, y siguió los indicios hasta llegar al momento en que pudo enfrentar la verdad.

Había ciertas cosas que Frank Sheeran me había contado que sabían crearían interferencias con la liberación de su conciencia. No quería que las tres de sus hijas con las que aún mantenía relación pudiesen pensar

todavía peor de él. Irene, su esposa fallecida, le había asegurado a su hija menor que Frank no había tenido tiempo para matar a Hoffa porque estaba convencida de que en ese momento Frank estaba «con ella». No quería que Barbara Crancer pensara que era una especie de monstruo porque había llamado a su madre dos días después de la desaparición de su padre para expresarle su preocupación. Frank no quería ofender a la viuda de Russell Bufalino, Carrie, ni a nadie que continuase con vida. No quería que aquella gente con la que había estado involucrada en algo a lo largo de los años pudiese pensar que, al final, también él se había ablandado, como John Francis y Lou Cordi. «He vivido mi vida de cierta forma. No quiero que la gente piense que acabé haciendo las cosas de otra manera», manifestó en una ocasión. En otro momento afirmó: «Aunque esté muerto, si yo dijese eso sobre Russ, con lo amigos que éramos, hay gente por ahí que sabe que yo sé cosas sobre ellos». Durante las entrevistas, yo me mantuve centrado en el caso Hoffa.

Cuando ya habían transcurrido cerca de dos años desde el inicio de las entrevistas, una vez que Sheeran había reconocido ante mí que él había sido el que disparó en el caso Hoffa, aunque todavía faltaba un año para que viajásemos a Detroit en busca de la casa, mi agente concertó una reunión en la oficina de Emmett Fitzpatrick con Eric Shawn, un corresponsal de Fox News especializado en asuntos de la mafia, y con su productor, Kendall Hagan. Nuestra intención era lograr que Frank se sintiese cómodo con un corresponsal en el que pudiese confiar. Durante la reunión, a sabiendas de la protección de sus derechos, Sheeran pronunciaría por primera vez las palabras que solo yo conocía: «Yo disparé a Jimmy Hoffa».

Un par de noches antes de esta reunión, aparecí en el apartamento de Sheeran para pasar la noche. Sin que mediara comentario, Sheeran me pasó una carta escrita a máquina y aparentemente firmada por Jimmy Hoffa en 1974, después de la velada en honor a Frank Sheeran. Más de la mitad de la carta contenía anécdotas que el propio Sheeran ya me había contado, empezando por las entrevistas abortadas de 1991. El resto de la carta incluía datos que podían interpretarse más fácilmente como escritos para reforzar la versión fantasiosa de los sucesos que él había propiciado

con su amigo, John Zeitts. Le aseguré a Frank que, llegado el momento, me encargaría de confirmar la autenticidad de dicha carta.

La reunión transcurrió sin problemas. Cuando Shawn le preguntó si creía que podría hallar la casa, Sheeran nos dio las instrucciones para llegar y mencionó «el puente peatonal». Era la primera vez que me revelaba esos detalles. Su voz profunda y su dura actitud resultaron escalofriantes cuando, por primera vez, afirmó en público, ante otra persona que no fuese yo, que le había soltado a Jimmy Hoffa dos tiros en la nuca. Todos los que estábamos en aquella sala reconocimos el timbre de la verdad. Fox News realizó una investigación preliminar por su cuenta y confirmó el valor histórico de la declaración de Frank Sheeran sobre la última aventura de Jimmy Hoffa.

Poco después de eso me puse en contacto con el reconocido laboratorio forense del doctor Henry Lee. Allí me aseguraron que podrían determinar la autenticidad de la firma de Hoffa y extraer posibles huellas dactilares suyas de la carta. Sin embargo, tendría que contactar con el FBI para obtener las huellas de Hoffa, junto con muestras de su letra manuscrita. En aquel entonces, aún no teníamos editor y el libro todavía había que escribirlo. Yo no quería alertar al FBI para evitar que la historia se filtrase antes de que el libro saliese a la venta. Decidí entonces aparcar la idea por un tiempo. Más tarde, cuando conseguimos editor, le expliqué toda esta situación y me comentó que, casualmente, ellos también habían publicado el libro del doctor Henry Lee. Les pasé entonces mi correspondencia por e-mail con el laboratorio de Lee y, viendo que el editor mantenía buenas relaciones con ellos, tal vez podrían encargarse allí de pedirle lo necesario al FBI. El editor contactó con el laboratorio y les envió la carta. No fue necesario solicitar muestras de escritura ni huellas dactilares: bastó con someter la carta a un tratamiento especial de luz para comprobar que se trataba de una falsificación grotesca. El papel sobre el que estaba escrita había sido fabricado en 1994, no en 1974. La firma había sido repasada con tinta a partir de una fotocopia de la firma auténtica de Hoffa. Aunque la carta no ocupaba un lugar central en el libro y podía ser eliminada con facilidad, y pese a que al redactor designado para el libro no le cabía ninguna duda de que Sheeran había matado a Hoffa, el editor decidió

cancelar el libro. Quedé muy molesto con Frank hasta que mi ya exeditor me sugirió que me lo tomase con más calma, considerando lo que Sheeran le había hecho a otros de sus amigos a lo largo de su vida. Me dijo: «Si no puedes confiar en un hombre que ha matado a uno de sus mejores amigos, ¿en quién puedes confiar?». Y me pidió que nunca le pasase su número de teléfono a Sheeran.

Cuando se disipó el humo y volví a encontrarme con Sheeran, este reconoció que la carta le había proporcionado seguridad, una salida en caso de necesitarla. Era para él un cabo suelto que podía extender en cualquier momento en que las cosas se pusiesen demasiado feas. Si se convocaba un jurado de acusación, él podría exhibir la carta, lo que serviría para anular todo lo que aparecía en el libro.

Mi agente, Frank Weimann, le advirtió a Sheeran por teléfono de que si quería conseguir otro editor, tendría que decir la verdad y darle apoyo al libro. Weimann le envió a Sheeran una copia impresa del mensaje de e-mail que le había enviado al anterior editor donde, entre otras cosas, afirmaba: «Estoy dispuesto a poner en juego mi reputación por este libro por muchas razones, entre las que destaca el hecho de que “*Me han dicho que pintas casas*” posee una importancia histórica. Frank Sheeran mató a Jimmy Hoffa».

En los días que siguieron a la cancelación del contrato para publicar el libro, Elsie, la encantadora y generosa novia de Frank y su compañera inseparable, fallecería tristemente después de una operación. Su habitación estaba al otro lado del pasillo de la habitación de Frank en la residencia donde se conocieron. A veces salía con la pareja a cenar y siempre resultaba muy divertido. Frank solía gastarle bromas por lo mucho que le gustaba comer. Según decía, tenía las marcas dejadas por un tenedor en su mano a raíz de una ocasión en la que cometió el error de intentar sacar un bocado del plato de ella para probarlo. Aunque ni las hijas de Frank ni yo le contamos nada sobre el fallecimiento de Elsie, él se enteró de alguna manera. En esos días su salud sufrió un grave empeoramiento y tuvo que ser hospitalizado varias veces. Sufría intensos dolores y permanecía postrado en la cama.

En el hospital comenzó a sentir que se acercaba su muerte y me contó que no quería seguir viviendo de esa forma. Al conversar sobre la realización de un vídeo para apoyar el libro, como había sugerido Weimann, Frank me comentó: «Todo lo que estoy pidiendo ahora, Charles, es el mínimo de dolor, que me dejen tranquilo y que el Hombre de allá arriba haga lo que Él considere. No puedo vivir así».

Después de hablar por teléfono con Emmett Fitzpatrick, Frank Sheeran decidió aparecer en un vídeo que respaldara el material del libro, incluyendo lo ocurrido con Jimmy Hoffa el 30 de julio de 1975.

Aunque acordamos que yo le pondría las cosas lo más fácil posible, a partir de entonces sería él quien estaría dando su apoyo a la veracidad de todo este material.

—Todo lo que vas a tener que hacer es respaldar lo que dice el libro. Eso es todo. ¿Crees que estás preparado para hacerlo? —le pregunté.

—Más me vale —fue su respuesta.

Aquella noche, cuando ya me iba, se refirió a la visita que había recibido del sacerdote para administrarle los sacramentos:

—Estoy en paz —me dijo.

—Que Dios te bendiga —le respondí—. Estarás en paz dándole apoyo al libro.

Al día siguiente, me explicó que al FBI «le costaría mucho interrogarme porque no me pueden hacer viajar a cualquier lado». Debido a su estado de salud y a sus necesidades médicas, consideraba que ningún fiscal se tomaría la molestia de acusarlo.

Cuando encendí la cámara de vídeo, Frank se tornó titubeante y reservado.

—Te han entrado dudas, ¿no es así? No quiero que hagas esto si tienes dudas.

—No, no tengo dudas —negó él.

—Si no tienes el corazón puesto en esto, olvídalo —insistí yo.

—Es algo a lo que lleva tiempo acostumbrarse. Pero lo voy a hacer.

En ese momento, pidió un espejo porque quería comprobar su aspecto.

Hablamos sobre la confesión y la comunión que había recibido el día antes.

—Y también la semana pasada —agregó él.

—Es ahora cuando hay que hacer frente al «momento de la verdad» —le dije. Y le pasé una galerada del libro para que lo sostuviera ante la cámara. Entonces, sin recurrir a nuestro lenguaje eufemístico habitual, fui directo al asunto y le expliqué:

—Voy a encender la grabadora ya, ¿vale? Bueno, tú ya has leído el libro. Lo que se menciona en él sobre Jimmy y sobre lo que le sucedió es lo que me has contado, ¿no es cierto?

—Sí, es verdad —asintió Frank Sheeran.

—Entonces ¿lo confirmas?

—Yo confirmo lo que está escrito —afirmó Frank.

A continuación le hice una pregunta sobre la forma de ser de Jimmy Hoffa, lo que lo llevó a decir que Jimmy «... no... ¿qué puedo decir?... él no... Tienes que hacer preguntas y luego una pregunta lleva a otra... Dejemos que el libro hable por sí solo». Yo ya sabía que no querría entrar en materia, sobre todo en lo que se refería a Jimmy Hoffa, pero al mismo tiempo resultaba difícil hablar sin mencionar algunos detalles.

Desgraciadamente, la batería de la cámara se agotó y tardé un rato en descubrirlo para volver a enchufarla. Además, para que se sintiera a gusto o cuando me lo pedía, yo detenía la cinta cada cierto rato y, en su lugar, empleaba una grabadora. Pese a todo, conseguí recoger una buena cantidad de material. Al revisar las grabaciones, tanto de vídeo como de audio, existen una serie de fragmentos que resultan reveladores sobre el personaje en sí mismo, sobre algunos de sus actos y sobre lo que significó el proceso de la entrevista.

En un determinado momento, me pidió que me asegurase de especificar en el libro que todas las veces que había intimado con una mujer que no fuese su esposa, siempre lo había hecho estando soltero. Me explicó que no tenía sentido ponerlo de otro modo: «No serviría a propósito literario alguno... Eso no nos va a hacer ganar el premio Pulitzer... Asegúrate de remarcar que yo estaba soltero».

Al echarle una mirada a la cubierta del libro, comentó:

—Me parece que el título es una mierda.

—Pero son las primeras palabras que Jimmy te dirigió en su vida, ¿no?
—repliqué.

—Ya —admitió y no volvió a tocar el tema.

Mientras se dedicaba a observar una foto de Sal Briguglio, mencioné que mantendríamos nuestro plan de exigir al FBI que liberase sus archivos, de manera que cualquier cosa que Sally Bugs pudiese haberles contado sirviera para corroborar el libro. Esa foto, le comenté, «fue sacada antes de que tú te hicieras cargo de él. ¿Sabes lo que quiero decir?».

—Claro.

—¿Y? ¿Esa foto de Sally Bugs te provoca algo? —le pregunté.

—No, la verdad que no —me contestó—: ya es agua pasada.

Le conté entonces que, en cuanto estuviese un poco mejor, Eric Shawn quería llevarnos a comer al restaurante Monte's, en Brooklyn, donde él había recogido el «paquete».

—Claro —afirmó—, el paquete, por supuesto... para Dallas.

Más tarde volvimos a hablar sobre ir a comer al Monte's y le conté que, cuando fuésemos, «veremos dónde pasaste a recoger aquellos fusiles».

—Por supuesto —dijo él, y añadió—: Y podremos probar esos maravillosos espaguetis con aceite y ajo.

Le comenté entonces que me gustaría verlo mojando el pan italiano en su vaso de vino tinto.

—Ya tienes una foto —me contestó.

A continuación, le hablé del lugar donde pasaba a dejar los paquetes «para los políticos».

—¿Cómo se llamaba aquel sitio? —le pregunté.

Y él me contestó enseguida:

—The Market Inn. ¿Lo ves? Aún funciona mi memoria, Charles.

El momento más importante para mí ocurrió cuando Frank reveló algo totalmente nuevo. Todo comenzó cuando estábamos viendo unas fotos de la casa de Detroit y comentó:

—Se suponen que son la gente original. Eran ellos originalmente... pero nunca llegaron a testif...

Lo que siguió fue un murmullo antes de decir:

—Ellos no estaban implicados.

Cada vez que se mostraba demasiado cuidadoso con sus palabras y algunas de ellas se volvían inaudibles, sabía que se trataba de un tema que seguramente yo volvería a tocar. Cuando le comenté de forma interrogativa que la casa, como el coche, habían sido tomados prestados, él sencillamente ignoró la pregunta en dos ocasiones y luego repuso:

—Bueno, no tengo que preocuparme de ser acusado.

Basándome en mi experiencia con él, me parecía que su respuesta era señal de que estaba dándole vueltas a la posibilidad de contarme algo nuevo.

Más tarde le señalé la foto de la casa en Detroit «en la que murió Jimmy, donde fue liquidado». Entonces adelantó un comentario que me hizo pensar que había otro «tipo» implicado en la casa del que no me había enterado hasta entonces. Me lo dijo con un comentario entre murmullos, farfullando, y se detuvo a mitad de la frase. Posteriormente, le mandé la cinta a un experto en audio para su análisis. Según esa persona, parecía decir: «...Esa es la casa a la que mandaba sus cartas». El problema del audio se veía acrecentado por el hecho de que la dentadura postiza de más de cincuenta años ya no encajaba bien debido a la grave pérdida de peso. Justo después de hacer el comentario, Sheeran añadió:

—Me voy a limitar a hablar de lo que pones en el libro...

Ya antes Sheeran había hecho este tipo de comentarios esquivos cuando se le ocurría algo más que no estaba seguro de querer contarme. A menos que él supiera que el «tipo» estaba muerto, no iba a querer revelar su identidad.

En aquel momento me pareció entender que el «tipo» les había «prestado» la casa, pero cuando revisé la cinta no me quedó claro que hablaba en plural, tal como el experto en audio me hizo creer.

En cualquier caso, después de un breve cotilleo sobre su amigo John, que había llamado para ver cómo estaba, y de una breve llamada al móvil de su hijo político, yo intenté retomar el asunto.

—Muy bien. Entonces, la casa la habíais tomado prestada, ¿no?

—Sí. La gente que era dueña... —Frank hizo una pausa.

—No sabía nada de lo que ocurriría —completé yo con una información que él me había proporcionado años antes y que ya formaba parte del libro.

—Así es —dijo—, la gente que era dueña de la casa, nada. Claro que había un agente inmobiliario...

Esta revelación totalmente desconocida para mí sobre la existencia de alguna clase de intermediario o agente del sector inmobiliario fue seguida de una larga pausa durante la cual yo no dije nada. Entonces, pasado un rato, volvió a hablar:

—Ellos vivían allí en aquel momento.

—Ajá —confirmé yo.

—Y nunca... nunca fueron interrogados.

—Pero ellos no sabían nada al respecto, ¿no? —pregunté yo.

—No, por supuesto que no —afirmó en un tono tan exagerado que me hizo pensar que el «agente inmobiliario» sí que sabía algo. Sin embargo, no era el momento de presionarle y comenzar a hacerle preguntas. Teníamos un acuerdo y él lo había cumplido.

—Vale —acepté.

—Lo-lo-lo único que dije es que lo que tienes impreso es la historia.

Este último comentario me sirvió para darme cuenta de que había algo más encerrado y que me iba a costar mucho trabajo lograr sonsacárselo en su totalidad.

—Entiendo —lo tranquilicé—. No intento continuar con el interrogatorio. Es por simple curiosidad. Cuando mencionaste una agencia inmobiliaria...

—Ajá —confirmó él, que me seguía con atención.

—El agente inmobiliario... Es que eso no me lo habías contado, así que —me entró la risa—, nada, está bien...

—Así es —dijo y se quitó las gafas.

—De acuerdo —asentí yo cuando Sheeran se giró para echarle una mirada de odio a la cámara y comenzó a alisarse el pelo. Ya sabía que era el momento de apagarla y así lo hice. Lo que viene a continuación está sacado de una grabación de audio.

En pocos segundos la curiosidad me tenía en vilo. Aunque no estaba del todo convencido, no pude resistirlo e hice un último intento por averiguar más sobre el «agente inmobiliario».

—Veamos —admití—, este agente que mencionaste ha despertado todo mi interés.

—¿Interés sobre qué? —me preguntó.

—Sobre el agente que mencionaste de la casa de Detroit. Eso no me lo habías contado antes.

—¿El qué?

Me di cuenta de que parecía haber un problema con mi uso de la palabra «agente». Tenía que haberme mantenido más apegado a su terminología. Ya lo sabía yo.

—El tipo de la inmobiliaria —el expliqué—, el tipo de la inmobiliaria de la casa de Detroit. Dijiste que había un tipo implicado. No sé si te gustaría hablar de ello.

Frank farfulló algo y dijo para sí unas cuantas palabras que yo me esforcé por descifrar sin resultado. Entonces se decidió y habló con claridad:

—No. En fin, ya tienes suficiente, Charles.

—Tengo suficiente —confirmé.

—Mejor que estés satisfecho con eso.

—Lo estoy.

—Ya sabes suficiente. No empieces a sondear.

Efectivamente, tenía más que suficiente, aunque nada como la verdad completa. Si hubiese sabido de alguna manera que, al cabo de pocos días, Frank Sheeran empeoraría de forma tan dramática, lo habría indagado. Pero ahora ya es tarde, a menos que los archivos del FBI hagan alguna referencia a ello y que esos archivos sean de libre disposición.

Me parece probable que la casa estuviera en alquiler en 1975 debido a la avanzada edad del propietario, una mujer que había comprado el inmueble en 1925. Tal vez un agente de la propiedad actuaba como su agente para alquilarlo y tenía una copia de la llave. Tal vez el agente no era más que un amigo de la anciana que tenía la llave. En cualquier caso, la existencia de un administrador o agente podría explicar algo más que la

simple existencia de la llave. Serviría, desde luego, para explicar por qué los que lo planearon todo no tuvieron problemas para aparcarse en el acceso de la casa. Si se trataba de una vivienda en alquiler o a la venta sería normal que hubiese extraños que aparcasen a las puertas de la casa para entrar en ella.

Frank Sheeran moriría seis semanas más tarde. Durante aquellos días, mi esposa y yo cubríamos las tres horas en coche desde nuestra casa para ir a visitarlo al menos una vez por semana, aparte de un par de visitas más que le hacía semanalmente por mi cuenta. Tenía la cabeza hundida y escasamente conseguía levantarla, pero esbozaba una gran sonrisa al oír nuestras voces. Por lo general, me permitía que le diese de comer un poco de helado italiano y bebía de una pajita en un vaso que mi esposa le sostenía. Sin embargo, se había encerrado en sí mismo y se negaba a aceptar alimentos. Lo vi por última vez el 6 de diciembre de 2003. Mi hijo adoptivo, Tripp, y yo lo visitamos y le dije que tenía que viajar a Idaho y que nos veríamos después de Año Nuevo. Las últimas palabras que farfulló a mi oído fueron:

—No me iré a ninguna parte.

Recibí una llamada de su hija Dolores la noche en la que murió. Era el 14 de diciembre de 2003, el mismo día en que las tropas de Estados Unidos atrapaban a Saddam Hussein. Cuando oí la noticia sobre su captura, lo primero que se me vino a la mente fue: «¿Qué pensaría Frank de algo así?». Siempre estaba muy enterado de las noticias. Cuando tuvo lugar la matanza de Columbine y la policía esperaba a las puertas del colegio mientras los asesinos continuaban disparando dentro, Frank exclamó:

—Pero ¿a qué están esperando esos polis? Si a seis de nosotros nos dijese «Coged un tanque», nosotros íbamos y cogíamos el tanque.

Así hablaba el soldado.

Cuando el influyente abogado de Delaware Tom Capano fue sentenciado a muerte por asesinar a su novia y arrojar su cuerpo al mar debido a que ella intentó cortar su relación sentimental, Sheeran me comentó:

—No puedes matar a alguien por algo así. Si ya no te quieren, pues te largas.

Ese era el consejo de un experto en la materia.

Cuando las embajadas de Estados Unidos en África saltaron por los aires a finales de los noventa y se sospechaba que un hombre llamado Osama bin Laden estaba detrás de todo ello, yo solté:

—Deberían coger al tipo ese. Estoy seguro de que lo hizo.

A continuación, habló la leyenda de la mafia:

—Si no lo hizo él, seguro que lo pensó.

Y esa era razón más que suficiente.

Los obituarios aparecidos tanto en el *Philadelphia Inquirer* como en el *Philadelphia Daily News* hacían mención del hecho de que Frank Sheeran había sido durante años uno de los sospechosos de la desaparición de Hoffa.

Cogí un avión de regreso para asistir a los funerales y se me acercó un hombre al que había visto inclinarse para besar la frente de Frank dentro del ataúd. Me dijo que sabía que yo estaba escribiendo un libro sobre Frank. Su hija había sido la mujer de la limpieza de Frank y nos había visto trabajando juntos muchas veces, sentados al sol en el patio de Frank. Me explicó que él había sido compañero de celda de Frank en Sandstone.

—Puede imaginarse la cantidad de espacio que me quedaba viviendo en una celda pequeña con un tío así de grande.

—Se lo pusieron duro en Sandstone, ¿no? —comenté yo en referencia al efecto del frío sobre su artritis.

—Él mismo se lo buscó. No aguantaba que le viniesen con estupideces. Nunca se quedaba callado. Una vez me dijo que había uno que trabajaba en la lavandería que no quería darle un sombrero. Me pidió que atrajese al tipo hacia la pared para poder dejar a un lado sus bastones, apoyarse contra la pared y darle de hostias hasta derribarlo. Yo repuse: «Mira, déjame que le pegue yo por ti». Acabé pasando cinco meses en el trullo por pegarle al otro. Para empezar, yo ni siquiera tenía que estar en la cárcel. Hasta el propio Frank me lo decía. Buscaban al vicejefe de Angelo, al que tenía a cargo en Nueva Jersey, y necesitaban una conspiración para poder meterme a mí. No digo que no haya hecho nada. Yo fui el que arrinconé al

tipo y me lo fui trabajando, pero él se lo merecía. De todos modos, no te caen quince años por algo así.

—A Frank también se la jugaron —le contesté— porque estaban intentando exprimirlo por lo del caso Hoffa.

—Hombre, salió un libro titulado *The Teamsters*. Yo me lo leí en la litera de arriba, con Frank abajo, y le decía cosas como: «Pero ¿para qué tienes que trasladar el cuerpo hasta Nueva Jersey? ¿No es más fácil deshacerte de él en Detroit?». Y él empezaba: «¿De qué estás hablando ahí arriba?».

Así pues, aquel Frank Sheeran de la prisión no era más que una versión endurecida y mortífera del escolar rebelde que había puesto el queso Limburger en el radiador o de aquel que le rompió la mandíbula al director de un solo puñetazo. Como decía a menudo y aparece repitiendo en la última cinta de vídeo: «Pasé por ochenta y tres años de infierno y le partí el culo a unos cuantos: eso fue lo que hice».

En aquella última grabación de vídeo yo le recordaba la ocasión en la que un representante de los medios de comunicación le había preguntado si había tenido una vida emocionante y él había respondido que su vida no había sido emocionante sino «exigente». Expresaba también arrepentimiento por ciertas cosas de su vida y le decía al hombre que, después de hacer algo, se preguntaba si «había hecho lo correcto o no». Aunque no aparece en el vídeo, acabó la conversación con aquel hombre afirmando: «Si hice todas las cosas que dicen que hice y tuviese que hacerlas otra vez, no las haría».

Después de recordarle esa conversación, observé:

—Bueno, Frank, ya estás en paz ahora y eso es lo que importa.

Tumbado en la cama, tenía la vista puesta en una fotografía donde aparecían él y Jimmy Hoffa, sacada en la velada en honor a Frank Sheeran.

—Se puede volver toda una vida atrás en el tiempo, ¿no? —comentó él.

—Así es —confirmé.

—¿Quién... quién... quién hubiera... quién hubiera dicho en aquel entonces, en esa foto, que estaría hoy aquí, hablando contigo?

Epílogo

«El agente inmobiliario...» Esas tres palabras me hicieron temblar cuando realizamos la última grabación en vídeo del grandullón Irlandés. La cinta no era más que una formalidad, una reafirmación, algo análogo a estampar la firma en la confesión que ya existe en una cinta de audio. Yo no había previsto que salieran a la luz más confesiones durante aquella sesión pero, tal como dice Sarah, el personaje de la novela *The Right to Remain Silent*, mi novela se basaba en los interrogatorios que yo había llevado a cabo y que resolvían importantes crímenes: «La confesión es una de las necesidades de la vida, como el alimento o el techo. Ayuda a eliminar los desechos psicológicos del cerebro.»

Cuando intenté que Sheeran me proporcionase más detalles sobre «el agente inmobiliario», acabó interrumpiendo la conversación en seco. Nada de sondeos. La reserva de Sheeran se basaba en sus creencias profundas. Él solo había confesado para quitarse la culpa de encima y salvar el alma, pero nunca quiso que nadie pudiese llamarlo «chivato». La forma en que pronunciaba esta palabra en el curso de cualquier conversación, con tal tono de desprecio, hizo que mi socio, Bart Dalton, y yo la adoptásemos en nuestro trabajo con asuntos legales.

Si Sheeran odiaba a los chivatos y no quería ser uno por nada del mundo, por otra parte, no guardaba ningún rencor contra John Francis, «el Pelirrojo», que, al saber que se estaba muriendo de cáncer y sin querer acabar su vida en la cárcel, se implicó a sí mismo y a Sheeran en el

asesinato de Salvatore Briguglio, «Sally Bugs», y de Joseph Gallo, «Crazy Joey». Ya que Francis se había implicado a sí mismo, Sheeran podía confirmar su participación en los hechos, pero conseguir que Sheeran implicase a alguien, incluso a una persona ya fallecida, en algo en lo que se sospechaba que hubiese participado, requería enormes habilidades y un sostenido esfuerzo. Sheeran a menudo decía que las familias de las personas, incluyendo a sus propias hijas, no debían estar expuestas a la mala publicidad.

—Ya tienes suficiente —me decía—. Puedes estar satisfecho, Charles, que ya tienes suficiente. No empieces a sondearme.

Al día siguiente rezamos juntos, después de lo cual, dejó de alimentarse. Un hombre que «pintaba casas» y determinó la esperanza de vida de más de dos docenas de personas, sin contar con aquellas a las que dio muerte durante la guerra, ahora decidía poner fin a la suya. Lo del «agente inmobiliario» quedaría reducido a un intrigante lapsus.

Hasta que, un día de otoño de 2004, conversé por teléfono con el detective retirado del Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York, Joe Coffey, el hombre que se encargó de resolver el caso del asesino en serie llamado «El hijo de Sam» y que desveló las conexiones criminales del Vaticano, aparte de otros importantes sucesos que le servirían para escribir en coautoría el libro *The Coffey Files*. Un amigo en común, el escritor de novelas de misterio y detective retirado del Departamento de Policía de Nueva York, Ed Dee, fue quien nos puso en contacto. Pese a saber mucho sobre la mafia, Coffey jamás había oído hablar de John Francis. Declaró que lo iba a comprobar con un confidente de la mafia que aún conservaba dentro de la antigua familia Bufalino. Yo no podía contarle mucho más sobre el personaje de lo que ya aparecía en *Jimmy Hoffa. Caso cerrado*, de modo que le envié una copia del libro.

En febrero de 2005 llamé a Joe. Me dijo que no se había leído el libro.

—Pero —agregó— eché una mirada a lo del tío de la inmobiliaria. Tal como me comentaste, era alguien muy cercano a Russell Bufalino.

—¿Qué tío de la inmobiliaria?

—¿Cómo se llama el chófer ese? No era un simple chófer. Se trataba de alguien poderoso. Tenía una licencia comercial como agente

inmobiliario. Era un tipo rico por medios independientes. Era muy amigo de Bufalino y de Sheeran. Debió de conducir para Bufalino, pero no era un auténtico chófer.

—¿John Francis? ¿El Pelirrojo?

—John Francis, ese mismo. Un tío importante en el sector inmobiliario. Rico por medios independientes.

Sentí escalofríos; los mismos que había sentido cuando era un joven abogado y el descubrimiento de una verdad conducía a otra verdad, como copos de nieve que se van acumulando hasta provocar una avalancha.

En 1972, por orden de Bufalino, Francis había conducido cuando Sheeran mató a Gallo. En 1978, otra vez por orden de Bufalino, Francis también disparó cuando Sheeran tiroteó a Briguglio. ¿Existe la posibilidad de que a ese miembro de un trío tan compacto como el que formaban Bufalino, Sheeran y Francis no le haya correspondido ningún papel en el asesinato de Hoffa en 1975? Supongo que la posibilidad existe. Sin embargo, si hay algo que hoy sabemos es que John Francis no era un simple hampón, sino que se trataba de un «agente de propiedades», alguien que poseía una fortuna independiente a través del comercio inmobiliario y que debía de tener conexiones en todas partes.

Después de publicar la primera edición de *Jimmy Hoffa. Caso cerrado* en 2004, un periodista de un diario de Detroit logró dar con el hijo de la propietaria de la casa en la que Sheeran disparó a Hoffa. La vivienda había pertenecido a una mujer, ya fallecida, que la compró en 1925 y la vendería en 1978, tres años después de la desaparición de Hoffa. Su hijo informó al periodista de que su madre se había trasladado varios meses antes del asesinato y permitió a un hombre soltero, al que los vecinos describirían como «misterioso», que alquilase una habitación de la casa. ¿Existe un hilo que conecte al «agente de propiedades» John Francis con un insospechado «agente de propiedades» en Michigan y con el «misterioso» inquilino de la habitación?

Sería de gran ayuda leer los archivos del FBI para ver qué dice del posible papel desempeñado —si es que dice algo— por John Francis en la desaparición de Jimmy Hoffa. En 2005, amparado en la ley para la libertad de información, presenté una solicitud del archivo correspondiente a

Francis y los demás, incluidos Sheeran, los hermanos Andretta, Briguglio y Chuckie O'Brien. Si era posible, quería corroborar el papel de Briguglio como informante confidencial del FBI. Pero sabía que mi solicitud podía correr la misma suerte que las que ya habían sido presentadas por la familia Hoffa y por los periódicos de Detroit. Si los agentes uno a uno son gente de primera, como institución el FBI se comporta a veces como una agencia de relaciones públicas armada, más que como una agencia de servicio público. Debió de ser una vergüenza para el FBI reconocer que Briguglio era un informante y que fallaron a la hora de proporcionarle protección. Como Kenneth Walton, director del FBI en Detroit entre 1985 y 1988, declaró sobre Hoffa: «Estoy tranquilo, sé quién lo hizo, pero nunca va a ser procesado porque... tendríamos que divulgar quiénes son nuestros informantes y fuentes confidenciales».

Si algún día llego a tener acceso a cualquiera de esos archivos, cosa que podría llevar años, seguramente la tinta negra del censor habrá cubierto el fallo del FBI a la hora de proteger al informante, lo que convertirá ese documento en algo sin valor.

Sin embargo, si el FBI acabase facilitando una parte importante de sus archivos al fiscal del distrito de Oakland County, David Gorcyca, no habría tachaduras con tinta negra. Él es el agente de la ley al que le pasaron el caso Hoffa el 29 de marzo de 2002, cuando tiraron la toalla. Sería un insulto que el FBI tachara con tinta sus páginas.

Desgraciadamente, a pesar de las tres solicitudes realizadas por Gorcyca, la primera de ellas en junio de 2004 para tener acceso a una parte importante del material archivado sobre Sheeran, Briguglio y los hermanos Andretta, al fiscal del distrito no se le ha facilitado ninguno de los documentos solicitados pertenecientes a los setenta volúmenes guardados por el FBI, que forman dieciséis mil páginas. Gorcyca me escribió: «A nivel local, resulta evidente que existe algo serio en su renuencia a cooperar». Asimismo, mencionaba «los viejos estereotipos del FBI» y me hizo saber que estaba «indignado». Sin embargo, lo único que puede hacer es insistir. Dado que Oakland County no cuenta con un jurado de acusación en funciones, Gorcyca también pidió a los federales que se convocara un jurado de acusación para llamar como testigos a los últimos

participantes vivos identificados por Sheeran: Tommy Andretta y Chuckie O'Brien. Esta solicitud fue denegada.

Justo antes de que se publicara la primera edición de *Jimmy Hoffa. Caso cerrado*, los de Fox News siguieron las pistas que aparecían en el libro que habían recibido por anticipado. De inmediato obtuvieron permiso de los actuales propietarios de la casa donde Sheeran confesó haber disparado a Hoffa para realizar un examen forense por parte de especialistas. Estos últimos rociaron las tablas del parqué de la casa con luminol, un agente químico que detecta rastros de sangre al ser activado por el óxido de hierro. Las tablas arrojaron un resultado positivo, poniendo de manifiesto ocho minúsculas indicaciones de sangre que formaban una huella, tal como lo había indicado Sheeran en su confesión. La sangre delineaba un rastro que se extendía desde el vestíbulo, siguiendo por el pasillo, hasta la cocina.

Dos disparos en la nuca producen relativamente poca sangre. Aunque yo sabía que los laboratorios forenses contratados por Fox News consideraban que la cantidad de sangre era insuficiente como para efectuar una prueba de ADN; como sabía que ya habían pasado veintinueve años y que el reconocido médico forense, el doctor Michael Baden, consideraba que los componentes biológicos de la sangre de Hoffa necesarios para efectuar la prueba de ADN ya se habrían degradado debido a factores ambientales; pese a que sabía también que habían participado «limpiadores» para asegurarse de que no quedasen restos de sangre y estaba al tanto de que habían colocado un pedazo de linóleo sobre el suelo del vestíbulo para evitar que se esparciera la «pintura» y que luego el cuerpo había sido introducido en una bolsa para cadáveres, pese a todo eso, no pude contener mi esperanza y mi entusiasmo. Quería una prueba de ADN para demostrar que la sangre correspondía a la de Hoffa. Tal vez el linóleo había goteado cuando lo sacaron fuera.

El Departamento de Policía del ayuntamiento de Bloomfield leyó fragmentos de *Jimmy Hoffa. Caso cerrado* y procedió a extraer partes del suelo de la casa para enviarlas a los laboratorios del FBI y ver si el origen

de la sangre podía ser identificado de forma positiva. El 15 de febrero de 2005, el jefe Jeffrey Werner anunciaba que el FBI había hallado sangre correspondiente a un individuo varón en las tablas del suelo, pero los resultados de la prueba de ADN no coincidían con la sangre de Hoffa. En la rueda de prensa Gorcyca se encargó de aclarar que, aunque eso no permitía corroborar la confesión de Sheeran, tampoco servía para descartarla.

El doctor Baden, antiguo jefe de la Unidad de Medicina Legal de la ciudad de Nueva York, comentó lo siguiente al respecto: «La confesión realizada por Sheeran sobre el asesinato de Hoffa, según aparece descrita en este libro y como lo confirma la evidencia forense, resulta totalmente creíble y resuelve el misterio del caso Hoffa. Ninguno de los últimos hallazgos desdice la confesión y el abrumador peso de la evidencia».

Después de veintinueve años, encontrar la sangre de otra persona podría significar cualquier cosa, desde la sangre de la nariz de un niño hasta el uso de la casa por parte de la mafia para llevar a cabo otros asesinatos, como en el caso de la familia Gambino y su casa de la muerte, tal como lo describen Gene Mustain y Jerry Capeci en su notable libro sobre dicha familia, *Murder Machine*.

Ocho meses antes, a mediados de junio de 2004, yo había recibido una carta espontánea del catedrático Arthur Sloane, autor de *Hoffa*, una biografía en la que me había basado para obtener información sobre Hoffa y los Camioneros. Pese a que este texto de 1991 ofrece una teoría diferente sobre la desaparición de Hoffa, Sloane me escribía después de haber leído la confesión de Sheeran: «Ahora sí que estoy completamente convencido de que Sheeran fue el hombre que se encargó de llevar a cabo el acto criminal. Por otra parte, me ha impresionado la facilidad con que se lee el libro, así como la exactitud con la que presenta todos los hechos que me encuentro en posición de juzgar». Cuando le telefoneé para agradecerse, me dijo: «Has resuelto el misterio del caso Hoffa».

Cuando Sheeran y yo encontramos la casa en 2002, ni siquiera se me ocurrió intentar entrar. Con mi experiencia como investigador de homicidios y fiscal, jamás llegue a imaginar que podrían quedar evidencias forenses casi tres décadas después del asesinato. Por otra parte,

siendo un reconocido experto en interrogatorios, estaba seguro de haber dado con la casa —un lugar quemado para siempre en la memoria de Frank Sheeran— y no quería que nadie pusiese en duda la confesión que contiene este libro alegando que nosotros habíamos entrado allí y que eso nos había influido. Varios colegas me han comentado que poseo un asombroso don para llevar a cabo interrogatorios y yo estaba deseoso de poder probarlo. Dejemos, pues, que los copos de nieve caigan donde tienen que hacerlo.

En una visita organizada por Fox News, entré en la casa por primera vez, cuando *Jimmy Hoffa. Caso cerrado* ya estaba de camino a las librerías. El actual propietario, Ric Wilson, junto a su esposa y uno de sus hijos, se encontraban allí. Durante nuestra visita, Wilson y su hijo me reconocieron como el hombre que había estado fuera de la casa en 2002 sacando la foto que aparece en el libro.

Abrí la puerta y entré en el pequeño recibidor. Nada más entrar sentí esa conocida sensación de escalofríos que me asaltaban cuando era investigador de homicidios y llegaba a la escena del crimen, y eso sirvió para entender mejor lo sucedido.

Sheeran lo describía como un vestíbulo «pequeño» y así fue como lo transcribí yo. Lo cierto es que este vestíbulo era muy pequeño y daba la impresión de ser el final de un desfiladero. Se me hizo obvio de inmediato que la única persona que podría haber acabado con Jimmy Hoffa fue el hombre que lo llevó hasta allí, y Hoffa solo habría entrado en esa casa extraña con su amigo, el leal «hombre de Hoffa», Frank Sheeran. Este vestíbulo dejaba sin escapatoria a Jimmy Hoffa.

Directamente frente al vestíbulo, hacia la izquierda, vi las escaleras que conducen al piso de arriba. Sus peldaños se encontraban tan cerca que daban la impresión de abarrotar el recibidor y no permitían la vista hacia la cocina ni a buena parte del corredor. Era lo que escondía a los limpiadores. En efecto, servía para descartar la puerta trasera como una opción de escape. Sin tiempo para pensar, la única forma de huida era lo que Jimmy Hoffa intentó: salir por donde había entrado.

A la derecha de las escaleras se extendía un largo pasillo que conducía a la cocina; a su derecha había dos cuartos; el salón y el comedor. Al final

del corredor estaba aquella cocina por cuya puerta trasera salió el cuerpo de Jimmy Hoffa dentro de una bolsa para cadáveres y fue llevado hasta el maletero de un coche para ser trasladado adonde sería incinerado, el lugar que Sheeran llamaba el «incinerador».

El interior de aquella vivienda demostraba ser exactamente como me lo había descrito Sheeran y como yo había dejado escrito. Excepto por un detalle importante: no había puerta trasera para salir por la cocina. Mi corazón, de pronto, dio un vuelco.

—Sheeran me explicó que el cuerpo de Hoffa fue sacado por la puerta trasera —le aseguré al corresponsal de Fox News, Eric Shawn.

—Mira, hay allí una puerta lateral a la izquierda, encima de las escaleras, que baja al sótano —me sugirió él—. Los últimos rastros de sangre se detienen en el pasillo, justo antes de comenzar las escaleras que conducen a la bodega. [Sheeran] se debía de referir a esta puerta.

—No. Me habló de una puerta en la parte posterior, al final del corredor, pasando por la cocina en dirección al patio de atrás. Una puerta trasera. Esta puerta, en cambio, da a un lado, junto al acceso exterior de la casa. Es una puerta lateral.

Regresé entonces al salón y le pregunté a Ric Wilson si alguna vez había habido una puerta trasera para acceder al patio posterior a través de la cocina.

—Quitó esa puerta en 1989 —me explicó—, cuando hicimos reformas en la casa. Aún la tengo guardada en el garaje.

Volví a sentir aquellos escalofríos: poco a poco, los copos de nieve se iban acumulando.

En algunas jurisdicciones basta con una confesión creíble para ser condenado; en otras, se necesita añadir algún hecho que lo corrobore. En este caso ya existía el hecho de que, en 1999, Sheeran me había confesado que había atraído a Hoffa al asiento trasero de un Mercury de color granate, pese a que Hoffa siempre prefería el asiento del copiloto, «el sitio del que carga con la escopeta». El conductor del coche, el hijo adoptivo de

Hoffa, Chuckie O'Brien, negó que Hoffa subiese a ese coche y pasó un examen con el detector de mentiras.

El 7 de septiembre de 2001, el FBI anunciaba que se había recuperado un pelo del reposacabezas del asiento trasero y, después de todos esos años, había sido sometido a la prueba de ADN, confirmando efectivamente que se trataba del pelo de Hoffa. La confesión de Sheeran y esa importante pieza de evidencia forense habrían sido más que suficientes para condenar a Sheeran. Yo mismo he enviado al corredor de la muerte a cuatro acusados con menos pruebas que todas las que he acumulado contra Sheeran, basándome en sus propias palabras.

Resulta interesante comprobar que la coartada de O'Brien ya había sido hecha trizas por el FBI. En mi opinión, eso sirve para corroborar la confesión de Sheeran. Tal como él me dijo, O'Brien era un participante inocente y de verdad creía haber llevado a Hoffa a una reunión con la mafia. Por esa misma razón, O'Brien no contaba con una coartada bien pensada.

El abogado de Sheeran, el antiguo fiscal del distrito F. Emmett Fitzpatrick, le advirtió en una oportunidad estando yo delante que iba a resultar acusado. Los dos discutieron sobre cómo la salud de Sheeran podía demorar los procedimientos en su contra.

Entre las amables cartas recibidas tras la publicación de la primera edición de *Jimmy Hoffa. Caso cerrado* había una remitida por Stan Hunterton, un abogado de Las Vegas. Cuando trabajaba como joven asistente fiscal de Estados Unidos en Detroit en 1975, le había correspondido emitir la orden de búsqueda del Mercury color granate y, posteriormente, consiguió contrarrestar con éxito la moción del abogado de la mafia para que ese cabello y cualquier otra cosa que hubiese sido obtenida del coche le fueran devueltos al dueño del vehículo. (Estupendo trabajo, Stan: gracias por conservar aquel pelo hasta que la ciencia logró avanzar para poder descifrar su ADN.) En su carta, Stan me felicitaba por obtener «la primera confesión en relación al importante asesinato» de Jimmy Hoffa.

En febrero de 2002, cinco meses después de que el FBI anunciara que había hallado la confirmación del ADN de Hoffa en el cabello, Sheeran y

yo iniciamos la búsqueda y dimos con la casa de la muerte. Este hallazgo constituía una corroboración adicional a la confesión de Sheeran. La localización de la casa y sus características externas eran las mismas que había descrito Sheeran.

Ahora, con el libro en las librerías, comprobaba que el interior de esa vivienda correspondía punto por punto con lo que Sheeran había dicho. Es más, ahora sabemos que la dueña de la casa vivía en otra parte cuando tuvo lugar el asesinato. Un único inquilino es mucho más fácil de predecir a la hora de hacer planes que toda una familia yendo y viniendo. Los copos de nieve no dejaban de acumularse.

Pero aún me esperaban otros escalofríos, y no solo por mi parte. La avalancha estaba a punto de comenzar.

Sheeran confesó que en 1972, siguiendo órdenes de Bufalino, entró solo al restaurante Umberto's Clam House en Little Italy, Nueva York, y con dos pistolas abrió fuego, dando muerte al «crío insolente» de Crazy Joey Gallo. Interrogué intensamente a Sheeran sobre este «tema». La historia que se había extendido, procedente del informante Joe Luparelli, contaba que tres italianos —hablamos de Carmine DiBiase, «Sonny Pinto», junto a otros dos hermanos conocidos solo como Cisco y Benny— asociados con la familia criminal Colombo, a la que también pertenecía el rebelde Gallo, se encontraban en un restaurante chino no lejos del lugar de los hechos. Luparelli vio a Gallo llegar al Umberto y, a continuación, entró en el restaurante chino, donde se encontraría con los tres italianos. Les contó de inmediato que Gallo se encontraba en el Umberto. En ese momento, Sonny Pinto decidió impulsivamente ir a matar a Gallo, sabiendo que había un contrato «abierto» para encargarse de él. Ordenó a Benny y a Cisco que fuesen a buscar las armas y, a su regreso, los tres hombres irrumpieron en el Umberto por la puerta ubicada en la calle Mulberry, empuñando sus armas como si fueran los famosos pistoleros del lejano Oeste que se batieron en O. K. Corral.^[14] Los presuntos gánsters italianos hirieron al guardaespaldas de Gallo, Pete Diapoulos, en el trasero y mataron a Gallo en plena huida.

Después de emplear a fondo todas mis capacidades para realizar una interrogación minuciosa, quedé satisfecho al comprobar que, pese a que la confesión de Sheeran iba contra lo que decían todos los libros, la película y todas las referencias en Internet sobre el caso, él me había contado la verdad sobre la muerte de Crazy Joey y, como el resto de lo que me confesó, sería incluido en el libro. Se me hizo evidente que Luparelli estaba proporcionando información tergiversada al FBI y al público en general. Tal vez tenía algún motivo personal o quizás podía obtener alguna ganancia al difundir su historia entre las autoridades —quién sabe si debía más dinero del que podía pagar y necesitaba alejarse de la calle—. Es posible que, obedeciendo órdenes, Luparelli intentase desviar la culpa de los jefes de las familias que ordenaron y sancionaron el golpe en caso de que el propio equipo de Gallo estuviese pensando en la *vendetta* también contra la familia Genovese y no solo en contra de su propia familia, los Colombo, con los que Gallo ya estaba enemistado.

Hace bastante tiempo, Sheeran me contó que ningún mafioso asociado con un jefe «pinta la casa» en el territorio de otro jefe sin la aprobación expresa del primero. Por ejemplo, Hoffa no habría podido ser liquidado en el territorio de Detroit sin la aprobación del jefe de Detroit, así como del de Chicago, dado que el territorio de Chicago se superpone con el de Detroit. Al sur, Carlos Marcello dirigía su territorio con tal rigor que ni siquiera permitía que un mafioso procedente de otra familia visitase Nueva Orleans sin su aprobación expresa, por no hablar de lo que significaba «pintar una casa» allí.

El Umberto's Clam House era propiedad de un capo de la alta jerarquía de la familia Genovese, Mattie Ianello, «el Caballo», quien se encontraba en el restaurante cuando tuvo lugar el tiroteo. Ianello era otro de los acusados, junto con Sheeran, que aparecía en la lista de veintiséis figuras de la mafia denunciadas por la demanda que, años más tarde, interpondría Rudy Giuliani como parte de la ley federal contra la corrupción y el crimen organizado. Quedaba claro que al menos la familia Genovese, cuando no el propio Ianello, debía dar su autorización para realizar el golpe en el restaurante de Ianello. A no ser que se tratase de un impulso alocado y de un ataque sin autorización, los hombres del equipo de Gallo,

ahora dirigidos por su hermano Albert Gallo, «Kid Blast», acecharían a Ianello y a la familia Genovese. Era bien sabido que la familia Bufalino había realizado numerosos trabajos junto a la familia Genovese, en la que estaba también Tony Pro. De modo que Luparelli le contó a las autoridades su historia y escribió un libro en el que se hablaba de una «cosa decidida sobre la marcha».

En cualquier caso, ninguno de los tres italianos fue jamás arrestado por el asesinato de Gallo según la información proporcionada por Luparelli porque su declaración jamás fue corroborada ni en el más mínimo detalle. De hecho, Benny y Cisco jamás llegaron a ser identificados como tal.

Tras la publicación de *Jimmy Hoffa. Caso cerrado*, la ejecución de Crazy Joey Gallo por parte de un solo hombre armado, y no por tres pistoleros, fue corroborada en un artículo publicado en www.ganglandnews.com por el autor Jerry Capeci, quien revisó las noticias originales que dieron cuenta del asesinato de Gallo. Cuando era un joven periodista del *New York Post*, Capeci dijo que «pasó unas cuantas horas en el Umberto Clam House en Mulberry Street, en la parte baja de Manhattan, durante la madrugada del 7 de abril de 1972». Capeci escribió que Al Seedman, el legendario jefe de detectives del Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York, al salir aquella mañana del Umberto, anunció ante los periodistas que la matanza había sido obra de un pistolero solitario.

En su segunda edición del libro *The Complete Idiot's Guide to the Mafia*, publicada en 2005, Capeci escribe: «Si me obligasen a elegir [sobre quién mató a Gallo], yo diría que fue obra de Frank Sheeran». En cuanto a Hoffa, señala que «el relato de Sheeran indica que se trata de la verdad».

Más tarde, la fortuna me depararía algo especial. Eric Shawn, de Fox News, me telefoneó. Después de recibir una pista de un viejo colega en Fox, se había enterado de la existencia de un testigo presencial del tiroteo de Gallo. Se trataba de una respetada periodista del *New York Times* que prefería mantenerse en el anonimato. Shawn la llamó por teléfono y ella admitió haber estado allí y presenciar el tiroteo.

—Por lo que entiendo, fueron tres italianos que entraron y comenzaron a disparar —indagó él.

—No, fue un solo hombre armado —le respondió ella.

Entonces Shawn le dio indicaciones para entrar en el sitio web de Capeci, donde había una foto de tamaño pequeño de Sheeran sacada a comienzos de los setenta, es decir, alrededor de la fecha en la que tuvo lugar el asesinato de Gallo (es la misma foto que aparece en este libro).

—Díos mío —exclamó—. Yo he visto antes a este hombre. Tengo que conseguir este libro.

Shawn colgó y salió del edificio de Fox News, en la calle Cuarenta y siete, y se dirigió al edificio New York Times, en la Cuarenta y tres, para hacer entrega de un ejemplar.

Le conté esta historia a Ted Feury, un amigo mío y antiguo ejecutivo de la cadena CBS que ahora ya está retirado.

—Pero si yo la conozco —me dijo—. Ella fue la mejor estudiante de carrera que tuve en Columbia. Es una chica estupenda, brillante, una gran periodista y totalmente honesta. La llamaré.

Cenamos los tres juntos en el Elaine's, en Nueva York. Aunque mucha gente cercana a ella en su medio profesional sabe de su implicación en el «tema», ella nos comentó que deseaba mantener el anonimato. La testigo nos proporcionó un dibujo de la escena, incluyendo la posición en la que se encontraba su mesa respecto a la de Gallo. Y agregó:

—Hubo muchos disparos aquella noche. Yo continué oyendo aquellos disparos mucho tiempo después.

Ella nos confirmó que, efectivamente, había sido obra de un asaltante en solitario y «no era italiano, de eso estoy segura». Según lo describió, era un hombre con aspecto de irlandés que encajaba con la descripción general de Frank Sheeran y con sus rasgos faciales, según la edad que tenía él en aquel momento. La testigo revisó las fotos que yo había llevado, incluidas instantáneas de otros gánsters, y cuando vio la versión ampliada en blanco y negro de Sheeran, obtenida alrededor del período en el que se produjo el asesinato de Gallo, comentó:

—Como le dije a Eric Shawn por teléfono, ha pasado mucho tiempo, pero aún recuerdo bastante. Yo he visto antes a este hombre.

Le pregunté al respecto y ella me contestó:

—No, no es por una foto aparecida en los periódicos, no. Yo lo he visto en carne y hueso.

Le enseñé una serie de fotos en blanco y negro de un Sheeran varios años atrás y ella dijo: «No, demasiado joven». Luego le mostré imágenes de cuando ya era más mayor. «No, demasiado viejo», dijo. Entonces volvió a fijar la mirada en la imagen de Sheeran sacada en los días del asesinato de Gallo y, con evidente temor, comentó:

—Esta foto me produce escalofríos.

La reunión en el Elaine's sería más social que verdadero trabajo. Ted y la testigo eran clientes habituales allí. Elaine Kaufman, la dueña, se unió a nuestra mesa y nos contó que Gallo solía frecuentar su restaurante en compañía del actor Jerry Orbach, quien interpreta el papel de Gallo en la película *The Gang Who Couldn't Shoot Straight*, y con la esposa de Orbach en aquel entonces, Marta. Esta última había sido contratada para escribir la biografía de Gallo. Según contó Elaine, Gallo siempre le había dedicado lo que ella llamaba «mirada cautiva». Entonces nos hizo una demostración. Nos explicó que Gallo la miraba fijamente a los ojos cada vez que conversaban sobre las dificultades que entrañaba ser propietario de un restaurante; resultaba difícil librarse de él o de su mirada.

Como en todos los restaurantes, la luz en el Elaine's está atenuada. Yo deseaba entrevistar formalmente a la testigo a solas y con una grabadora para mostrarle algunas fotos con una luz mejor, así como una grabación de vídeo a color de Sheeran «en carne y hueso». Quería repasar con ella las cosas que había leído que no coincidían con la confesión de Sheeran. Debido a nuestras ocupadas agendas, tuvieron que pasar otros nueve meses antes de poder encontrarme con ella en su casa, en las inmediaciones de Nueva York. Llevé conmigo mi colección de fotos y el vídeo que había grabado con Sheeran el 13 de septiembre de 2000, cuando ya tenía setenta y nueve años. Pese a que era veintisiete años más joven cuando había estado en el Umberto, eran imágenes a color y se trataba de Sheeran «en carne y hueso».

—Yo tenía dieciocho años por entonces —me contó la testigo—, estaba en mi primer año de universidad en Chicago. Probablemente fue durante las vacaciones de primavera. Estaba con mi mejor amiga y

habíamos venido a visitar a su hermano y su esposa. Ellos vivían cerca de Gracie Mansion. Habíamos ido al teatro. Creo que vimos *Equus* y después dimos una vuelta en coche para ver la ciudad. Ninguna de las dos habíamos bebido: no teníamos edad suficiente y el hermano de mi amiga y su esposa no bebían cuando salían con nosotras. Al final, acabamos en el Umberto unos veinte minutos antes del tiroteo.

«De ninguna manera había solo siete personas, aparte de la gente que estaba con Gallo, si eso es lo que afirma algún libro. El local estaba bastante lleno para aquellas horas de la noche, con gente sentada en cuatro o cinco mesas y un par de personas en la barra. Tal vez la gente se fue marchando una vez que nosotros nos sentamos y antes de que ocurriera todo, eso no lo sé. Nosotros entramos por la puerta principal, la que está en la esquina de Hester con Mulberry. Al lado izquierdo, hacia la calle Hester, no había mesas; las tenías todas al frente cuando entrabas, entre la barra que se encontraba a la izquierda y la pared que tocaba con la calle Mulberry, a la derecha. Nosotros nos sentamos hacia el fondo. Yo tenía la calle Hester justo al frente. Mi mejor amiga se sentó a mi derecha. Su hermano y su esposa estaban frente a nosotras, de cara a la pared y la puerta lateral que daba a la calle Mulberry. Recuerdo que Gallo y su gente estaban a nuestra izquierda porque estaba la niña pequeña y porque pensé que su madre era muy hermosa. Junto a la pequeña había dos o tres mujeres y dos o tres hombres. No recuerdo haber visto las caras de los hombres.

»Acababan de servirnos nuestros mariscos cuando noté que un hombre alto entraba por la puerta de la calle Mulberry. Yo podía ver la puerta sin problemas, quedaba justo a la izquierda de mi hombro. El hombre atravesó la sala en diagonal en dirección a la barra y pasó justo delante de mí: lo pude seguir con la mirada desde que entró. Cuando pasó por mi lado, recuerdo haberme sentido atraída. También recuerdo que en ese momento pensé que se trataba de alguien llamativo: un hombre muy alto y apuesto. Se detuvo junto a la barra, no lejos de nuestra mesa. Yo tenía la vista puesta en la comida de mi plato cuando oí el primer disparo. Levanté la cabeza y aquel mismo hombre estaba allí, frente a la mesa de Gallo, de espaldas a la barra. No puedo decir que recuerde haber visto una pistola en

su mano, pero no cabe duda de que era él el que disparaba. Estaba de pie, con toda la calma, mientras todos los demás intentaban esconderse.

»La gente de la mesa de Gallo ni siquiera se percató de lo que les había caído encima.

»Era Sheeran. Aquel hombre es el mismo que aparece en esta foto. Incluso en el vídeo se parece más al aspecto que tenía aquella noche, claro que se ve mucho más viejo. Oh, sí que era él. Estoy segura. En esas fotos de los periódicos que me has enseñado [de alrededor de 1980] aparece como hinchado y gordo, pero en el vídeo, no. En esta foto parece un payaso [una foto publicada en la revista *Newsweek* de 1979].»

Le expliqué que Sheeran había bebido muchísimo y que a consecuencia de ello se había hinchado después de ser obligado a asesinar a Hoffa en 1975.

—Ese fue el año en que llegué yo a Nueva York —me contó ella—, cuando entré a la escuela de periodismo en Columbia.

Enseguida continuó con su relato:

«El hermano de mi amiga nos gritó que nos arrojásemos al suelo. Había otra gente gritando que había que tirarse al suelo. Aparte de los disparos, lo que más recuerdo cuando estaba tendida sobre las baldosas es el sonido de los cristales al romperse. Nos quedamos tumbados hasta que cesaron los disparos. Entonces, cuando ya no se oyeron más tiros, el hermano de mi amiga nos gritó: “¡Vámonos de aquí!”. Nos pusimos de pie y salimos corriendo por la puerta que da a la calle Mulberry. Había mucha otra gente gritando “¡Largo de aquí!”, y que corría, tal como habíamos hecho nosotros.

»Corrimos por la calle Mulberry y allí no había nadie disparando a ningún coche a la fuga, pese a lo que dijera el guardaespaldas. Nuestro coche estaba cerca de la estación de policía. Ya de camino a casa, nos dedicamos a especular si había sido un robo o un golpe de la mafia. Nadie quería caer en el estereotipo de Little Italy, pero todos pensamos que era algo relacionado con la mafia. No recuerdo si lo oímos por la radio de regreso a casa, pero pudimos comprobarlo al día siguiente en los periódicos. Fue un asunto bastante horrible. Creo que, si mi amiga y yo hubiésemos estado allí solas, hubiésemos regresado al día siguiente, pero

su hermano y su esposa eran muy protectores y no querían que nos viésemos involucradas de ninguna forma.»

Esta testigo del caso Gallo, con una memoria de periodista y ojo para los detalles, me dijo que no había leído ninguna de las historias que habían circulado a lo largo de los años. Prefería no pensar ni hablar de lo ocurrido. Nunca oyó nada de los «tres italianos» hasta que Eric Shawn se lo mencionó.

—Eso es ridículo —comentó ella—. No hay forma de que tres italianos irrumpiesen a través de esa puerta lateral de la calle Mulberry y comenzasen a disparar. Los habría visto entrar. Si hubiesen sido tres hombres, habríamos estado demasiado asustados como para levantarnos y huir. Y si nos hubiésemos levantado no habríamos podido salir corriendo por aquella puerta lateral.

Quise cerrar la sesión preguntándole de nuevo sobre su certeza de que Sheeran era el hombre que había visto aquella noche.

—Estoy totalmente segura. No hay duda de que es el hombre que vi aquella noche.

La identificación positiva por parte de la testigo era conclusiva. Si yo hubiese sido el fiscal del caso, solo me habría quedado por oír el ruido de la celda al cerrarse. Aunque la identificación fue realizada muchos años después de los hechos, se trataba de una periodista en ciernes que había tenido la oportunidad de ver al asesino y se había formado una imagen mental de él incluso antes de que se convirtiese en una amenaza con una pistola en la mano. Los testigos presenciales que han debido enfrentarse a alguien armado a menudo solo recuerdan el arma.

Como resultado de su identificación, decidí comprar cuantos libros encontrase sobre Gallo. Ya había pasado un tiempo; muchos ejemplares eran de segunda mano y otros no habían sido reeditados. Sin embargo, todas las versiones de aquella noche en el Umberto rayan en la estupidez. El libro escrito por Pete Diapoulos, *el Griego*, el guardaespaldas de Gallo, resulta, eso sí, más revelador.

En *The Sixth Family*, Diapoulos describe que la celebración del cumpleaños de Gallo comenzó aquella noche en el Copacabana, el famoso club nocturno de Nueva York. Don Rickles era el animador de la velada y

le presentó sus respetos a Gallo. Luego, Gallo se encontró allí con «uno de la vieja guardia, Russ Bufalino, el típico italiano casposo». En la solapa de Bufalino, Gallo detectó un alfiler con el distintivo de la Liga Italoamericana de Derechos Civiles. En consonancia con el gusto de Bufalino por las joyas, el alfiler llevaba un diamante. Joe Colombo, amigo de Bufalino y un jefe de familia, como él, llevaba ya diez meses en coma, víctima del golpe ordenado por Gallo.

—Oye, ¿qué haces con eso? ¿De verdad crees en toda esa mierda? —le preguntó Gallo a Bufalino.

A continuación, Diapoulos escribe:

Se pudo ver cómo el mentón de Bufalino se tensó, enderezó la espalda por completo y se dio la vuelta, dejándonos ahí. Frank [el acompañante de Bufalino], con una mirada de evidente preocupación, cogió a Joey por el brazo.

—Joey, no son cosas para hablar aquí. Mejor nos tomamos unas copas.

—Claro, vamos a tomarnos unas cuantas copas.

—Joey, él es un jefe.

—Vale, es un jefe. Y yo también soy un jefe. ¿Es que eso lo convierte en alguien mejor que yo? Somos iguales, ¿sabes? Se supone que somos hermanos.

«Hermanos» sonó como cualquier cosa, excepto eso.

—Joey —sugerí yo—, volvamos a la mesa. No queremos tener una bronca.

Diapoulos identifica al acompañante de Bufalino, aquel «con mirada de evidente preocupación» que cogió a Gallo por el brazo, como un hombre llamado Frank. Diapoulos describe cómo empezó la «bronca»: «El champán seguía llegando a nuestra mesa. El tío listo ese llamado Frank nos había hecho llegar un par de botellas. El tipo iba con uno de la vieja guardia, Russ Bufalino, el típico italiano casposo, el jefe de Erie, Pensilvania».

Frank Sheeran, el acompañante habitual de Russel Bufalino en sus viajes a Nueva York, siempre describió a Gallo como «un crío insolente». Frank tenía razones para saberlo. Este incidente en el Copacabana, que refleja la forma de ser de Bufalino, era el tipo de detalles que Sheeran habría omitido en su confesión conmigo.

Joseph D. Pistone, el verdadero Donnie Brasco, me contó una vez que, cuando trabajaba encubierto para el FBI, solía darse una vuelta por el Vesuvio. Allí conoció a Bufalino y a Sheeran. Aparecían cada jueves. El Vesuvio estaba a una buena distancia andando del Copacabana, pero en

coche era un breve paseo. La fiesta de cumpleaños de Gallo comenzó el jueves a las 23.00 en el Copacabana. A las 5.20 del viernes, Joey Gallo estaba muerto.

Russell y Frank se encontraban en la ciudad de Nueva York, en el Copacabana, la noche que Crazy Joey Gallo se puso «insolente» con la gente equivocada y acabó con «su casa pintada». Como en el caso de Jimmy Hoffa y todas las restantes «casas» que Frank Sheeran confesó «haber pintado», el misterio de Gallo está resuelto.

Dolores, una de las hijas de Frank Sheeran, me contó lo siguiente después de la aparición de *Jimmy Hoffa. Caso cerrado*: «Jimmy Hoffa era una de las dos únicas personas que realmente le importaban a mi padre. Russel Bufalino era la otra. Haber matado a Jimmy Hoffa fue algo que torturó a mi padre por el resto de su vida. Fue tanta la culpa y el sufrimiento que vivió mi padre después de la desaparición que no hacía más que beber y beber. Había veces que no podía ni caminar. Yo siempre tuve miedo de afrontar lo que él había hecho. Él jamás iba a reconocerlo hasta que apareció usted. El FBI se pasó casi treinta años torturando a mi padre y siguiendo cada uno de sus movimientos con el objetivo de que confesara.

»Tenerlo como padre fue una pesadilla. Nosotras no podíamos acercarnos a él con nuestros problemas por miedo a las horribles cosas que era capaz de hacer para arreglarlos. Él creía que nos estaba protegiendo con su forma de llevar los asuntos, pero era todo lo contrario. Nunca nos protegió porque teníamos demasiado miedo de buscar su protección. Un hombre del vecindario comenzó a molestarme y a exhibirse delante de mí, pero yo no podía contárselo a mi padre. Mi hermana mayor nunca venía con nosotros cuando salíamos con mi padre porque tenía miedo de que nunca regresásemos a casa. Odiábamos los titulares que no dejaban de aparecer. Mis hermanas y yo hemos tenido que sufrirlo hasta el día de hoy. Le rogamos que no escribiese este libro, pero al final acabamos cediendo, al menos, yo. Él necesitaba quitarse ese peso de encima. Ya habíamos visto demasiados titulares relacionados con asesinatos y violencia, pero igualmente le dije que contase la verdad. Si mi padre no le hubiese contado la verdad a usted, nadie habría conocido la historia real.

»Tengo la sensación de que siempre hemos vivido bajo esta nube negra. Ya quería que se acabara de una vez. Mi padre se encuentra finalmente en paz. Me gustaría que lo mismo le ocurriese a la familia de Jimmy. Mi padre mató a su amigo y lo lamentó hasta el día en que murió. En mi corazón siempre guardé la sospecha y nunca quise que se confirmara. Ahora que he sido obligada a reconocer la vida que llevó mi padre, he tenido que enfrentarme a todo ello y a todas las emociones contradictorias que ha despertado la verdad.»

Es la verdad lo único que ha comparecido en este libro.

Nueva York
Marzo de 2005

Bibliografía

Nota: Las citas tomadas de los artículos de prensa están directamente atribuidas a lo largo del texto. De forma adicional, como ayuda para entender ciertos aspectos y como apoyo a la cronología de los acontecimientos, me serví de otros artículos que son demasiado numerosos para aparecer aquí citados. Cabe señalar que la información proporcionada por los siguientes periódicos fue de particular utilidad: el *Detroit Free Press*, el *Philadelphia Inquirer*, el *Philadelphia Daily News*, el *Wilmington NewsJournal*, el *New York Times* y el *New York Post*.

Bishop, Leo V., Frank J. Glasglow y George A. Fisher. *The Fighting Forty-fifth: The Combat Report of an Infantry Division*. Baton Rouge, La.: Army y Navy Publishing Company, 1946.

Brill, Steven. *The Teamsters*. Nueva York: Simon and Schuster, 1978.

Capeci, Jerry. *The Complete Idiot's Guide to the Mob*. 2.^a ed. Indianapolis: Alpha Books, 2005.

Capeci, Jerry. *Jerry Capeci's Gangland*. Nueva York: Alpha Books, 2003.

Coffey, Joseph J. y Jerry Schmetterer. *The Coffey Files: One Cop's War Against the Mob*. Nueva York: St. Martin's Press, 1992.

Cohen, Celia. *Only in Delaware: Politics and Politicians in the First State*. Newark, Delaware: Grapevine, 2002.

Comisión para el Crimen Organizado de Pensilvania. *A Decade of Organized Crime: 1980 Report*. St. Davids, Pa.: Comunidad de Pensilvania, 1980.

Davis, John H. *Mafia Kingfish: Carlos Marcello and the Assassination of John F. Kennedy*. Nueva York: Signet Books, 1989.

Dean, John W. III. *Blind Ambition*. Nueva York: Simon and Schuster, 1976.

Diapoulos, Peter. *The Sixth Family*. Nueva York: Dutton, 1976.

Giancana, Sam, y Chuck Giancana. *Fuego cruzado*. Barcelona: Grijalbo, 1992.

Gilbert, Martin. *Historia de la Segunda Guerra Mundial*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2005.

Hirshon, Stanley P. *General Patton: A Soldier's Life*. Nueva York: HarperCollins, 2002.

Kennedy, Robert F. *El enemigo en casa*. Barcelona: Plaza y Janés, 1968.

Kwitny, Jonathan. *Vicious Circles: The Mafia's Control of the American Marketplace, Food, Clothing, Transportation, Finance*. Nueva York: W.W. Norton, 1979.

Leamer, Laurence. *The Kennedy Men: 1901-1963 The Laws of the Father*. Nueva York: Perrenial, 2001.

Maas, Peter. *Las revelaciones de Joe Valachi*. Barcelona: Noguer, 1969.

- Mahoney, Richard D. *Sons & Brothers: The Days of Jack and Bobby Kennedy*. Nueva York: Arcade Publishing, 1999.
- Moldea, Dan E. *The Hoffa Wars: The Rise and Fall of Jimmy Hoffa*. Nueva York: Shpolksy Publishers, 1993.
- Mustain, Gene y Jerry Capeci. *Murder Machine: A True Story of Madness and the Mafia*. Nueva York: Dutton, 1992.
- Neff, James. *Mobbed up: Jackie Presser's High-Wire Life in the Teamsters, the Mafia, and the FBI*. Nueva York: Dell Publishing, 1989.
- Posner, Gerald. *Case Closed: Lee Harvey Oswald and the Assassination of JFK*. Nueva York: Anchor Books, 1993.
- Regano, Frank y Selwyn Raab. *Mob Lawyer*. Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1994.
- Russo, Gus. *The Outfit: The Role of Chicago's Underworld in the Shaping of Modern America*. Nueva York: Bloomsbury, 2001.
- Schlesinger, Arthur M. Jr. *Robert Kennedy and His Times*. Boston: Houghton Mifflin Company, 1978.
- Sheridan, Walter. *The Fall and Rise of Jimmy Hoffa*. Nueva York: Saturday Review Press, 1972.
- Simone, Robert F. *The Last Mouthpiece: The Man Who Dared to Defend the Mob*. Filadelfia: Camino Books, 2001.
- Sloane, Arthur A. *Hoffa*. Cambridge, Mass.: The MIT Press, 1991.
- Thomas, Evan. *Robert Kennedy: His Life*. Nueva York: Simon and Schuster, 2000.
- United States, Warren Commission. *The Warren Commission Report: Report of President's Commission on the Assassination of President John F. Kennedy*. Nueva York: St. Martin's Press, 1992.
- Zeller, Duke F. C. *Devil's Pact: Inside the World of the Teamsters Union*. Secaucus, Nueva York: Birch Lane Press, 1996.



Frank Sheeran, «el Irlandés», alrededor de 1970. (Cortesía de Frank Sheeran.)



Frank Sheeran (izquierda) y su amigo en la guerra Alex Siegel, un mes antes de que Siegel falleciese en acción durante la invasión de Salerno. (Cortesía de Frank Sheeran.)



Frank Sheeran celebrando el final de la segunda guerra mundial con su colega Charlie Meiers, «Diggsy».
(Cortesía de Frank Sheeran.)



Sheeran (arriba a la izquierda) con sus compañeros coordinadores de los Camioneros durante su primer día de trabajo en Detroit. (Cortesía de Frank Sheeran.)



Sheeran (derecha) como sargento en armas durante la Convención de Camioneros de Miami Beach, Florida, en 1961. (Cortesía de Frank Sheeran.)



Jimmy Hoffa cargando contra su archienemigo Bobby Kennedy durante un encuentro del comité contra el fraude laboral en 1958. © Bettman / Corbis



El investigador del Senado, John Cye Cheasty (izquierda), entrega a Hoffa documentos confidenciales como parte de un montaje para desenmascararlo. Jimmy Hoffa pagaría dos mil dólares por esa delicada información. © Bettman / Corbis

CIVIL DOCKET CONTINUATION SHEET

| RICA | DEFENDANT | DOCKET N |
|------|--|-----------|
| | INT'L BROTHERHOOD OF TEAMSTERS, etc et al INTERNATIONAL BROTHERHOOD OF TEAMSTERS, CHAUFFEURS, WAREHOUSEMEN AND HELPERS OF AMERICA, AFL-CIO, | PAGE 1A.C |
| * | <u>THE COMMISSION OF LA COSA NOSTRA,</u> | |
| | ANTHONY SALERNO, a/k/a "Fat Tony," | |
| | MATTHEW IANNIELLO, a/k/a "Matty the Horse," | |
| | ANTHONY PROVENZANO, a/k/a "Tony Pro," | |
| | NUNZIO PROVENZANO, a/k/a "Nunzi Pro," | |
| | ANTHONY CORALLO, a/k/a "Tony Ducks," | |
| | SALVATORE SANTORO, a/k/a "Tom Mix," | |
| | CHRISTOPHER FURNARI, SR., | |
| | a/k/a "Christie Tick," | |
| | FRANK MANZO, | |
| | CARMINE PERSICO, a/k/a "Junior," "The Snake," | |
| | GENNARO LANGELLA, a/k/a "GeFry Lang," | |
| | PHILIP RASTELLI, a/k/a "Rusty," | |
| | NICHOLAS MARANGELLO, a/k/a "Nicky Glasses," | |
| | JOSEPH MASSINO, a/k/a "Joey Messina," | |
| | ANTHONY FICAROTTA, a/k/a "Figgy," | |
| | EUGENE BOFFA, SR., | |
| | * <u>FRANCIS SHEERAN,</u> | |
| | MILTON ROCKMAN, a/k/a "Maishe," | |
| | JOHN TRONOLONE, a/k/a "Peanuts," | |
| | JOSEPH JOHN AIUPPA, a/k/a "Joey O'Brien," | |
| | "Joe Doves," "Joey Aiuppa," | |
| | JOHN PHILLIP CERONE, a/k/a "Jackie | |
| | the Lackie," "Jackie Cerone," | |
| | JOSEPH LOMBARDO, a/k/a "Joey the Clown," | |
| | ANGELO LAPIETRA, a/k/a "The Nutcracker," | |
| | FRANK BALISTRIERI, a/k/a "Mr. B," | |
| | CARL ANGELO DELUNA, a/k/a "Toughy," | |
| | CARL CIVELLA, a/k/a "Corky," | |
| | ANTHONY THOMAS CIVELLA, a/k/a | |
| | "Tony Ripe," | |

Listado incluido en la demanda presentada contra la mafia por el fiscal de Estados Unidos Rudy Giuliani, en el que se menciona a Sheeran como uno de los únicos dos participantes no italianos involucrados en la comisión de La Cosa Nostra.



Jimmy Hoffa se despide de los jefes de policía que lo escoltaron a la prisión de Lewisburg en 1967. © AP / Wide World Photos

Richard Nixon

254

President of the United States of America

To all to whom these presents shall come, Greeting:

Whereas James R. Hoffa, also known as James Riddle Hoffa, was convicted in the United States District Court for the Eastern District of Tennessee on an indictment (No. 11,989) charging violation of Section 1503, Title 18, United States Code, and on March twelfth, 1964, was sentenced to serve eight years' imprisonment and to pay a fine of ten thousand dollars (\$10,000); and

WHEREAS the said James R. Hoffa was convicted in the United States District Court for the Northern District of Illinois on an indictment charging violation of Sections 371, 1341 and 1343, Title 18, United States Code, and on July fourteenth, 1969, was sentenced to serve five years' imprisonment consecutive to the aforesaid sentence imposed by the United States District Court for the Eastern District of Tennessee and to pay a fine of ten thousand dollars (\$10,000); and

WHEREAS the aforesaid convictions were affirmed on appeal; and

WHEREAS the said James R. Hoffa paid the aforesaid fines and was committed to the United States Penitentiary, Lewisburg, Pennsylvania, on March seventh, 1967, and will be eligible for release therefrom with credit for statutory good time on November twenty-eighth, 1975; and

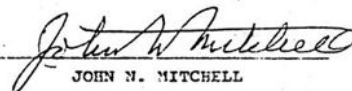
WHEREAS it has been made to appear that the ends of justice do not require that the aforesaid sentences be served in their entirety:

Primera página del indulto presidencial concedido por Nixon a Hoffa.

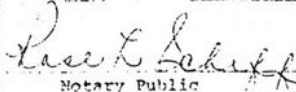
I, JOHN N. MITCHELL, being duly sworn, depose
and say:

1. That neither I, as Attorney General of the
United States, nor, to my knowledge, any other official
of the Department of Justice during my tenure as Attorney
General initiated or suggested the inclusion of restrictions
in the Presidential commutation of James R. Hoffa.

2. That President Richard M. Nixon did not initiate
with or suggest to me nor, to my knowledge, did he initiate
with or suggest to any other official of the Department
of Justice during my tenure as Attorney General that
restrictions on Mr. Hoffa's activities in the labor movement
be a part of any Presidential commutation for Mr. Hoffa.


JOHN N. MITCHELL

Sworn to before me
this 15th day of October, 1973


Notary Public

ROSE L. SCHIFF
Notary Public, State of New York
NO. 12345678
COUNTY OF NEW YORK

Declaración jurada de John Mitchell para apoyar la
solicitud de Hoffa para derogar las restricciones impuestas
por el indulto presidencial de Nixon.



Frank Sheeran: «Seré un hombre de Hoffa hasta que me golpeen la cara con una pala y me arranquen los gemelos de las muñecas». Los gemelos que llevaba Sheeran eran un regalo de Russell Bufalino. (Cortesía de Frank Sheeran.)



Velada en honor a Frank Sheeran, 1974, en la que estuvieron presentes el alcalde Frank Rizzo (estrechando la mano de Hoffa), el jefe del sindicato de aparejadores John McCullough (segundo por la derecha) y el líder de los derechos civiles Cecil B. Moore (extremo derecha).
(Cortesía de Frank Sheeran.)



Russell Bufalino, alrededor de 1968. © Bettman / Corbis



Anthony Provenzano, «Tony Pro», con los periodistas de los medios informativos el 5 de agosto de 1975, un día después de la reunión celebrada en el Vesuvio. © Bettman / Corbis



Salvatore Briguglio, «Sally Bugs», en diciembre de 1975, después de aparecer ante el jurado de acusación que investigaba la desaparición de Hoffa. © Bettman / Corbis



Russell Bufalino (en silla de ruedas) recibe un golpe amistoso de Sheeran, alrededor de 1986. (Cortesía de Frank Sheeran.)



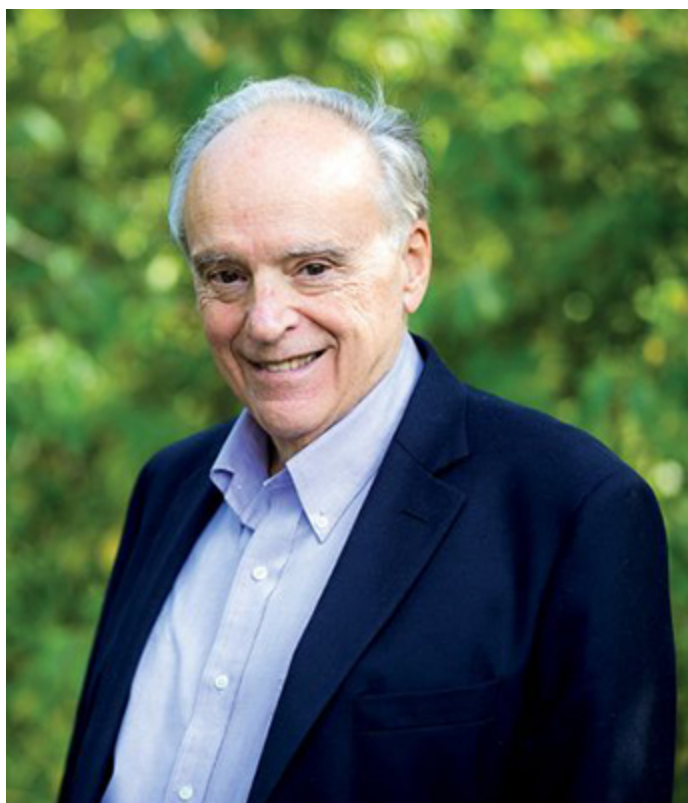
Sheeran señalando la entrada al recinto del antiguo restaurante Machus Red Fox. En el espejo retrovisor se aprecia la ferretería desde cuya cabina telefónica Hoffa telefonaría a su esposa. (Cortesía de Charles Brandt.)



La casa a la que entró Jimmy Hoffa el 30 de julio de 1975. (Cortesía de Charles Brandt.)



El Irlandés en el patio de su apartamento en octubre de 2001, pocos meses antes de su traslado a una residencia.
(Cortesía de Charles Brandt.)



CHARLES BRANDT fue supervisor de asuntos sociales en el Harlem Este, fiscal de homicidios y Subdirector de la Fiscalía General del estado de Delaware; desde 1976 trabaja en el sector privado: ha sido presidente de la Asociación de Juristas de Delaware y de la Representación de Delaware en la Junta Norteamericana de Juristas.

Notas

[1] La Fraternidad Internacional de Camioneros (International Brotherhood of Teamsters): sindicato de camioneros estadounidenses con más de un millón de afiliados. (*N. del t.*) <<

[2] Soldado: rango inferior en el escalafón de la mafia. (*N. del t.*) <<

[3] Película de 1954 dirigida por Elia Kazan traducida al español como *La ley del silencio* o *Nido de ratas*. (N. del t.) <<

[4] Filadelfia, la Ciudad del Amor Fraternal (del griego *philos*, amor, y *adelphos*, hermano). (*N. del t.*) <<

[5] *La vida de Riley*: famosa comedia radiofónica norteamericana de la década de 1940. (N. del t.) <<

[6] *Whisper*: susurro. <<

[7] En Estados Unidos, el Día del Trabajador (*Labor Day*) se celebra el primer lunes de septiembre. (*N. del t.*) <<

[8] AFL-CIO, siglas correspondientes a American Federation of Labor and Congress of Industrial Organizations (Federación Estadounidense del Trabajo y Congreso de Organizaciones Industriales). (*N. del t.*) <<

[9] Ley federal de Estados Unidos que rige las actividades y el poder de los sindicatos. (*N. del t.*) <<

[10] Milton Berle, actor y humorista norteamericano que se convirtió en la primera gran estrella de la televisión ante millones de espectadores. (*N. del t.*) <<

[11] Demarcación trazada entre cuatro estados de Norteamérica (Pensilvania, Virginia occidental, Delaware y Maryland) cuando eran colonias inglesas que marca una frontera simbólica entre el norte (abolucionista) y el sur (esclavista). (*N. del t.*) <<

[12] NAACP: National Association for the Advancement of Colored People (Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color). (*N. del t.*) <<

[13] *Bug-eyed*: de ojos saltones. (*N. del t.*) <<

[14] Legendario tiroteo ocurrido en Tombstone, Arizona, en 1881, que dio pie al mito de Wyatt Earp y sus hermanos, en la lucha por imponer la ley en el indómito Oeste. (*N. del t.*) <<